

01086

5

# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras  
División de Estudios de Posgrado

## LA INICIACIÓN MODERNISTA DE AMADO NERVO (1892-1894)

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
DOCTOR EN LETRAS  
(LITERATURA MEXICANA)

P R E S E N T A  
GUSTAVO HUMBERTO JIMÉNEZ AGUIRRE

Director: Dr. Federico Álvarez Arregui

Ciudad de México

Marzo de 2000

27681  
1894





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **“La iniciación modernista de Amado Nervo (1892-1894)”**

Tesis de doctorado en letras (literatura mexicana)

Gustavo Humberto Jiménez Aguirre

El contenido de esta investigación se estructura en dos partes: la primera, “Tres capítulos de una biografía intelectual (1870-1891)” revisa la importancia formativa de la infancia del escritor mexicano Amado Nervo en su Tepic natal, así como la significación del capital escolar adquirido en los colegios de San Luis Gonzaga en Jacona y el Seminario de Zamora; en tanto que la segunda, “Un capítulo olvidado en la obra de Amado Nervo (1892-1894)” parte del rescate y del establecimiento de las primeras colaboraciones periodísticas del joven Nervo en *El Correo de la tarde*, el diario más importante del puerto de Mazatlán en la última década del siglo XIX.

Impregnadas de leyenda, hasta ahora no había sido posible documentar con precisión las circunstancias del arribo y los primeros días del poeta en Mazatlán. Los textos de aquel bienio porteño entrelazan el albor romántico, académico y religioso del escritor adolescente en tierras michoacanas con el encuentro frontal del modernismo metropolitano en las tertulias y redacciones de los diarios, a los que Nervo irá ingresando, desde finales de julio de 1894, con su abultada carpeta azul bajo el brazo: las setenta y un crónicas, trece cuentos y cuarenta y siete poemas con los que fue posible realizar la presente investigación. (Los cuadros 1, 2 y 3 del capítulo 5 concentran la historia textual de los tres géneros estudiados en este trabajo. Queda fuera del *corpus* la primera novela corta de Nervo, *Pascual Aguilera {Costumbres regionales}*, cuya versión inicial de 1892 fue reescrita cuatro años más tarde.)

Más allá del rescate de un rimero de textos, varios de ellos legibles sólo como documentos culturales, es penoso para la historiografía del modernismo mexicano que sólo hasta ahora podamos conocer los cimientos de una de sus obras más importantes, juzgada ruinoso después de su recepción en la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928.) La posteridad en la que se depositó la abulia crítica de volver a habitar más tarde que temprano —quizá nunca— esa casona otrora magnificente debería repensarse con la confianza de que el autor dejó en su biblioteca algunos libros de grata lectura. Este trabajo aspira también a restituir el mayor número posible de las páginas que conformaron la iniciación modernista de Amado Nervo.

“The modernist initiation of Amado Nervo (1892-1894)”  
Tesis de doctorado en letras (literatura mexicana)  
Gustavo Humberto Jiménez Aguirre

The contents of this investigation is structured in two parts: the first one, “Tres capítulos de una biografía intelectual (1870-1891)” makes a review of the formative importance that had the childhood of the Mexican writer Amado Nervo in his native Tepic, as well as the significance of the scholar apprenticeship that he adquired in the school of San Luis Gonzaga in Jacona and in the seminary of Zamora; The second part, “A forgotten chapter in the works of Amado Nervo (1892-1894)” is based in the rescue and establishment of the first journalistic collaborations of young Nervo for *El Correo de la tarde*, the most important newspaper of Mazatlan's port in the last decade of the XIX century<sup>th</sup>.

Impregnated by legend, it haven't been possible until now until now to accurately document the circumstances of the arrival and first days of the poet in Mazatlán. The texts of that two years at the port, weave together the romantic, academic and religious dawn of the young writer al Michoacán and the frontal encounter with metropolitan modernism at the literary clubs and editorial departments of newspapers, in which Nervo will presently enter since the last days of July 1894, with his bulky blue portfolio under his arm: the seventy one chronicles, thirteen short stories, and forty seven poems with which was possible to perform this investigation . (The charts 1, 2 and 3 in chapter 5 condense the textual history of the three genders studied in this work. It is left out of the *corpus* Nervo's first short novel *Pascual Aguilera [Costumbres regionales]* which initial version of 1892 was rewritten four years later.)

Further than the rescue of a heap of texts, the most of them readable just as cultural documents, it is embarrassing for modernist Mexican historiography that not until now we may know the roots of one of its most important works, judged as ruinous after its reception in the *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928.) The posterity in which was delivered that lost of critic will of inhabiting again, more later than sooner, maybe never, that house, formerly magnificent, must be thought over again with the trust of the fact that the autor left in its library some books of pleasant reading. This work also seeks to restore the largest possible number of pages that formed part of the modernist initiation of Amado Nervo.

*Paráfrasis casi completa:  
Y cuando puse punto final, Griselda y Andrea todavía estaban aquí.*

*A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad  
el proceso, el camino de Amado Nervo.*

*Alfonso Reyes, Tránsito de Amado Nervo*

# Índice

## Introducción

Notas para la recepción de Amado Nervo	4
Las páginas imprescindibles de <i>El Correo de la Tarde</i>	17

Última singladura	25
-------------------	----

## I. Tres capítulos de una biografía intelectual (1870-1891)

1. Vislumbres de “un gran sonoro”	
La moneda en el aire	30
Un retrato velado por el <i>pentiméto</i>	36
Algunas verdades sospechosas	43
2. Golpeteos reminiscentes del edén colegial	
El escolar constante	53
El torbellino de los Padres Romanos	61
El inicio de la senda larga de las letras	69
3. La biblioteca del Bachiller	
La vida exterior	76
Algunas batallas entre la vieja guardia liberal y la “nueva tropa modernista”	91
La vida interior	109

## II. Mazatlán 1892-1894, un capítulo olvidado en la obra de Amado Nervo

4. Un conde modernista en Mazatlán	
Una fantasía juvenil cumplida	125
Mazatlán, <i>circa</i> 1891-1897 ( <i>Mínima guía portuaria</i> )	133
La buena amistad entre el “anciano hidalgo” y el periodista novel	147
Anexos	159
5. La iniciación Modernista	
“En tanto yo forjo mi revista semanal”	165
Cuentos de “actualidad”/actualidad del cuento	181
Génesis de un libro de juventud: <i>Perlas negras</i>	188
6. A manera de conclusión: Amado Nervo llega a la ciudad de México	212
Bibliohemerografía y archivos consultados	218

# INTRODUCCIÓN

*Queda de un hombre lo que hacen pensar su nombre y las obras que hacen de ese nombre un signo de admiración, de odio o de indiferencia. Pensamos que él ha pensado y podemos volver a encontrar entre sus obras ese pensamiento que le viene de nosotros; podemos rehacer ese pensamiento según la imagen del nuestro.*

Paul Valéry,  
"Introducción al método de Leonardo Da Vinci"

## NOTAS PARA LA RECEPCIÓN DE AMADO NERVO

A escasos meses de la muerte de Amado Nervo (1870-1919), Alfonso Reyes emprendió en Madrid la primera recopilación de la poesía y la prosa del prolijo escritor nayarita. Los veintinueve volúmenes de la Biblioteca Nueva (1920-1928) cumplieron sobradamente los propósitos de exhaustividad, limpieza y rigor en el establecimiento y cuidado de una obra a la que no le fue regateada el adjetivo de "moderna", cuando en la "Advertencia" de *Perlas negras y Místicas* Reyes afirmó —sin ningún asomo de duda— que su compatriota merecía publicarse a la altura de los clásicos.<sup>1</sup> En repetidas ocasiones, Reyes se mostró ampliamente satisfecho de esa labor filológica, sin duda la etapa más encomiable de la que llamó su "amistad literaria" con Nervo;<sup>2</sup> gracias a ésta, el riguroso editor asumiría —*ad honores*— el

---

<sup>1</sup> Sobre los avatares de la edición de estas *Obras*, a partir de "las barajas que Nervo hacía de libro a libro", y con los que Reyes da paso a sus reflexiones agudas sobre la crítica textual, véanse las amenas cartas a Enrique Diez Canedo y Genaro Estrada (vol. IV, p. 475) y a Juana de Ibarbourou (vol. VIII, pp. 31-38) de las *Obras completas* alfonsoinas. En la epístola a la poetisa uruguaya, Reyes aclara su falta de participación en el volumen XXIX de la Biblioteca Nueva, por lo que considera inmerecido el crédito que el editor español José Ruiz Castillo se empeñó en concederle.

<sup>2</sup> La expresión es de Alfonso Reyes en carta inédita a Anita Lawrence, "Correspondencia

cargo de agente del “más amado de los poetas”, para decirlo con el joven Pellicer de 1919.

En la historia del establecimiento del *corpus* poético nerviano, dos casos se apartan de la rigurosa tarea alfonsina al frente de la Biblioteca Nueva: las *Poesías completas* de 1935 —prologadas aunque poco atendidas por Genaro Estrada— y las del mismo título en la Editorial Nueva España (México, 1944). Una explicación de las erratas y confusiones textuales de esa edición poco escrupulosa puede hallarse en la ausencia de un editor responsable, circunstancia que también esclarece el plagio anónimo de los poemas recogidos por Alfonso Méndez Plancarte en *Mañana del poeta* (México, 1938) y en las bonaerenses *Poesías completas* de 1943 para Espasa-Calpe.<sup>3</sup>

En la hasta ahora definitiva edición de *Obras completas* de 1952, de cuyas *Poesías* se ha hecho media docena de reimpressiones, junto con las *Prosas* compiladas por Francisco González Guerrero,<sup>4</sup> Méndez Plancarte cumplió con holgura el reto de acrecentar el caudal poético de Nervo, proseguir el estudio de su poética, aportar mejoras al trabajo de Reyes —de manera señalada en las fuentes y variantes de los textos— y consignar las mayores erratas y omisiones de Estrada. Con respecto a la edición de Biblioteca Nueva, Méndez Plancarte incorporó 130 nuevos poemas. Es ejemplar que luego de conseguir sus propósitos y superar filológicamente los de Reyes, Méndez Plancarte siguiera considerando “clásica” la labor alfonsina.

Con todo y su ortodoxia hermenéutica, presente desde *Mañana del poeta*, no creo que pueda menospreciarse esa constancia filológica de Méndez Plancarte para sacar a Nervo del purgatorio en el que la depuración de la modernidad le empezó a cobrar su inmensa popularidad de poeta por todo el dominio hispánico.

---

personal de AR”, Capilla Alfonsina, ciudad de México.

<sup>3</sup> El propio Méndez Plancarte denunció el saqueo de sus ediciones mencionadas. Véase “La lírica de Nervo en la Editorial Nueva España”. *El Universal*, 15 de enero de 1945, pp. 3-4; 22 de enero de 1945, pp. 3-5 y 5 de febrero de 1945, pp. 3-6.

<sup>4</sup> Anoto de paso que los dos apretados tomos de la última reimpresión en la serie Grandes Clásicos, se agotaron de inmediato; México, Aguilar, 1991, con tiraje de 17 500 ejemplares.

Si en el ámbito del trabajo textual la apuesta de Méndez Plancarte fue aún más ambiciosa y tuvo tiempo para reposarse mejor que la del propio Reyes, en el terreno ensayístico su perseverancia acabó volviéndose en contra del poeta. Los juicios centrales en favor del peculiar “misticismo” que Méndez Plancarte pretende revalorizar como el atributo óptimo de la poesía de Neruo —a pesar de reconocer que éste “ni siquiera fue siempre cristiano, sino librepensador y librepecador a la larga”—<sup>5</sup> apenas si aligeraron su sobreinterpretación dogmática, evidente desde *Mañana del poeta* y reconcentrada en 1952, cuando intenta por última vez rescatar lo menos pecaminoso y contagiado de “indostanerías y budismos” de *Elevación* y de *El estanque de los lotos*.

Túmulo y capilla ardiente engalanados con los homenajes de la prestigiosa “Guirnalda liminar” (Darío, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Enrique González Martínez, entre otros poetas del crepúsculo modernista) que Méndez Plancarte coloca al frente de su “Introducción”, el montaje crítico de ésta aprovecha al máximo la apoteosis continental de las honras fúnebres de Neruo. No creo que pueda descartarse del todo una lectura simbólica de ese acontecimiento como el momento culminante de un proceso cultural irreversible en el siglo xx: la muerte del “poeta nacional” en las sociedades contemporáneas. Al respecto, Jorge Luis Borges señaló en el cincuentenario luctuoso del nayarita: “pero al pensar en Amado Neruo pensamos en el poeta. Del poeta como un tipo especial de individuo, que más allá de sus virtudes o no virtudes personales, es un miembro de la sociedad, y un arquetipo aceptado por la sociedad. Y sin duda, Amado Neruo representó tanto como cualquiera, quizá tanto como el mismo Darío, el tipo de poeta”.<sup>6</sup>

Lejos de comprender el choque de esa figura cultural que encarnó Neruo con la del poeta soledoso, habitante del nuevo territorio de la modernidad que demarcaron los Contemporáneos desde mediados de los veinte, la “Síntesis crítica”

<sup>5</sup> Alfonso Méndez Plancarte, “Síntesis crítica”, en Amado Neruo, *Obras completas*, vol. II, p. 1248.

<sup>6</sup> Jorge Luis Borges, “Palabras sobre Amado Neruo”, *Proceso*, núm. 1190, 22 de agosto de 1999, p. 65.

de Méndez Plancarte repasa en 1952 la “hostil revisión de Nervo” por aquéllos, permitiéndose el editor la ironía de considerarlos “ya algo pretéritos”, y poco edificantes en materia de “alegría vital”; así, Méndez Plancarte evoca con mal disimulada piedad la muerte de Jorge Cuesta, quien en 1934 había dedicado a Gutiérrez Nájera y a Nervo el lapidario juicio de los “dos tristes, melancólicos, apesadumbrados, neurálgicos y pésimos poetas”.<sup>7</sup>

Antes de ocuparme brevemente del papel fundamental que desempeñaron los Contemporáneos con su *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) en la recepción nacional de Nervo, comentaré algunos apuntes consecuentes con la difusión intercontinental de Nervo desde su arribo diplomático a España en 1905 hasta la publicación de las primeras *Obras completas*,<sup>8</sup> auténtica “pira funeral” e inicio del “escarnio de la vanguardia”, en opinión de Ernesto Mejía Sánchez.<sup>9</sup>

En cuanto a dicha recepción allende nuestras fronteras geográficas, cabe anotar la estrepitosa caída de las ventas de la Biblioteca Nueva al inicio de los treinta en España, cuando el editor Ruiz Castillo ponía en la balanza de la sabiduría alfonsina la viabilidad de emprender una reedición de las *Obras completas*: “Tengo el miedo de que sea tarde —le advierte a Reyes en carta del 1 de enero de 1932—, de que el mercado de Nervo haya llegado al máximo de saturación. Casi no se venden ya más que los versos, y no todos [...] Por hoy creo que quizás no fuese viable más que una selección de todo eso en uno o dos tomos, cuando más”.<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> Jorge Cuesta, “El clasicismo mexicano”, en *El Libro y el Pueblo*, agosto de 1934; ensayo recogido en varias ediciones, sigo la de *Poesía y crítica*, p. 302. En “Un lance de honor”, Lourdes Franco estudia éste y otros aspectos de la recepción de Gutiérrez Nájera entre los Contemporáneos. Véase Bache Cortés *et al.*, *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, pp. 507-512.

<sup>8</sup> En *La rueda del tiempo*, Héctor Perea se ocupa de la presencia de Nervo en España, sus relaciones con el medio cultural y la “amistad literaria” que sostuvo con Alfonso Reyes y varios escritores peninsulares. Para otros asuntos relacionados con la carrera diplomática de Nervo fuera de España, puede consultarse mi artículo en Emmanuel Carballo *et al.*, *Escritores mexicanos en la diplomacia*.

<sup>9</sup> “Estudio preliminar” en Amado Nervo, *Plenitud, Perlas negras, Místicas, Los jardines interiores y El estanque de los lotos*, p. X.

<sup>10</sup> José Ruiz Castillo, “Carta a Alfonso Reyes”, en “Para documentar una amistad literaria”, *La Jornada Semanal*, núm. 234, 29 de agosto de 1999, p. 8.

En efecto, Ruiz Castillo no corrió el riesgo de apostarle de nuevo a la prosa y le encomendó a Estrada las referidas primeras *Poesías completas* de 1935, decisión en la que influyó un Reyes agradecido por toda la recopilación que Estrada había realizado en México para su primer encargo filológico de valía. En otra operación no menos sagaz, el editor español intuyó que en los mercados mexicano e hispanoamericano aún había Nervo para rato, y le traspasó a Ediciones Botas el establecimiento de Reyes. Gabriel Méndez Plancarte cuidó esta segunda edición de *Obras*. A partir del mismo trabajo alfonsino, las prensas rioplatenses de Calomino sacaron una tercera edición. La suma de todas éstas autorizó a Bernardo Ortiz de Montellano para afirmar en 1943 que Nervo seguía siendo “el poeta más leído de nuestro idioma”.<sup>11</sup> Lejos de desvelarse por aquellas multitudes continentales que acompañaban al poeta desde su cortejo fúnebre en 1919 —o a su arquetipo para confirmar la propuesta de Borges—, los Contemporáneos siempre se mantuvieron fieles a “la inmensa minoría” para la que también escribía Juan Ramón Jiménez.

Desde luego, el complejo estudio de la recepción nerviana debería realizarse en el ámbito de las literaturas en lengua española. Además de pertinente en función de la presencia multinacional del autor, podrá comprenderse en su contexto idóneo el papel incómodo de “villanos” que los Contemporáneos jugaron en el “caso Nervo”, posteriormente tipificado como injusto. A propósito, apenas si deben subrayarse los tintes maniqueos con los que Alfonso Méndez Plancarte descalificó la crítica de los Contemporáneos, uno de los procesos fundamentales de la modernidad literaria en México, sin proponer otro que no fuera la magnificencia acumulativa de las obras “cuan grandes son”; o sin entender la naturaleza creadora de las tradiciones literarias como sistemas transitorios de las culturas.

No sólo para Alfonso Méndez Plancarte y otros detractores del canon fundacional de los Contemporáneos fue más cómodo cuestionar esa estrategia que replantearla con nuevas perspectivas. Después de su aprovechamiento en otras dos antologías fundadoras, *Laurel* (1941) y *Poesía en movimiento* (1966), no es

---

<sup>11</sup> Bernardo Ortiz de Montellano, *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*, p. 7.

escandaloso ni ingenuo preguntarnos —a la manera de Guillermo Sheridan y Anthony Stanton— si no ha llegado la hora de “echar una nueva bomba”,<sup>12</sup> tan incendiaria o más que la de los Contemporáneos en 1928; o por lo menos aceptar que selecciones posteriores a *Poesía en movimiento*, como *La sirena en el espejo. Antología de nueva poesía mexicana (1972-1989)*, “tienden a limitarse excesivamente en el tiempo y se conforman con llenar el vacío posterior al espacio abarcado por aquel libro de 1966”.<sup>13</sup>

Como han demostrado Sheridan y Stanton sobre el terreno de la poesía mexicana del siglo xx, el replanteamiento del canon es esencialmente asunto de quienes buscan insertar su obra en determinada tradición para apropiarse de un lugar de enunciación que les permita configurar su genealogía. En tanto, al historiador de la literatura le corresponde documentar con pertinencia crítica la diversificación arborescente de los procesos literarios, pues en opinión de Antonio Machado, a quien sin duda el culto fúnebre de Méndez Plancarte por Nervo le hubiera repugnado, “El ayer hay que buscarlo en el hoy”. Pensemos entonces con Valéry que un primer paso para reencontrarnos con la obra de Nervo, si nos interesa dialogar con ella desde una perspectiva actual, es indagar en la validez de la imagen que tenemos de ella a través de una crítica polarizada entre el culto popular y la deturpación historiográfica de ciertos críticos, en ocasiones no menos desinformados que los tribunos de los homenajes y los declamadores sin maestro. De ese otro Nervo, el que tuvo la agudeza de anticiparnos que la escuela de sus “modernismos” resultaría “ingenua senectud” más temprano que tarde, deberíamos preguntarnos con más frecuencia qué asuntos filológicos, críticos o biográficos merecen un replanteamiento actualizado.

---

<sup>12</sup> Guillermo Sheridan, “Presentación”, en Jorge Cuesta, *Antología de la poesía mexicana moderna*, p. 29. En las siguientes líneas, también sigo de cerca las noticias y comentarios respectivos de Sheridan en *Los Contemporáneos ayer*.

<sup>13</sup> Anthony Stanton, “Tres antologías: la formulación del canon”, en *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*, p. 60.

Desde luego es fundamental volver otra vez a la recepción local de Nervo. Acaso tengamos que ir un poco más atrás del quehacer cultural impulsado por el Ateneo de la Juventud durante los primeros años del movimiento armado de 1910; pues al igual que las de otras latitudes, la historia de la poesía mexicana moderna es también la crónica de sus genealogías.

Desde que en 1907 se vislumbra en México una salida para el modernismo vuelto retórica “decadente” —además de escuela, tendencia y modalidad literaria, como advirtió el propio Nervo en un artículo que no tiene desperdicio para entender la inserción del movimiento en el proceso de la cultura occidental—,<sup>14</sup> se empezó a discutir con singular virulencia la filiación de los fundadores de la modernidad literaria posterior a la restauración republicana de Ignacio Manuel Altamirano en *El Renacimiento*. De manera que en aquel polémico 1907 del resurgimiento fallido de la *Revista Azul* como símbolo prestigioso para la causa “antidecadente” de Manuel Caballero, los inminentes ateneístas y los poetas católicos atentos a lo que llamaron el “verdadero modernismo del alma de las cosas”, liderados desde la ciudad de México por Caballero, se disputan la paternidad de Manuel Gutiérrez Nájera, el “primer revolucionario en arte”, según ambas comunidades.<sup>15</sup> Arrebatada la enseña a los “modernistas aldeanos” en el campo de batalla de la modernidad —tomada literalmente por asalto en las tribunas y actos callejeros de la metrópoli porfirista en 1907, según recuerdan

---

<sup>14</sup> “El modernismo”. “Yo menos que nadie —afirma Nervo desde España— podría negar su existencia, pues que a ella debí la singular predestinación de haber sido durante diez años, cuando menos, agredido en mi país, por una infinidad de señores, cuyo ideal sería que todos escribiésemos como Grilo, y a quienes el progreso altera la digestión” (OC, II: 398). En adelante, cuando cite a Nervo daré la referencia en el cuerpo del texto por las abreviaturas (OC), volúmenes y páginas de la reimpresión mexicana de 1991. Los prólogos y demás apartados de los editores tienen su referencia al pie.

<sup>15</sup> Los desbordados enfrentamientos ideológicos y querellas literarias entre la cultura católica y la modernidad liberal del porfiriato alcanzan sus momentos más acalorados en la asonada neozul de Manuel Caballero y el homenaje a Gabino Barrera de 1908. Para ambos asuntos y sus derivas ateneístas, véase Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *Obras completas*, vol. XII; Guillermo Sheridan, “La neurosis que finge y el alma de las cosas: notas para la historia de un conflicto”, en *Eslabones*, julio-diciembre de 1991, Ramón López Velarde, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, así como la edición facsimilar de la segunda *Revista Azul*, en Fernando Curiel (ed.), en *Tarda necrofilia*.

Pedro Henríquez Ureña y Reyes—,<sup>16</sup> la figura patriarcal de Gutiérrez Nájera continuó presidiendo el liberal Parnaso mexicano aun después de que la *Revista Moderna de México* clausurara, en mayo de 1911, algo más que el ciclo de las publicaciones periódicas inauguradas por la *Revista Azul* en 1894.

En 1914 era tal la pervivencia del canon modernista que Henríquez Ureña, tutor de Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vásquez del Mercado en *Las cien mejores poesías líricas mexicanas* (Porrúa, 1914) y Reyes, quien ejerció la “cátedra epistolar” desde París con Estrada en la *Antología de poetas nuevos de México* (Porrúa, 1916), capitalizaron un *status quo* que favorecía ampliamente el lugar de los ateneístas en la tradición mexicana, pues tanto los discípulos de Henríquez Ureña como Estrada adoptaron el criterio sugerido por los jóvenes maestros del Ateneo: clasificar las tres pléyades posteriores a *El Renacimiento* en torno a sus respectivas publicaciones, la *Revista Azul*, la *Moderna* y *Savia Moderna*. La de Estrada —afirma Sheridan— fue una antología “conciliatoria y festiva como un retrato de familia”.<sup>17</sup> En breve el trabajo antológico de Estrada fue referente indispensable de algunos críticos y otros antologadores durante los últimos años de la Revolución de 1910; dicho florilegio cumplió semejante función al inicio de la década de los veinte. Hasta que, a mediados de la misma, los cimientos del panteón modernista fueron socavados por los Contemporáneos.

Como demuestran complementariamente los trabajos de Sheridan y Stanton que vengo siguiendo, después de la muerte de Nervo el asedio a la poética intimista y crepuscular que presidía Enrique González Martínez en México fue gradual, disimulado y escasamente homogéneo en las primeras horas de “El grupo sin grupo”, ya que Bernardo Ortiz de Montellano, Jaime Torres Bodet y Enrique González Rojo cumplieron un precoz rito de pasaje por *Los jardines interiores* de

<sup>16</sup> Además de las *Memorias* y el *Diario* de Pedro Henríquez Ureña, remito al imprescindible —y sorprendentemente rijoso— *Pasado inmediato* de Alfonso Reyes, ed. cit.

<sup>17</sup> Guillermo Sheridan, “Presentación”, en Jorge Cuesta, *Antología de la poesía mexicana moderna*, p. 10. En páginas subsecuentes, el investigador enumera y comenta el alud de antologías poéticas que siguió a la de Estrada; ninguna de ellas rompió el esquema impuesto por los ateneístas.

Nervo y *Los senderos ocultos* de González Martínez.<sup>18</sup> En dirección opuesta, Villaurrutia y Cuesta, seguidos muy pronto por Gorostiza, tomaron el atajo de la poesía pura<sup>19</sup> para evadir las enseñanzas crepusculares del búho gonzalezmartinista. Ya sea por la ruta hispánica de Juan Ramón Jiménez o por la francesa de Paul Valéry, esa avanzada efectivamente antimodernista deja ver las huellas de Villaurrutia, Cuesta, Gorostiza, Novo y Owen por la poética purista, verdadera piedra de toque de creadores y críticos durante la tercera década del siglo, y con la que toda comunidad en ascenso estaba obligada a encontrarse si de verdad deseaba actualizar la poética simbolista por un camino distinto al de las vanguardias más ultras. A partir de 1924, la crónica de esa depuración estética puede seguirse desde el “tiempo nuevo” que augura la fórmula genésica de Villaurrutia (“Adán y Eva = Ramón López Velarde y José Juan Tablada”), propuesta en su conferencia sobre “La poesía de los jóvenes de México” (1924),<sup>20</sup> hasta las lúcidas páginas del “Prólogo” de Cuesta y las notas de presentación de la *Antología...*, en cuya primera parte Nervo figura junto a otros “dioses mayores” destronados: Othón, Urbina, Díaz Mirón, Francisco A. de Icaza y Rafael López. En la segunda sección, además de los padres adánicos de Villaurrutia, destaca González Martínez por el mayor número de páginas dedicadas en todo el florilegio.

<sup>18</sup> En el *Epistolario* de Ortiz de Montellano (pp. 25-26), Lourdes Franco recoge dos cartas que ilustran el interés del seminal Nuevo Ateneo de la Juventud (fundado por Ortiz de Montellano, Torres Bodet, Gorostiza y González Rojo) por participar en las honras fúnebres de Nervo.

<sup>19</sup> Sobre este tema, además de “Poesía e historia: *Laurel* y nosotros” de Octavio Paz en *Sombras de obras* y *Los Contemporáneos ayer*, véase el notable estudio de Anthony Stanton, “Los Contemporáneos y el debate en torno a la poesía pura”, en *op. cit.*, pp. 127-147. Para Stanton, el primer problema en torno al concepto y la práctica de la “poesía pura” es su polisemia, resumida por él en “cinco órbitas que giran alrededor del núcleo gaseoso de la pureza”: 1) la formulación del abate Henri Bremond en 1925 (“la pureza no es una propiedad de forma o de fondo que puede ser captada por el intelecto sino que constituye una corriente inefable y misteriosa que tiene que ser intuita”); 2) el “proceso racional de descomposición analítica [propuesto por Valéry] una vez eliminados los elementos no poéticos”; 3) la “depuración dentro de los cánones del simbolismo” practicada por Juan Ramón Jiménez; 4) “la versión difundida por ciertos movimientos de vanguardia [el cubismo poético, el creacionismo y el ultraísmo] que postulaban la autonomía absoluta del arte frente a la realidad”, y 5) la “censura negativa” de Ortega y Gasset a las nuevas tendencias del siglo xx en *La deshumanización del arte*.

<sup>20</sup> Xavier Villaurrutia, *Obras*, pp. 819-835.

Sheridan y Stanton han estudiado la peculiaridad de que en su estrategia de selección Torres Bodet, Villaurrutia, Ortiz de Montellano y González Rojo, así como Cuesta en el Prólogo,<sup>21</sup> midieran las obras de sus predecesores y las propias —junto con las de Pellicer, Novo, Gorostiza y Owen, quienes por varias razones se mantuvieron al margen de los trabajos de la *Antología.*, aunque por igual conforman su tercera parte— con el mismo rasero de la poética artepurista que habría de tener, a partir de entonces, un lugar sobresaliente en el canon mexicano, por lo menos hasta *Laurel*, la siguiente antología fundadora de nuestra modernidad poética. Coincido con estos investigadores en que ese y otros reproches justificados se pueden hacer de manera documentada a los antologadores, sin olvidar que tanto el ánimo polémico como la parcialidad de la perspectiva, perfectamente justificada en el prólogo de Cuesta, estuvieron encaminados a reconfigurar el mapa de la poesía mexicana. A fin de cuentas, si la tradición les había concedido unos padres ilustres, los Contemporáneos —audaces hijos pródigos— decidieron inventarse otros, como sugería Antonio Machado en voz de Juan de Mairena.

Las diversas posturas en el grupo frente a la poética purista también explican contradicciones evidentes en la posición crítica de algunos juicios, por ejemplo en las notas sobre Neruo y González Martínez, dos poetas dispuestos a superar el modernismo de sus primeros libros por la vía meditativa y espiritual de la poesía simbolista en lengua francesa que atendían, respectivamente, desde principios de los años diez. Sin embargo, lo que en Neruo terminó en impudicia moral y religiosa, según la nota de Villaurrutia, en González Martínez la espiritualidad crepuscular fue vista por Torres Bodet como el inicio de una influencia saludable entre los jóvenes (neoteneístas, le faltó decir), atentos a una obra “de consistencia moral extraordinaria”.<sup>22</sup> En contraste con esta lectura

<sup>21</sup> Para un resumen de los hallazgos documentales que han enriquecido desde 1985 la historia textual de la *Antología de la poesía mexicana moderna*, véase la “Addenda” de Guillermo Sheridan a la quinta edición de dicha obra en el Fondo de Cultura Económica, 1998.

<sup>22</sup> *Antología de la poesía mexicana moderna*, ed. cit., p. 119. La información sobre la autoría de las notas de presentación se debe a Guillermo Tovar y de Teresa, “Hallazgo en torno a los Contemporáneos”, *Vuelta*, núm. 206, enero de 1994, pp. 61-63.

concesiva de un Torres Bodet enfilado hacia la etapa surrealista de *Destierro*, para Villaurrutia el autor de *La amada inmóvil* representa un paradigma proscrito en el “tiempo nuevo” mexicano: “Fue Nervo víctima de la sinceridad; no sin ironía puede pensarse que éste fue su heroísmo. Nadie mejor que él puede servir de pretexto para meditar sobre esa antítesis que se ha hecho de la vida y el arte. Para quienes predicán su deshumanización ‘y que rompa las amarras que a la vida lo sujetan’, el ejemplo de este poeta es un argumento valioso: el hombre, allí, acabó por destruir al artista.”<sup>23</sup> Lo extraño entre ambas selecciones y notas es el desequilibrio de una labor crítica que se preció de objetiva en el prólogo, hasta el extremo de proponer que prescindiría de todo elemento ajeno a la intratextualidad de los poemas. Entre otros casos, sobre todo de la tercera sección en la que se antologaron los propios Contemporáneos, el de González Martínez, el poeta vivo más cercano a varios de los antologadores, prueba una vez más la comprensible parcialidad de toda lectura, es decir, de toda antología estratégica, polémica y reconfiguradora de un territorio varias veces tomado por asalto en México, como ya había ocurrido en el combate preateneísta de 1907.

Con su reconocida medida, uno de aquellos jóvenes abuelos “a la altura del arte” de los Contemporáneos, Alfonso Reyes, afirmó en 1929: “A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo.”<sup>24</sup> Con esta apostilla a la modernidad apenas recimentada un año atrás, Reyes culminaba su “amistad literaria” con el nayarita en “El viaje de amor de Amado Nervo”. Después de este espléndido ensayo, su autor le entrega la estafeta filológica a Alfonso Méndez Plancarte. Ya en 1939 Reyes le confía a su sucesor los originales de “La última luna” para las *Poesías completas* de 1943.

Todo ese otro camino de Nervo, el de su recepción en México, está trabado a la imagen y semejanza del poeta que fijaron los Contemporáneos. Las siguientes comunidades de escritores, de manera significativa las que se consolidan en las

<sup>23</sup> *Antología de la poesía mexicana moderna*, ed. cit., p. 119.

<sup>24</sup> Alfonso Reyes, “El viaje de amor de Amado Nervo”, en *Obras completas*, vol., VIII, p. 31.

revistas *Taller*, *El Hijo Pródigo* y *Tierra Nueva*, validaron aquella lectura, sobre todo la de Cuesta en 1934, como ahora reconocen José Luis Martínez y Alí Chumacero, quienes dejaron de ser lectores íntimos de *La amada inmóvil* en sus mocedades tapatías de 1935 para convertirse, desde la década de los cuarenta, en críticos acérrimos de Nervo.<sup>25</sup> Con honestidad admirable, Martínez respondió recientemente a la pregunta: ¿Por que tuvieron más peso los juicios de los Contemporáneos que aquel señalamiento de Reyes?:

Es por una lectura parcial. Yo tengo verdadera antipatía por la actitud de Cuesta. Yo creo que Cuesta fue el iniciador de esa reacción en contra [...] Yo fui uno de los que siguieron a los Contemporáneos en esto, lo llamé 'cursei'. Es una manera de curarse en salud, de criticar de antemano algo que sí nos gusta, que sí nos conmueve, pero que desconfiamos de ello, pues pensamos que sólo es poesía lo intelectual y las visiones de los sentidos de la poesía a lo Pellicer y lo Villaurrutia. Eso es poesía pero también lo otro es poesía [...] Ahora creo que la poesía puede darse tanto por el camino del sentimiento y aun de las confesiones sentimentales, como por el de la gracia verbal. Lo importante es una tensión de eficacia expresiva, y Nervo logra esa intensidad en muchas de sus obras.<sup>26</sup>

A pesar de otros signos positivos en el octogésimo año luctuoso de Nervo, continúa vigente la insistencia de Manuel Durán, José Emilio Pacheco y Ernesto Mejía Sánchez, quienes coincidieron, al término de los sesenta, en que se esclarecieran “los extremos de admiración —del público— y denigración —de la crítica—”,<sup>27</sup> vertidos en una obra más compleja de lo que hemos supuesto a partir de una historiografía recibida con singular mollicie. Por ello, Alí Chumacero insiste en “rescatar [a Nervo] de ese fango en que lo hemos metido. Hemos dicho que es un

<sup>25</sup> José Luis Martínez. "Revisión de Amado Nervo", en *Literatura mexicana siglo XX (1910-1969)*, pp. 150-159.

<sup>26</sup> José Luis Martínez, "La inteligencia mezclada con sensibilidad en una percepción extraordinaria de lo moderno", entrevista de Gustavo Jiménez Aguirre, en *La Jornada Semanal*, núm., 234, 29 de agosto de 1999, p.7.

<sup>27</sup> Manuel Durán, "Prólogo", en Amado Nervo, *Cuentos y crónicas*, p. VI.

poeta mediocre, un poeta cursi, un poeta que no tiene derecho a igualarse con los grandes de la literatura. Hay que rescatarlo y ponerlo precisamente en su lugar”.<sup>28</sup>

Es evidente que en los noventa algo empezó a ocurrir con aquella inercia que intentaron sacudir Pacheco, Durán y Mejía Sánchez. Despreciada por la fama del poeta en desgracia, la narrativa de Nervo merece revaloraciones como las que José Ricardo Chaves realiza de *El donador de almas* y de los relatos y crónicas fantásticos recién antologados.<sup>29</sup> En cuanto a la prosa ensayística, Antonio Alatorre,<sup>30</sup> Blanca Estela Treviño<sup>31</sup> y Aureliano Tapia Méndez<sup>32</sup> esperan que la actualidad y buena factura de *Juana de Asbaje* le allegue nuevos lectores a otras obras del autor. La variedad de esta prosa tiende a ganar lectores informados por la vigencia de sus virtudes más evidentes: brevedad, humor, ironía y agudeza para sostener diálogos narrativos, tanto en la crónica como en el relato, géneros impregnados, en sus mejores momentos, de una “inteligencia que está iluminándolo todo, todo lo hace fresco, viviente, toda clase de temas, lo mismo las cosas incidentales, lo que pasa por su calle, el entender la ciudad que vive, el descubrir las cosas del tiempo, y ver hacia dónde vamos: todo eso es de una agudeza excepcional”.<sup>33</sup>

<sup>28</sup> Alí Chumacero, “Hay que rescatarlo de ese fango en que lo hemos metido”, entrevista de Gustavo Jiménez Aguirre, en *La Jornada Semanal*, núm., 234, 29 de agosto de 1999, p.6.

<sup>29</sup> José Ricardo Chaves, *Los hijos de Cibeles* y Amado Nervo, *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica* (selección, estudio preliminar y notas de José Ricardo Chaves). Al respecto, véase la entrevista con el autor en *La Jornada Semanal*, núm., 234, 29 de agosto de 1999, p.6.

<sup>30</sup> Antonio Alatorre, “Introducción”, en Amado Nervo, *Juana de Asbaje. Contribución al Centenario de la Independencia de México*.

<sup>31</sup> Blanca Estela Treviño, “Juana de Asbaje de Amado Nervo o la restitución de una vida y una personalidad literaria”, en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana*.

<sup>32</sup> Aureliano Tapia Méndez, “Prólogo” en Amado Nervo, *Juana de Asbaje. Contribución al Centenario de la Independencia de México*.

<sup>33</sup> José Luis Martínez, “La inteligencia mezclada con sensibilidad en una percepción extraordinaria de lo moderno”, *op. cit.*

## LAS PÁGINAS IMPRESCINDIBLES DE *EL CORREO DE LA TARDE*

Siguiendo el impulso del resurgimiento de Nervo en el medio cultural de los noventa, al emprender la edición crítica de la obra poética nerviana que me encomendó el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM en 1995, me propuse localizar los poemas de la estancia periodística de Nervo en *El Correo de la Tarde*, un “decano de la prensa nacional” fundado en 1885 en Mazatlán, Sinaloa. Siete años después, ese vespertino le brindó al joven tepiqueño una de las mejores oportunidades de su vida: sustituir en la redacción al narrador y periodista sonoreense José Ferrel. La extraordinaria fortuna de ingresar al único diario que circulaba por entonces en el puerto, junto con un par de publicaciones semanarias, colmó todas las expectativas de quien, a finales de 1891, sólo esperaba destinarse en algún escritorio prestigiado de su Tepic natal, ignorante aún de las “andanzas peregrinas que le esperaban en la *selva obscura* de la Vida” (OC, I: 1326).

Para rastrear aquellos primeros pasos profesionales por el periodismo porteño, contaba con algunas pistas hemerográficas y con el acicate filológico de Mejía Sánchez, quien concluyó en el minucioso balance realizado al término del primer centenario del nacimiento de Nervo: “Algo se ha hecho, pero queda mucho por hacer”.<sup>34</sup> Entre otras tareas pendientes, el editor de Reyes insistía en la “imperfectamente documentada” iniciación modernista del nayarita en *El Correo...*: “A pesar de que Méndez Plancarte, desde 1938, llamó la atención sobre esta laguna, ni los investigadores ni las instituciones que suelen patrocinarlos, se han movido a cubrirla. ¿Los Centros de Estudios Literarios del Colegio de México y de la Universidad Nacional esperan que las fundaciones internacionales cobren esas piezas imprescindibles?”<sup>35</sup> Esta insistencia volvió a caer en el vacío.

<sup>34</sup> Ernesto Mejía Sánchez, “Prólogo”, en Amado Nervo, *Plenitud, Perlas negras, Místicas, Los jardines interiores, El estanque de los lotos*, p. XII.

<sup>35</sup> Ernesto Mejía Sánchez, “Prólogo”, ed. cit., p. XVI.

Aunque la prosa nerviana es rica en remembranzas tepiquenses y michoacanas, correspondientes a los primeros trece años de vida y a la sólida formación escolar en Jacona y Zamora (1884-1891), las escasas referencias de Nervo sobre su debut periodístico en Mazatlán resultan insuficientes para llenar el vacío entre las primeras letras recogidas en *Mañana del poeta* y el ascenso meteórico en la prensa y la vida literaria capitalinas a partir de la publicación de *El Bachiller* (1895). En contraste con la parquedad deliberada sobre el intervalo porteño de 1892-1894, en la prosa nerviana afloran los balbuceos poéticos de la infancia; los acarrees del lenguaje familiar y social, la magnificencia de los rituales religiosos, los rudimentos estéticos de las pastorelas y los modestos espectáculos circenses que alimentaron la materia memoriosa de ensayos y crónicas. En esos sedimentos autobiográficos quedaron grabados el bullicio callejero y el estallido de los judas, los acordes de las primeras lecciones de música con un profesor ciego y las voces de la madre y la nodriza de Nervo, excelentes narradoras que despertaron un talento sonoro de variados registros. Después de descubrir con ellas el gusto por contar historias, Nervo aprendió “muchas cosas más”, como dice en “El viejecito”, una de las historias escuchadas en la infancia.

Entre otras enseñanzas mundanas, al abandonar el seminario de Zamora Nervo aprendió a ganarse la vida. Para hacerlo cumplió en las cuatro páginas del vespertino porteño un rito de pasaje que nos permite, a cartas vistas, vislumbrar al cronista bisoño y al poeta de las iniciales *Perlas negras*, refundidas en la ciudad de México a partir de diciembre de 1895.

Lo peculiar del arribo a Mazatlán fue que Nervo llegó en calidad de náufrago. Me explico: luego de abandonar su esporádica vocación sacerdotal, el desconcertado bachiller regresa a Tepic a finales de 1891, donde pronto se convence de que por su condición estigmatizada de exseminarista siempre sería un “chaqueta volteada” para sus coterráneos. “¿Qué sucedió después?”, se preguntará reiteradamente Alfonso Méndez Plancarte, movido por el celo de entregar a los lectores “todo el Nervo lírico”, en las siguientes ediciones de las *Poesías completas*.

Enfrentado a la carencia de esos textos, el riguroso editor arriesgará un afantasmado boceto: “Pronto, en busca de mejores empleos y de un ambiente más vasto, marchóse a Mazatlán. Y la literatura fue cada día con más vehemencia empujándolo hacia la Metrópoli”.<sup>36</sup> Desconcertante atajo para un investigador que anduvo el camino accidentado de la crítica textual en sus ediciones de 1938, 1943 y 1952, las cuales dejan ver el mismo escollo: las inasibles colaboraciones de *El Correo...*

Fieles a su origen marítimo, aquellas crónicas y cuentos también escaparon de las redes de González Guerrero, tendidas para la edición más completa de la prosa nerviana de 1952. Es notable la honestidad del editor: “Desconozco lo que escribió Nervo en Mazatlán. Correspondía a Genaro Estrada hacer la relación de los trabajos periodísticos y literarios de Amado Nervo en esta época de su vida, pero no se refiere a ellos sino con brevedad y por mera incidencia”.<sup>37</sup> En efecto, Estrada sólo glosa las “muchas gacetillas, algunos poemas y reseñas de los bailes [...] en las que el uso de la época imponía para cada linda muchacha una alusión deliberadamente romántica, con poesías en verso o en prosa”.<sup>38</sup> Lo cierto es que esta salida, demasiado fiel a la voluntad nerviana de no precisar su iniciación modernista, sigue de cerca una “Crónica de la semana” publicada el 21 de diciembre de 1904: “Estos grandes bailes me recuerdan algunos detalles de mis albores de cronista que valen la pena de referirse” (oc, I: 1077). Pero su elusiva confidencia no fue más allá de un par de anécdotas jocosas relacionadas con sus primeras lectoras.

En contraste con el poeta de las recurrentes imágenes marinas de *Perlas negras* (1898), el prosista olvidará con rapidez los aires porteños que entraron a sus primeras crónicas y segundos cuentos. Desconcertantemente en aquel poemario inicial, Nervo quiso prestigiar —en la ciudad de México— una decadencia precoz de “adolescencia”, bastante ajena a la historia textual de las primeras versiones

<sup>36</sup> Alfonso Méndez Plancarte, “Noticias biográficas”, en Amado Nervo, OC, II: 1235.

<sup>37</sup> Francisco González Guerrero, Amado Nervo, OC, I: 10-11.

<sup>38</sup> Genaro Estrada, “Prólogo”, en Amado Nervo, *Poemas, Las voces, Lira heroica...* p. VII.

escritas en Mazatlán, como veremos en el inciso “Génesis de un libro de juventud” del capítulo 5. Existen otras dos excepciones posteriores a las arriba señaladas: “Una marselesesa” y la crónica “Los peregrinos”, ambientados en la multicitada Plazuela Machado y en los festivos Paseos de Olas Altas de las primeras crónicas porteñas, vueltas a la luz para recordarnos que el talento cronístico de Nervo comenzó a forjarse en su “Revista semanal” de *El Correo de la Tarde* y no en las redacciones metropolitanas, como hasta ahora habíamos supuesto. En un texto más de la futura estancia diplomática en España, una entrevista concedida en 1906, por fin el autor descubrirá el nombre del vespertino en el que forjó sus primeras armas periodísticas (OC, II: 1064), pero no menciona —nunca lo hará— sus seudónimos de juventud.

Ya Ernesto Mejía Sánchez anticipó que resultan más reveladoras las líneas de Nervo escritas en 1903 como prólogo al volumen III de las obras najerianas en prosa: “Conocía yo casi toda la obra de Gutiérrez Nájera; desde el rincón de mi provincia devoraba sus artículos a medida que aparecían en los diarios” (OC, II: 1077). ¿Cuál es la latitud del terruño que Nervo no precisó? ¿“Tepic, Jacona, Zamora, otra vez Tepic y Mazatlán”?<sup>39</sup> como propone Mejía Sánchez siguiendo el itinerario vital del poeta. En contraste con esta especulación carente de pruebas documentales, puede afirmarse —según nos revelan las crónicas, poemas y cuentos de *El Correo...*— que Nervo se refería a la estancia mazatleca de 1892-1894 con su breve y desencantado preludeo tepiquense. Si Mejía Sánchez hubiera tenido a la vista aquel diario, sin duda habría profundizado aún más su propuesta sobre “esta época de Nervo en Mazatlán, decisiva en su labor literaria, por cuanto en ella se acerca a la corriente modernista”.<sup>40</sup> Desafortunadamente, sus afirmaciones se vieron limitadas por seguir la investigación parcial de Francisco Ramírez Villarreal,<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Ernesto Mejía Sánchez, *op. cit.*, p. XIV.

<sup>40</sup> *Idem.*

<sup>41</sup> Publicada en *Nosotros*, Monterrey, febrero de 1938, núm. 7, pp. 30-31, 55 y 58. Como el azar documental es parejo, si a Mejía Sánchez le negó la consulta del vespertino, a mí no se me ha dado localizar el ejemplar de *Nosotros* que contiene el hallazgo de Ramírez Villarreal; por ello sigo las noticias de Mejía Sánchez y en el tercer inciso del capítulo 4, “Génesis de un libro de

quien restringió su escrutinio del vespertino a la producción poética, tal vez por desconocimiento de los seudónimos Román y El Conde Juan, cuya confusa historia y paternidad se aclaran en el inciso “La buena amistad entre el anciano hidalgo y el periodista novel” del capítulo 4, así como en el siguiente, “La iniciación modernista”, dedicado al estudio de la asimilación de las poéticas de Darío y Gutiérrez Nájera.

Impregnadas de leyenda, hasta ahora no había sido posible documentar con precisión las circunstancias del arribo y los primeros días del poeta en Mazatlán. En cambio puede decirse sin ningún asomo de duda que el 13 de septiembre de 1892 Nervo hizo una confusa presentación en *El Correo...* con “Una estatua”, firmado por A. Zervo, desconcertante errata o juego de palabras deliberado que signó el futuro enmascaramiento de sus primeras letras plenamente modernistas.

Los textos de aquella estancia entrelazan el albor romántico, académico y religioso del poeta adolescente en tierras michoacanas con el encuentro frontal del modernismo metropolitano en las tertulias y redacciones de los diarios, a los que Nervo irá ingresando, desde finales de julio de 1894, con su abultada carpeta azul bajo el brazo: las setenta y un crónicas, trece cuentos y cuarenta y siete poemas con los que fue posible realizar la presente investigación.<sup>42</sup> (Queda fuera del *corpus* la primera novela corta de Nervo, *Pascual Aguilera {Costumbres regionales}*, cuya versión inicial de 1892 fue reescrita cuatro años más tarde. Las noticias vagas del autor sobre el lugar exacto de escritura (OC, I: 157),<sup>43</sup> así como la falta de testimonios manuscritos o hemerográficos que precisaran el texto primigenio, determinaron la

---

juventud”, abundo al respecto.

<sup>42</sup> Los cuadros 1, 2 y 3 del capítulo 5 concentran la historia textual de los tres géneros estudiados en este trabajo.

<sup>43</sup> Como afirma Francisco González Guerrero, *Pascual Aguilera* debió escribirse durante 1892, tal vez en los meses de la breve estancia tepiqueña que antecedió al arribo de Nervo a Mazatlán: “Si no se conociera la fecha en que fue escrita ni ocupara el primer sitio en el volumen [de la prosa], se adivinaría que es el relato más antiguo por las diferencias que se observan en el estilo, muy próximo aún al que se lucía antes de la influencia modernista [...], así como por el reflejo visible del naturalismo.” González Guerrero, “Introducción a las prosas”, en Amado Nervo, OC, I: 23.

exclusión hermenéutica de *Pascual Aguilera* en este trabajo, salvo referencias esporádicas en los capítulos 4 y 5.)

El rescate y posterior edición de dicho mazo documental así como el presente estudio de “La iniciación modernista de Amado Nervo (1892-1894)” no aspiran a prestigiarse en la dimensión faraónica o en la pretensión acumulativa del “todo Nervo lírico” con la que quiso Alfonso Méndez Plancarte, infructuosa e equivocadamente, revertir la “recepción negativa” del poeta en México. Por el contrario, las “Obras” que Nervo soñó deberían ser disminuidamente completas, si la ironía del oxímoron lo permite. “He hecho —reconoció en 1907— innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras [...] Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen es ésta la que me duele más: el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único” (oc, II: 1065). Con todo y el reiterado ideal parnasiano de José María de Heredia, implícito en la aguda conciencia nerviana sobre las condiciones en las que produjeron su obra literaria y periodística los escritores modernistas, no podemos desconocer en esas palabras que las tareas filológicas del crítico textual y las ocupaciones culturales del historiador de la literatura parten de las fuentes hemerográficas (o regresan indefectiblemente a ellas) para adentrarse en sus contextos.

La historia documental de este revivido rito de pasaje modernista está impregnado de la tinta ya desleída en los escasos y, lamentablemente, muy deteriorados ejemplares sobrevivientes de *El Correo de la Tarde* resguardados en el Archivo Municipal de Mazatlán. Tener la suerte de volver a contar un capítulo olvidado en la vida y la obra de Nervo, despertó en mí una curiosidad insospechada por el paisaje y el espacio urbano, por la actividad económica y la vida social, por la “alta cultura” y las expresiones populares, por el periodismo y la literatura porteñas que Nervo nos deja ver en este mazo prosístico y poético, cuyo valor añadido radica en el mérito de documentar la cultura y las letras porteñas.

Con los resultados previsibles del *voyerista* desencantado que sólo tuvo tiempo para asomarse en unas cuantas cuartillas a la historia de Mazatlán, alcancé a señalar algunos puntos de orientación en una “Mínima guía portuaria”, acaso un juguete como el que Carlos Pellicer construyó con las casas y las calles de Curaçao, según se puede comprobar en el segundo inciso del capítulo 4, donde dejé constancia de mis recorridos por el Mazatlán de la penúltima década decimonónica a través de una lectura vicaria de la crónica nerviana como instrumento de navegación por aquella estancia juvenil que se delimita entre septiembre de 1892 y junio de 1894, aunque después de su arribo a la ciudad de México el prosista continúe enviando las colaboraciones que preciso en el apartado final de este trabajo. En “Mazatlán, circa 1891-1897 (*Mínima guía portuaria*)” deliberadamente rebasé el marco histórico de los “trabajos y los días” de Nervo con la intención de hacer más comprensibles aquellos años de la apasionante historia de Mazatlán. El inciso no va más allá de un recorrido panorámico, supeditado a la curiosidad del figoneo cultural que convoca toda lectura de la prensa periódica.

Notable crítico textual, Ernesto Mejía Sánchez adelantó en 1970 la propuesta central de la voluntad narrativa de este trabajo. Acepté el reto de esta licencia metodológica con perdón de los persistentes fundamentalistas teóricos, quienes no quisieran sino imponer una ortodoxia hermenéutica ajena a la hora de las contaminaciones que los estudios literarios viven desde hace un par de décadas. Mejía Sánchez dijo simplemente: “Habría que contar la historia otra vez, quizá de otra manera, con base en los documentos cohetáneos [*sic*]”.<sup>44</sup> Acorde con esta propuesta, entiendo que el ejercicio filológico puede ser una práctica narrativa en la que cada hallazgo documental nos permite añadir un giro a la trama colectiva que contamos, reconfigurar un personaje, delinear cierta escena hasta entonces irrelevante en ese relato polifónico de la crítica sobre determinados autores y ciertas obras. Mientras llega el hallazgo de un nuevo testimonio —con el que, quizá nosotros mismos, habremos de “retroceder humildemente y decir a quienes han

---

<sup>44</sup> Ernesto Mejía Sánchez, *op. cit.*, p. x.

tenido el valor de leernos: ‘Ustedes perdonen, pero he encontrado algo que...’—,<sup>45</sup> parte del placer de la crítica textual radica en prolongar por unas cuantas horas la trama de aquella historia. Si gracias a su olfato documental y talento narrativo el crítico sobrevive, al retomar para los lectores la historia suspendida la ocasión anterior dirá como Scherezada: “Ha llegado a mis oídos que el autor de mi relato llegó cierto día de 1892 a Mazatlán y que...”

El aserto de Mejía Sánchez orientó la estructura de los dos grandes bloques biográficos desde una perspectiva que intenta, en la primera parte, reconstruir los años formativos del capital escolar adquirido en Jacona y Zamora; sin el conocimiento de aquéllos es imposible comprender el acceso de Nervo al periodismo profesional a partir de 1892. En el siguiente capítulo de la obra nerviana —hasta ahora olvidado— se justifica plenamente el recuento de su iniciación modernista por medio de una lectura cultural e intratextual de los poemas, prosas y cuentos que tanto se habían resistido a las ediciones precedentes de las *Obras completas*. No por un ánimo, insisto, de trasnochada filología positivista empeñada en sumar metros de altura a la cordillera “magnificante” de su autor. Más allá del rescate de un rimerero de textos, muchos de ellos legibles sólo como documentos culturales, me sigue pareciendo penoso para la historiografía del modernismo que sólo hasta ahora podamos conocer los cimientos de una obra que se juzgó ruinosa después de 1928. La posteridad en la que se depositó la abulia crítica de volver a habitar más tarde que temprano —quizá nunca— esa casona otrora magnificante debería repensarse con la confianza de que el autor dejó en su biblioteca algunos libros de grata lectura. Este trabajo aspira también a restituir el mayor número posible de las páginas que conformaron la iniciación modernista de Amado Nervo.

*Septiembre de 1999.*

---

<sup>45</sup> Ana Elena Díaz Alejo, “Manuel Gutiérrez Nájera, cronista”, en Bache Cortés *et. al.*, *op. cit.*, p. 81.

# ÚLTIMA SINGLADURA

No contaré con detalle mi encuentro con Amado Nervo porque es un asunto algo penoso. En septiembre de 1995 pretendía dar continuidad a mi tesis de maestría con un proyecto doctoral que inscribí en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras. Asesorado por la Dra. Rosa Beltrán, “El alma de las cosas. El otro modernismo mexicano” no tuvo oportunidad de llegar más allá del segundo semestre.

Como el joven Nervo, desconcertado en 1892 por la urgencia de “las realidades cotidianas” con las que forjó la prosa de su revista semanal en *El Correo de la Tarde*, yo también crucé mi línea inicial de sombra. Apenas me adentraba en ella, cuando viajé a Mazatlán en mayo de 1996. Transcurrían los primeros meses de la investigación documental para la edición crítica de la “Obra poética” de Amado Nervo, la cual se me había asignado —por iniciativa del Dr. Jorge Ruedas de la Serna— al ingresar al Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM en octubre de 1995.

A mi regreso de aquella avanzada al puerto, hice malabares para justificar en el Congreso de Doctorandos de 1996 la noticia de un hallazgo: las primeras letras periodísticas de Nervo, que sólo tangencialmente se acercaba el proyecto original de tesis. Un par de meses después, aquél se trocó en la “Edición crítica de la obra poética de Amado Nervo” que, para mi entusiasmo, aceptó dirigir el Dr. Federico Álvarez Arregui.

Como debe esperarse de una edición crítica actual de las poesías nervianas, desde el principio traté de incluir los escurridizos poemas inmediatos a *Perlas negras* y *Místicas*, los libros primigenios de 1898. Tampoco dejaban de picarme la curiosidad las ninguneadas “gacetillas de bailes” con las que, supuesta y exclusivamente, el escritor en ciernes se había ganado sus primeros jornales periodísticos. Como en la metáfora lorquiana, esas prosas y aquellos versos seguían dando “saltos jabonados de delfín”.

Después de Alfonso Méndez Plancarte, Ernesto Mejía Sánchez fue quien estuvo más cerca de atraparlos. Desconozco las razones por las que Mejía Sánchez se detuvo o aguardó demasiado para concretar el hallazgo. Mi única certeza es que fui a Mazatlán en su lugar. Dada nuestra molición centralista, hubiera preferido tener el material al alcance de alguna biblioteca capitalina, y sólo buscar allá algo de “contexto” en una bibliografía sumaria. Fue una suerte que ya para entonces la otrora colección viajera de *El Correo de la Tarde* volviera definitivamente al Archivo Municipal de Mazatlán, con todo y las huellas indelebles de su peregrinaje lamentable.

Dudo que el tiempo logre opacar mi primer día luminoso en Mazatlán. Antes de abrir las páginas de *El Correo de la Tarde*, el breve recorrido para localizar las oficinas del Archivo —de Olas

Altas a la Plazuela de Machado— me hizo presentir que el talento prosístico de Nervo no podía haber sido indiferente al pasado magnífico que empezaba a descubrir. Con esa expectativa promisoría, empecé a trabajar en el ambiente cordial y generoso que invariablemente me dispensaron el historiador Enrique Vega Ayala, entonces director del Archivo, y sus compañeros Guadalupe Hernández de Magaña, María del Socorro Carvajal, Iván Hernández Ruiz y Sergio Aristeo Herrera. Debo a ellos orientaciones indispensables para la consulta del acervo, así como búsquedas documentales (realizadas por iniciativa de Iván), sugerencias biblioheмоgráficas y recomendaciones para entrevistas provechosas con Osés Cole Isunza, Agustín Lucero Mendoza — quien me auxilió eficientemente en el cotejo de los textos— y Francisco Ramírez Osuna, un periodista dispuesto a compartir su pasión cultural por Mazatlán.

En otros ámbitos sinaloenses me recibieron el Mtro. Jorge Briones Franco y don Francisco Valadés, cronista de Mazatlán. Gracias a su liberalidad, sostuve conversaciones con ambos y me proporcionaron materiales imprescindibles sobre los temas de sus respectivas especialidades: la prensa periódica sinaloense y la historia del puerto.

El itinerario documental de esta investigación fue un auténtico “Viaje a la semilla”, en el que recorrí los primeros 24 años de vida de Amado Nervo. Luego de tres estancias en Mazatlán para recoger los textos del periodista novel en *El Correo de la Tarde*, empecé a retroceder hasta el Tepic de su primera infancia. En Zamora conté con el tiempo, la biblioteca y los archivos de don Francisco Elizalde, en Jacona con la benevolencia del sacerdote Francisco Valencia Ayala y en Tepic con la erudición sobre historia nayarita del Dr. Pedro López González.

Para complementar la información sobre los años escolares de Nervo, trabajé en la Biblioteca Cervantina del Instituto Tecnológico de Monterrey, donde el escritor Ricardo Elizondo Elizondo me concedió todas las facilidades para consultar el archivo de Alfonso Méndez Plancarte. Con su reconocido don de gentes, la Dra. Alicia Reyes puso en mis manos los papeles de Amado Nervo que resguarda la Capilla Alfonsina. El Lic. Jaime Vélez Storey me ayudó a gestionar la consulta y reproducción de los expedientes diplomáticos de Nervo en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

La Dra. Eugenia Meyer y José Luis Martínez González, bibliotecario del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, se sumaron a mi afán de localizar, en el extranjero, los números de *El Correo de la Tarde* que no existen en el Archivo Municipal de Mazatlán. El hecho de que esa búsqueda haya resultado infructuosa no disminuye mi gratitud con ellos. Para rastrear la llegada de Nervo a la ciudad de México en 1894, la Lic. Guadalupe Landa me orientó con su profesionalismo de siempre en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

A principios de 1998, el Dr. Álvarez Arregui y yo valoramos los requerimientos económicos que implicaba localizar las fuentes hemerográficas de las poemas de Nervo publicados en España y en algunas capitales de Latinoamérica, como La Habana, Buenos Aires y Montevideo. En consecuencia con esa otra urgencia de “las realidades cotidianas”, propusimos un nuevo giro al proyecto doctoral y optamos por ceñirlo a la iniciación modernista de Nervo. Para entonces ya había concluido la recopilación y establecimiento de ese *corpus* temprano. Tanto el Dr. Guillermo Sheridan como el Mtro. Héctor Valdés —integrantes del Comité Tutorial— coincidieron con nosotros en ese encausamiento.

Con la orientación aguda del Dr. Federico Álvarez, la infraestructura filológica del rescate en el que se sustenta esta investigación se transformó en el estudio de las segundas letras nervianas. Agradezco a los doctoras/es Regina Aída Crespo, Lourdes Franco, Héctor Perea, Adriana Sandoval, Guillermo Sheridan y Rafael Torres Sánchez sus lecturas atentas y sugerentes de estas páginas.

Marcela Reyna Acevedo, Gabriela Turner Saad y Fernando Salinas Sánchez, pasantes de la licenciatura en lengua y literaturas hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, prestaron su servicio social en la edición crítica de la “Obra poética” de Amado Nervo. Desprendida de esa investigación, la que ahora concluye debe a ellos valiosas horas de cotejos y búsquedas bibliohemerográficas.

Doña Lilia Aguirre de Jiménez, madre y abuela solícita, pasó largas temporadas en casa para hacerles más llevaderos mis encierros y viajes de investigación a Griselda y Andrea. Amigos y colegas entrañables, Lourdes Franco, Adriana de Teresa y Rodolfo Mata compartieron conmigo los beneficios y maleficios espirituales de esta última singladura escolar.

Finalmente., dejo constancia de mi agradecimiento al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo que recibí de su Programa de Becas Nacionales, y a Silvia Prado por sus gestiones siempre eficientes con dicha institución.

*Marzo de 2000.*

**TRES CAPÍTULOS  
DE UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL  
(1870-1881)**

*Quien se representa un árbol está forzado a representarse un cielo o un fondo para verlo recortarse. Hay ahí una lógica casi sensible y casi desconocida.*

Paul Valéry, "Introducción al método de Leonardo Da Vinci"

# 1. VISLUMBRES DE “UN GRAN SONORO”

*Movido de mi verbosidad, que cuando halla almas  
prestigiosas y oídos nobles, borbota, y que suele morir  
por horas y días ante los Calinós, Darío me dijo:*

*—Es usted un gran sonoro; no me lo imaginaba  
así.*

*—Y usted un gran silencioso.*

Amado Nervo, “Rubén Darío”

## LA MONEDA EN EL AIRE

En sus albores de cronista, Amado Nervo anticipó un par de líneas sobre la Exposición Universal de París que se celebraría en 1900. El lunes 7 de abril de 1893, en su revista semanal de *El Correo de la Tarde*, Nervo —encubierto por Román— resumió a su bien ganado público mazatleco toda la información disponible en el servicio cablegráfico del vespertino acerca de la Exposición de Chicago, próxima a inaugurarse para celebrar el cuarto centenario de los viajes de Cristóbal Colón al continente americano.<sup>1</sup> Antes de concluir su modesto artículo “Dentro de pocos días”, Nervo dio con el giro que singulariza aquellas líneas incipientes: lanzar con ellas una moneda al aire para que la posteridad decidiera sobre un tópico cultural culminante en el dominio hispánico del anterior fin de siglo: Civilización o Barbarie, Ariel o Calibán. “París —auguraba Román—, cerebro del mundo civilizado, foco de todas las grandes revoluciones intelectuales y políticas, demostró al mundo hace muy poco lo que puede la inteligencia: Chicago mostrará a su vez, lo

---

<sup>1</sup> La Exposición de Chicago se llamó oficialmente “El mundo colombino”. Entre abril y octubre de 1893, 27 529 400 visitantes pasaron por el vestíbulo de Jackson Park hacia las exposiciones tecnológicas, agrícolas, industriales y artísticas que, a pesar del halo fastuoso y civilizatorio, no atrajeron tanto la atención del público como los espectáculos del lodoso *midway*. Sobre la participación de México en ésta y otras exposiciones universales del periodo 1880-1930, véase la investigación notable de Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna*.

que pueden la industria, la riqueza y el trabajo. / ¿Quién vencerá? / ¡Nadie lo sabe! / En todo caso, París recibirá la respuesta y se reservará una nueva y asombrosa manifestación para el fin del siglo.”<sup>2</sup>

Concluido su noviciado periodístico de Mazatlán en junio de 1894, el poeta de las primeras versiones de *Perlas negras* se despidió de un ideal para alcanzar otro en la ambicionada metrópoli modernista de su país:

Cuando me vaya para siempre, entierra  
con mis despojos tu pasión ferviente;  
a mi recuerdo tu memoria cierra;  
es ley común que a quien cubrió la tierra  
el olvido lo cubra eternamente.

(CT, 20.07.94, p. 2)

Desde su arribo a la ciudad de México en aquel año axial para el modernismo hispanoamericano por la fundación de la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera, Nervo se abre paso en las redacciones que apuestan por su talento cronístico forjado en su recién clausurada estancia porteña. Seis años más tarde, hacia 1900, el autor de *El Bachiller* (1895) será uno de los escritores más profesionales de la planilla de Rafael Reyes Spíndola en *El Mundo* y *El Imparcial*, los diarios que capitalizaron —desde 1896— los subsidios gubernamentales.

En aquel México de contados triunfos fulgurantes por las condiciones de un horizonte cultural reducido a la prensa, a los tirajes mínimos de libros, a la bohemia como otra forma de sobrevivencia ética y estética; en aquel México —en fin— dependiente de la dramaturgia extranjera, Amado Nervo fue ovacionado repetidamente el 14 de octubre de 1899 en el estreno de *Consuelo*, su polémica

---

<sup>2</sup> Amado Nervo (Román), “Dentro de pocos días”, *El Correo de la Tarde*, 7 de abril de 1893, p. 1. En lo sucesivo, las referencias a las crónicas, cuentos y poemas de Nervo en el vespertino se citan en el cuerpo del texto haciendo referencia a la abreviatura del periódico, así como al día, mes y año de publicación (CT, 7.04.93). Salvo casos que se señalan, se excluye la página porque las colaboraciones en prosa de Nervo siempre aparecieron en la página 1. En las citas de poemas tomados de *El Correo de la Tarde* se indicará el número de página.

zarzuela.<sup>3</sup> Pero ni este otro lauro ni la publicación inmediata de *El donador de almas* atenuaron esa “sed insaciable de algo que no llegaba”, como definió Rubén M. Campos el *spleen* nerviano. Para conjurar a ese demonio tan *fin-de-siècle*, Amado teatralizó un suicidio en la oficina de su jefe:

—Rafael, vengo a despedirme de ti.

—¿Pues a dónde vas?

—Me voy a suicidar.

[Reyes Spíndola] estupefacto, lo miró largamente y le dijo, poniéndole una mano en el hombro:

—Y qué te parecería si en vez de irte a suicidar te fueras a Europa.<sup>4</sup>

Atraído por el enigma de aquella moneda que aún seguía en el aire, Nervo decidió levantar el cara o cruz de la modernidad en el propio París de sus atisbos periodísticos en Mazatlán.

Resuelto el itinerario con una primera escala en Nueva York para embarcarse a Liverpool y proseguir a Londres con destino final a la flamante Capital del Mundo,<sup>5</sup> Nervo no abandonó México en la Estación Colonia, donde fue despedido el 12 de abril de 1900 por familiares y amigos, sino al escuchar el sencillo “Buen viaje” que le deseara una compatriota antes de cruzar la frontera de Laredo. Ese último “fragmento de idioma”, de “patria lingüística” según la acertada y moderna concepción antirromántica que Nervo retoma de Gutiérrez Nájera, lo acompañó hasta que le dijo a Carlos Díaz Dufío, bajándose del tren en la *gare de Saint Lazare*: “Llévame a Notre Dame”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Desafortunadamente la obra sigue perdida, a pesar de las noticias y reclamos de Francisco González Guerrero en 1951. En su crónica dominical del 22 de octubre de 1899 Nervo dejó una nota sobre su única aventura por los tablados (OC, I: 1027-1028).

<sup>4</sup> Rubén M. Campos, “Amado Nervo en su juventud”, *Revista de Revistas*, año XXVI, núm. 1358, 24 de mayo de 1936, s.p.

<sup>5</sup> Las fuentes nervianas más completas sobre la primera estancia del poeta en Europa son *El éxodo y las flores del camino* y sus primeras “Crónicas de viaje”, así como las cartas enviadas a Rubén Darío y Luis Quintanilla. Bernardo Ortiz de Montellano utilizó todos estos materiales en *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*, añadiendo algunos testimonios de quienes convivieron con el poeta en París.

<sup>6</sup> Carlos Díaz Dufío, “De cómo Nervo conoció París”, citado por Bernardo Ortiz de Montellano en *ibid.*, p. 39.

“Por fin puedo hablar francés, estoy en mi patria. Hacía treinta años que no la veía” (OC, I: 1382), escribió el cronista para sus lectores de *El Imparcial*. Bitácora estilística y sentimental de aquel encuentro con la segunda lengua de los modernistas, *El éxodo y las flores del camino* (1902) señala, en la ruta del modernismo hispanoamericano, la ilusión europeísta con la que Nervo arribó a la apoteósica fiesta del cambio de siglo. Allá trató personalmente, pues sólo se conocían por sus letras, a varios de los mejores talentos de la comunidad hispanoamericana forjada en las revistas y periódicos de la *belle époque* azul: Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Díaz Rodríguez, Guillermo Valencia, Manuel Ugarte y Eduardo Talero; además de los mexicanos Carlos Díaz Dufío, Jesús Urueta, Luis Quintanilla y Justo Sierra, con quienes Nervo reencuentra o pierde amistades para siempre.

Después de jugar a esconderse por un tiempo en los meandros de la bohemia parisina, por fin fueron presentados el enviado de *La Nación* y el cronista de *El Imparcial* en un café inmediato al Moulin Rouge. Después de esa noche, en Calisaya, una efervescente cantina del bulevar Montmartre, o en la casa del 29 del Faubourg Montmartre, compartida durante nueve meses por Darío y Nervo, éstos se ocuparon de las obras y los proyectos mutuos, de “Las voces” y de *La hermana agua*, de la vida ya novelesca de Rubén y de los versos fraternos: “Amado es la palabra en que amar se concreta, / Nervo es la vibración de los nervios del mal” (OC, II: 1226), declamaba Rubén, “éste del nombre, que es una piedra preciosa”.<sup>7</sup>

Aun antes de estar en la ciudad letrada por excelencia, los escritores e infinidad de músicos y artistas plásticos latinoamericanos, la habían “poetizado, pintado y esculpido [...] Yo, por tanto —advertía el cronista en otra de sus

---

<sup>7</sup> Tanto los versos del nicaragüense como los que a la postre le escribió el mexicano, poseen variantes escritas al calor de la bohemia parisina. En la primera versión del soneto dariano “escrito en cinco minutos” —según Nervo— leemos: “Amado es la palabra que en querer se concreta” (OC, I: 1468). En ese mismo sentido, el origen del “Homenaje” luctuoso de Nervo se gestó en el retrato de *El éxodo y las flores del camino*: “Ha muerto Rubén Darío, / ¡el de las piedras preciosas!” (OC, II: 1440). Francisco Monterde estudió con detalle la historia textual de este poema en “Rubén Darío y Amado Nervo”, *Universidad de México*, vol. XXII, núm. 9, noviembre de 1967, pp. 28-29.

entregas— me propongo refugiarme en ciertos rinconcitos santos de la metrópoli, en el análisis de ciertas costumbres desconocidas, en el pedacito de sombra que proyectan ciertos recuerdos” (OC, I: 1388). Pero el demonio del genio tentaría al poeta en las alturas de la modernidad materializada en la Torre Eiffel para que bajara a conquistar a esa querida que “casi treinta años de mi miserable vida se había pasado esperando, asomándose a la ojiva para adivinar, a través del polvo de oro del camino, si vendría” (OC, II: 1151).

Cuando al fin Nervo vio caer la moneda que, con su ansia de novedad, había ido a recoger al “París divino”, tuvo que enfrentarse a su propio abismo para capturar el “estremecimiento de un estado diferente de los estados [...], una modalidad distinta de su vida, ser otro yo dentro de otro medio” (OC, I: 1436). Ésa fue la novedad lírica de “Las voces” y de *La hermana agua*, y ese el fluir de las excelentes prosas de *El éxodo...* Este impulso notable de la obra nerviana marcó su despegue del horizonte modernista, cuyo primer tramo había culminado Gutiérrez Nájera con su *Revista Azul* (1894-1896). La distancia ganada por Nervo puede medirse en la morosidad con que Luis G. Urbina dejaba atrás sus “Viejos romanticismos”, o en el dilatado compás de José Juan Tablada para refundir su segundo, definitivo, *Florilegio* de 1903. Nervo tuvo conciencia de esta ventaja sobre sus connacionales gracias a los comentarios epistolares que algunos lectores mexicanos le hicieron llegar cuando empezaba a pagar el precio de su “piadosa penumbra” parisina.

Cancelada su corresponsalía a mediados de 1900, tras un arrebató de celos profesionales de Rafael Reyes Spíndola, el periodista deambula por todos los caminos de la sobrevivencia. En junio de 1901 le confiesa a Luis Quintanilla, el amigo fraterno que ha vuelto a México: “Llevo ya algunos meses de miseria, de sacrificio inmenso, de dolor, y, sobre todo, óyelo bien, es muy vulgar, pero muy exacto, muy brutal, pero muy expresivo, de gorrear a todo el mundo, utilizando las simpatías que despierto, el teatro, el coche, hasta el pan amargo que me llevo a los

labios. Yo vivía en México pobre, pero dignamente [...] ¿para qué vine si ahora es fuerza que me vaya?” (OC, I: 1153).

Con la inercia de esa depresión, el poeta *flaneaba* de noche por París —y como ni la vida ni el destino podían impedirlo pues “estaba escrito”, el 31 de agosto de 1901 se encontraron Amado y Ana Cecilia Luisa Daillez Larguilluie,<sup>8</sup> “mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura” (OC, II: 1116). Desde aquel día, todo cambió en sus vidas, incluso el París de Nervo.

Gracias a Miguel Bringas, generoso mexicano en la Capital del Mundo, Nervo prolonga su primera estancia europea hasta enero de 1902, mes en el que aun recorre Italia. Al término de ese viaje, empieza a sentir el frío de la separación física de Ana, símbolo erótico de París: “De pie en uno de los puentes del Sena, he mirado por última vez al París adorable que extiende en ambas márgenes sus palacios [...] Otros, que no aman ni comprenden estas cosas, se quedan porque son ricos: ¡y yo me voy porque soy pobre! A la mañana siguiente estoy en Londres. Tengo frío. Dos semanas después, estoy en Nueva York. Tengo frío. Dos semanas después estoy en México. ¡Tengo frío, mucho frío!” (OC, I: 1481).

Vuelto a la “realidad implacable”, al “atraso y la miseria ambientes” del México de siempre, Nervo formula el balance crítico de su primera salida internacional. Con una honestidad que desmiente el lugar común de su afrancesamiento de tiempo completo, asentó en *El éxodo y las flores del camino*:

¡Oh! Triste fue ese viaje al país literario; triste pero breve. Torné de él despojado de ensueños y ahíto de disgusto; pero torné a tiempo, curado para siempre de mi vanidad [...] Después, ¡que amable era mi soledad! Solo estaba y perdido en el París inmenso y radioso. Solo en los brazos de aquel monstruo, que jamás deletrearía mi nombre. Nada era yo, nada podía, si el ser y el poder pendían de tan tristes consagraciones; más... tornaba a encontrarme a mí mismo, torñaba a sentir la pura integridad de mi yo artístico (OC, I: 1467).

---

<sup>8</sup> La mítica “Amada inmóvil”; según datos del empadronamiento de Madrid, realizado en 1910, Ana Cecilia nació el 19 de abril de 1881 en París. Información que recoge José Simón Díaz en *Amado Nervo y Madrid*, p. 24.

## UN RETRATO VELADO POR EL *PENTIMÉNTO*

En un amanecer parisino de 1900, mientras la verbosidad de Nervo rompía la quietud espejeante de Darío, éste le dijo “con cierta dificultad, en voz baja y apagada, sin gesticulaciones [...]:

—Es usted un gran sonoro; no me lo imaginaba así.

— Y usted un gran silencioso.

(OC, II: 345-346)

Días después, Amado empezó a revisar las pruebas de *España contemporánea*, el libro que en breve le publicaría Garnier a Darío. La lectura avanzaba con la lentitud de quien, gustoso, escucha un golpeteo reminiscente: “Es usted un gran sonoro...” Tampoco él había sospechado que Rubén fuera ese “gran tranquilo [...] con algo de Verlaine el muy amado” (OC, II: 345), y se dejó ir en la marea de los recuerdos, hasta atracar en el fondeadero de Mazatlán, allá por 1893. “El sol levantado apenas sobre el horizonte, prestaba admirables visos a las ondas. Un vapor coronado de humo avanzaba con majestuosa lentitud...” (CT, 23.02.93). De espaldas a la “gentil Mazatlán” —la de tantas noches interminables en el fastuoso Casino, la de tantas otras en vela, escribiendo en un cuartucho de Olas Altas aquellos galantes “Ecos de sociedad” que hicieran las delicias de las lectoras de Román—, Amado volvió a deslumbrarse con los destellos de aquel “mar, color de pizarra”, descubierto en el *Azul...* dariano, y entremezclado con el chasquido rítmico del oleaje, revivió el golpeteo acompasado de las prensas de *El Correo de la Tarde* en las que había velado sus primeras armas periodísticas: aquellos “Lunes de Mazatlán” que, en opinión de Román, sólo eran “un conato de crónica y nada más [...] ¡Oh, amigo Rubén Darío!, soñador perenne de mil bellas mentiras; tú que posees esa mágica paleta que tiene tan vivos colores; tú que así nos pintas el ocaso que sangra al atardecer, como el mar que se cobija en manto gris [...] tú que sabes decir

tan bellas cosas, oh amigo del país encantado donde titilan mucho las estrellas, ¿cuál describirías, si en mi lugar estuvieses?" (CT, 26.03.94)

En contraste con la mundanidad que se infiere del testimonio dariano sobre la personalidad y el ingenio verbal de Nervo, así como de la imagen cosmopolita que el autor se forjó en *El éxodo y las flores del camino*, existen otras descripciones y anécdotas superpuestas o entrecruzadas en un retrato que acumuló rostros diversos. El investigador o ensayista que revele cada uno de los trazos de críticos, biógrafos y contemporáneos de Nervo, sin dañar a la vez sus diversos autorretratos en prosa, deberá trabajar con la cautela del especialista en *pentiménto*. Por ahora sólo confrontaré el esbozo más conocido de la personalidad nerviana con el que nos legó Darío.

En una de las redacciones de los periódicos metropolitanos a las que el joven Nervo acudía recién llegado de Mazatlán en busca de trabajo y contertulios, Luis G. Urbina captó en 1894 un perdurable haz de rasgos juveniles:

Era sumamente simpático, con su aire de seminarista, su largo levitón, su cuerpo flaco, un tanto encorvado; su cabeza de abundante y lisa cabellera, su rostro afilado y pálido, en el que principiaba a crecer una barba prematura, que, ayudada de los ojos profundísimos y muy abiertos y fijos de continuo en algo invisible, le daba una figura de anacoreta en ciernes. Y luego, sus silencios de recogimiento, sus actitudes distraídas, y de pronto, como contraste, el manantial inagotable de su verbo, el aluvión de su discurso, que en determinados momentos confinaba con la elocuencia; la cálida recitación de sus versos, hecha con un especial dejo provinciano; su mutismo de secreto, al que seguía su charla de confidencia; su espíritu aniñado, encogido, a ratos, a ratos expansivo, le dieron una personalidad interesantísima.<sup>9</sup>

Reconocer la destreza del retratista no implica ignorar que Urbina es un fundador de la crítica que fijó esos rasgos en la recepción y la iconografía posteriores,<sup>10</sup> sobre todo a partir de la polémica primera novela, *El Bachiller*. Otro cofrade de Nervo en

<sup>9</sup> Luis G. Urbina, *La vida literaria de México*, p. 186.

<sup>10</sup> Habría que trabajar, por ejemplo, la interdiscursividad en la obra que Julio Ruelas dedicó a Nervo; como la del "Estudio" de 1902.

la *Revista Moderna* (1898-1903), Rubén M. Campos, pergeñó esta imagen acentuadamente verlainiana

evoco la silueta de Amado Nervo juvenil, pálido y ojeroso, con los ojos visionarios que se ensanchaban como los de un búho con su figura desmedrada y su barba de Cristo adolescente que ya le gustaba acariciar bajo su mostacho de cosaco. Vestía de negro con un desenfado tal, que un admirador que no lo conocía y al que se le dijo quién era aquel que veía a lo lejos, preguntó pasmado: '¿Qué ese desencuadrado es Amado Nervo?' Amado era todo bondad y todo amor, la bondad para sus amigos y el amor para sus novias.<sup>11</sup>

Nada más lejos de la atildada iconografía najeriana que el desaliño descrito. Ya fuera por irrumpir deliberadamente en la metrópoli modernista con una imagen contestataria de la que se había forjado El Duque Job, por mero anacronismo provinciano, o bien debido a la oleada "decadente" que se fustiga en las páginas de la *Revista Azul*<sup>12</sup> como reacción a la marginalidad social que propone —en sus primeros días— la segunda promoción modernista, a la que acabará sumándose Nervo, éste no tardó demasiado en encontrar una personalidad literaria original. La elección propia y la de sus contemporáneos recayó en Felipe, el protagonista de *El Bachiller*, cuya religiosa sensualidad recibirá una tematización muy lograda en las *Místicas* de 1898.

Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones:  
alma y carne, y brega con doble corriente simpática  
por hallar la ubicua beldad en nefandas uniones,  
y después expía y gime con lira hierática.

"A la católica majestad de Paul Verlaine" (OC, II: 1323)

<sup>11</sup> Rubén M. Campos, "Amado Nervo en su juventud", *op. cit.*

<sup>12</sup> Cito un texto culminante de Carlos Díaz Dufío, escrito en el primer aniversario luctuoso del Duque Job: "¡Qué diferencia entre este viejo *cliché* romántico y la saludable, la tónica higiene moral del artista contemporáneo! Yo de mí sé decir que cada vez que oigo alguna trasnochada apología de la Bohemia, traigo a mi memoria aquella gardenia blanca de la impecable levita de Manuel Gutiérrez Nájera. ¡Oh exquisito poeta, qué lejos estaba él de esta *Corte de los Milagros*, desordenada y turbulenta!" *Revista Azul*, T. IV, núm. 21, 22 de marzo de 1896, p. 329.

En fin, Felipe —“aquel espíritu sediento de ideal, desilusionable, tornadizo en extremo, había acabado por comprender que jamás saciaría su ansia de afectos en las criaturas, y como Lelia, la de Jorge Sand, sin estar muy convencido que digamos de las católicas verdades, buscaba refugio en el claustro” (oc, I: 188)— terminó siendo uno con el vulgarizado *Fraile de los suspiros*.<sup>13</sup> Varias de esas lecturas deformaron la intuición hallazgosa de Rubén Darío pues —como precisa Alfonso Reyes— el nicaragüense “empujado por las meras asociaciones verbales del nombre, llega fácilmente a la teoría psicológica que los modernistas tenían de sí mismos y de su moral, y que se reduce al ‘paralelamente’ de Paul Verlaine: Dios y Satán, oración y pecado”.<sup>14</sup>

Sin comprender los límites biográficos de esa disposición vital frente al arte, otra vertiente de la crítica estigmatizó a Nervo por ejercer, en su misma juventud de *Perlas negras* y *Místicas*, una práctica heterodoxa “respecto a sus creencias infantiles; interesado en diversas doctrinas esotéricas y aun deseando a veces la serenidad del ‘nirvana’ ”.<sup>15</sup> Finalmente, de tal heterodoxia fue absuelto por quienes creen que su “polvo aguarda la Resurrección” en la Rotonda de los Hombres Ilustres.<sup>16</sup> Así lo esperaba Alfonso Méndez Plancarte, quien al comentar el ambiente de la novela afirma en *Mañana del poeta*: “Superfluo será advertir que no pretendo, con mis citas, recomendar *El Bachiller*. Sin duda no es libro para todos los ojos, aunque en estricto rigor no pueda tacharse de inmoral, como bien lo concluye juez

<sup>13</sup> Como en el emblemático *Amado Nervo, fraile de los suspiros* de Pedro César Malvique.

<sup>14</sup> Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo*, en *Obras completas*, vol. VIII, pp. 33-34.

<sup>15</sup> Alejandro Quijano, “Discurso” en *Amado Nervo, Homenaje a la memoria del poeta*.

<sup>16</sup> Alfonso Méndez Plancarte, en *Mañana del poeta*, p. 280. En este apartado del libro Méndez Plancarte polemiza con quienes discutieron la confesión postrera del poeta en el Parque Hotel de Montevideo, días antes de su muerte el 24 de mayo de 1919. En un artículo peculiar, dada su extensión pero reducido alcance crítico, Francisco Borgia Steck enumera a los escritores que se prepararon “para la vida futura regresando a la Iglesia y a la fe que habían abandonado”. Nervo culmina la lista de una docena de románticos “pesimistas” y liberales “promasónicos”. Por la semejanza con los juicios de Méndez Plancarte, destaco este párrafo: “Another child of the Muses who renounced his errors and concerted before departing this life was Manuel M. Flores (d. 1885), the poetic genius whose *Pasionarias*, however elegant from the standpoint of art, can not be recommended for general reading”, p. 45. “Literary Contributions of Catholics in Nineteenth-Century Mexico”, en *The Americas. A Quarterly Review of Inter-American Cultural History*, vol. I., núm. 1, julio de 1944, pp. 43-66; vol. I, núm. 4, abril de 1945, pp. 456-478; vol. II, núm. 2, octubre de 1945, pp. 165-188.

tan poco sospechoso como D. Rafael Ángel de la Peña”.<sup>17</sup> Textualmente, el secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua, De la Peña, había sentenciado en 1895: “nunca será lícito sacrificar la Moral al Arte”.<sup>18</sup>

Sobre la persistencia de aquella trasnochada autoridad en la crítica nerviana, Alfonso Méndez Plancarte apenas si atenuó el fundamentalismo de Perfecto Méndez Padilla, su padre, quien afirmó en el volumen postrero de las *Obras completas* de la Biblioteca Nueva: “no son recomendables tales novelas [*El Bachiller* y *Pascual Aguilera*] por lo escabroso de sus argumentos. / En la versificación, también sufrió el poeta la funesta influencia del ‘decadentismo’, que tantos daños causó en la juventud literaria de aquella época [...] Tal influencia perniciosa está manifiesta en los *Poemas* que escribió Nervo de 1894 a 1901, especialmente en los llamados *Instrumentaciones* y *Lubricidades tristes*, que no son recomendables, ni bajo el punto de vista del arte, ni de la moral”.<sup>19</sup>

El primer obstáculo a toda esa recepción confusa desprendida de *El Bachiller* fue puesto más allá de la crítica local. Con el saber diplomático de su pluma y espadín, Alfonso Reyes advirtió en el “Prefacio” del *Tránsito de Amado Nervo* (1937) el riesgo de violentar la interpretación de determinado autor con una “filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre”. Esta sugerencia, desoída no pocas veces en aras de la modernidad fundacional de los Contemporáneos pero también por los empeños salvíficos de Alfonso Méndez Plancarte, se forjó tanto en el riguroso conocimiento filológico de las *Obras completas* nervianas, editadas para la Biblioteca Nueva de Madrid (1920-1928), como en la aplicación del “método histórico” de Gustav Lanson, de quien Reyes partió para “explicar cuanto es explicable en la obra por la base biográfica y la causación histórica”.<sup>20</sup> Tampoco olvidemos enmarcar los artículos y ensayos alfonsinos sobre Nervo en un dominio

<sup>17</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *ibid.*, p. 37.

<sup>18</sup> “Carta abierta al señor don Amado Nervo y estudio crítico de *El Bachiller*”, en *Obras*, p. 155.

<sup>19</sup> Perfecto Méndez Padilla, “Amado Nervo. La evolución de sus ideas y su retorno a la fe”, en *La última vanidad*, pp. 149-150.

<sup>20</sup> Alfonso Reyes, “El método histórico en la crítica literaria”, en *Obras completas*, vol. XIV, p. 238.

cultural más amplio —en principio dirigidos a públicos parisinos,<sup>21</sup> españoles y latinoamericanos—, ni el trato personal y la “amistad literaria” que se dispensaron en la península a partir de 1914, relación que se remonta, incluso, a las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria, donde Nervo fue profesor del futuro ateneísta. De ahí la confianza en este retrato alfonsino de 1919:

Cuando Amado Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía. Yo nunca lo vi en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano), estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor como envuelto en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreto de confesor, y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros.<sup>22</sup>

Las “Últimas cartas de amor” del poeta son un testimonio más del hechizo verbal que solía ejercer sobre sus interlocutores. Sin renunciar a sus dones, desde su lecho de muerte en el Parque Hotel de Montevideo, Nervo amonesta a la bonaerense Carmen de la Serna:<sup>23</sup> “No lea tanto a Kempis: habla de un desasirse total de las cosas: era un monje, usted va a vivir en el mundo conmigo. No se me aleje por él. Mi

<sup>21</sup> El primer acercamiento crítico de Reyes a la poesía de Nervo se publicó en la *Revista de América* (París, 1914); se trata del artículo “Un libro de Amado Nervo: *Serenidad*”, refundido en *Tránsito de Amado Nervo* (1937). Reyes agrupó sus estudios nervianos en el vol. VIII de sus *Obras completas*.

<sup>22</sup> Alfonso Reyes, “El camino de Amado Nervo”, en *Obras completas*, VIII, p. 20.

<sup>23</sup> Más allá de las “Últimas cartas de amor” de Nervo dirigidas a Carmen de la Serna, quien también inspiró los poemas de “La última luna”, poco se sabe de esta argentina que entregó a Alfonso Reyes los papeles postreros del poeta. En “El viaje de amor de Amado Nervo”, las noticias de Reyes sobre ella son bastante elusivas; otro tanto ocurre con el pie de la fotografía que reproduce Manuel Durán en *Genio y figura de Amado Nervo*, p. 86.

inmenso cariño la acercará también a Dios. Será otro camino... ¡Y qué importa! Ore mucho, eso sí; pero con júbilo y con firmeza” (oc, II: 1219).

Debemos a Alfonso Reyes la recopilación de aquellos “alados” textos nervianos y la versión literaria del “noviazgo espiritual” que los inspirara en “La última luna”, según el calificativo de “El viaje de amor de Amado Nervo”. Escrito en ocasión del décimo aniversario luctuoso del poeta, ese ensayo notable contiene un aviso frecuentemente ignorado que realzo en el epígrafe de este trabajo: “A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo”.<sup>24</sup>

Convencido de la actualidad de tal advertencia, consideré pertinente volver sobre los pasos de la infancia de Amado Nervo en el Tepic natal, tratando de comprender cómo se manifestaron la habilidad verbal y la temprana intuición poética del “gran sonoro” que departiera una noche parisina de 1900 con Papadiamantópulos, el poeta griego-francés. “¡Quién te lo iba a decir, hombre! Quien había de decirte, cuando jugabas a la gallina y el coyote en las herbosas calles de tu pueblo, que un día, mejor dicho, una noche, habías de ir por París de Francia del brazo de Jean Moréas” (oc, I: 1470). Junto a otra fugaz y bella evocación de los infantiles juegos callejeros, narrados también en *El éxodo y las flores del camino*, la cita precedente tiene el valor de un “prodigioso miligramo” para retomar la infancia nerviana.

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 31.

## ALGUNAS VERDADES SOSPECHOSAS

Antes de iniciar el estudio gramatical y literario de su lengua materna, el niño José Amado Nervo Ordaz<sup>25</sup> recibe el sustrato lingüístico familiar y social de su natal Tepic,<sup>26</sup> tan formativo como su educación en el colegio de San Luis Gonzaga de Jacona, Michoacán (1884-1885) y en el seminario de Zamora (1886-1891). La obra literaria nerviana, aun más que la correspondiente dote parafernalia,<sup>27</sup> es rica en sedimentos tepiqueños. Un corte vertical saca a la luz los balbuceos poéticos, deja ver la aportación simbólica del lenguaje y los rituales religiosos, los vislumbres estéticos de las pastorelas y de los modestos espectáculos circences. En las capas descubiertas por esta estratigrafía literaria se escuchan la algazara callejera y el estallido de los judas, los acordes de las primeras lecciones de música con un profesor ciego y, de manera predominante, las voces femeninas que decidieron la educación verbal y conformaron la sensibilidad de aquel niño perspicaz, “todo ojos

<sup>25</sup> Al ingresar al Servicio Exterior en 1905, Nervo confirmó la inexistencia de un acta civil sobre su nacimiento el 27 de agosto de 1870; sólo existe la fe de bautismo de la catedral de Tepic, reproducida en *Mañana del poeta*, ed. cit., p. 243. La carencia del documento revela el conservadurismo de quienes, al triunfo de la república restaurada por Juárez, seguían resistiéndose al poder civil de los regímenes liberales y sus satanizadas Leyes de Reforma. Los primeros en proporcionar información confiable sobre la familia Nervo Ordaz fueron Alfonso Reyes y Genaro Estrada. El primero la retrató con estas palabras en 1929: “La familia era numerosa, y constaba, además del padre y la madre, de cuatro hermanos (Amado, Juan Francisco, Luis Enrique y Rodolfo Arturo) y cinco hermanas: Virginia, Catalina —estas dos, primas carnales, hijas adoptivas de los señores Ruiz de Nervo—, María de los Ángeles, Elvira y Concepción. Como se ve una verdadera familia patriarcal, una pequeña tribu. Trece, contando a la abuelita y a la tía. Es todavía la tradición de la antigua ‘clientela’ romana”. Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo*, ed. cit., p. 35. El artículo de Genaro Estrada, “La familia de Amado Nervo” (*Revista de Revistas*, ed. cit.) se recoge en el primer volumen de sus *Obras*. Igualmente útil es la detallada documentación de Juan Rogelio López Ordaz en *Amado Nervo. Mosaico biográfico*, vol. I.

<sup>26</sup> Por cierto que la historia política de Tepic, ligada a la de Jalisco hasta 1884, cuando dejó de ser séptimo cantón de Jalisco para convertirse en Territorio Federal, introduce no pocas “verdades sospechosas” en la biografía de Nervo. Él mismo reconoció, en carta a Alberto Santoscoy, que “merced a la no retroactividad de las leyes” era hijo de Jalisco (OC, II: 1136). Todavía en 1970 Gabriel Agraz García de Alba sacó a relucir la polémica en “Amado Nervo, jalisciense y no nayarita”, *Ábside*, vol. XXXIV, núm. 3, julio-septiembre, 1970, pp. 292-295.

<sup>27</sup> En “Parafernalia”, ensayo de 1984, José Bianco establece su tipología “parafernalia” que comprende memorias, diarios y correspondencias de escritores o artistas. Son el patrimonio que nos pertenece fuera de la dote, es decir, de la “obra propiamente dicha”. *Ficción y reflexión*, pp. 271-275.

y oídos”, como él mismo se recordaría en su madurez madrileña. Fue entonces cuando escribió “El viejecito”:

Cada vez que esta rueda del año, más erizada de púas que la de santa Catalina (a juzgar por las penas que nos trae), ha dado una vuelta completa [...] me acuerdo de una relación de Donaciana, mi vieja nodriza,<sup>28</sup> hecha diciembre por diciembre, en los últimos días del mes, en un rincón de la cocina humosa y cordial [...] lo único que individualizaba en aquella sazón e individualiza aún en mis recuerdos el fin de año, eran: las letanías de los santos que se rezaban en la parroquia, y a las cuales nos llevaba mi madre de la mano; la escarcha de los collados olorosos... y el relato de mi nana. Allá como por el 28 de diciembre, mi nana empezaba a contarnos de un viejecito, que se estaba muriendo. El 29, el viejecito estaba más viejecito aún; el 30, no pudiendo tenerse en pie, se metía en cama... Durante muchos años, el monótono relato se repitió invariablemente cada diciembre... Yo iba creciendo, y a pesar de mis libros elementales, martajados en la escuela particular, donde dos buenas señoras nos hacían deletrear las primeras nociones de geografía y cosmografía, seguí viendo el año que se iba como un viejecito moribundo de ojos azules y cabellos de lino, y al año nuevo como un bebé rollizo y endiablado, hijo del anterior... Después aprendí muchas cosas (OC, I: 258-9).

En efecto, “aprender” es uno de los verbos cardinales en la vida de Nervo; otro más, “esperar-tener fe”,<sup>29</sup> aparece en líneas inmediatas a las citadas; escribir y amar son sus otras acciones connaturales. Cuatro puntos de orientación para entender una vida y una obra que se resisten aún a nuestra “excesiva simplicidad” para recorrerlas.

---

<sup>28</sup> Una prueba de la cautela biográfica con que debe leerse la ficción nerviana es el nombre y la edad de esta nodriza, ya que ambos no corresponden con los de otra nana recordada en *El éxodo y las flores del camino*: “Cerrando los ojos, sí veía a los soberanos del país azul de mi niñez, aquellos de los cuentos dorados, cuya historia me contaba mi nodriza Juliana, una rubicunda y pecosa campesina, ingenua, en términos siempre invariables: ‘Este era un rey que tenía tres hijas’ ” (OC, I: 1471) Juan Rogelio López Ordaz proporciona suficiente información sobre la vida de Juliana Topete, natural de Ameca, Jalisco: a los catorce años fue niñera de la familia Nervo Ordaz, desde el nacimiento de José Amado hasta el traslado de la familia a Zamora en 1885. Luego de la muerte del poeta, formó parte de toda una iconografía estatalmente mitificada. Desde 1934 gozó de una modesta pensión vitalicia. Falleció el 7 de septiembre de 1948. *Mosaico biográfico*, vol. II, ed. cit., pp. 58-61. Otra célebre nana jalisciense fue la de Victoriano Salado Álvarez, de quien escuchó romances españoles. *Memorias*, vol. I, p. 87.

<sup>29</sup> Carlos Díaz Dufío confirma este retrato espiritual en “De cómo Nervo conoció París”: “¡Qué proyectos los suyos, entre una taza de pésimo café y el humo de detestable cigarro! Como siempre tenía fe; como de costumbre, esperaba”. Citado por Bernardo Ortiz de Montellano, *op. cit.*, p. 39.

Cabe un breve apunte sobre la pertinencia biográfica de las fuentes literarias que comento en estos “Tres capítulos de una biografía intelectual”. Desde luego, sería imposible marginar a la abundante y proteica crónica nerviana, en apariencia no tan prolija en materia memoriosa como el resto de la prosa del autor, si bien tal sospecha deberá determinarse en otro trabajo. Insisto: tal vez la crónica sea menos abundante en estratos personales, pero resulta más confiable que la narrativa —o “menos sospechosa” según la propuesta de Reyes — por el tamiz informativo (sólo en teoría idealmente verosímil) que impregna la ambigüedad genérica de la crónica. En el terreno del cuento y las novelas breves, sigo con escepticismo las experiencias personales ficcionalizadas en *El Bachiller* y en cuentos como “El dominio del Canadá” y “El final de un idilio”, por mencionar los más citados como referentes infantiles. En cambio, dos relatos de *Almas que pasan* —“El miedo a la muerte” y “El viejecito”— me parecen suficientemente fidedignos por su cercanía ensayística con los textos de *Ellos* y *Mis filosofías*. Algunos títulos de esas prosas ilustran la intención temática y la diversidad formal: “Los que ignoran que están muertos”, “La alegría de los ciegos”, “Diálogos pitagóricos (La próxima encarnación)”, “El fantasma”, “La última diosa (cuento absurdo)”, entre otras. Con los asuntos de esos libros, publicados en 1912, Nervo solía entretenerse discutiendo consigo mismo lecturas, meditaciones y recuerdos obsesionantes sobre el “espantoso privilegio de la vida consciente”, (OC, II: 594) que asoló la suya después de la muerte de Ana Cecilia Luisa Dailliez. A propósito de aquella pena mayor del poeta, pocos textos anteriores a *La amada inmóvil* condensan sus obsesiones necrológicas como “El miedo a la muerte”, relato con evidentes traslapes entre las muertes de sus hermanos Francisco y Luis Enrique.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> En un artículo que describe las aspiraciones literarias de Luis Enrique Nervo en *El Correo de la Tarde* de Mazatlán (*Noroeste*, 30 de abril de 1998, p. 4-E), Francisco Ramírez Osuna reproduce un par de notas periodísticas sobre el suicidio del tercer hermano de Amado, ocurrido el 12 de septiembre de 1896. La carta encontrada en el cadáver de Luis Enrique Nervo será el motivo central de “El miedo a la muerte”: “Sobre el pecho del suicida se encontraron, a guisa de carta, las páginas que copio. Los periódicos han publicado ya parte de ella. Yo he creído piadoso reproducirlas todas...” (OC, I: 239).

Alfonso Reyes supo andar con tiento sobre el terreno siempre resbaladizo de la materia autobiográfica. En un artículo de 1940, “La biografía oculta”, deja ver su cautela: “En el campo de la investigación literaria, nada requiere un pulso más delicado y una experiencia mayor del método crítico que el averiguar la dosis de autobiografía que llega hasta las obras de un escritor [...] Los recuerdos de la propia vida, al transfundirse en la creación poética, se transfiguran en forma que es difícil rastrearles la huella.”<sup>31</sup> Siguiendo a Lanson, Reyes se había adelantado a estas conclusiones al escribir en 1919 “El camino de Amado Nervo”. Con honestidad expone sus “conjeturas y acaso adivinaciones” a partir de los recuerdos del tepiquense vertidos en *Ellos*. En su ensayo, escrito antes de iniciar la magna edición de las *Obras completas*, Reyes no tuvo más recurso que “atenerse” a aquellos testimonios nervianos para configurar “su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa [...] ¡Desde tan temprano, junto a la idea del alma inmortal, se prendió a su espíritu la idea de que el alma es algo terreno, asible para los sentidos del hombre!”<sup>32</sup>

Deslumbrado por la “religión impura” de su abuela materna y una tía soltera con quienes convive en “un caserón desgarrado, sólido y viejo, vendido después a vil previo, a no sé qué advenedizos, que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los fantasmas” (OC, II: 597-598), José Amado asociará desde entonces —concluye Reyes en su exégesis de “Las varitas de virtud”— la “emoción religiosa” con el espiritismo y la magia que le proveyeron sus primeros juguetes, con el tiempo “tan parecidos a sus preocupaciones profundas”.<sup>33</sup>

En los cuatro textos del *Tránsito de Amado Nervo*, la suspicacia alfonsina eludió la interpretación biográfica de la ficción nerviana; este criterio anticiparía otro juicio de 1940: “entre la vida y la obra se producen transmutaciones tan imprevistas como las de los sueños, y a veces, aquellas rupturas que Coleridge

<sup>31</sup> Alfonso Reyes, “La biografía oculta”, en *Obras completas*, vol. XIV, p. 120.

<sup>32</sup> Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. VIII, pp. 24-25.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 25-26.

llamaba 'aloofness'. El ilogismo de la creación y la lógica de la vida —o viceversa— corren por caminos diferentes, más engañosos por lo mismo que se entrecruzan. Detrás de la obra hay siempre una verdad general, pero no en el sentido histórico. Definición de la Literatura: 'La verdad sospechosa' ".<sup>34</sup> Intuyendo estas nociones sobre la naturaleza de la obra literaria, Reyes afirma al inicio de "El viaje de amor de Amado Nervo": "No hay mayor respeto que el afán —castigado y pudoroso, eso sí— de conocer bien al poeta; de entender su amor y su dolor, de captar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro".<sup>35</sup>

Muy lejos de la falsa modestia, la última frase de la cita precedente encierra una definición utilísima para comprender el diálogo permanente entre creación y crítica. Con esa productiva conciencia, Reyes logra un ensayo excelente, reflejo de su labor al frente de las concluidas *Obras completas* de la Biblioteca Nueva y de los testimonios primordiales que le confía Carmen de la Serna: las cartas y poemas postreros del poeta. Con aquel conocimiento filológico y estos textos parafernales de Nervo, Reyes confirmó que es imposible "descubrir lo que hay de autobiográfico en una obra literaria por los solos caminos de la intuición, prescindiendo del material crítico indispensable, las informaciones exactas sobre la época, el ambiente mental, los antecedentes de los temas, etcétera".<sup>36</sup>

Uno de los textos directamente autobiográficos que pasaron por las manos de Reyes al preparar las *Obras completas* fue "Habla el poeta". Sin ningún cuestionamiento a la palabra de éste, Reyes —ya para entonces embajador de México en Argentina— le hizo llegar aquel texto a Juana de Ibarbourou en 1929. Años atrás, Nervo había declarado a los lectores de la madrileña revista *Renacimiento*: "Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó encogiéndolo."<sup>37</sup>

<sup>34</sup> Alfonso Reyes, "La vida y la obra", en *Obras completas*, vol. XIV, pp. 264-265.

<sup>35</sup> Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. VIII, p. 39.

<sup>36</sup> Alfonso Reyes, "La biografía oculta", en *op. cit.*, p. 120.

<sup>37</sup> El historiador tepiqueño Pedro López González ha tenido la gentileza de adelantarme su sospecha —aún pendiente de documentar en una investigación en curso— sobre la modificación del "ancestral" apellido paterno. En opinión de López González, cabe explicarse dicho "encogimiento" por el carácter de hijo ilegítimo que debió afrontar Amado Nervo, padre. Esta hipótesis ayuda a entender la inquietud del primogénito por la genealogía de su familia. Alternando su vocación de

Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resulté pues Amado Nervo, y esto que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que en todo caso era raro, me valió, quizá, no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál hubiera sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral o si me hubiese llamado Pérez y Pérez!” (OC, II: 1065). En contraste con la versión del poeta, su nombre literario surge —como veremos posteriormente—, en el colegio de San Luis Gonzaga de Jacona. Pero la propuesta nerviana no obsta para indagar las razones de su personal bautismo mitológico; o bien, de una autoconfirmación impuesta con la autoridad del prestigio intercontinental ganado ya en 1907.

En el engendramiento literario de aquel año, la participación del padre toma un giro inesperado: “Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fue todo. Un poco más de rigidez y escapo para siempre. Hoy sería, quizá, un hombre práctico [...] Pero mi padre sólo frunció el ceño... Por lo demás, mi madre escribía también versos y también a hurtadillas” (OC, II: 1064). Sin cuestionar la veracidad de la anécdota, creo que existen suficientes “cabos biográficos” para reinterpretar la composición simbólica de este “Retrato de familia con niño poeta”. En primer plano aparece la ambigua figura del padre, a quien se le atribuyen el nombre literario y la “autorización” vocacional del primogénito; en segundo, la madre, arrinconada ideológica y socialmente por su “condición femenina” —al grado de no mencionarse su nombre—; por último, el no menos tímido niño poeta, “beneficiario” de la potestad paterna.

Esa alegoría autobiográfica, compensatoria de la mínima o casual participación del padre de José Amado en su vocación literaria, fue olvidada por Nervo con el tiempo. Reconociendo una deuda más entrañable, el poeta reinterpretó su propio bautismo de 1907 con esta otra versión: “Amado le había puesto su madre,

---

historiador y filólogo, Nervo indagó en España la alcurnia y “pureza de sangre” que había heredado de sus antepasados; humorísticamente se lo hizo saber en noviembre de 1911 —en calidad de “el barón de Nervo”— a Luis Quintanilla (OC, II: 1158).

según él mismo decía, para que lo quisieran mucho”.<sup>38</sup> No es gratuito que, tras esta cita, Alfonso Méndez Plancarte asocie paradigmáticamente un verso de su hermano Gabriel: “Amado Nervo, amado de Dios y de los hombres”. ¿Nombre es destino o construcción simbólica? Entre ambas, intrincadas mitologías, ¿cómo distinguir lo auténticamente biográfico de aquella otra fatalidad que se remonta a la intuición dariana: “Amado es la palabra en que amar se concreta / Nervo es la vibración de los nervios del mal”? (oc, II, 1225).

La intensa relación materna quedó inscrita en la dedicatoria de *En voz baja* (1909):

Madre los muertos oyen mejor:  
¡sonoridad celeste hay en su caja!  
A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,  
de angustia o de misterio, murmurado en voz baja.

(oc, II: 1556)

Las complicidades espirituales entre ambos venían de muy atrás. Muerto don Amado el 18 de julio de 1883,<sup>39</sup> el primogénito heredará su nombre en calidad de estudiante y después, en la medida en que le agregue los réditos del incipiente prestigio periodístico y literario ganado en Mazatlán, adoptará la responsabilidad vitalicia de jefe de familia.

Cuando doña Juana Ordaz sólo contaba con su entereza matriarcal, decidió invertir la modesta herencia de su esposo en un sólido capital escolar para sus hijos. Uno de ellos recordaría el inicio de aquella saga familiar: “Mi madre no vaciló en abandonar nuestro Tepic natal, trasladando su hogar a la entonces lejana ciudad de Zamora, Michoacán (siete días en dos diligencias, al través de montes y valles; sin contar el mobiliario de la casa, expedido en un hato de mulas que tardó varios

<sup>38</sup> Esta versión fue recogida por Pedro Miguel Obligado en *Nosotros*, junio-julio de 1919, número extraordinario dedicado a Nervo. Citado en *Mañana del poeta*, p. 20.

<sup>39</sup> En contraste con Amado, de quien no se conocen versos a la memoria de su padre, Luis Enrique publicó un poema en el décimo aniversario luctuoso de don Amado Nervo. Cito este fragmento: “Aquí, donde me dejaste / tus restos, mi única herencia, / depósito venerable / que en esa tumba se encierra. / Aquí es donde vengo, ¡oh padre!, / para que el cielo venga / y este día de recuerdos / ¡Tú sólo escuches mis quejas!” *El Correo de la Tarde*, 18 de julio de 1893, p. 2.

meses en llegar a Zamora); e hizo frente a una responsabilidad que demostró el temple de su alma, para educarnos a sus nueve hijos, en los colegios de Jacona”.<sup>40</sup> Para entonces, José Amado ya escribía versos, y fijó el momento de su salida en una redondilla de la que se conservan dos versiones:

Con mi chaqueta de dril y mi pantalón de lona, en este traje me voy al Colegio de Jacona.	Vestido de casimir y con zapatos de lona, mañana voy a partir al Colegio de Jacona. <sup>41</sup>
--	--

El molde métrico de estas cuartetas debió ser bastante conocido por los tepiqueños. Es el mismo en el que la señora Ordaz componía versos de ocasión, como éstos dirigidos a Catalina Cadenne, una de sus hijas de crianza: “Suspiro que de tu centro / sales a dar qué decir; / si no consigues tu intento / no salgas a relucir: / Suspiro, quédate adentro”.<sup>42</sup> Fuera de casa, José Amado tuvo que escuchar acentos y medidas similares. El octosílabo era parte de la cultura oral mexicana, y sus virtudes mnemotécnicas se aprovechaban para difundir toda clase de conocimientos a una población mayoritariamente analfabeta.<sup>43</sup> Como propone Milada Bazant, el hecho de que, a fines del siglo XIX en determinadas poblaciones rurales de México, algunas nanas recitaran poemas, y en otras localidades existieran asociaciones literarias o revistas especializadas, es un indicio de que durante el porfiriato “el proceso de aculturación fue disparejo como lo fue el desarrollo de la economía y de la sociedad. Esto dependía de los recursos y prioridades de cada estado, por lo que no se pueden hacer afirmaciones categóricas sobre la nula o poca escolaridad de las zonas rurales”.<sup>44</sup> A juzgar por el éxodo de la familia Nervo Ordaz a tierras michoacanas, el nivel escolar de Tepic dejaba mucho

<sup>40</sup> Rodolfo Nervo, “La vía dolorosa de Amado Nervo”, *Excélsior*, México, 26 de mayo de 1956, citado en Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, p. 37.

<sup>41</sup> La fuente de la estrofa izquierda es oral. Alfonso Méndez Plancarte se la escuchó a Josefa Padilla Méndez, contemporánea de Amado en Zamora (OC, II: 1235). Rodolfo Nervo transcribió la otra versión en *París sin tango*, p. 31, citado en *Mañana del poeta*, p. 26.

<sup>42</sup> Sin proporcionar la fuente, Juan Rogelio López Ordaz los recoge en *ibid.*, p. 57.

<sup>43</sup> En 1895 sólo 14% de la población del país sabía leer y escribir. Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del porfiriato*, p. 532.

<sup>44</sup> Milada Bazant, “Lecturas del Porfiriato”, en *Historia de la lectura en México*, pp. 203-242.

que desear, al menos para aquella arrojada matriarca que ambicionó algo más que el par de “libros elementales” que José Amado “machacó” en un colegio particular de Tepic.<sup>45</sup>

La enseñanza de la doctrina católica no era más racional. Los aspirantes a la primera comunión memorizaban preguntas y respuestas. En un catecismo muy difundido en el último tercio del siglo XIX, *La religión demostrada al alcance de los niños*, Jaime Balmes proponía una exposición “razonada” de los misterios doctrinales “para los niños algo adelantados en edad”. Pese a tan sugerente ruptura, el autor recaía en la inercia pedagógica al llegar al “Apéndice” de su obra, pues trataba de “ahorrar a los señores maestros todo nuevo trabajo”, con el auxilio de diálogos “para fijar más en la memoria de los niños lo que hubiesen aprendido por extenso en el cuerpo de la obra”. En las preguntas relativas al primer capítulo, “Existencia de Dios”, los infantes repetían a coro:

P. *Usted supone que Dios ha creado al linaje humano; pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razón?*

R. Es muy fácil: yo tuve mis padres, éstos tuvieron los suyos, que eran mis abuelos; éstos, otros, y así sucesivamente. Esta cadena, al fin, se ha de acabar, y, por consiguiente, hemos de llegar a unos padres que no nacieron de otros y, por tanto, debieron ser creados por Dios.

P. *Pero ¿y no habría otro medio sino el que los primeros padres fueran creados por Dios?*

R. No hay otro, porque es claro que no se pudieron crear a sí mismos.

P. *¿Y si dijéramos que nacieron de la misma tierra?*

R. Semejante absurdo no merece refutación.<sup>46</sup>

El testimonio de Rodolfo Nervo y el de la niñera de su familia coinciden en que José Amado empezó a versificar alrededor de los diez años, *siendo muy niño*, como él mismo afirmó, al recordar la escena aún presidida por el padre; es decir, antes de los trece. Para entonces, José Amado había hecho ya su primera comunión. A propósito de esta iniciación ritual y de sus primeros atisbos de versificación,

<sup>45</sup> Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I, p. 21.

<sup>46</sup> Jaime Balmes, *La religión demostrada al alcance de los niños. Para que sepan dar razón de la fe aprendida en el catecismo. Obra muy provechosa a los adultos*, p. 110.

propongo una hipótesis más sobre el intuitivo aprendizaje retórico-verbal del futuro “gran sonoro”: la recitación de catecismos versificados, como el que se utilizó en la segunda mitad del siglo pasado en el estado de Jalisco, y muy probablemente en Tepic mientras estuvo vinculado como séptimo cantón de aquel estado:

“A LOS NIÑOS QUE LEYEREN”

A vosotros tiernos niños [...]
 que sois la dulce esperanza
 de este suelo desgraciado
 y de la Iglesia y Estado
 vais a ser el porvenir [...]
 A vosotros se dirige
 este libro, recibidlo,
 y con tierno afán abridlo
 y leed y medita.<sup>47</sup>

En otros versos, el anónimo autor repasaba un tópico de la revivida y combatiente prensa católica de la segunda mitad del siglo: la corrupción de las almas:

En los libros tan malditos
 por el infierno escritos
 bajo su inspiración [...]
 Leed los libros buenos
 que tienen tanto encanto
 escritos bajo el santo
 influjo del Señor.<sup>48</sup>

Lo cierto fue que en el ambiente conservador de Jacona y Zamora, José Amado conoció la interpretación teológica de estos afares moralizantes; asimismo, escuchará hasta la saciedad los tópicos que enmarcaron el resurgimiento de la cultura católica de México en la prensa conservadora de la región y del centro del país.

<sup>47</sup> Manuel Ceballos Ramírez proporciona la siguiente información sobre este catecismo: “Este texto se encuentra en la Biblioteca de Jalisco, Miscelánea 531-1, bajo el título *A los niños que leyeren*, s. p., 72 pp. Empero, no parece ser éste el título de la obra, a la cual le falta la portada. Alma Dorantes *et al.*, 1978, p. 68; *A los niños que leyeren*, s. f., pp. 1 y 2”. (*Historia de la lectura en México*, ed. cit., p. 173).

<sup>48</sup> Ceballos Ramírez, *Historia de la lectura en México*, ed. cit.

## 2. Golpeteos reminiscentes del edén colegial

*...y en cuanto a mí, sigo siendo aquel muchacho simple, tristón, distraído y afectuoso, que con vos aprendía tantas cosas; que con vos cazaba huilotas o resolvía ecuaciones, trepaba a los montes, salvaba a nado las lagunas, desenterraba ídolos en las yácatas y os pedía la resolución de todos sus problemas y de todas sus dudas.*

Amado Nervo, "El padre Mora"

### EL ESCOLAR CONSTANTE

Un atardecer de enero de 1884, "un hombre cincuentón, robusto, bello, con gran barba fluvial que le caía sobre el pecho; y un niño de trece años, que debía mostrar en el rostro, ligeramente pálido, la fatiga de jornadas de diez y ocho leguas" (oc, I:1325), bajaron de sus cabalgaduras en una de las esquinas de la enyerbada plaza principal de Jacona, Michoacán, y cruzaron la calle. Mientras José Amado se sacudía el polvo que el último tramo del camino había dejado sobre su "chaqueta de dril" y su "pantalón de lona", su tío Quirino Ordaz hizo sonar el deslucido aldabón de la puerta ojival del exconvento agustino anexo a la parroquia.<sup>1</sup> "El niño sintió que en su alma repercutían las vibraciones metálicas del aldabonazo", y sólo dejó de escucharlas cuando el joven rector del colegio de San Luis Gonzaga les franqueó la entrada, "dirigiéndole afectuosas bromas paternas. 'A ver esos conejos' —díjole de pronto, a tiempo que le hacía encoger el brazo derecho. Los conejos no aparecían; se anunciaban apenas con hinchazón leve de músculos. 'Hay que hacer gimnasia' —añadió" (oc, I: 1326).

---

<sup>1</sup> Alfonso Méndez Plancarte entrevistó a los hermanos Nervo Ordaz, Rodolfo, Ángela de Padilla y Virginia Cadenne de Tognó, prima y hermana adoptiva, sobre el éxodo de la familia a tierras michoacanas. "Todos ellos recuerdan que la familia Nervo se trasladó a Zamora —para no dejarla hasta 1892—, en 1885; y que Amado se le adelantó en un año." *Mañana del poeta*, p. 31.

Luego de la presentación a sus condiscípulos durante la cena en el refectorio, Amado Nervo, quien acababa de perder para siempre el materno Ordaz para efectos de su recién estrenada vida escolar, desempacó el voluminoso hato con los bártulos requeridos en el puntual reglamento: “un colchón, seis fundas de almohada, seis sábanas, y una de baño, cuatro vestidos completos y el de uniforme, ocho camisas, ocho calzoncillos, doce pares de calcetines, doce pañuelos, seis toallas, cepillos, útiles de aseo, y tres pares de zapatos”:<sup>2</sup> Nada parecía haber escapado a la planeación metódica del sacerdote José Antonio Plancarte y Labastida, quien infundió a su proyecto educativo el espíritu y la letra de su formación inglesa en el aristocrático colegio de santa María de Oscott.<sup>3</sup> Sumando a ese capital el de su férrea voluntad, y con el “deseo ardiente de hacer a mis paisanos cuanto bien yo recibí de ese sistema de educación, el cual me propongo seguir, cuanto me fuere posible, en el Colegio de San Luis Gonzaga”, Plancarte y Labastida había redondeado su programa desde 1873:

Las vacaciones serán muy cortas y siempre se estudiará en ellas alguna cosa, a fin de que los niños no olviden lo aprendido, y de que les sean muy agradables los paseos, juegos, y diversiones de esa temporada.

Esto desde luego indica que los niños no podrán ir a sus casas, y los padres de familia deben convencerse de que éste es el único modo de que sus hijos aprovechen los sacrificios que se hacen por su

---

<sup>2</sup> José Antonio Plancarte y Labastida, *Prospectos de los colegios de la Purísima Concepción y de San Luis Gonzaga, establecidos en Jacona para la educación de los niños de ambos sexos bajo la dirección del probo. D. José Antonio Plancarte*, p. 4.

<sup>3</sup> José Ignacio Montes de Oca y Obregón, Ipanandro Acaico, compartió con Plancarte y Labastida varias afinidades biográficas. Nacidos en 1840, fueron enviados, adolescentes, por sus acaudaladas familias a santa María de Oscott; como el futuro árcade se adelantara tres años, cuando Antonio y su hermano Luis llegaron a Birmingham en 1856, su tío Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, el desterrado obispo de Puebla que se había opuesto a las reformas juaristas, los encomendó con el preparatoriano José Ignacio, quien más tarde describiría el plantel: “Allí se formaban, es cierto, algunos levitas; pero su principal objeto era preparar para el Parlamento, el Ejército, la Marina, la Diplomacia, el Foro, y otras carreras profanas, a los hijos de la aristocracia británica fiel a la Religión de sus abuelos y ellos componían la inmensa mayoría de los alumnos. / Reinaba empero un orden y una disciplina que podría envidiar más de un monasterio”. En 1857, Montes de Oca regresa a México, cinco años después se reencuentran en la Academia Pontificia de Nobles Eclesiásticos de Roma donde fueron ordenados: José Ignacio en 1863 y Antonio dos años más tarde. Aureliano Tapia Méndez, *Antonio Plancarte y Labastida, profeta y mártir*, p. 48. Para documentar la historia del colegio de San Luis Gonzaga durante el bienio 1884-1885, sigo de cerca esta biografía.

educación porque generalmente sucede que todos los afanes de un año se pierden en un mes de vacaciones.

En cuanto a la moralidad, religiosidad, urbanidad y buen tratamiento de los niños, la mejor garantía que ofrezco son los opimos frutos que ha dado el Colegio de Niñas de la Purísima Concepción, fundado en Jacona hace seis años bajo el mismo sistema y dirección.<sup>4</sup>

Tal vez aquella primera noche, en una de las angostas celdas de los “medianos”, el novato durmiera con el sobresalto de los aldabonazos que se quedaron retumbando en su alma para siempre.

A fines de 1908, el ya entonces segundo secretario de la Legación de México en Madrid, Amado Nervo, volvió a escuchar el golpeteo reminiscente del portón colegial al leer en el *Mundo Ilustrado* del 13 de diciembre la noticia de la consagración del arzobispo de México, José Dolores Mora y del Río, su antiguo rector en Jacona. El eco de las remembranzas quedó registrado en una de las crónicas de *Algunos*. En “El padre Mora” —luego de referir la sorpresa de éste a Bernabé Calero, un exdiscípulo jaconense, por la incredulidad que le provocaron a Mora y del Río los “profanos versos de Verlaine” escritos por un egresado del Colegio—, Nervo arguye: “mis versos no son profanos (de intención cuando menos); mis versos no son más que versos, es decir, ruido del viento [...] y en cuanto a mí sigo siendo aquel [...] muchacho simple, tristón y distraído, que, por último, aunque indigno y pequeño, puede exclamar como santa Teresa: ‘Yo soy de mi condición muy agradecido’ ” (oc, I: 1327). Como el de su personalidad sonora, el de su gratitud es otro rasgo nerviano sobre el que existen abundantes testimonios epistolares; así pues, la fugaz referencia a José Antonio Plancarte y Labastida en “El padre Mora” se explica por el trato esporádico con el fundador de su colegio y párroco de Jacona desde noviembre de 1867 hasta el 24 de abril de 1882, fecha en la

---

<sup>4</sup> José Antonio Plancarte y Labastida, *op. cit.*, pp. 3-4.

que fue removido del curato por el obispo de Zamora José María Cázares y Martínez.<sup>5</sup>

Cuando la vida de Amado se entretrejió con la de sus mentores, la comarca de Jacona aún era el paraíso civilizador en el que Plancarte y Labastida había desplegado su enérgica acción evangélica, educativa y social desde el año de la liquidación del segundo imperio, sin duda la mayor derrota política de los conservadores mexicanos. En semanas previas al fusilamiento del monarca derrotado, el caos de las comunicaciones telegráficas y epistolares impidieron que el arzobispo Labastida y Dávalos comunicara a su sobrino José Antonio, el inminente párroco de Jacona, la decisión de llevarlo consigo al nuevo exilio europeo de cuatro años. Sin la protección de su tío, lejos de reducir su espacio al púlpito, el padre Plancarte lo extendió más allá del atrio, anticipándose a la acción social en la que se refugiaron los católicos mexicanos, para quienes la hora de la reconstrucción empezó con el primer gobierno de Porfirio Díaz. “El periodo 1876 a 1895, lo considera el padre Cuevas como de ‘reconstrucción’ para la Iglesia: las órdenes religiosas quedaron subrepticamente restablecidas y se fundaron algunas por mexicanos [...] Se abrieron escuelas y centros de enseñanza religiosa. Las autoridades toleraban las manifestaciones del culto externo”.<sup>6</sup> Pero los odios recalcitrantes entre “católicos de Pedro el Ermitaño / y jacobinos de la época terciaria” no fueron exclusivos de la “bizarra capital” del estado de Ramón López Velarde. También en Jacona se caldeaban los ánimos. Aureliano Tapia Méndez resume algunas vicisitudes de su biografiado:

---

<sup>5</sup> En otra acuciosa investigación de Aureliano Tapia Méndez se precisan las desavenencias: “Se presentaron las dificultades ya directamente con la oposición del Obispo, quien decía que había recibido acusaciones contra las obras del Padre Plancarte. A raíz de un problema con una de las integrantes de la Congregación fundada por él, y con acusaciones que manchaban la misma virtud sacerdotal del Padre José Antonio [Plancarte y Labastida], aunque nunca se le comprobó ninguna acción o actitud menos digna de un hombre, o de un sacerdote, el obispo Cázares se declaró su enemigo y llegó a acusarlo ante Roma”. *Nuestra señora de la Esperanza. Historia de una imagen*, p. 51.

<sup>6</sup> Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914)*, p. 105. Para la ampliación de este aspecto histórico-cultural, tardíamente incorporado a la historiografía del México decimonónico, véase “Las lecturas católicas” (Manuel Caballero Ramírez) y “Lecturas del porfiriato” (Mílada Bazant), en *Historia de la lectura en México*, ed. cit. y Gabriel Zaid, “Muerte y resurrección de la cultura católica”, en *Ensayos sobre poesía*.

[En 1868] al nacer apenas la gigante obra educadora de Plancarte y Labastida nació la persecución que le asediaría hasta la muerte [...] La acusación farisaica, las envidias y murmuraciones nacieron cuando el cura de Jacona se atrevió a utilizar para el sostenimiento del colegio [de niñas], el teatro, y presentó cuadros plásticos en Navidad y luego la obra *Fabiola*, de aquel cardenal que lo había bendecido en Oscott, Nicolás Wiseman.

Pronto el señor Velasco, prefecto político de Zamora, aprovechó aquellas envidias que rodeaban al párroco de Jacona, para castigarlo con una multa por haber predicado en la calle el sermón de las *tres caídas*, y haber sacado procesiones sin su permiso, en las funciones de Semana Santa, y no descansó hasta llevarlo a la cárcel por desobedecer una arbitraria disposición contra los derechos eclesiásticos.<sup>7</sup>

En un eficaz relato de *Almas que pasan*, “El final de un idilio”, Nervo transformó al padre Plancarte en un Jehová de “gruesos quevedos, cabalgantes sobre su enorme nariz aguileña” (oc, I: 268). Inflexible con los detractores del orden impuesto en sus colegios, este anónimo padre superior descubre y somete a los internos Suárez y Concha, “la rapaza de diez años que interroga a un hombrecillo de doce acerca de todo lo que hay de lejano, inmenso y vago en la atracción de los sexos” (oc, I: 268). A la hora de la sentencia en el locutorio del colegio de niñas (el de la Purísima Concepción, por ello el simbólico nombre de la púber Eva, a la que tampoco le falta en el relato la mítica manzana prohibida), no bastaron el bochorno por las faltas de ortografía descubiertas en las cartas galantes del pupilo ni el arrepentimiento de estos adánicos colegiales, enfrentados a “la cara enjuta del tenebroso justiciero [que] no se conmovía; sus ojos, a través de sus lentes, iban de una a la otra víctima,

---

<sup>7</sup> Aureliano Tapia Méndez, *Antonio Plancarte y Labastida, profeta y mártir*, ed. cit., p. 124. Después de fundar el colegio para niñas de la Purísima Concepción, en septiembre de 1867, edificando de inmediato su hermoso edificio, sede del actual ayuntamiento jaconense, de construir el cementerio parroquial el mismo año, de remodelar el convento agustino para alojar —desde septiembre de 1873— a los primeros pupilos de San Luis Gonzaga, de poner en marcha el asilo de San Antonio en 1875 y el sistema de tranvías que unió a Jacona con Zamora en 1878, Plancarte y Labastida emigró a la ciudad de México en 1882. Aprovechando el espíritu fundador de su sobrino, el arzobispo Labastida y Dávalos lo puso al frente de las obras de remodelación de la Colegiata de Guadalupe de la ciudad de México, de la que fue abad del 8 de septiembre de 1895 hasta su muerte el 26 de abril de 1898. En la actualidad, El Vaticano sigue su proceso de canonización y Jacona porta oficialmente el primer apellido de su benefactor. Véase también Daniel Cuevas Torres, *Jacona de Plancarte*.

estoqueándonos sin piedad, y su voz avinagrada y sin inflexiones repetía: ‘No tiene remedio; esto no puede arreglarse de otra manera: los caso ahora mismo’ ” (OC, I: 268). La anécdota ha sido glosada hasta el exceso de considerarla una “página autobiográfica” confiable,<sup>8</sup> tal vez por el efecto de la primera persona y la ambientación jaconense. Pero el picaresco Suárez, que conocía de sobra el camino al locutorio, no encuadra con el testimonio de “El padre Mora”, pues en esta crónica Nervo insiste en presentarse como un adolescente retraído. (Por otra parte, la verosimilitud del relato implica la presencia continua del padre superior, cuando en realidad Plancarte y Labastida no vivía en Jacona desde 1882). Para contar con una comprensión más explícita del *locus amoenus* de esa comarca en el imaginario nerviano, evitemos la disputa de aquel peón sobre el tablero biográfico.

A pesar del “pragmatismo” de Plancarte y Labastida para encauzar vocaciones religiosas y sacerdotales desde ambos colegios, su proyecto educativo fue, también, una utopía clasicista asentada en una población con “las ventajas de la ciudad y la campiña”. Prosigue el fundador: “Jacona por la benignidad y salubridad de su clima, la fertilidad y amenidad de sus campos, la abundancia de sus aguas, la quietud de sus habitantes, y su proximidad a Zamora, es sin duda un sitio muy adecuado para el desarrollo de las facultades morales, físicas e intelectuales de la juventud”.<sup>9</sup> El noble imán de la empresa atrajo su propia materia novelesca: la aventura de dos jesuitas que eludieron la expulsión general de los sacerdotes extranjeros durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, refugiándose en Jacona. “Para que no fueran reconocidos [...] Antonio les cambió el nombre, al padre Wild, el holandés, le puso León y al padre Serra, Tolentino [...] El colegio fue inaugurado el 8 de septiembre [de 1873] con dos maestros —los sacerdotes extranjeros— y dos alumnos; Miguel Plancarte Garibay, zamorano, y

---

<sup>8</sup> El caso más reciente, en el prólogo de Aureliano Tapia Méndez, en *Juana de Asbaje* de Amado Nervo.

<sup>9</sup> José Antonio Plancarte y Labastida, *Prospectos de los colegios de la Purísima Concepción y de San Luis Gonzaga...*, p. 1.

Adrián Plancarte Álvarez, de Jacona.”<sup>10</sup> El ambicioso bosquejo curricular de 1873 incluía las siguientes materias:

- Religión y moral en todas sus partes.
- Idiomas: castellano, francés, inglés, alemán, italiano, griego, latín y hebreo.
- Matemáticas, agrimensura, geografía, física, química, botánica y horticultura.
- Historia de México y España, antigua, moderna y eclesiástica.
- Todo lo que se enseña en las escuelas de primeras letras.
- Música vocal e instrumental, dibujo natural y lineal, gimnasia, esgrima, baile, natación y equitación.
- La filosofía, facultad mayor y teneduría de libros se estudiarán tan luego como los alumnos se hayan perfeccionado en los estudios anteriores.<sup>11</sup>

Siguiendo el diario de Plancarte y Labastida, Tapia Méndez anota algunas efemérides de la primera, accidentada, etapa del colegio de varones, cerrado abruptamente el 31 de agosto de 1876. Convencido de las ventajas de formar a los futuros maestros de su internado en el extranjero, el tesorero constructor afirmó en aquella ocasión: “éste se debe llamar el día de su traslación a Roma y de su verdadera fundación [...] Pese a quien pese, la educación de estos niños en Europa, es la garantía de la futura grandeza del Colegio de San Luis Gonzaga”.<sup>12</sup> Cuando al fin estuvieron frente al papa Pío IX el párroco de Jacona leyó esta nota: “Hace once años que, terminados mis estudios en la Academia Eclesiástica y dispuesto a regresar a mi desgraciada Patria, la infelice México, Vuestra Santidad me bendijo con estas palabras: ‘Anda hijo: trabaja cuanto puedas en la reforma de los Colegios, pues de ellos nacen los males de tu Patria: haz que vengan jóvenes a educarse en el que he fundado aquí para América Latina’ ”.<sup>13</sup> Entre los diecisiete pupilos subvencionados por el párroco se encontraba el futuro rector Mora y del Río, quien

<sup>10</sup> Aureliano Tapia Méndez, *Antonio Plancarte y Labastida, profeta y mártir*, ed. cit., p. 138. Probablemente estos sean los “padres jesuitas” que Nervo recordará hasta su muerte (OC, II: 1219).

<sup>11</sup> José Antonio Plancarte y Labastida, *op. cit.*, p. 2.

<sup>12</sup> Aureliano Tapia Méndez, *Nuestra señora de la Esperanza*, ed. cit., p.143.

<sup>13</sup> Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, “Iconografía”, s.p.

concluyó en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma su carrera iniciada en el seminario de Zamora.

No he logrado precisar en qué fecha se reabrió el plantel, pero las expectativas académicas de 1876 se cumplieron sobradamente con la incorporación docente de varios exalumnos formados en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma. Entre los jaconenses eran conocidos como los “Padres Romanos”; de ellos tomará el muy agradecido Nervo sus primeros seudónimos: Román Pedro y Román. Los dos años de su estancia en Jacona coincidieron con uno de los periodos más florecientes del San Luis Gonzaga. Algunos de los cursos de Amado en su segundo año de estudios preparatorios de 1884-1885 reflejan la persistencia curricular del proyecto académico de Plancarte y Labastida. En las dos primeras columnas del siguiente cuadro se aprecian la mayor parte de las materias cursadas por el tepiqueño en el colegio de San Luis Gonzaga:

PRIMER AÑO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS	SEGUNDO AÑO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS	QUINTO AÑO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS <sup>14</sup>
Aritmética Latín Francés Estudios	Álgebra Latín Griego Francés Historia y geografía Gramática castellana	Geometría analítica Retórica Física y química Hebreo Inglés

<sup>14</sup> La información procede de la distribución de premios del curso de 1885. Incluyo la relativa al quinto año porque Amado, siendo alumno de segundo, estudió inglés en ese nivel superior. *Coronación de la virgen de la Esperanza*, pp. 63-64. Sin proporcionar la fuente, Alfonso Méndez Plancarte informa que en la distribución de premios de 1884, Amado obtuvo mención honorífica en retórica, aritmética y francés. “Introducción” a *Poesías completas* (OC, II: 1236). De nuevo observamos que Nervo había adelantado “retórica”, tal vez por cierta flexibilidad curricular del San Luis, explicable en el caso del tepiqueño por su temprana inclinación letrada.

## EL TORBELLINO DE LOS PADRES ROMANOS

En más de una ocasión, el prestigio del colegio de San Luis Gonzaga fue reconocido por autoridades eclesiásticas y civiles. La siguiente anécdota sobre la inesperada visita del general Mariano Jiménez, gobernador de Michoacán, a los pupilos del rector Mora describe la capacidad de improvisación de los profesores en la enseñanza musical, y el primer apretón de manos entre un integrante del coro y el principal factótum de su futura carrera periodística. En diciembre de 1884,

el vasto colegio se puso en movimiento y resonó como una jovial pajarera. Lo primero que se pensó fue en cantar un himno al huésped... Un himno... Pero ¿cómo componer la música y la letra en el espacio de dos días que faltaban para la visita? El padre [Francisco Plancarte y Navarrete] resolvió de una manera brillante el problema: tenía él la copia de un himno, muy hermoso por cierto que los estudiantes del Pío Latino cantaron en cierta ocasión en que los visitó un prelado. / El padre tomó el himno, tradujo la letra al vapor: donde decía 'Nuestro Pastor', puso 'Gobernador', y ... *tutti contenti!* [...] Entonces, y mientras se bebía una copa de champagne, a instancias de algunos amigos suyos, un joven [de la comitiva oficial] dejó su asiento y se adelantó hacia el magnífico piano del colegio. Aquel joven, alto, delgado, pálido, nervioso, que usaba una gran cabellera romántica [.. ] y que llevaba, lo recuerdo perfectamente una gran corbata papillon, era el licenciado Rafael Reyes Spíndola, quien tocó con elegancia un vals muy en boga entonces: *Le Tourbillon* (OC, II: 1100-1).

Menos rítmico, el torbellino del colegio giraba impulsado por el espíritu y la vigilancia distante de Plancarte y Labastida, "exiliado" en la ciudad de México. Los días de comunión general empezaban con el alba, y en los de precepto se asistía a la parroquia contigua para escuchar misa e intercambiar miradas cómplices con las internas de La Purísima. Afuera de las espaciosas aulas del San Luis, "los medianos y los chicos alborotaban en el patio de recreo, y los grandes, encaramados en los pórticos, las paralelas y los caballos del gimnasio, se cuchicheaban sus prematuros amores de adolescentes" (OC, I: 452); durante las sobremesas, los padres se extendían en referir las maravillas de las ciudades conocidas en su estancia europea, y en la

recta final de los cursos, desde las primeras filas del teatro escolar, pulían el temperamento histriónico de los imberbes actores que representaban comedias clásicas y dramas románticos.<sup>15</sup> Durante las breves vacaciones, la enseñanza del colegio se desbordaba “en aquellos paseos por montes y valles encantados en que tropezábamos con pájaros nunca vistos; si en pos de huilotas y patos golondrinos”, los excursionistas subían a una yácata, el padre Francisco Plancarte y Navarrete<sup>16</sup> hacía gala de su sabiduría arqueológica frente a las figurillas desenterradas por los curiosos; en las frías corrientes de Orandino y Camécuaro, los más audaces se imponían distancias memorables; exhaustos, los “buenos padres” descansaban enseñándonos “a deletrear en el cielo encendido de estrellas el alfabeto de oro de las constelaciones...” (OC, I: 1325).

¿Qué signos aprendió a leer Amado en las esplendentes noches michoacanas? Intentaré una respuesta siguiendo la historia documental de esa referencia tomada de “El padre Mora”. En 1904, Nervo leyó su discurso de ingreso a la Sociedad Astronómica de México. Para prevenir el ánimo del auditorio aquel 7 de septiembre de 1904, Nervo, flamante director de la refundida *Revista Moderna de México*, se presentó como aficionado a la astronomía desde la infancia. Consciente de tan modesto atributo, justifica su entrada a una institución donde conviven “el que descifra el enigma luminoso de las constelaciones y el que sólo empieza a deletrear el divino alfabeto de oro de las estrellas” (OC, II: 498). El exordio concluye con el planteamiento de un tema entrañable a su imaginación curiosa: la “habitabilidad” de los satélites del sistema planetario solar.

Fiel a su interés creativo por las obras que ponen en órbita universos gozosos, a partir de documentada base científica, el autor de “La última guerra”, ese relato pionero de ciencia ficción en México, se ubica de inmediato en sus dominios:

---

<sup>15</sup> “En los premios de 1884 —informa Alfonso Méndez Plancarte— ya aparece Nervo representando *El puñal del godo*.” *Ibid*.

<sup>16</sup> “Más que hombre de acción fue hombre de ciencia. En plan de arqueólogo estuvo en Madrid con motivo del IV centenario del descubrimiento de América. En 1896 un dedazo lo elevó a obispo de Campeche, y otro, dos años más tarde, a obispo de Cuernavaca.” Luis González, *Zamora*, p. 128.

la tradición de los viajes literarios a la luna que, para entonces, había culminado Herbert George Wells con *Los primeros hombres en la luna*. Después de parafrasear morosamente el argumento de la novela, Nervo hace gala de su cultura astronómica repasando especulaciones novedosas sobre el origen y formación del satélite terrestre. No viene al caso rastrear las fuentes del extenso discurso. Sólo agregaré que en la segunda parte, leída el 8 de octubre del mismo año, el disertante prosigue su recorrido científico-literario por los satélites del sistema solar; a medio viaje relata una de sus más caras y permanentes aficiones: la observación del firmamento con su “pequeño anteojo de 68 milímetros: Ahí estaba la maravilla de las maravillas; mostrándome oblicuamente su anillo de oro verdoso, en el que se adivinaba apenas la división de Cassini, y a un lado, hacia arriba, un punto luminoso lo acompañaba en su viaje: era el satélite Titán, perfectamente visible aquella noche” (oc, II: 512). La travesía concluye con dos frases similares a las que el conferenciante pudo escuchar en su infancia: “Mirad, la tarde ha caído misteriosamente en el abismo. Las estrellas se abren ya como divinas flores de fuego... ¡Pensemos... ¡Oremos!...” (oc, II: 518). Entonces, junto a las alabanzas de sus preceptores, ¿cuál fue la interpretación de las constelaciones que escuchó el estudiante de Jacona?

Volvamos al exordio del discurso de 1904. Pese a la distinción entre el descifrar de los doctos (los que desentrañan o manipulan significados) y el deletrear de los lectores legos (los que repiten significantes o parafrasean textos),<sup>17</sup> sus respectivas competencias revelan la misma visión hermética y ocultista de la tradición áurea que Darío y Nervo compartieron en París al despuntar el siglo. Creo que los siguientes versos del nicaragüense esclarecen la sutil dicotomía nerviana:

---

<sup>17</sup> En “La paz que baja de las estrellas” (1916), uno de los últimos ensayos de divulgación astronómica que Nervo escribió en España, se propone una separación tajante de actitudes y fines entre “especialistas” y “lectores”: “La contemplación de la noche estrellada, que es uno de los espectáculos supremos [...] reconforta y tonifica de un modo excepcional, y este debería ser un argumento para enseñar en las Universidades algo más que la cosmografía seca, en que no entra para nada el Cosmos y en que el pizarrón se llena de cifras y de figuras geométricas.” (oc, II: 864).

## EN LAS CONSTELACIONES

En las constelaciones Pitágoras leía,  
 yo en las constelaciones pitagóricas leo;  
 pero se han confundido dentro del alma mía  
 el alma de Pitágoras con el alma de Orfeo.<sup>18</sup>

Por una coincidencia notable, este soneto fue escrito en 1908, el mismo año en el que Nervo recuerda el despertar de su afición astronómica en “El padre Mora”; fiel a su naturaleza hermética ese soneto nos transporta a la noche del 6 de julio de 1900 en la que Darío improvisó los versos gemelos de “La tortuga de oro” en Calisaya, una cantinita del boulevard Montmartre, donde apenas si se escuchó la voz del “gran silencioso”:

## A AMADO NERVO

La tortuga de oro camina por la alfombra  
 y traza por la alfombra un misterioso estigma;  
 sobre su carapacho hay grabado un enigma,  
 y un círculo enigmático se dibuja en su sombra.

Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra  
 y ponen en nosotros su autoritario estigma:  
 ese círculo encierra la clave del enigma  
 que a Minotauro mata y a la Medusa asombra...<sup>19</sup>

Además de los “dorados” sonetos darianos, los poemas contemporáneos de Nervo —*La hermana agua* y “Las voces”— confirman el decurso modernista que, en opinión de Octavio Paz, “se inicia como una estética del ritmo y desemboca en una visión rítmica del universo”,<sup>20</sup> pasada por el tamiz del simbolismo francés. En la prosa poética preliminar a “Las voces”, el poeta dejó esta lectura de la armonía del universo: “Una expresión enigmática surge y resalta en todas las cosas, algo como la claridad de una conciencia que vigila, algo como el misterio de un pensamiento y de una voluntad que, aunque, incógnitos, transpiran y se denuncian [...] Alguien,

<sup>18</sup> Rubén Darío, *Poesías completas*, p. 1035.

<sup>19</sup> Rubén Darío, *ibid.*, p. 1004. En “El caracol y la sirena”, Octavio Paz realiza una lectura espléndida de ambos poemas. *Obras completas*, vol. 3, pp. 137-171.

<sup>20</sup> Octavio Paz, *ibid.*, p. 148.

lúcido y mudo, está ahí bajo el cobre radiante del sol o bajo la plata trémula de las estrellas” (OC, II: 1389).

“Las estrellas no mienten jamás”, afirmó Nervo en “Si se apagara el sol”, uno de sus frecuentes artículos de divulgación astronómica publicados en España (OC, II: 858). Confiando en su aserto y en la verdad poética de las primeras “constelaciones” que trazó a partir de 1886 en Zamora —a la fecha se desconocen versos o prosas suyos escritos en Jacona—, puede concluirse que los Padres Romanos no iniciaron a sus pupilos en ninguna doctrina hermética. Las evidencias de *Mañana del poeta* confirman, en parte, el entorno cultural arcádico del colegio de San Luis Gonzaga. En los signos de aquellos versos germinales, puede “deletrearse” la refundición de la actitud contemplativa del poeta desvelado bajo el firmamento, a la manera de fray Manuel Martínez de Navarrete, el primer mayoral de la Arcadia mexicana. Ya sea que en las aulas jaconenses leyera los *Entretenimientos poéticos* de aquel franciscano, o que con ellos ocupara los propios, Amado tendrá presente ese modelo cuando escriba en Zamora “A la luz de las estrellas”:

Broten, arpa, tus querellas,  
a la luz de las estrellas  
que en el cielo de zafir  
van ligeras y brillantes,  
siempre errantes, siempre errantes,  
siempre errantes, a lucir.

¡Cómo llegan de tan lejos  
esos plácidos reflejos!  
¡Cuán hermoso es su fulgor!  
Alma mía, quién pudiera  
ir con ellas por la esfera,  
por la esfera de color...

Broten, arpa, tus cantares;  
que la hiel de los pesares  
no vuelva a embargar tu voz...  
Todo duerme en santa calma,  
todo es ya quietud, y el alma  
se halla sola con su Dios. [...]

¡Qué magnífica belleza!  
Duerme la Naturaleza,

duermen las aves también...  
 Sólo yo callado velo,  
 suspirando al ver el cielo  
 por las dichas del edén.

(OC, II: 1278)

Desde las primeras, casi inmediatas, evocaciones fuera de Jacona, ésta ingresa al imaginario nerviano como el perdurable *locus amoenus* de varios textos en verso y prosa. Las imágenes del niño transfigurado por la alegría de los placeres edénicos y la luz del conocimiento contrastan, en “El padre Mora”, con esta otra de la “selva oscura de la Vida” que el poeta empezará a cruzar en su primera juventud. Pero antes de proseguir sus estudios en Zamora, Amado conocería el séptimo cielo de aquel paraíso: las festividades en torno a la suntuosa coronación pontificia de la virgen de la Esperanza, celebrada el 14 de febrero de 1886 en el atrio de la tercera capilla que los jaconenses construyeron para la primitiva “invención” de Nuestra Señora de la Raíz.<sup>21</sup>

Pese a que la propuesta de la coronación no surgió del padre Plancarte, indirectamente fue obra suya. Durante su estancia en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma, Miguel Plancarte y Garibay, uno de los alumnos fundadores del San Luis Gonzaga, tuvo la “sublime inspiración” —como le diría su tío José Antonio— de que la venerada efigie jaconense fuera la primera imagen mariana coronada en América.<sup>22</sup> Desde mediados de 1885, cuando se empezó a

<sup>21</sup> La mejor historia documental de este culto mariano, íntimamente ligado al acontecer de Jacona, es la de Aureliano Tapia Méndez. Por él sabemos que los antecedentes de dicha ceremonia de coronación se remontan a una audiencia de 1877 en la que “el párroco de Jacona le habló al Santo Padre [Pío IX] de la imagen de Nuestra Señora de la Raíz y le contó la historia y tradición de su hallazgo en un lago mexicano, y le mostró la imagen a la que el Papa determinó cambiarle el nombre de Nuestra Señora de la Raíz, por el de Nuestra Señora de la Esperanza”. *Nuestra señora de la Esperanza, op. cit.*, p. 50. En *Jacona de Plancarte*, Daniel Cuevas Torres recogió valiosos testimonios orales sobre la coronación; éstos, desafortunadamente, no siempre fueron enriquecidos con fuentes documentales.

<sup>22</sup> Otras vírgenes coronadas durante el porfiriato, además de la del Tepeyac, fueron las de Zapopan, Jalisco, la Virgen de la Luz en León, la de Izamal, la del Patrocinio de Guanajuato, por cierto coronada por el arzobispo José Mora y del Río, la de la Soledad de Oaxaca. Daniel Cossío Villegas, *Historia moderna de México*, p. 468. En carta a Victoriano Agüeros, José Antonio Plancarte defendió la iniciativa de la coronación guadalupana (12 de octubre de 1895) como una idea de su tío el arzobispo, surgida al calor de una sobremesa en el colegio de la Purísima Concepción. *El Tiempo*, 18 de julio de 1895, p. 1.

gestionar el “breve pontificio”, Plancarte y Labastida tomó el asunto en sus manos. En julio ya escribía a Enrique Angelini, su amigo y gestor en el Vaticano, solicitándole que el papa León XIII nombrara delegado personal en la ceremonia a su tío Pelagio; confirmada la presencia de éste y del entrañable Montes de Oca y Obregón, Plancarte y Labastida empezó a girar instrucciones a su antiguo curato, en particular al administrador de sus propiedades: “Mi deseo es que los niños se luzcan en sus adelantos, muy especialmente en latín y en matemáticas, y que presenten un lúcido examen ante el Sr. Arzobispo y el Ilmo. Sr. Montes de Oca”. El padre Plancarte y Navarrete también recibiría indicaciones para coordinar la participación teatral de los colegios y la música litúrgica. La estrategia salomónica para no violar las leyes civiles fue decidida en diciembre por el gobernador Mariano Jiménez, durante la referida visita a Jacona, en la que sugirió un acto público “a puerta cerrada”; es decir, desde un templete en el atrio del santuario para que los fieles, apostados en la plaza principal, no perdieran detalles ni indulgencias.

Por fin el domingo 7 de febrero de 1886, la comitiva arzobispal descendió de un vagón del tranvía de mulitas enfrente del colegio de la Purísima Concepción; Montes de Oca anotó en su “Diario”: “¡Qué hermoso pueblo es Jacona y cuánto la embelleció Antonio Plancarte. Pasé allí días sumamente agradables, y muy a menudo los recuerdo y sueño [...] Yo trabajaba en mi sermón y en mis versos, pero sin que esto me impidiera pasearme por aquella preciosa campiña y bañarme en el delicioso río.”<sup>23</sup> Mientras Ipanandro Acaico recogía apuntes para seguir apacentando a su grey con cantos, los jaconenses adornaban sus calles con “hilos de papel blanco y azul, de acera a acera, y en el frente de las casas veíanse coronas de cedro, palmas

---

<sup>23</sup> Las bucólicas remembranzas de Montes de Oca recuerdan la divertida parodia que Manuel Gutiérrez Nájera hizo del soneto dedicado a Labastida y Dávalos en los festejos por los cincuenta años de su primera misa. En el banquete del palacio arzobispal, Ipanandro Acaico declamó el 8 de diciembre de 1889, a ritmo de “danza habanera”: “Muchas veces del bosque en las sombras / cariñoso tu llanto enjugué”. Tres días después, Juan Lanús se divertía a sus anchas: “Esto es tierno; recuerdo algunas escenas de *Pablo y Virginia*, de *Atala*, etc.; pero ¿qué andaban haciendo por el bosque y de noche dos obispos? Sería por lo que tienen de pastores, pero hasta los pastores se recogen cuando cierra la noche. No; esa fue verdaderamente una imprudencia. Y hasta el recordarla es antipoético porque nos presenta al señor Montes de Oca convertido en pañuelo”. *Obras I. Crítica literaria*, p. 389 y nota 1 de la p. 387. El soneto de Ipanandro Acaico en *Ocios poéticos*, pp. 131-132.

y flores, estampas de la santísima virgen coronada, banderitas, y de las ventanas, puertas y zaguanes colgaban banderolas y cortinas de seda y de papel crepé”.<sup>24</sup> Durante la semana se realizaron toda clase de entretenimientos para los huéspedes: “exámenes solemnes de griego, hebreo y matemáticas en el colegio de varones, representaciones teatrales en uno y otro establecimiento, un espécimen de gimnasia de salón en el orfanatorio, danzas de indios, fuegos de artificio”.<sup>25</sup> Los cuatro días de celebraciones litúrgicas culminaron la tarde del domingo 14 de febrero; cuando el arzobispo ciñó a la efigie la corona bendecida por León XIII, miles de gargantas corearon en la plaza principal “VIVA LA VIRGEN DE LA ESPERANZA. REINA DE JACONA Y DE LOS CIELOS!”.<sup>26</sup> En el atrio del santuario, muy cerca del tablado enflorado, los escolapios seguían el piano del padre Plancarte y Navarrete. Uno de ellos nunca olvidaría la elocuencia renacentista de Ipanandro Acaico.

Marzo 24, 1917.

Ilmo. Señor Obispo Montes de Oca y Obregón.

Mi muy distinguido amigo,

En efecto, en Jacona, durante la coronación de la Virgen de la Esperanza, mientras usted leía su docto discurso y aquella, ática sátira que empezaba así:

¿De qué sirve cruzar los anchos mares  
y trocar de una madre las caricias  
por el tibio calor de ajenos lares?

un chico de trece años, era todo ojos y oídos, entre sus compañeros los educandos del Colegio de San Luis Gonzaga [...]. Y ese chico tiene ahora especial complacencia en repetirse suyo afmo. amigo q.l.b.l.m.

Amado Nervo<sup>27</sup>

<sup>24</sup> Daniel Cuevas Torres, *Jacona de Plancarte*, p. 59.

<sup>25</sup> *Coronación de la virgen de la Esperanza*, ed. cit., p. 4.

<sup>26</sup> Los testimonios de Labastida y Dávalos y de Montes de Oca no coinciden en la cifra de asistentes: el primero calculó dieciséis mil; el segundo, diez mil. Aureliano Tapia Méndez, *José Antonio Plancarte*, p. 206 y *Nuestra señora de la Esperanza*, p. 63.

<sup>27</sup> Joaquín Antonio Peñalosa, *Epistolario de Ipanandro Acaico*, p. 74.

## EL INICIO DE LA SENDA LARGA DE LAS LETRAS

“Hay recuerdos de la infancia que nunca se borran”,<sup>28</sup> dijo monseñor al iniciar el sermón de aquel atardecer tan imperecedero para uno de los presentes como las vibraciones del corroído aldabón colegial. Entre el exordio de ese discurso, la crónica de “El padre Mora” y la carta antes transcrita, se produjo un efecto especular sobre el mismo asunto: la percepción del mundo en la infancia. El punto de refracción inicial fue el preámbulo de la extensa pieza oratoria de Ipanandro Acaico. El prelado refirió en ella la pervivencia de cierto cuadro alegórico observado a sus once años: “Quedó grabado en mi imaginación uno, sobre todo, en cuyo fondo aparecía la Imagen de la Virgen Santísima, bajo la advocación de ‘Refugio de los Pecadores’. A su lado, sosteniendo una hermosa diadema, y en actitud de coronar a la Reina de los Cielos retratada en el lienzo, se presentaba ufanamente erguido devoto niño con traje cardenalicio, que atraía todas las miradas.”<sup>29</sup>

Sobre la base de las preguntas elementales que el niño Ignacio Montes de Oca se formuló durante aquella representación en su natal Guanajuato, el futuro sacerdote —ya consagrado primer obispo de Tamaulipas— volvió a interrogarse en 1876 al presenciar la coronación pontificia de Nuestra Señora de Lourdes. Diez años después, frente a los jaconenses, se replanteaba el interrogatorio de su infancia: “¿Qué significa esta corona? ¿Por qué no en su nombre, sino en el del Supremo jerarca de la Cristiandad, la ha impuesto el metropolitano de México? ¿Cuál es la significación, cuál el motivo de los insólitos ritos que acabamos de presenciar?”<sup>30</sup> Estas preguntas, acordes con la curiosidad de los creyentes, fueron resueltas a lo

<sup>28</sup> Existen varias ediciones del sermón de Montes de Oca. Él mismo lo incluyó en sus *Obras pastorales y oratorias*, vol. V, pp. 83-107. Sigo la reproducción de Daniel Cuevas Torres, *ibid.*, p. 64.

<sup>29</sup> Daniel Cuevas Torres, *ibid.*, p. 64.

<sup>30</sup> *Idem.*

largo de un discurso que explayó la significación iconográfica, histórica, teologal y redentora de la palabra corona. En cuanto al sentido de aquella ceremonia en particular, el obispo de San Luis Potosí destacó la doble fortuna de los jaconenses, beneficiados por el culto de la virgen y las obras plancartinas. En un giro retórico, éstas fueron propuestas como otro regalo celestial, complementario de la moralidad creciente: “El demonio de la discordia y de la lascivia ha huido lejos de estas verdes praderas; el espíritu de piedad y de pureza han plantado aquí sus benditas tiendas.”<sup>31</sup> Por ello el obispo exhortaba a los pecadores presentes a que ofrendaran a la virgen la corona de su contrición, para sumarla a todas las diademas enumeradas en el discurso. La última de ellas fue la guirnalda triunfal que monseñor trenzó con los avatares arzobispales de Labastida y Dávalos. Para dejarla a los pies de la efigie, concluyó:

Hoy el cansado lidiador viene a ofrecer su triunfal corona a la virgen de la Esperanza. Acéptala, oh Reina, y cubre con el manto de tu protección al Sumo Pontífice que lo ha enviado a coronarte, al mismo venerable Delegado que del lecho del dolor se ha levantado para cumplir con su augusta misión, al benemérito sacerdote a quien se debe el incremento espiritual y temporal de este pueblo, a todos, en fin, los que aquí congregados cantamos los loores y te proclamamos coronada Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. ASÍ SEA.<sup>32</sup>

El broche de oro de las festividades fue la academia literario-musical que precedió, aquel interminable 14 de febrero de 1886, a la distribución de premios de ambos colegios. En el teatro de la Purísima Concepción, el anciano y convaleciente arzobispo de México aún toleró otro par de horas durante la representación del bucólico soliloquio “Un día glorioso de la virgen de la Esperanza”, del zamorano Tirso R. Córdoba, y la lectura de la “ática sátira”, “La virgen de la Esperanza y los alumnos zamoranos del colegio pio-latino-americano de Roma, o la educación a la europea”. Además del aplauso inmediato, Ipandro Acaico tendría la satisfacción de recibir, treinta y un años después, el tributo de Amado Nervo, un par en la plenitud

<sup>31</sup> Daniel Cuevas Torres, *op. cit.*, p. 74.

<sup>32</sup> Cuevas Torres, *ibid.*, p.78.

de su fama. Al igual que con los Padres Romanos, el exalumno se mostrará muy agradecido y complaciente con el primer hombre de letras que escuchó a sus quince años. No a los trece, como quiso el significativo inconsciente de Amado Nervo, atrapado en el edén intemporal de Jacona. En cuanto a la “buena memoria” nerviana, ésta pudo beneficiarse citando el primero de los tercetos en endecasílabos de la segunda edición de *Ocios poéticos*, en la que el reconocido traductor de los bucólicos griegos incluyó, además de sus versiones, la referida sátira y varios versos de ocasión dedicados a la figura y las instituciones plancartinas.

“Todo ojos y oídos”, el deslumbrado pupilo debió desconcertarse no tanto por la forma de una sátira que sus nociones de retórica le permitían identificar como “seria y elevada”, por el tratamiento de su asunto, cuanto por la contradicción que entrañaba la primera parte. ¿Acaso las “maravillas de Roma” eran una invención de sus mentores? ¿No había escuchado que París bien valía una misa? Entonces, ¿por qué las reticencias del magno obispo hacia la “docta París”?

Fernando Calderón en su comedia  
nos pinta a *Don Carlitos*: pues ninguna  
diferencia, entre aquél y el nuestro media.

Con su locuacidad nos importuna,  
y, cual todo francés, de tigre y mono  
los contrarios instintos en sí aduna.

Blasfemar contra Dios juzga *buen tono*;  
y, con graznidos de impudente ganso,  
desfoga contra México su encono. —<sup>33</sup>

Más de un dardo en contra de los “afrancesados” escritores metropolitanos<sup>34</sup> debieron gozar los sacerdotes y ver pasar los pupilos, muy atentos —eso sí— a

<sup>33</sup> *Coronación de la virgen de la Esperanza*, ed. cit., pp. 31-32.

<sup>34</sup> La pugna entre árcades y escritores católicos y modernistas metropolitanos, que se hace evidente con la aparición de la prensa católica más combatiente — la de Victoriano Agüeros en *El Tiempo*—, empezó a perfilarse en la reseña de la primera edición de los *Ocios poéticos*, firmada por Manuel Gutiérrez Nájera en *La Libertad* (6 de octubre de 1878); a pesar de la valoración positiva de la forma y del fraseo de un buen número de poemas, el Duque Job cuestionó de entrada la falta de modernidad de la poesía arcádica: “nada hay en [Montes de Oca] que revele al poeta de nuestra edad”. *Op. cit.*, p. 174.

descifrar la metáfora inquietante de “los contrarios instintos”, aun más combatidos que los “naturales” con la máxima jesuítica del San Luis Gonzaga: “No discutas con el diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá...” Llevado por los coqueteos de su conciencia, Amado dejó correr los tercetos en contra de la educación extranjerizante —no tanto la del alto clero de la que Montes de Oca, Plancarte y algunos de sus pupilos piolatinoamericanos fueron paradigmas, como la “impuesta” gubernamentalmente por medio del currículum positivista— hasta que aterrizó en la estrofa sesenta y cuatro en la que comprendió el ardid retórico del visitante. En su encendido fervor mariano, el reconcentrado muchacho vio aparecer a la “gentil Señora” que había guiado los pasos de los zamoranos en Roma. Como a éstos, Ipandro Acaico les advertía a los retoños de Plancarte:

Mostrad cuán diferente es el profundo  
aprendizaje de escolar constante,  
que evita de la tierra el cieno inmundo;

que aunque años y años pasen, adelante  
camina de las letras por la larga  
senda, sin vacilar un solo instante,

y el del afeminado, a quien amarga  
parece la más suave disciplina,  
y el más ligero obstáculo aletarga.<sup>35</sup>

Y Amado se volvió a extraviar acomodando las piezas del hipérbaton recién escuchado: “el escolar constante que camina adelante por la senda larga de las letras, sin vacilar un solo instante, aunque pasen años y años”. Apenas si concluyó su ejercicio para enterarse del edificante remate:

Cuando las penas cérquenlo, su llanto  
de la madre feliz de la Esperanza  
venga a enjugar bajo el celeste manto,

y en invierno o verano, ya en bonanza,  
ya en la tormenta, sírvale de guía  
de Roma la purísima enseñanza.

---

<sup>35</sup> *Coronación de la Virgen de la Esperanza*, ed. cit., p. 37.

Si tales os mostráis, llegará el día  
 en que no copie, quien medite en viajes,  
 los tipos que la audaz sátira mía  
 os presentó, de necios personajes.<sup>36</sup>

En la inmediata entrega de premios, Amado confirmaría que para emprender la senda larga de las letras primero debería perseverar en el estudio de la lengua materna y de cuantos idiomas extranjeros pudiera aprender. Gracias a la crónica y recopilación documental de algunas de las piezas leídas durante los festejos, labor que realizó Tirso R. Córdoba quizá por encomienda de Plancarte y Labastida, el nombre de Amado Nervo quedó inscrito en ese capítulo central de la memoria colectiva de Jacona. En las páginas postreras de la *Coronación de la virgen de la Esperanza*, el compilador registró las materias cursadas durante 1885 en ambos colegios, los nombres de sus alumnos y los reconocimientos otorgados en manos del arzobispo. En el segundo año de estudios preparatorios del San Luis Gonzaga, Amado, el primero en la enumeración por nombres de pila y un sólo apellido—, fue digno de mención en álgebra e inglés, y obtuvo mención honorífica en francés y el premio de gramática castellana.<sup>37</sup>

En uno de los discursos de clausura, el padre Mora convalidó la incipiente disposición letrada de su agradecido pupilo. “El Ilmo. Sr. Montes de Oca —dijo el rector a la agotada concurrencia— honra de nuestro amado Colegio Pío-Latino-Americano, os alienta con su presencia y os invita a ceñir vuestras sienes con la corona que las suyas adorna”. Radiante con sus premios, Amado ya soñaba con aquella guirnalda desde antes del exordio de Mora, quien se propuso desarrollar el tema de la felicidad como fin último de la educación; en su concepto, desde la infancia debería adquirirse la disciplina de un aprendizaje permanente y gozoso en extremo, capaz de sobrellevar el viacrucis de la vida adulta.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>37</sup> *Coronación de la virgen de la Esperanza*, ed. cit., pp. 60-65.

<sup>38</sup> ¿Acaso fue otra la actitud de Nervo en los años que siguieron a la pérdida de Ana Cecilia Luisa Dailliez en aquel aciago 7 de enero de 1912? Para sobrellevar su ausencia, Amado se entregó con

Esta lúcida pieza oratoria, sobre la que no conozco ninguna referencia nerviana, compendia el capital cultural que Amado adquirió en Jacona. Al mismo tiempo, refleja la sólida preparación de los Padres Romanos e insiste en las virtudes pedagógicas del San Luis Gonzaga. En las palabras del padre Mora, Amado revivió dos de los años más felices de su vida y avizoró los inmediatos de su inminente inclinación por las letras:

Se verá apartado el niño de sus juegos infantiles, contrariado en los deseos de su edad, le fastidiarán los primeros rudimentos; mas a la aridez de las reglas sucederán las bellezas de la literatura, la magnificencia de la elocuencia, los encantos de la poesía y gozará tratando de imitar a los grandes oradores y poetas [...] No se cansará de admirar el acierto del bien decir y expresar los pensamientos, las galantes formas con que saben revestirlos los talentos superiores: al ver tan bien manejado el idioma patrio, se prenda de él, estudiará todos sus giros, modismos y bellezas, y a su vez dará a luz las concepciones de su inteligencia, fruto de largas horas de no interrumpido pero grato trabajo.<sup>39</sup>

Si bien este pasaje acendró la incipiente vocación literaria de Amado, éste no perdió detalle de las posibilidades vocacionales que el padre Mora ofrecía a sus discípulos, tal vez porque cada una de las profesiones enumeradas fue descrita con la doble sensibilidad del humanista y científico. Así, el geólogo debería penetrar las entrañas de la tierra y el astrónomo atisbar los secretos siderales; el botánico y el zoólogo, escudriñar la naturaleza; el paleontólogo, arqueólogo e historiador, remover los escombros del pasado; el matemático, componer y descomponer “la cantidad discreta y continua” (fue inevitable que se pintara a sí mismo como el extasiado profesor de la materia que evocará Nervo en 1908); el físico, reducir “todas las fuerzas físicas a la bellísima y profundísima teoría de la unidad”, y el químico, estudiar la composición de los cuerpos. Después de repasar el quehacer de filósofos, éticos, metafísicos y teólogos, el rector afianzó su tesis: “la

---

redoblada pasión y disciplina al estudio astronómico. En *Los balcones*, Luis, el entrañable heterónimo, dejó páginas espléndidas e insolubles de las lecciones del padre Mora.

<sup>39</sup> *Coronación de la virgen de la Esperanza*, ed. cit., p. 54.

felicidad está en procurar y alcanzar el fin de cada potencia del alma” para que el hombre sea bueno, virtuoso y, en consecuencia, feliz. Amado, quien ya era dichoso con su imaginada guirnalda, se propuso, además, buscar siempre esa “Verdad” que encomiaba el bueno de su rector al término de su discurso: “Yo sólo os ruego que hagáis siempre gratos recuerdos [del padre Plancarte y Labastida], y lo consideréis como aquél a quien Dios ha escogido para haceros bien, siendo él el vínculo que a todos nos une.” Al oír estas palabras, Amado no quiso ser sino el protector de su familia, el padre que él había reencontrado en la persona de Mora y del Río, aquel a quien le “pedía la resolución de todos sus problemas y de todas sus dudas”, y al que en su madurez madrileña le ofrecería “el oro de su viejo, de su filial cariño” (OC, I: 1327). Pero al empezar a aplaudirle, vio de golpe la caligrafía perfecta de su premio de Gramática Castellana, y entonces comprendió que le bastaba con ser Amado Nervo; después se apresuró a buscar los brazos de su madre.

### 3. LA BIBLIOTECA DEL BACHILLER

*El pergamino mostraba a cada paso su tez amarillenta, bajo la cual hallábanse, en el latín de la decadencia y la Edad Media, las extensas lucubraciones de los Santos Padres: el elocuente Crisóstomo, el profundo Agustino, el tierno Bernardo, el delicado Ambrosio, y los teólogos más modernos, descollando en parte principal, la Summa del Sol de Aquino. También había clásicos latinos y españoles del Siglo de Oro.*

Amado Nervo, *El Bachiller*

#### LA VIDA EXTERIOR

Con la bendición de monseñor Cázares y Martínez, segundo obispo de Zamora, en 1885 la familia Nervo Ordaz se instaló en la esquina suroeste de las calles de Naranjos y del Puente de la levítica ciudad.<sup>1</sup> “Señora, admiro a usted profundamente”,<sup>2</sup> dijo su ilustrísima, quien simpatizó con los planes educativos de la tenaz viuda, sobre todo a partir de que ésta retirara a su primogénito del colegio de San Luis Gonzaga en febrero de 1886.

Tan constructor y magnánimo como José Antonio Plancarte y Labastida, rasgo que debió acentuar el “piadoso” y mutuo antagonismo, José María Cázares y Martínez inició —hacia 1880— la reforma y ampliación del sistema escolar diocesano que beneficiaría a los avecindados tepiqueños; además de fundar colegios, seminarios auxiliares y centros de caridad dentro y fuera de Zamora, en 1884 transformó en todos sentidos el Seminario Mayor. “Éste dejó de ser la escuela que producía clérigos sancochados para convertirse en un instituto productor de

---

<sup>1</sup> En la actualidad, Madero y Juárez. Agradezco a don Francisco Elizalde García, cronista de Zamora, la generosa y amena conversación en la que me precisó datos y bibliohemerografía sobre la estancia zamorana de Nervo.

<sup>2</sup> Rodolfo Nervo, “La vía dolorosa de Amado Nervo”, citado en Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico.*, vol. I, p. 37.

sapientes, cristianísimos y polémicos juristas y sacerdotes”.<sup>3</sup> La nueva sede arquitectónica del seminario dio aún más brillo a la “notable fuente de pensamiento católico” que había empezado a forjar, veinte años atrás, Juan José de la Peña y Navarro, primer obispo de Zamora, una de las diócesis más conservadoras del diecinueve mexicano.<sup>4</sup>

En calidad de alumno externo, Nervo ingresó al recién estrenado edificio para estudiar las Facultades Menores. Los cuatro primeros cursos de gramática castellana y etimología, sintaxis, prosodia y literatura latinas, le fueron revalidados por los estudios preparatorios de su feliz bienio jaconense. Con ese avance, de 1886 a 1889 concluyó —con altibajos notables— matemáticas, física (ciencias naturales) y lógica (“filosofía en general”), cada una de ellas impartidas en diez meses.<sup>5</sup> El cotejo de las escasas y muy generales cifras y datos proporcionados por Méndez Plancarte y Valencia Ayala con ciertos pasajes iniciales de *El Bachiller*, valida y complementa parte de las actividades seminarísticas ficcionalizadas por Nervo, especialmente las relativas a los retiros espirituales y a las actividades de los seminaristas internos.

El obispado de Cázares y Martínez duró casi tanto como el porfiriato; desde 1878, monseñor le dio otra vuelta de tuerca al conservadurismo que los Nervo Ordaz vivieron por siete años, y que un semanario de la época, *Don Barbarito*, esbozó en pocas palabras: “Diversiones nocturnas; sólo serenatas, porque bailes, ni por pienso; teatros, ni caseros; bullas en los barrios, sólo las que arman los

---

<sup>3</sup> Luis González, *Zamora*, p. 123. Esta referencia a la primer época del seminario zamorano coincide con el juicio de su historiador, el presbítero Francisco Valencia Ayala: “Entonces la carrera sacerdotal era brevísima: dos años de Gramática Latina, uno de Filosofía y dos de Teología Moral”. *El seminario de Zamora*, p. 21.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 118-122.

<sup>5</sup> Alfonso Méndez Plancarte reprodujo en *Mañana del poeta*, ed. cit., pp. 261-263, la currícula seminarística de Nervo en Zamora. Debo al sacerdote Francisco Valencia Ayala las facilidades para cotejar esos datos, la mayoría tomados del “Segundo libro de calificaciones (1885-1889)” del Seminario; en su amable entrevista, el autor de la historia de *El seminario de Zamora* me confirmó la imposibilidad de ampliar la información proporcionada por Méndez Plancarte debido a la destrucción de los archivos seminarísticos durante los años de la Revolución armada, concretamente en 1914, año de la incautación del edificio que conoció Nervo.

borrachines”.<sup>6</sup> “El obispo Cázares fue un diligente promotor de algunas costumbres tradicionales pero enemigo de cualquier modernidad, fuera de las técnicas [...] lo que él alentaba de suyo eran los paseos en canoas en las temporadas del valle inundado, los días de campo a Orandino o a Camécuaro, los exámenes públicos y las fiestas escolares, las mañanitas, las conversaciones de sobremesa y las charreadas.”<sup>7</sup> Prosigue la amena microhistoria de Luis González: “En los tiempos de Cázares se erigen varios edificios religiosos y las devociones recobran y sobrepujan el brillo de la época prerreformista. Se vuelve a celebrar la ‘noche buena’ con gran algarabía, dentro y fuera de los edificios de culto”.<sup>8</sup> En 1888 el seminarista externo Amado Nervo participó en las revividas tradiciones decembrinas, versificando villancicos para los alumnos de la diocesana Escuela de Artes y Oficios; ya para entonces su talento sonoro había llamado la atención del fundador de la Congregación Mariana de Jóvenes, el presbítero Ramón García, quien elige al tepiqueño como uno de los lectores de la piadosa asociación.<sup>9</sup>

¿Qué razones tuvo el carismático adolescente para embozar su nombre en las primeras letras publicadas aquel mismo 1888? Me refiero al relato “Delirio y realidad” firmado por Román Pedro en la sección literaria de *El Pensamiento*.<sup>10</sup> Antes de concluir la anécdota de un tema frecuente en la narrativa madura de Nervo —la indagación del inconsciente en estados límite: vigilia-sueño, vida-muerte, autoconciencia-hipnosis—, el narrador en primera persona de aquel cuento inaugural nos sorprende con estas líneas: “y la muerte tendió su vuelo en pos de otras víctimas, dejándome que prosiguiera en el camino de mi existencia. / Volví a la vida, y al dar los primeros pasos por mi habitación sepulté todo mi delirio en la tumba de mis recuerdos” (OC, I: 72). Pronto un nuevo encuentro con la

<sup>6</sup> Citado en Arturo Rodríguez Cetina, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, p. 783-784.

<sup>7</sup> González, *Zamora*, p. 125-126.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>9</sup> Francisco Elizalde García, “Crónicas de Zamora”, f. 12.

<sup>10</sup> Recogido por primera vez en *Mañana del poeta*, ed. cit., pp. 148-155.

muerte, el fantasma más persistente de la infancia tepiqueña, ensombrecería el regocijo familiar por la primera salida editorial del primogénito:

Murió de ahí a poco, en mis brazos, un hermano mío, a los dieciocho años de edad, fuerte, bello, inteligente, generoso amado... y murió con la serenidad de una hermosa tarde de mis trópicos.

—Siempre temí a la muerte —me decía— mas ahora que se acerca ya no la temo: su proximidad misma me parece que me la ha empequeñecido... No es tan malo morir. ¡Casi diría que es bueno!

Y envidié rabiosamente también a mi hermano, que se iba así, con la frente sin sombras y la tranquila mirada puesta en el crepúsculo, que se desvanecía como él. (OC, I: 237).

Lo que Nervo no dice —concluye Alfonso Méndez Plancarte— lo que tal vez no quería ni recordar —él, perpetuamente angustiado con la angustia de morir—, es que él mismo contribuyó no poco a aquella serenidad que luego lo pasmaba, preparando a su hermano para tan buena y bella muerte.<sup>11</sup> La pérdida de Juan Francisco fue una de las causas por las que la luminosa alegría del edén colegial jaconense se empezara a diluir en la línea de sombra de la primera juventud.

Aquel espectro fraterno no es el único que oficia en la prosa nerviana mientras el narrador de *El Bachiller* describe la “fisonomía medieval” de la embozada Zamora; su ambiente se acentúa con los rasgos de su imaginario morigerado: “Cuando el reloj de la Catedral sonaba las nueve y tres cuartos de la noche, dejábase oír el lento y sonoro toque de queda, cuyas tristes inflexiones llevaban a todos los hogares una sensación indefinible de melancolía y de temor. Prolongábase este toque hasta las diez; y, tras breve intervalo de silencio, oíase de nuevo durante algunos minutos, recibiendo el toque segundo la denominación de queda grande”. (OC, I: 186). De acuerdo con el zamorano Alfonso Méndez Plancarte (1909-1955), varios trazos de esta ficcionalizada Pradela revelan “el ambiente y la vida de Nervo por entonces”.<sup>12</sup>

Sumamente aislada hasta que no llegó el ferrocarril en 1899, la economía autosuficiente de Zamora giraba al ritmo cíclico de su generosa naturaleza; en

<sup>11</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, ed. cit., p. 52.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 34.

tanto, la mayoría de los hitos de su vida social los marcaban el calendario litúrgico y los días seminarísticos. Lo único que estremecía el imaginario social eran los ejercicios espirituales.

Año por año, las aulas del Seminario, vacías de gramáticos, filósofos y teólogos que disfrutaban sus vacaciones, corridas de octubre a enero, hospedaban a aquellas jóvenes por nueve días, destinados a la contemplación de las verdades eternas, conforme al método de San Ignacio. / Los ejercicios efectuábanse por tandas cada una de nueve días; y cuando ya así las solteras como las casadas de Pradela las habían recibido, tocaba su turno a los hombres, algunos de los cuales los esquivaban, verificándose en tanto entre los concurrentes tal o cual discreta conversión, que llevaba al elegido por la Divina Gracia, de una disipación disimulada y mediana, a los claustros del Seminario donde trocaba el legendario traje charro por la sotana clerical (OC, I: 186-187).

En un relato de madurez, “El miedo a la muerte”, Nervo preservó el discurso incendiario de los predicadores, quienes describían —con lujo de detalles— la impostergable descomposición de la materia humana: “Salía yo de esas pláticas macabras [...] presa del pánico, y mis noches eran tormentosas hasta el martirio” (OC, I: 237). Con los rescoldos del fuego abrasador, la imaginación del seminarista volvía a encenderse en la penumbra del templo de san Francisco, donde sufría en carne propia las llagas del Cristo más estrujante de la levítica ciudad, siempre dispuesta a enfrentar sus adversidades con fastuosas “rogativas, procesiones, novenas, trisagios y penitencias”.<sup>13</sup>

En contraste con las horas de la modernidad liberal, a la que se fueron adaptando los capitalinos a partir de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, el tiempo en Zamora transcurría con lentitud debido a la omnipresencia de su institución religiosa. De la viñeta que Vicente Riva Palacio dedica en 1882 a Ipandro Acaico en *Los cerros*, la “Galería de contemporáneos” publicada inicialmente en el diario *La República*, transcribo un fragmento ilustrativo de los distantes decursos históricos que sitúan la biblioteca del Bachiller:

---

<sup>13</sup> Luis González, *Zamora*, p. 125.

Hace cincuenta años, cuando el dominio del clero era tan absoluto que los transeúntes no pasaban jamás cerca de un sacerdote sin quitarse el sombrero los varones y besarle la mano las mujeres y los niños; cuando las conversaciones en todas las tertulias, sobre todo delante de señoras, giraban siempre sobre el sermón de Fulano, sobre la plática del padre Mengano, sobre los maitines de Catedral, la calenda de Loreto, el vespertino de San Francisco o las tres horas de la Profesa; cuando a todas las novias las iban a pedir los canónigos o los curas; cuando todos los niños jugaban con capillitas y en todas las enfermedades ofrecían las muchachas ponerse el hábito.<sup>14</sup>

Como señala el mismo autor, la religiosidad opresiva tuvo siempre su escape paródico en la implícita moral de doble cuño que Riva Palacio creyó desterrada gracias a las luces ilustradas de la Reforma: “Porque digan lo que quieran los que sostienen aquello de que ‘cualquier tiempo pasado fue mejor’, hoy el que es católico lo es, y ni la hipocresía tiene para qué tomar parte en la religión, ni la herejía necesita engañar disfrazándose”.<sup>15</sup> Dejemos por un momento al General para escuchar de nuevo las horas pausadas de la vetusta Pradela nerviana.

La iconografía salvífica que exaltó la imaginación del Bachiller, enmarcada por la austeridad de una arquitectura religiosa desatenta a cualquier rasgo sensual, tuvo su correspondiente literatura culta y su beligerante periodismo local y metropolitano. Al igual que los colegios plancartinos de Jacona, la prensa católica del último tercio del siglo XIX fue producto de quienes llevaron la derrota del imperio de Maximiliano al campo social de la República restaurada y al sucesivo terreno de la política conciliadora de Porfirio Díaz. Manuel Ceballos Ramírez describe los rasgos esenciales de dicha cultura, coexistente con el liberalismo:

Varios eran los puntales sobre los que se sostenía esta nueva cristiandad: prensa, teatro, escuelas, organizaciones laborales, agrupaciones políticas y asociaciones de diverso tipo (literarias, piadosas, moralizadoras, etc.). Las acciones que los católicos

<sup>14</sup> Vicente Riva Palacio, *Los cerros (Galería de contemporáneos)*, pp. 84-85.

<sup>15</sup> *Idem.*

desarrollaron estuvieron en consonancia con los fines de cada una de estas actividades; mas en todas ellas se desató una verdadera efervescencia por tratar de divulgar las ideas y las realizaciones a través de textos escritos [...] Desde fines de la década de 1860 se desarrolló a lo largo de un siglo toda una gama de lecturas católicas a través de diferentes medios: libros, periódicos, revistas, textos escolares, hojas parroquiales, catecismos panfletos, folletos, etc.<sup>16</sup>

Gracias a esos canales de lectura, durante las solemnidades de semana santa la piedad católica se acendrababa con el estro religioso de Manuel Carpio y José Joaquín Pesado, los populares poetas “salmistas” que las cultas madres de Amado Nervo y Manuel Gutiérrez Nájera les hicieron aprender con los rezos infantiles.<sup>17</sup> La pervivencia de esa tradición puede apreciarse en dos ámbitos nacionales: la amurallada diócesis michoacana de *El Bachiller* y la “vanguardista” metrópoli liberal que, muy a pesar de sus élites políticas, siguió siendo mayoritariamente católica. Todavía en 1881, Gutiérrez Nájera escribe “Fiat voluntas”, último poema de su aprendizaje poético recogido en “La fe de mi infancia”, sección inicial de las *Poesías completas* editadas por Francisco González Guerrero.<sup>18</sup> En el prólogo de la recopilación inicial, Justo Sierra afirmó: “Estos fervores de creyente, más aún, de devoto, muy sinceros, aunque algo convencionales, y en los que, a la vuelta de una que otra estrofa gallarda y rica, se advierte el afán de conformarse a los modelos venerados de la poesía sagrada, con visos de erótica y romántica, que fue el encanto de la generación del segundo tercio de este siglo; estos arrebatos de adoración católica, apenas indican la futura personalidad poética de Gutiérrez Nájera.”<sup>19</sup>

<sup>16</sup> Manuel Ceballos Ramírez, “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917”, ed. cit. p. 153-154.

<sup>17</sup> Andando el tiempo, Gutiérrez Nájera pronunció un discurso en el centenario del natalicio de Carpio. Aquel 3 de marzo de 1891, el representante de la “liberal” Prensa Asociada de México, aceptó presentarse al acto, “sin el escalpelo frío y penetrante” de la crítica, como uno más de los hombres de su generación que “pueden decir que casi no han leído las poesías de Carpio; que las oyeron nada más, y de qué labios! [...] de los labios ya pálidos, o inmóviles ya, de nuestras madres [...] Por eso el libro de Carpio inspira hondo respeto e intenso cariño; por eso sus páginas nos parecen muy blancas, con blancura de canas venerables”. “En honor de Carpio”, en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I. Crítica literaria*, p. 444.

<sup>18</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *Poesías completas*, vol. I, pp. 3-48.

<sup>19</sup> Justo Sierra, *Obras completas*, vol. III, p. 403.

Estrechamente ligada a una mentalidad que ni las Leyes de Reforma pudieron arrasar en el tiempo corto de su aplicación política, la literatura mexicana de asuntos religiosos —escrita desde los días de la Academia de Letrán— siguió reciclándose en los diarios liberales y conservadores del porfiriato.<sup>20</sup> La inercia de esta recepción no pasó inadvertida en las “Cartas” que Junius firmaba para *La Libertad*. En la del 27 de marzo de 1883, Gutiérrez Nájera fustigaría esa “literatura rumiante [que] cada año nos trae las mismas sorpresas; una poesía de Carpio, copiada en diez o doce diarios; algo malo de Zorrilla; unos alejandrinos del maestro Altamirano, que cuando escribe en verso, cree en la divinidad de Jesucristo; y varias narraciones sobre la semana santa en Jerusalem, escritas por Lamartine”.<sup>21</sup> Antes que denostar la fe de sus progenitores, el cuestionamiento najeriano daba continuidad a la crítica que doce años atrás había formulado Ignacio Manuel Altamirano. En su “Carta a una poetisa”, el maestro advirtió: “Los asuntos religiosos están ya muy tratados en poesía, y en nuestro país con profusión, con exceso [...] Para cualquiera que no juzgue con la obstinación sistemática del fanático o con la fe enfermiza del devoto, sino con el criterio sereno del buen sentido, el asunto religioso es como cualquiera otro, y le sucede lo que a todos, esto es, que sólo puede ser rejuvenecido y abillantado cuando lo ilumina la luz omnipotente del genio.”<sup>22</sup>

Ignorando la advertencia de Altamirano, Narciso Parga publicó en 1878 *La semana santa*,<sup>23</sup> un florilegio que retomó asuntos bíblicos similares a los

---

<sup>20</sup> Esta peculiaridad de la historia literaria ha sido expuesta recientemente por Nicole Giron: “Las ideas que nutren el imaginario de cada época son a la vez locomotoras que conducen los cambios y arrastran el tren de la historia, y lastre que frena los avances más decididos; reserva de amores y recelos que permanecen como rescoldos entre las cenizas, susceptibles de reavivar inesperadamente bloqueos profundos y movimientos regresivos”. “A modo de postfacio: ¿Por qué interesarse en los preceptistas decimonónicos?”, en Jorge Ruedas de la Serna, *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX*, p. 369.

<sup>21</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura de semana santa”, en *Obras I. Crítica literaria*, p. 221.

<sup>22</sup> Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, p. 232.

<sup>23</sup> Impreso en los talleres de Parga, uno de los editores católicos más importantes de Guadalajara, también fundador de la activista Alianza Literaria, núcleo del catolicismo tapatío desde mediados de los setenta. Manuel Ceballos Ramírez, “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917”, p. 158.

versificados por Carpio y Pesado, como el “Jesucristo” de José López Portillo y Rojas, el “Viernes santo” de Salvador Quevedo y Zubieta y “Las siete palabras” de Antonio Zaragoza, el tapatío que Nervo frecuentará en su ascenso modernista de 1892. El doctrinario prólogo de Parga sólo confirmaría que la literatura religiosa de México se había detenido en los años de *La Cruz*, la devota revista que editó Pesado desde 1855 hasta 1858.

Pero los avisos de Altamirano y Gutiérrez Nájera, entre tantos otros pregoneros de una modernidad cultural indefectiblemente asociada con la babilónica metrópoli jacobina, se escuchaban con dificultad en las políticamente inconformes provincias mexicanas. Para ser señalado con el san benito de escritor “puro”, bastaba con colaborar en los periódicos liberales. En 1882 Vicente Riva Palacio dejó constancia de esa lectura maniquea al parodiar la recepción de “El ángel del porvenir”, la novela inconclusa de Justo Sierra publicada por entregas en *El Renacimiento de Altamirano*:

Cautivado (en los pueblos nos cautivamos con muy poca cosa) con el estilo de aquellos párrafos, fuime a leérselos al cura, y me dijo:

—¡Ah!.. ¡ah!.. ¡ah! eso está escrito por un joven a quien puede llamarse el poeta del porvenir. Ya lo conocerás, ya verás su espesa melena cuando vayas a la Babilonia de la República.<sup>24</sup>

Los prelados zamoranos fueron menos tolerantes, o tal vez carecieron del sentido del humor del mordaz cura “ilustrado” de Riva Palacio. Ya desde la égida del primer obispo, la diócesis se volvió un terreno vedado para la “nefasta” literatura de la capital mexicana. Monseñor De la Peña y Navarro —afirma Luis González— impulsó una prensa de orientación ortodoxa. “Quizá la primera publicación periódica apareció en 1854 con el nombre de *El Boletín de Zamora*. Seguramente ese

<sup>24</sup> Vicente Riva Palacio, *Los cerros (Galería de contemporáneos)*, p. 71. El estigma bíblico de esa frase y sus acepciones fueron moneda corriente entre periodistas y escritores católicos; con ella se intercambió el resentimiento cultural y político que generaba el centralismo porfirista. En su correspondencia con Juan B. Delgado, Manuel José Othón habla despectivamente de la “Gran Babilonia”. *Epistolario*, p. 29. Con términos equivalentes, el joven Ramón López Velarde y Eduardo J. Correa cruzaron en los primeros años de este siglo varias epístolas. Ramón López Velarde, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, pássim.

primer semanario no tuvo la importancia de *La Razón Católica*, nacida en 1873, ni siquiera de *El Colaborador* y *El Cronista* de 1874”,<sup>25</sup> publicaciones que convivieron en la región con *El Pensamiento Católico* (1871-1878) de Morelia.

Lejos de atenuarse, la intolerancia hacia la “prensa atea” creció en los años obispaes de Cázares y Martínez. Como se ilustra con unos octosílabos anónimos, esa fe de puertas cerradas debió atajar —en la mayoría de los hogares y en todos los colegios diocesanos de Zamora— las publicaciones enemigas de las creencias y la moral católicas, de sus jerarquías y prácticas litúrgicas:

Nadie traspase este umbral  
sin afirmar con su vida  
que María fue concebida  
sin la culpa original.<sup>26</sup>

No sólo en Zamora, por todo México las cartas pastorales sobre los “errores modernos” condenados por Pío IX en sus encíclicas de 1864, *Syllabus errorum* y *Quanta cura*, fueron reforzadas por las editoriales de los diarios católicos regionales y los de mayor circulación nacional como *La Voz de México* (1870-1908) y *El Tiempo* (1883-1912). En las páginas de *La Voz* —resume Clementina Díaz y de Ovando— “amen del diario discurrir de la ciudad de México, se recogen y divulgan las fiestas y ceremonias religiosas, los sermones y las poesías, las vidas de los santos, artículos vehementísimos en defensa de la religión, de la moral, el *index* de los libros prohibidos y muchas colaboraciones científicas, históricas y literarias, siempre y cuando estuvieran de acuerdo con el sentir cristiano”.<sup>27</sup>

En su primera década, la línea editorial de *El Tiempo* no fue muy distinta a la de *La Voz*. A tres meses de fundado, el periódico de Victoriano Agüeros dejó clara su ortodoxia: “No es lícito para los católicos estar suscritos a los periódicos liberales. Por desgracia sucede entre nosotros que apenas se publica hoja periódica

<sup>25</sup> Luis González, *Zamora*, p. 121-122.

<sup>26</sup> Citado por Luis González, *ibid.*, p. 144.

<sup>27</sup> Clementina Díaz y de Ovando, “Joaquín Arcadio Pagaza y *La Voz de México*”, en Sergio López Mena, *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, p. 41.

que no sea liberal; y como la mayoría de los lectores es católica, resulta claro como la luz del día que la prensa liberal fuera de las subvenciones está sostenida por los católicos, católicos más o menos despreocupados, es cierto, pero católicos al fin, que por nada del mundo quieren ser excluidos de la comunión católica.”<sup>28</sup>

Más allá de las estrategias “inquisitoriales” para ganar público, lo cierto fue que escritores, periodistas y editores católicos lograron establecer, paulatinamente, canales propios de difusión y venta;<sup>29</sup> en un principio, éstos fueron impulsados por la Sociedad Católica, la agrupación civil fundada en la ciudad de México con una productiva década de militancia entre 1868 y 1878, la cual se tradujo en más de cuarenta sedes por diversos estados, publicaciones propias y diversas comisiones de enseñanza, fomento a la lectura y combate a las “ideas perniciosas”.<sup>30</sup> A pesar de este proselitismo, “la unión de los seculares católicos fue una aspiración constante [que] no llegó a ser efectiva, sino hasta los primeros años del siglo xx cuando se celebraron los congresos católicos nacionales que intentaban definir normas de acción para todos los católicos mexicanos”.<sup>31</sup> Gabriel Zaid llama a este periodo “La primavera de León XIII”, en honor de las acciones decisivas para la modernidad de la Iglesia que emprendió el sucesor de Pío IX, quien “apoyó que los laicos tomaran la palabra (‘que cada uno trabaje y se industrie cuanto pueda en propagar la verdad cristiana’), lo cual fue decisivo para las letras católicas. Hubo

<sup>28</sup> *El Tiempo*, núm. 23, 1 de agosto de 1883, p. 1.

<sup>29</sup> Uno de esos medios de comercialización fue la “Biblioteca Religiosa, Histórica, Científica y Literaria” que proyectó Victoriano Agüeros en septiembre de 1883. De acuerdo con la publicidad de *El Tiempo*, semanalmente se entregaría a domicilio un volumen de seis centavos en la capital y de ocho en los estados. *El Tiempo*, 1 de septiembre de 1883, p. 1.

<sup>30</sup> *Memoria de la Sociedad Católica de la Nación Mexicana que comprende el periodo del 25 de diciembre de 1868, época de su fundación, hasta el 1° de mayo de 1877*, p. 37. En diciembre de 1875, Manuel Gutiérrez Nájera leyó un poema “A la virgen María” en la distribución de premios de las escuelas gratuitas de la Sociedad Católica. Aún se discute el carácter de esa participación. Véase la documentación de Clementina Díaz y de Ovando en *Un enigma de los cerros*, pp. 146-148; especialmente la sátira de Riva Palacio: “Creció pronto, e ingresó a una escuela de la Sociedad Católica, en la cual ganó en diez materias treinta premios [...] En una función de premios apareció vestido de obispo y dijo un sermón”, *ibid.*, p. 303-304.

<sup>31</sup> Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1807-1914)*, p. 27.

así una especie de romanticismo autorizado y tardío que produjo una renovación de la cultura católica a fines del siglo XIX y principios del XX”.<sup>32</sup>

Apenas las páginas precedentes enmarcan la función determinante de la letra impresa en el resurgimiento sociocultural del catolicismo mexicano, pues los avatares de sus publicaciones periódicas requieren un tratamiento más extenso. A fin de no perder de vista las obras y autores que conformaron la biblioteca de Nervo en Zamora, trataré de limitarme a entender las razones culturales por las que el tepiquense conoció parcialmente la discusión sobre la modernidad literaria que se forjaba en el centro del país, mientras escribía impulsivamente las páginas autobiográficas, cuentos y poemas fechados desde su ingreso al Seminario hasta su retorno a Tepic en 1891.

Además de seguir el establecimiento y la edición de Alfonso Méndez Plancarte en *Mañana del poeta*, parto de un juicio prologal que merece revisarse a la luz de nuestra comprensión más plural del modernismo. “En aquellas letras juveniles —afirmó en 1938 el persistente editor zamorano—, aún no se escucha ‘la hora del modernismo’ [...]. Esta hora (y más en el reloj atrasado del rincón de Nervo), era todavía 1872, cuando Pimentel sacaba a la admiración de la Academia de Ciencias y Letras el hecho peregrino de que Rosas, en sus *Fábulas*, supiera pronunciar ‘maíz’ y ‘país’ en vez de ‘páis’ y ‘máiz’.”<sup>33</sup> La referencia, un tanto descontextualizada e inexacta, merece citarse completa: “Rosas no ha descuidado la prosodia, como generalmente sucede en México, donde impropriamente disolvemos diptongos y abusamos de la sinéresis. Sirvan de ejemplo las palabras maíz (Fábula I) y país (Fábula XI) que pronunciamos impropriamente de una sílaba y que Rosas mide bien como de dos.”<sup>34</sup> Con el argumento de este “Dictamen”, característico de la crítica excesivamente formal de Francisco Pimentel, Méndez Plancarte zanja la problemática germinación del modernismo sin cuestionar la

<sup>32</sup> Gabriel Zaid, *Ensayos sobre poesía*, p. 316.

<sup>33</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, ed. cit., p. 60.

<sup>34</sup> Francisco Pimentel, “Las fábulas de D. José Rosas. Dictamen presentado a la Academia de Ciencias y Literatura”, en *Obras completas*, t. III, pp. 468-475.

autoridad del autor de la *Historia crítica de la poesía en México*.<sup>35</sup> Si bien es indiscutible la consumación poética de Gutiérrez Nájera en 1884 con “La Duquesa Job”, hoy sabemos que la “voluntad de renovación” estética se empezó a vislumbrar en Agustín F. Cuenca<sup>36</sup> y Justo Sierra, como indicó José Emilio Pacheco hace treinta años en su vigente *Antología del modernismo*.

Con asombrosa intuición, José María Vigil había previsto —en aquel 1872— que la efervescencia contemporánea desembocaría en “una literatura original y vigorosa en la más amplia significación de la palabra”. Cuando aquellas “obras inmortales” se escribieran —concluía Vigil— “sus autores ejercerían sobre la patria una saludable influencia”.<sup>37</sup> El mérito de este diagnóstico se basó en el conocimiento del terreno abonado en las veladas literarias que Altamirano organizó desde fines de 1867. Al recoger los poemas declamados en las fastuosas sesiones, Altamirano escribió: “Los improvisados guerreros se descíñen la espada del combate para entonar el himno de la patria. El soldado recuerda sus campañas, el viajero describe sus viajes y el expatriado vuelve conmovido a visitar la tumba de sus padres. Todos, a su retorno, vienen a abrir una página literaria en los anales de México.”<sup>38</sup>

Justo Sierra, un joven estudiante de leyes, testigo de la contienda por la restauración republicana, alcanzó a poner su nombre en una página de aquellas emblemáticas *Veladas literarias*;<sup>39</sup> lo asentó al calce de su “Playera”, el poema leído en la sesión del 10 de febrero de 1868 que deja ver por primera vez en México —según la opinión de Pacheco— la “conciencia y voluntad de ser parnasiano”.<sup>40</sup>

<sup>35</sup> Para una semblanza crítica de dicha obra de Pimentel, véase la nota de presentación de Pablo Mora al capítulo XV de la *Historia crítica de la poesía en México*, en Ruedas de la Serna, *La misión del escritor*, pp. 327-362.

<sup>36</sup> “Poeta de transición” llama Francisco Monterde a Cuenca en un comprensivo estudio reeditado en *Figuras y generaciones literarias*, pp. 153-164.

<sup>37</sup> José María Vigil, “Algunas observaciones sobre la literatura nacional”, en Ruedas de la Serna, *ibid.*, p. 275.

<sup>38</sup> *Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos*, México, 1876-1868, citado en Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, p. 70-71.

<sup>39</sup> Para la iniciación literaria de Justo Sierra, véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912*.

<sup>40</sup> José Emilio Pacheco, *Poesía mexicana I. 1810-1914*, p. 197.

Pero si este rasgo de modernidad en un medio dominado por las poéticas románticas de origen francés y español no ha sido suficiente para aceptar sin cortapisas a Sierra como uno de los iniciadores del modernismo mexicano, habría que repensar esa propuesta de Dorothy Margaret Kress —formulada en 1937— a la luz de las veinticinco “Conversaciones del domingo” publicadas en *El Monitor Republicano* desde abril hasta septiembre de 1868.<sup>41</sup>

En un excelente estudio, *La poética de José Martí y su contexto*, Carlos Javier Morales llama la atención sobre la necesidad de replantear el lugar de Sierra en la génesis del modernismo, no tanto por su narrativa de juventud o los discursos del humanista cuanto por sus crónicas dominicales; éstas “evidencian un dominio formidable de la prosa, plena de sorpresivos cambios de registro, donde el tono sentencioso alterna con una interrogación inesperada; donde los periodos largos dan paso espontáneamente a frases cortas, sintetizadoras, y donde en varios momentos podemos presenciar plasmaciones impresionantes de la realidad, que nos deslumbran por la precocidad histórica de este procedimiento”.<sup>42</sup> La provocadora y convincente tesis de Morales se sustenta en fragmentos tan inobjetables de las “Crónicas dominicales” como éstos de la segunda entrega: “Los desheredados no tenían ni padres, ni esposa, ni hijos [...] Los ríos llevaban al mar olas de lágrimas, y los montes repetían un sollozo constante [...] El sol surgía, y surgían con él las flores del surco de la sangre, y del dolor de los desheredados un canto de victoria [...] Y el sol iluminó los espacios, y la decimonona centuria cayó como una gota de agua en la clepsidra de los tiempos”.<sup>43</sup> Lejos de echar por tierra los estudios ya clásicos de Iván A. Schulman sobre los fundadores del modernismo,<sup>44</sup> Morales propone ampliar la nómina de los padres adánicos: “el

<sup>41</sup> Dorothy Margaret Kress, *Poesías de Justo Sierra*, p. 23.

<sup>42</sup> *La poética de José Martí y su contexto*, p. 484.

<sup>43</sup> Justo Sierra, “Conversaciones del domingo”, en *Obras completas*, vol. II, pp. 75-76. Además de la “Introducción” de Monterde en este volumen, para la historia textual de las “Conversaciones”, véase “Las letras y el derecho”, en Calude Dumas, *op. cit.*, pp. 67-79.

<sup>44</sup> Iván A. Schulman, “José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: iniciadores del modernismo (1875-1877)”, en *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*. La primera edición de este estudio apareció en *Revista Iberoamericana*, vol. XXX, núm. 57, 1964.

modernismo no será sólo una invención de Martí y Gutiérrez Nájera, sino también de Justo Sierra y de Miguel Cané. Y, como precursor sobresaliente; Bécquer, afincado en la estética romántica, pero inspirador común de todos los escritores que participan en la génesis de la nueva poética".<sup>45</sup>

Como veremos hacia el final de este capítulo, en Zamora Amado Nervo no ignoró la presencia avasallante de Bécquer; el culto por el sevillano —afirma Schulman— “cundió con tanta intensidad en América entre 1870 y 1900 que dio origen al fenómeno llamado ‘becquerismo’ ”.<sup>46</sup> Sin embargo, la lectura de las *Rimas* no fue suficiente para que el seminarista rompiera el cerco romántico de su primera transgresión al edén jaconense. En el San Luis Gonzaga —confesará Nervo en 1897— “El Padre bibliotecario me prestaba los escritos de René, juzgándolos inofensivos, y, ¡ay!, ese altivo y solitario melancólico determinó en mi espíritu una congestión de sueños y me anegó en tristezas infinitas” (OC, I: 452).

No obstante la temprana curiosidad literaria de Amado, su talento en agraz se mantuvo “incontaminado” de toda influencia simbolista. Mucho contribuyeron a su “castidad”, el mundo idílico de Jacona y la educación escolástica de los Padres Romanos, cuya prosodia grecolatina reforzaría los modelos de la tradición arcádica, viva en las asociaciones y academias literarias de la comarca<sup>47</sup> y, desde luego, en los atractivos modelos que el educando tuvo oportunidad de escuchar gracias a la vida social del colegio. Las posteriores restricciones del entorno zamorano para acceder a la prensa liberal le impidieron asomarse al laboratorio en el que se fraguaba la estética de la nueva hora. Como se expondrá con mayor amplitud en la segunda parte de este trabajo, el aprendizaje modernista de un escritor no dependía exclusivamente de la convivencia ni del discipulado en los centros de actualidad literaria hispánica, ya que la irradiación de éstos se

<sup>45</sup> Carlos Javier Morales, *La poética de José Martí y su contexto*, p. 495. Sobre la propuesta del argentino Miguel Cané (1851-1905), véase las páginas 486-493 de esta obra.

<sup>46</sup> Iván A. Schulman, *ibid.*, p. 66.

<sup>47</sup> La pervivencia del árcade Martínez de Navarrete en su natal Zamora puede apreciarse en la Sociedad Navarrete, fundada en octubre de 1876. Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, pp. 189-190.

transmitía —sustancialmente— a través de la letra impresa periódica, como ocurrió con los magisterios de José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera, quien sólo publicó en vida el pequeño volumen de los *Cuentos frágiles* (1883). Gracias a las rutas de la prensa y sus aliados tecnológicos—el telégrafo y el cablegrama, el ferrocarril y las no poco vaporosas rutas marítimas del Pacífico y el Atlántico—, se podía poner a tiempo el reloj de la escritura personal en cualquier sitio bien comunicado de México o del continente americano, cubrir después un breve noviciado periodístico en la redacción de cierto diario provinciano de México, Chile o Argentina, y por último, proponerse la conquista de la soñada metrópoli modernista. Para vivir esa ficción balzaciana, eran indispensables dos clases de personalidades y talentos “indistintos” sólo en apariencia: el sonoro de Nervo y el silencioso de Darío; lo demás llegaría por añadidura. Como recuerda la sabiduría del refrán, lo que no podía “conceder naturaleza” era el pase automático a esa singular escuela periodística de la modernidad, a la que Nervo ingresó de tiempo completo en Mazatlán corrido 1892. Algunos años atrás —en Zamora—, el Bachiller sólo tuvo acceso a la versión de la prensa católica de la ciudad de México sobre el reacomodo del poder en la remota y odiada república de las letras metropolitanas.

### **ALGUNAS BATALLAS ENTRE LA VIEJA GUARDIA LIBERAL Y LA “NUEVA TROPA MODERNISTA”**

En marzo de 1881 Manuel Gutiérrez Nájera advertía el vacío que la restauradora generación de Ignacio Manuel Altamirano iba dejando en el medio; para entonces, los niños Nervo Ordaz aún correteaban en las herbosas y empedradas calles de su pueblo, gritando en los juegos: “Tengo la luna sobre mi cabeza” (OC, I: 1437). Mientras Amado se sorprendía con la claridad de los plenilios tepiqueños, en la ciudad de México, el Duque Job se desvelaba escribiendo su diagnóstico sobre el estado de la

literatura mexicana. A grandes males, el cronista de *El Nacional* proponía grandes remedios. Frente a la realidad impuesta por la prensa, la falta de lectores y el manipuleo de los subsidios, Gutiérrez Nájera admite sin rodeos la postración de las letras en el paupérrimo mercado nacional de bienes simbólicos. “Los escritos, como todas las mercancías, sufren la ley de la oferta y la demanda”,<sup>48</sup> afirma al comentar la boyante profesionalización de los escritores europeos. El crudo diagnóstico no ignora el contexto de la economía dependiente impuesta al país. A propósito del mismo texto najeriano, José Ismael Gutiérrez comenta:

Como en América Latina el mercado editorial no se establece hasta comienzos del siglo xx, los literatos finiseculares se refugian en el periódico asumiendo una actitud profesional que responde a un doble frente de lucha: por un lado, se distancian del escritor estrictamente mercantil del periódico, el llamado *reporter*, pero a la vez reconocen en el mercado no sólo un medio de subsistencia, sino la posibilidad de fundar un nuevo lugar de enunciación. El género de la crónica, su papel de legitimador intelectual en el proyecto utópico de conseguir una autonomía literaria dentro de la sociedad recién tecnologizada, contribuye a la fundación de este nuevo lugar enunciativo.<sup>49</sup>

En contraste con esta actitud ética y/o estética de la primera generación modernista en ascenso, la pléyade de *El Renacimiento* se había refugiado en el ámbito de la administración pública y de la rijosa política, cada vez más domeñada por Porfirio Díaz. “¿En dónde está ahora ese entusiasmo por las letras?”, se pregunta el cronista luego de repasar el periodo que va del esplendor “renacentista” del cenáculo de Altamirano al páramo del gobierno de Manuel González: “No hay ningún centro literario de cierta importancia y seriedad. Nadie piensa, nadie escribe, nadie lee [...] La literatura —concluye— está entregada al brazo seglar, que la ejecuta”. Además de la lucidez del análisis de las relaciones

<sup>48</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La protección a la literatura”, *El Nacional*, 15 de marzo de 1881, en *op. cit.*, p. 65.

<sup>49</sup> José Ismael Gutiérrez, “Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura”, en *Literatura Mexicana*, vol. VIII, núm. 2, 1997, p. 604.

entre dos clases más o menos avenidas en una sociedad avasallada por el gobierno, que “lo es todo y debe intervenir en todo”, sobresale también el pragmatismo najeriano para revertir los factores que iban haciendo del escritor un *free lancer* periodístico. En ese contexto, Gutiérrez Nájera esperaba “las acertadas disposiciones del gobierno. ¿Cuáles deben ser éstas? Desde luego propongo las siguientes: *creación de un centro literario nacional, sostenido y subvencionado por el gobierno; formación del tratado de propiedad literaria entre España y México; subvención otorgada a una compañía dramática*”.<sup>50</sup>

Al parecer el cronista no persistió en esa utopía; lo cierto fue que se empeñó en la batalla por el relevo generacional desde sus trincheras periodísticas en *La Libertad* y *El Nacional*, donde meses después planta otra pica con “El movimiento literario en México”. En esta ocasión, el parricidio literario fue tajante: “para sustituir a aquellos luchadores que pelearon en *El Renacimiento*, en *El Domingo*, en *El Federalista* y en la primera época de *La Libertad*, no se distingue en el paisaje la agitada tropa de una raza nueva”.<sup>51</sup> En efecto, durante la presidencia de Manuel González las imberbes huestes modernistas aún no invaden las redacciones de los principales diarios capitalinos, con excepción de la avanzada visible de Gutiérrez Nájera y Justo Sierra, aliados en la guerra ideológico-literaria que vengo anotando. Desconcertantemente, el belicoso Duque Job pasa por alto que en aquellas publicaciones, incluso en *El Renacimiento* donde ya se aprecia el simbolismo primigenio de Sierra, convivieron dos estéticas: la emblemáticamente nacionalista de Altamirano, Riva Palacio, Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, y la que da paso al advenimiento modernista en las plumas de Justo y Santiago Sierra, Gustavo Gostkowski y Manuel de Olaguíbel, colaboradores de *El Domingo* (1871-1873). No menos importante para la gestación de la nueva poética, *El Federalista* (1872-1877) toleró las plumas de José T. Cuéllar, Manuel Peredo, Vicente Riva Palacio,

<sup>50</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *ibid.*, p. 67. Las cursivas son del original.

<sup>51</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *El Nacional*, 14 de mayo de 1881, en *op. cit.*, p. 191.

Francisco Sosa, Alfredo Bablot,<sup>52</sup> Justo Sierra, Gutiérrez Nájera y Agustín F. Cuenca.<sup>53</sup>

Más allá de las crecientes afinidades estéticas entre Sierra y Gutiérrez Nájera al avanzar la penúltima década del siglo, la participación de ambos en *La Libertad* (1878-1885) se debe a su convergencia política e ideológica en contra del liberalismo ortodoxo y en favor del progreso sin límites como política de estado, postura que Gutiérrez Nájera defendió en todos sus foros periodísticos:

Pero la utopía es la enemiga irreconciliable de los adelantamientos prácticos. Tenemos una Constitución que sanciona los derechos individuales, y los derechos individuales nos son absolutamente desconocidos. ¡Qué ha de saber de derechos individuales el que sólo ve la 'leva' y los impuestos! Necesitábase robustecer al Estado para evitar así gravísimos conflictos, y la Constitución da entrada franca a todo género de rebeliones. Una constitución descabelladamente liberal dada a un país extraño a toda educación de libertad, es un anacronismo.<sup>54</sup>

Justo Sierra, Francisco Cosmes, Telésforo García y Francisco de Garay, fundadores de *La Libertad*, abogaron el 5 de febrero de 1878 por el "Orden y Progreso" que ya avizoraban en su editorial liminar. A los nueve días, Sierra enarboló un programa en las mismas páginas:

No tenemos por bandera una persona, sino una idea. Tendemos a agrupar en torno suyo a todos los que piensen que ha pasado ya para nuestro país la época de querer realizar sus aspiraciones por la violencia revolucionaria; a todos los que crean llegado ya el

<sup>52</sup> En la nota necrológica de Bablot (10 de abril de 1892), el Duque Job lo reconoció como un maestro del periodismo: "Con *El Federalista*, Bablot hizo una gran revolución en la prensa de México. Arrumbó los ídolos; señaló la peluca ridícula del pedante y doctrinario editorial, vestido siempre de negro; inventó la gacetilla viviente; dio al periodismo su escuadrón volante, su caballería ligera". Manuel Gutiérrez Nájera, "Alfredo Bablot. Necrología" (*El Partido Liberal*, 10 de abril de 1892), en *op. cit.*, p. 469.

<sup>53</sup> Margarita Fierro González estudió este periodo de transición en su tesis "Revistas mexicanas en que se inicia el modernismo". Asimismo, considérense los útiles índices de *El Domingo*, *La Revista Nacional de Letras y Ciencias*.

<sup>54</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, "A propósito de un aniversario", en *La Colonia Española*, 5 de febrero de 1879, reproducido como "La Constitución de 1857", en *Manuel Gutiérrez Nájera, (1859-1895). Mañana de otro modo*, p. 135.

momento definitivo de organizar un partido más amigo de la libertad práctica que de la libertad declamada, y convencido profundamente de que el progreso positivo estriba en el desarrollo normal de una sociedad, es decir, en el orden.<sup>55</sup>

Siguiendo la línea de *La Libertad*, el “Periódico político, científico, y literario” que abrió el camino de la creciente prensa subsidiada por Díaz para enfrentar a la oposición “trasmochada”, Don Justo y Junius rompieron lanzas en contra del mismo enemigo, estigmatizado con motes variopintos: “ultraliberales”, “metafísicos”, “jacobinos”, etcétera. Sierra y Gutiérrez Nájera anduvieron casi todo el camino de *La Libertad*,<sup>56</sup> y tanto su presencia prolongada como la intempestiva salida de Altamirano, quien puso su pluma política al servicio del liberalismo de viejo cuño en *La República* (1880-1883),<sup>57</sup> señalan sus respectivas posiciones sobre el tablero que movía la mano de Díaz y sus Científicos cachorros.

En octubre de 1880, uno de los meses culminantes de la denostación positivista en contra de los otrora admirados maestros, un redactor de *La Libertad* descalificó por enésima vez a “parte de la vieja guardia de los tres años [...] esa masa física anatematizada por la juventud pensadora de hoy”.<sup>58</sup> La respuesta del indignadísimo Altamirano es uno de los textos más lúcidos sobre la postura política e ideológica que libraba su generación en contra de los corifeos de la “tiranía honrada”: “Se ataca con insistencia, y aprovechando el primer pretexto, al partido que sostuvo la Reforma, e implícitamente a ésta [...] Se llama, pues, *saqueo*,

<sup>55</sup> Citado en Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, vol. I, p. 166. Anoto el balance exacto de Rafael Pérez Gay sobre la pandilla de *La Libertad*: “al final, se pusieron al servicio del poder, no pudieron colaborar a una legalidad sin tacha, no crearon una amplia base conciliadora ni, sobre todo, preferenciaron la aptitud y la honradez: no lo sabían, pero eran los primeros años del porfiriato”. Rafael Pérez Gay, *Manuel Gutiérrez Nájera*, p. XXVII.

<sup>56</sup> Siguiendo el “Catálogo Mapes” y sus propias investigaciones para editar —en breve— 117 textos en dos volúmenes najerianos, *Obras XIII. Meditaciones políticas* y *Obras XIV. Meditaciones morales*, Belem Clark de Lara registra colaboraciones del Duque en *La Libertad* desde el 27 de abril de 1878 hasta el 4 de enero de 1885. *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 202.

<sup>57</sup> El itinerario del periodismo político de Altamirano puede seguirse en los volúmenes XVIII y XIX de sus *Obras completas*. El “ultraliberalismo” fue una de las descalificaciones frecuentes de *La Libertad* en contra del diario fundado y dirigido por Altamirano.

<sup>58</sup> Timón, “Presunción”, en *La Libertad*, 7 de octubre de 1880, citado en Ignacio Manuel Altamirano, *ibid.*, p. 210.

*robo*, a los hechos de la Reforma, emanados de una ley. No se tiene el valor de aludir al gobierno de Juárez [...] pero se comprende perfectamente que le alcanza el ataque embozado”.<sup>59</sup> Entre la ira y el desencanto, Altamirano solicita a Sierra que borre su “humilde nombre” de la lista de redactores de *La Libertad*, a quienes cubre de bilis: “Es una gran fortuna que ignora todavía México, la que le depara la suerte con la incubación de estos huevos de águila, con la cría de estos tiernos elefantillos, con la ventregada de estos leviatanes, con la lechigada de estos Hércules de la ciencia, con el encendimiento de estos soles que van a iluminar el gran limbo de México”.<sup>60</sup> Con textos semejantes, en las páginas de ambos periódicos puede apreciarse como lo ha hecho al detalle Clementina Díaz y de Ovando en *Un enigma de los ceros* el caleidoscopio político, ideológico y filosófico de esta querrela, cuyo matiz literario colora levemente una primera discusión en torno al modernismo mexicano.

No me detendré en la crónica y documentación de los textos satíricos y las respuestas abundantes que arrojó dicha reyerta, pues ambos han sido realizados al detalle por Díaz y de Ovando en el libro citado; baste con delimitar la “Galería de contemporáneos” de Riva Palacio en los primeros días de la segunda época de *La República*, dirigida desde enero de 1882 por Pedro Castera. Como afirma la investigadora, la contienda de aquellos diarios “está trabada a *Los Ceros*, y explica muchos de los pinchazos que, con su ‘alfiler de oro’ Riva Palacio encajó a los comtianos, muy principalmente a Justo Sierra”,<sup>61</sup> y de paso a un aliado previsible: el Duque Job. Mientras la obra y el talento literarios del primero se vapulean con argumentos que, sobre todo, descalifican su positivismo y participación política, reconociendo no obstante que “Sierra tiene una inteligencia privilegiada, una inspiración fecunda y vigorosa”,<sup>62</sup> la agudísima sátira al segundo se concentra en demoler la figura pública del escritor “afrancesado”, en desautorizar su trabajo

<sup>59</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, vol. XIX, t. 2. *Periodismo político*, p. 213.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>61</sup> Clementina Díaz y de Ovando, “Los retratos del general”, en Vicente Riva Palacio, *Los ceros (Galería de contemporáneos)*, p. 12.

<sup>62</sup> Vicente Riva Palacio, *Los ceros (Galería de contemporáneos)*, p. 75.

periodístico-literario y ridiculizar la vida personal de Gutiérrez Nájera. Todos estos propósitos se cumplen en las dos entregas de Cero a *La República* (5 y 14 de enero de 1882) gracias a la agudeza sardónica del General. Díaz y de Ovando ha documentado la causa política de los textos biliosos de Cero, plagados de eficaces recursos paródicos, en un par de irreverencias najerianas sobre las pretensiones presidenciales de Riva Palacio para suceder a Díaz en 1880.<sup>63</sup> Al cobrarse aquellas afrentas en público, el General exhibió algo más que los plagios reales y supuestos de Gutiérrez Nájera:<sup>64</sup> puso al descubierto la incompreensión, hasta entonces velada, hacia la nueva literatura que Sierra y Gutiérrez Nájera iban consolidando en las tribunas más prestigiadas de la prensa porfiriana.

Siguiendo las tensiones ideológico-políticas en que se desgastaron los contrincantes de ambas generaciones en favor de la consolidación del régimen, Belem Clark de Lara resume la postura najeriana:

La dura crítica de Gutiérrez Nájera a los hombres de ayer, fue construida por imágenes que le ayudaron a hacer visible su pensamiento; pongamos por caso las imágenes que ofreció de la oposición jacobina, que nunca salió bien librada de los ataques de su pluma, y que fue clara muestra de la ruptura generacional: ‘comadre rezongona’, ‘vieja gruñona’, ‘vieja arpía’, ‘perversos consejeros’; los jacobinos son, afirma, ‘liberales conservados en vinagre, como los pepinos arrugados y viejos’, ‘conchas fósiles incrustadas en la roca social, desde el Diluvio o la Reforma’<sup>65</sup>

Encarrerado el porfiriato a partir de la segunda, definitiva, presidencia de Díaz, las batallas por la modernidad estética y literaria se libraron en términos sutilmente generacionales y declaradamente enaltecedores, pues —como afirma Adolfo Castañón— “a la vieja guardia liberal le sucedería en esos nuevos tiempos lo que al propio Benito Juárez: sería exaltada, monumentalizada, puesta en el más alto peldaño solamente para ser neutralizada mejor”.<sup>66</sup>

<sup>63</sup> Clementina Díaz y de Ovando, *Un enigma de los ceros*, pp. 145-146.

<sup>64</sup> En el comentario al “Cero” del 14 de enero de 1882, Díaz y de Ovando resume con precisión la abundante bibliohemerografía sobre este tema. *Ibid.*, p. 166.

<sup>65</sup> Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 201.

<sup>66</sup> Adolfo Castañón, *Arbitrario de literatura mexicana*, p. 16.

Siguiendo una tónica semejante, en una carta pública sobre el fugaz Ateneo Mexicano de 1882, el Duque empezó a cuestionar la función social que Altamirano había atribuido a la literatura en favor de la restaurada unidad republicana del país. El poeta emblemático de esa estética, entroncada con un romanticismo “comprometido” con el *ethos* nacional, seguía siendo Guillermo Prieto, “el viejo cantor de la Libertad y de la Patria”. Gutiérrez Nájera llevará toda el agua posible al molino de su modernidad en construcción declarando al autor de la *Musa callejera*, “ante todo y sobre todo, un gran poeta” en el cenit de su fama, el más respetado por los “hombres de una generación nueva y distinta”.<sup>67</sup>

A pesar del tributo juvenil y de la inmensa popularidad de Prieto, su poesía —considerada “esencialmente mexicana”— no podía ser el modelo de los universalistas benjamines. ¿Dónde está el poeta de hoy?, se preguntaba Gutiérrez Nájera desde 1878 en su recensión de los *Ocios poéticos* de Montes de Oca y Obregón. Frente al respetable esteticismo clasicista de Ipandro Acaico, el comedido Duque propone un desconcertante “filósofo, sombrío, con la duda cartesiana en el espíritu y la sonrisa de Voltaire en los labios”;<sup>68</sup> arquetipo que sólo coincide tangencialmente con las elecciones poéticas de Gutiérrez Nájera: Gustavo Adolfo Bécquer, Ramón de Campoamor, Victor Hugo, Leconte de Lisle, Alfred de Musset, Alphonse de Lamartine y Théophile Gautier, entre otros autores con los que amalgama su poesía y fragua lentamente el eclécticismo de “El cruzamiento en literatura”, texto programático de 1894 publicado en la *Revista Azul*, pero con

<sup>67</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “El Ateneo Mexicano”, en *El Nacional*, 20 de junio de 1882, se recogió en *Obras I*, como “El Ateneo Mexicano de 1882”, ed. cit., p. 214. No fue ésta la única ocasión en que Gutiérrez Nájera exaltó al poeta de *El romancero nacional*, concediéndole un escaño más sentimental y popular que literario. En 1890 reiteró: “él es la poesía de la Reforma. Por modo que, al coronarlo, la Reforma queda coronada. Ella es inseparable de su poeta [...] ¿Qué mayor gloria? ¿Ser la personificación de México y de México en su grandiosa lucha por la libertad! Esto es más que ser un gran poeta, porque es ser un grande hombre.” “Guillermo Prieto”, en *op. cit.*, p. 423. También “La coronación de Guillermo Prieto”, *ibid.*, pp. 355-358.

<sup>68</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “*Ocios poéticos* de Ipandro Acaico”, en *Obras I*, p. 173.

evidentes adelantos textuales y vislumbres temáticos desde el inicio de la penúltima década del siglo.<sup>69</sup>

Año polémico, el de 1884 lo fue también de definiciones en el medio literario de la ciudad de México, casi todas precipitadas por la crítica najeriana. Ocupado con los latines de sus primeros estudios preparatorios, Amado ni por mientes se enteró en Jacona de la diatriba que desató la primera entrega de “La Academia Mexicana”, una serie de cuatro artículos firmados por M.G.N. en *La Libertad*. En el primero del 29 de julio, Gutiérrez Nájera cuestionó acremente el sistema de elección de los recipiendarios mexicanos, cuyos dudosos méritos enumeró en este orden jocosos: adictos al “trono y al altar”, “temerosos de Dios y de la gramática”, servidores de Maximiliano (como Montes de Oca, el capellán del emperador), oradores en la Sociedad Católica, autores de temas edificantes, habilidosos en “el uso legítimo de las comas”, y un divertido etcétera que hizo rabiarse a la prensa conservadora. Semejantes requisitos de filiación excluían —automáticamente y para siempre— a Prieto y Altamirano, entre otros fundadores de la tradición liberal que dio paso a los modernistas metropolitanos. Consciente de la valía de su herencia, Gutiérrez Nájera la acota: “La iniciativa, el entusiasmo, el impulso, parten siempre de las escuelas liberales. En las reaccionarias sólo se cultivan la imitación de los clásicos, la crítica al pormenor o menudeo, a semejanza de la crítica de Hermosilla.”<sup>70</sup> Luego de preguntarse si Montes de Oca y Obregón era el mayor poeta de la Academia Mexicana, el irreverente articulista de *la Libertad* concluía: “Los académicos no son simplemente los gendarmes del idioma, ni los agentes del contrarresguardo que persiguen a los contrabandistas de la palabra. Una Academia debe dar, en su composición, exacta idea del movimiento literario

<sup>69</sup> Para la historia textual de ese artículo-ensayo, consúltese la versión anotada por Belem Clark de Lara, en Jorge Ruedas de la Serna. *La misión del escritor*. pp. 401-414.

<sup>70</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La Academia Mexicana, I”, en *Obras I*, pp. 249-250.

de un pueblo. ¿Qué representá la Academia? / Un grupo de personas que oyen misa y admiran al obispo Montes de Oca".<sup>71</sup>

Los juicios de Gutiérrez Nájera debieron calar hondo en Ipandro Acaico, quien consultó la opinión de Juan Valera, a la sazón residente en Washington. A vuelta de correo, llegó una respuesta consoladora: "He leído los artículos críticos de Gutiérrez Nájera, que Ud., me ha enviado, pero ni los hallo bastante buenos para que me interesen, ni bastante desatinados para que me diviertan. Hay en ellas de esas afirmaciones pedantescas e infundadas a que está uno acostumbrado. Dice el autor que Ud. no es poeta, como lo es Menéndez Pelayo. Me parece que bien puede Ud. ser desterrado en tan buena compañía."<sup>72</sup>

Entre los artículos, protestas y odios concitados por la aguda sátira najeriana, sobresale la torpe virulencia de Victoriano Agüeros en su respuesta del 30 de julio de 1884. El director de *El Tiempo* no dejó pasar la oportunidad para recordar los "males" que llegaron para quedarse con *El Renacimiento*. Desde entonces —afirmaba de tiempo atrás el ortodoxo periodista— "los de 1867 introdujeron en nuestra literatura ideas y tendencias corruptoras [...] La piedad y el respeto a la moral huyeron de ciertas imaginaciones; nadie pensó ya en estudiar para escribir, en meditar para emitir sus juicios, en recordar y practicar los preceptos universalmente reconocidos para impulsar benéficamente el adelanto de las letras".<sup>73</sup> Uno de los jóvenes que, en opinión del ortodoxo periodista, había seguido aquel camino de perdición, inclinándose —además— por la "nefasta" literatura francesa del momento, formuló la defensa de su elección estética a partir de dos rasgos constituyentes de la modernidad: el espíritu renovador y el sincretismo de sus tradiciones. Gutiérrez Nájera se burla despiadadamente de Agüeros, para quien era imposible hacer literatura sin las luces de la fe católica,

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 250. En la polémica que desató Manuel Puga y Acal a propósito de "Tristissima nox", el Duque insistió en la nula creatividad que los escritores podían encontrar en la institución académica, pues su diccionario "está lleno de palabras secas y de vocablos grises", en *Obras I*, p. 327.

<sup>72</sup> Montes de Oca, *Epistolario de Ipandro Acaico*, ed. cit., p. 44.

<sup>73</sup> Victoriano Agüeros, *Artículos literarios*, p. 191.

como escribir poesía sin forma, con el exclusivo contenido religioso y moral, era una aberración que Gutiérrez Nájera ataja adelantando algunas nociones del “cruzamiento” literario y la premisa de que el espíritu doctrinario es enemigo del genio creador: “Hay escritores muy adictos a la República y tan malos como el señor Agüeros. En todos los partidos hay Agüeros.”<sup>74</sup>

En sus “Rectificaciones” del 2 de agosto de 1884,<sup>75</sup> Sierra le reprocha al compañero de *La Libertad* los excesos y la “mala leche” de su humorada, afirmando que por lo menos había un poeta en la Academia (Casimiro del Collado), así como varios escritores liberales: José María Vigil, Ignacio Mariscal, Alfredo Chavero y Francisco Pimentel. La escritura ágil y el notable nivel crítico de las dos respuestas najerianas a Sierra demuestran el agrado de contar con un interlocutor entrañable e inteligente. Después de poner en su sitio la nacionalidad y la obra españolas de Casimiro del Collado<sup>76</sup> y de repasar el predominante conservadurismo de la institución cuestionada, el polemista propone para la Academia un equilibrado triángulo generacional: Sierra-Altamirano-Riva Palacio, los tres ausentes —insiste— por intransigencia “más bien política que filosófica”. (En la reserva najeriana quedarían cuatro nombres de la vieja y nueva guardia: Manuel M. Flores, Juan de Dios Peza, Jesús Valenzuela y —entre los poetas novísimos—

<sup>74</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La Academia Mexicana, II”, en *op. cit.*, p. 251. “Más tarde —anota Ernesto Mejía Sánchez— las relaciones entre Agüeros y Gutiérrez Nájera mejoraron”, como lo demuestra la segunda versión rectificadora del artículo “La crítica literaria en México” (1892). Agüeros —“hombre de letras de otro tiempo”, como lo llama Alfonso Reyes en una ponderada nota necrológica de 1911— modificó sus juicios sobre Altamirano al incluirle excepcionalmente un volumen mutilado de sus *Obras* en la Biblioteca de Autores Mexicanos, la cual rebautizó Reyes como “Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos”. “Don Victoriano Agüeros”, en Alfonso Reyes, *Obras completas*, vol. I, pp. 283-289.

<sup>75</sup> Recogidas en Justo Sierra *Obras completas*, vol. III, *Crítica y artículos literarios*, pp. 370-375. Tres años después de esta polémica, Sierra fue electo académico; poco antes de su muerte —en 1910— llegó a dirigir la Academia.

<sup>76</sup> Procedente de España, Casimiro del Collado (1822-1898) llegó a vivir a la ciudad de México a los catorce años. En 1875 ingresó a la Academia Mexicana. Fundó con José María Lafragua *El Apuntador* y fue coeditor de *El Liceo Mexicano*. Su obra poética se publicó en ambos países. La segunda edición de sus *Poesías* (Madrid, 1880) apareció prologada por Marcelino Menéndez y Pelayo. Tres poemas de él fueron incluidos en *El alma en el templo*, antología de lecturas piadosas preparada por Joaquín García Icazbalceta. Francisco Borgia Steck, “Literary contributions of catholics in nineteenth-century México”, I, núm. 4, abril de 1945, p. 463.

Salvador Díaz Mirón, “ese torrente”.<sup>77</sup> Tanto el cuestionamiento a los académicos de inspiración católica —José María Roa Bárcena, Tirso Rafael de Córdoba, José Sebastián Segura, y Montes de Oca y Obregón— como la insistencia en la aceptación de los liberales, responde a un rasgo saliente de la crítica najeriana: encontrar el justo medio, actitud que lo lleva a preguntarse: “¿Cómo de hombres tan eminentes y sensatos ha brotado ese espíritu de intolerancia que yo repruebo y que no puede usted negar? Hay que achacarlo a los odios de partido, aún no extintos entre nosotros”.<sup>78</sup> Tratando de conseguir ese equilibrio, cuestiona la estructura “deficiente” de la institución y reitera la incomprensible ausencia de Altamirano, “el centro, el núcleo de dos generaciones literarias”, para concluir con otra, conmovedora, utopía:

Puesto que la Academia es reaccionaria y no admite en su seno a los que tenemos por maestros, fundemos frente a frente de ese cuerpo que como tal ha hecho muy poco, casi nada (por más que cuente con ilustres miembros); fundemos, digo, un Ateneo en donde quepa toda noble inspiración, ora venga del sur, ora del norte. El tiempo dirá cuál de ambas asociaciones ha sido más beneficiosa para el desplegamiento del progreso. ‘Guillermo Prieto —dice usted con estas o parecidas palabras—, no puede entrar en la Academia. Él es la libertad y la Academia es el precepto.’ Pues bien, establezcamos un gran círculo del que la libertad no esté excluida.<sup>79</sup>

Lucidez, alegoría y evasión tejen el sueño de este Ateneo, prefiguración estética de la casa najeriana —la *Revista Azul* de 1894—, abierta a casi todas las tendencias literarias de la época, salvo la “notación decadente” del simbolismo, pues —como Rafael Pérez Gay concluye— “El alma najeriana es demasiado convencional para aceptar la estética de fin de siglo representada por el fantasma de la vida moderna que envolvió con sus sueños de ajenjo a los escritores [...] La melancolía como

<sup>77</sup> Gutiérrez Nájera empezó a tener conocimiento de Díaz Mirón por “Umbral”, el poema que el veracruzano le dedicara en *El Diario del Hogar* (13 de abril de 1884). La recepción najeriana del autor de *Lascas* siempre fue elogiosa; así se lo hizo saber en 1888 a Antonio Zaragoza, el fugaz maestro de Nervo en Tepic: “Díaz Mirón me levanta como una ola gigantesca o como una ola encrespada”. *Obras I*, p. 310.

<sup>78</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La Academia Mexicana, IV”, en *ibid.*, p. 261.

<sup>79</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *ibid.*, p. 262.

incitación literaria y el pesimismo como oposición al porfiriato son ajenos a la fe del Duque Job en el mundo dirigido por la mano dura de Porfirio Díaz”.<sup>80</sup>

La implantación de la estética modernista requirió —además del creador de utopías— de un experto en el desmontaje de la vieja maquinaria cultural. Ésta, desde la perspectiva najeriana, debería sustituirse o, cuando menos, actualizarse con las innovaciones refaccionadas por las metrópolis europeas. Así ocurrió en 1885, cuando El Duque Job se inconformó abiertamente —desde otra de sus trincheras, *El Partido Liberal*— con el concepto predominante de “literatura nacional”, doctrinario y propagandístico del suelo y las efemérides patrias. Los asuntos nacionalistas —lo había denunciado en *La Libertad* el 19 de septiembre de 1883 — ya no daban para más; la poesía civil del México independiente, la conciencia política de los primeros románticos —Ignacio Rodríguez Galván y Fernando Calderón, entre otros que enfrentaron con eficacia poética la tiranía de Santa Anna— y la épica del *Romancero nacional* de Prieto habían quemado toda su estridencia artística y contestaria. A esas alturas del porfiriato, La “Literatura patriótica”, tan adocenada como la de “Semana santa”, se reciclaba en cada fiesta civil o religiosa: “Malas lenguas afirman que estas dos últimas son una misma literatura verdadera. Con efecto, con las sobras del 5 de mayo se hacen los versos del 16 [...] Así, ni más ni menos son los versos de estos días. Quitándoles y poniéndoles piezas, quedan tan buenos para fungir de liberales como de insurgentes [...] Pasado el 15 de septiembre, los tiranos se retiran a la vida privada.”<sup>81</sup> De esta sátira feroz no se salvó ni la prensa liberal, que sacaba cada año aquellos vejstorios del “almacén de objetos patrióticos”.

El pretexto najeriano para cuestionar la aplicación del errático adjetivo “nacional” a una literatura que bien podía considerarse “propia”, se lo facilitó la

<sup>80</sup> Rafael Pérez Gay, *op. cit.*, p.L-LI. En diversos ensayos y recensiones Gutiérrez Nájera dejó constancia de su ambigua relación estética con Poe, Baudelaire, Verlaine, Rollinat y Richepin, entre otros autores que llamó “decadentes” en 1888 (“Tristissima nox”, *ibid.*, pp. 315-328). Esta elección resulta fundamental para documentar los emplazamientos estéticos de las dos primeras generaciones modernistas.

<sup>81</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura patriótica”, en *Obras I*, p. 227.

vieja guardia liberal empeñada en debatir el polémico tema en el resucitado Liceo Hidalgo de 1885, presidido en su tercera época por Altamirano y Francisco Pimentel.<sup>82</sup> Dispuesto a no tocar el “concepto de nación” más que para desautorizarlo irónicamente —“¡es el Sáhara!”—<sup>83</sup> Gutiérrez Nájera refleja, en este artículo, la arrogancia de las clases ilustradas del porfiriato, las cuales consideraban que México había traspasado ya el umbral de la barbarie para entrar al concierto del Progreso indiscutido. De ahí la seguridad del cronista para proponer que, a pesar de su juventud estética y al margen de los avatares de su historia como nación, la literatura mexicana contaba ya con la identidad de ciertas personalidades: Prieto, Altamirano, Riva Palacio, José Rosas Moreno, Juan de Dios Peza y Manuel M. Flores, el autor de las *Pasionarias* —cuyo erotismo asociado al paisaje exalta Gutiérrez Nájera y entusiasmo posteriormente a Nervo y José Juan Tablada.

Desde luego el listado anterior es complacientemente canónico, pero la sutileza najeriana alterna un retrato hablado de la generación emergente: “Hoy no puede pedirse al literato que sólo describa los lugares de su patria y sólo cante las hazañas de sus héroes nacionales. El literato viaja, el literato está en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno.”<sup>84</sup> El sentido metafórico de esta universalidad es comprobable en la vida de Gutiérrez Nájera quien, fuera de la ciudad de México, sólo conoció un par de provincias mexicanas. Aún así, el escritor cosmopolita que se desprende de las líneas anteriores tendrá todo el derecho de abordar cualquier asunto con la única condición de desarrollar una poderosa individualidad estética, garantía única del genio que —incluso— podía correr el riesgo de fracasar en el empleo de las lenguas más prestigiadas. “Yo he escrito en francés artículos y poesías, para no escribirlos en galicismo; sin embargo no aspiro a que se me cuente entre los poetas y prosadores franceses”,

<sup>82</sup> Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, pp. 93-95

<sup>83</sup> Gutiérrez Nájera, “Literatura propia y literatura nacional”, en *ibid.*, p. 84.

<sup>84</sup> *Idem.*

escribió el Duque adelantándose a las conclusiones de Nervo en *El éxodo y las flores del camino*, ya comentadas en el capítulo precedente.

Además de los acartonados héroes patrios y de los empolvados profetas, judíos y turcos de cuaresma, el Duque se mofó de la no menos rutinaria “Literatura dominguera”, alimentada por autores de segunda y poetas venidos a menos, guisada con epigramas predecibles y chistes reciclados de la prensa capitalina a la provinciana: “El círculo se amplía pero no se abre ni se rompe por ninguna parte. Los sonetos de Manuel del Palacio, se han convertido en caballos de circo, girando eternamente sin dar jamás con la salida.”<sup>85</sup>

Otra era la situación de la “cultísima” “Literatura episcopal”. El 11 de diciembre de 1889, el blanco del incómodo alfiler humorístico del Duque fueron Ipanandro Acaico y Labastida y Dávalos, como ya se vio, dos prelados de grata memoria para los colegiales del San Luis Gonzaga. Gutiérrez Nájera, “un católico abierto, libre y más o menos anticlerical” —como lo define Gabriel Zaid—,<sup>86</sup> pasó revista a los disparates léxico-sintácticos de su vapuleado académico: “Y después mi sencillo cariño / Me condujo hasta Roma en tu pos”. Con estos versos de ocasión, Juan Lanás —un esporádico seudónimo najeriano, según anota Mejía Sánchez—<sup>87</sup> echó las campanas a vuelo: “Los que no son académicos y hasta algunos académicos, dicen comúnmente ‘en pos de ti’. Por estas y otras razones sospechosas [*sic*] que ‘en tu pos’ debe ser algún vehículo desconocido para nosotros y en el que viajan los niños como el niño Montes de Oca [...] A Roma se va por todo y en todo, hasta ‘en tu pos’.”<sup>88</sup>

Imposible pensar que tanta irreverencia pasara desapercibida para Montes de Oca y Obregón. La muerte de Gutiérrez Nájera en febrero de 1895 le dio a Ipanandro Acaico la oportunidad de no polemizar con su comentarista, y de extenderse en réplicas tardías. En el prólogo de la segunda edición de los *Ocios*

<sup>85</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura dominguera”, en *Obras I*, p. 224.

<sup>86</sup> Gabriel Zaid. *Ensayos sobre poesía*, p. 364.

<sup>87</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *ibid.*, p. 388.

<sup>88</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura episcopal”, en *ibid.*, p. 388.

*poéticos*, fechado en septiembre de 1895, el prelado y poeta dejó ver que buena parte de las críticas negativas hacia su trabajo venía de aquellos autores “dominados de tal manera por el fanatismo revolucionario, que no pueden sufrir que en la Iglesia Católica florezcan las letras ni las ciencias”.<sup>89</sup> Siguiendo el oscilar de su recepción en México, Ipandro añadió: “A la tempestad de alabanzas, que duró algunos años, sucedió una tormenta de vituperios. Los autores que acabo de nombrar [Guillermo Prieto y Gutiérrez Nájera] retractando sus primeros juicios, encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno; y los siguieron en su ingrata tarea multitud de *zoilos* de diversas escuelas.”<sup>90</sup> No deja de percibirse cierto ánimo de revancha en estos juicios, pues el propio Gutiérrez Nájera atenuó en varias ocasiones su muy sana irreverencia hacia los escritores católicos, sobre todo trató de dejar clara su posición crítica en las obras, antes que en los autores.

Debido a esa clase de tensiones ideológicas reduccionistas, filtradas al campo literario, es muy comprensible que levantara ámpula en la diócesis de monseñor Cázares y Martínez una actitud crítica como la de Gutiérrez Nájera. En su tipología de 1889 sobre “La crítica literaria en México”<sup>91</sup>, el Duque denuncia actitudes culturales y mentalidades dependientes de la vida política del país. Antes de concluir una década de trabajo exhaustivo y diversas polémicas que abonaron el despoblado territorio literario de los primeros años porfiristas, Gutiérrez Nájera realiza este balance. Sus resultados no fueron demasiado alentadores debido a la polarización ideológico-cultural entre “mochos y puros”, entre periodistas liberales y conservadores, entre “poetas iturbidistas y juaristas”. Escrito desde la posición mediadora de la crítica najeriana, el texto resulta indispensable para entender la movilidad de la primera generación modernista y su emplazamiento institucional encabezado por Justo Sierra, “el cultivador más honrado de la heredad intelectual”, de acuerdo con el espaldarazo najeriano. Aunque Junius no deja fuera de su cartografía a la generación de Altamirano (por cierto reconciliándose

<sup>89</sup> José Ignacio Montes de Oca y Obregón, *Ocios poéticos*, p. 2.

<sup>90</sup> *Idem.*

<sup>91</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I*, pp. 375-381.

abiertamente con Riva Palacio),<sup>92</sup> es evidente su afán por meter en un Caballo de Troya no a “los que vienen”, como eufemísticamente llama a José M. Bustillos, y Luis G. Urbina, sino a los benjamines que habían llegado e irían tomando las redacciones de los periódicos metropolitanos.

En los seminarísticos años de Nervo, Gutiérrez Nájera fustigará las inercias institucionales de una literatura que consideró, por más de una década, “enferma, clorótica, menesterosa de cuidados y urgentemente necesitada de ejercicio”.<sup>93</sup> Este certificado de salud —explica Belem Clark de Lara en su “Visión najeriana de la literatura mexicana”— se basó en el conocimiento sistemático de los géneros, en la tipología literaria que venimos describiendo y en la lectura de los autores más representativos del México porfirico, criticados con el ánimo de “definir las condiciones que le permitieron hablar de la consolidación de una literatura mexicana”<sup>94</sup> al inicio de la última década finisecular. Con toda razón, al escribir un honesto y sensible “hasta luego” al maestro Altamirano, el Duque se declaró exhausto en agosto de 1889: “escribo de seis a ocho horas diarias; cuatro empleo en leer, porque no sé todavía cómo puede escribirse sin leer nada; aun cuando sólo sea para ver qué idea o qué frase se roba uno; publico más de treinta artículos al mes; pago semanariamente mi contribución de álbumes; hago versos cuando nadie me ve y los leo cuando nadie me oye, porque presumo de bien educado... ¡y todavía me llaman perezoso...”<sup>95</sup>

A pesar de su agotamiento, en otra crónica del mismo 1889 Gutiérrez Nájera realizó un divertido diagnóstico de la poesía allende las fronteras mexicanas. El

<sup>92</sup> Tres años atrás, en 1886, el “incómodo” General fue enviado como ministro plenipotenciario de México a la corte de España. En pleno “exiliado velado”, Gutiérrez Nájera le dedicará los versos de “A Vicente Riva Palacio”. *Poesías completas*, vol. II, ed. cit., pp. 209-210.

<sup>93</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “El movimiento literario en México”, en *Obras I*, p. 189.

<sup>94</sup> Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, pp. 174-192.

<sup>95</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Un banquete al maestro Altamirano”, en *ibid.*, pp. 365-6. “Todos tenemos con Altamirano próximo parentesco intelectual”, dijo en otra despedida el Duque, y reconoció también la mano del maestro en “casi todas las obras buenas de nuestras dos últimas generaciones literarias”. “Ignacio Altamirano”, en *ibid.*, p. 359.

estado de la paciente, “madre vieja de una actriz coqueta que se llama la Ciencia”,<sup>96</sup> era agónico. Los últimos románticos españoles, Núñez de Arce, Campoamor y Zorrilla; los parnasianos Leconte de Lisle y Coppée, descapitalizados por el derroche de talento de Victor Hugo, y los ascendentes modernistas que trascienden la poesía de compromiso social y cívico, todos, se han quedado rezagados por el peso de la “poesía de las realidades”. Éstas no son —afirma Gutiérrez Nájera introduciendo marcas de ficción en su crónica— inmediatas y verificables, sino el producto más acabado del inventor yanqui Josuah Electricman, quien ha diseñado, entre otros aparatos que le hacen llevadera la vida en su gabinete, un “*poetógeno*” cuyos fluidos dejan escuchar “las poesías más célebres y doctas”. La lectura de esta alegoría no deja lugar a dudas sobre el desplazamiento de los poetas en las sociedades dominadas por la división del trabajo especializado. Cuando el Duque afirma que Hugo gastó mucha poesía, no señala nada más el agotamiento de una modalidad literaria; pone el dedo en el vacío social que deja la desaparición del poeta romántico y su mitología semidivina, persistentes en México gracias a la gesticulación diazmironiana.

A pesar de que la protesta irónica de Gutiérrez Nájera en contra de la mediocridad cultural, la desesperanza y el tedio, puede ser vista como una actitud cultural “importada” del *spleen* europeo, no por ello el desplazamiento social de los escritores en México fue menos real. Bastaría con recordar el lugar privilegiado que Ignacio Manuel Altamirano les había concedido en los años de la reconstrucción nacional cuando afirmó “La literatura tiene una misión más alta, misión que debe comenzar desde enseñar a leer al pueblo, hasta remontarse a las sublimes esferas de la epopeya, de la filosofía y de la historia”.<sup>97</sup> Sin esa aureola de utilidad social, los escritores del porfiriato subsisten gracias al periodismo y a los espacios ambiguamente privilegiados de su marginalidad ética y estética: cafés, cantinas y prostíbulos. No obstante, los modernistas ocupan un lugar notable en la

<sup>96</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La decadencia de la poesía”, en *Divagaciones y fantasías*, p. 126.

<sup>97</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870”, en *Obras completas*, vol. XII, t. I. *Escritos de literatura y arte*, p. 189.

vida cultural de entre siglos; ya sea por el brillo de la prosa periodística o por el impulso notable a la poesía, que se consolida con la segunda generación modernista, cuya inserción polémica de principios de 1893 a la vida literaria de México coincide con la estancia porteña de Amado Nervo. Pero antes de reencontrarlo en Mazatlán, conozcamos algunas facetas de la vida interna del Bachiller, cuya seminarística biblioteca llegó a contar, a fines del siglo pasado, 5324 volúmenes.<sup>98</sup>

## LA VIDA INTERIOR

Al concluir las “facultades menores” en noviembre de 1888, Amado Nervo obtuvo el grado de Bachiller.<sup>99</sup> Aún en aquel año, el Seminario Diocesano de Zamora brindaba la alternativa de llegar al púlpito o a la cátedra sagrada, vía su Facultad de Teología; o bien, abría las puertas de su otra escuela profesional al estudio del derecho canónico o civil. En solidaridad con las expectativas económicas de su familia —y conciliando su constante vocación letrada con la carrera civil más próxima al capital humanístico que había recibido en Jacona—, el primogénito de doña Juana Ordaz optó a principios de 1889 por el aprendizaje de las leyes mundanas. No obstante su resolución, al término de ese mismo año guardó sus manuales debido al cierre de los estudios de abogacía en el seminario. La calificación del curso de derecho natural, “Superlativo Ínfimo, con siete

<sup>98</sup> Valencia Ayala, *El seminario de Zamora*, p. 25.

<sup>99</sup> Así consta en el certificado que el Seminario de Zamora expidió por intermediación de Perfecto Méndez Padilla, cuando en junio de 1905 Nervo lo requirió para ingresar al Servicio Exterior de México. En la primera Hoja de Servicios del “Expediente Personal” de quien llegó a ser ministro plenipotenciario de Venustiano Carranza en las repúblicas de Argentina, Uruguay y Paraguay, se transcribió la siguiente información de dicho certificado —cuya copia se encuentra extraviada en el expediente diplomático—: “Igualmente certifico que la conducta del Señor Nervo, durante el tiempo que permaneció en este Seminario (el de Zamora), fue intachable, mereciendo por esto el aplauso de sus superiores, la admiración de sus compañeros y la estimación y respeto de cuantos le conocían”. Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, “Amado Nervo. Expediente personal”, LE 308, f. 19.

condiscípulos delante y sólo tres abajo de sí”,<sup>100</sup> habla por sí sola del recrudescimiento de la crisis sentimental que el tepiqueño vivía desde su arribo a Zamora en 1886. La causante de sus altibajos escolares fue una adolescente seráfica, Dolores Arceo, hija de una familia frecuentada por los Nervo Ordaz.<sup>101</sup>

Impulsado por la falta de tareas escolares, Amado dedica la mayor parte de 1890 a depurar los estragos de su primer imposible amoroso con los exabruptos de su arrebatada prosa vivencial. Gracias a Alfonso Méndez Plancarte, quien lo recogió en las “Páginas autobiográficas” de *Mañana del poeta*, conocemos el previsible itinerario doliente plagado de lecturas románticas, algunas advertidas por el mismo editor: Chateaubriand, Bernardino de Saint Pierre, Jorge Isaacs y Rousseau. “Me extraña que aquel muchacho —concluye Alfonso Méndez Plancarte a propósito de estas fuentes—, si conocía a esos autores, particularmente a los tres primeros, no los haya nombrado nunca, y ni aludido a sus personajes.”<sup>102</sup> En apariencia así es, ya que las referencias explícitas de la confesión conjuntan el paradigma neoplatónico de autores “escolares” como el Dante de *La vida nueva* con las lecturas independientes del seminarista, aspirante a la inmortalidad de Dante y Beatriz, Petrarca y Laura, Tasso y Eleonora, Espronceda y Teresa. ¿Nervo y Lola, como consigna el propio memorialista?:

¿No tengo yo acaso el aliento que ellos tenían? ¿No ha puesto Dios una lira en mis manos? ¿No siento yo el amor purísimo que ellos presintieron y soñaron? / ¡Yo la inmortalizaré! El resto de mis obras quizá muera en el olvido pero ese libro dedicado a su amor y a su recuerdo, ese libro escrito con lágrimas del alma, ese libro inspirado por la pasión más grande de la vida, no morirá no puede morir. ¡Vivirá tanto como la Gloria, repitiendo a las generaciones su nombre! (OC, I: 46-47)

Sorprende que escapara a la sutil erudición de Méndez Plancarte el tejido intertextual entre algunos pasajes de su edición y ciertas lecturas del edén colegial de Jacona. El posterior encuentro con la zamorana Dolores Arceo ocurrirá cuando

<sup>100</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, p. 263.

<sup>101</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *ibid.*, p. 38.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 39.

Amado tenga la edad justa en la que René, “un corazón de dieciséis años, en toda la lozanía de sus pasiones”,<sup>103</sup> frecuentaba también a las musas, por lo que el fascinante personaje de la novela homónima de Chateaubriand se convierte en alma gemela de aquel espíritu inflamado. No hay margen para la duda en la autoconfesión del Bachiller: “Quién sabe lo que hubiera podido resultar de una declaración, sencilla porque salía de los labios de un niño para herir los oídos de un ángel” (OC, I: 41). El puro goce estético de esta experiencia “amorosa” proviene, en gran medida, de ciertos pasajes centrales de *René*, como la siguiente confesión de éste al padre Souël y a Chactas: “La mañana de la vida, a semejanza de la del día, se ostenta llena de pureza, de imágenes y de armonías”.<sup>104</sup> El impacto del autor de *El genio del cristianismo* en Nervo trascendió el recinto diocesano de Zamora y su posterior estancia mazatleca; textualmente puede reconocerse hasta los primeros años metropolitanos del periodista novel, quien escribió estas líneas sobre su admirado escritor de juventud en una “página vieja” de 1897: “Ahora que ya no soy romántico; ahora que ya rompí, niño levantisco que se cree hombre, todos mis juguetes; ahora que ya no sueño la vida, aún llevo la librea de tus melancolías, oh taciturno...” (OC, I: 452).

Casi tanto como el entorno cerrado de Zamora a la modernidad literaria metropolitana que se afianzó en la penúltima década del siglo XIX, las lecturas románticas de Nervo retrasan su encuentro con las poéticas de Darío, Martí y Gutiérrez Nájera; o bien, lo preparan si se considera que todos ellos pasaron también por el mismo rito de pasaje del modernismo, un movimiento sintetizador por excelencia. Recuérdese el decir dariano: “¿Quién que es, no es romántico?”<sup>105</sup> De cualquier forma, ese desfase sitúa estética y culturalmente las fantasías biográficas, las ambigüedades textuales y las inconsecuencias ideológico-religiosas

<sup>103</sup> François René de Chateaubriand, *René*, p. 98.

<sup>104</sup> *Idem*. Méndez Plancarte no reparó en la tematización de este pasaje de la novela de Chateaubriand en los siguientes versos, de los que tomó el título para su edición: “Mañana de mi vida, / mañana del poeta, / ¡qué bellas son tus flores, / qué puras sus esencias!” (OC, II: 1279).

<sup>105</sup> Acerca de las poéticas románticas en el escritor nicaragüense, véase Alberto Julián Pérez, *La poética de Rubén Darío*, pp. 7-25.

del joven Nervo, menos confundido —es cierto— que René, quien llegó a confesar: “Yo estaba lleno de religión, y no obstante razonaba como un impío; mi corazón amaba a Dios, pero mi entendimiento lo desconocía; mi conducta, mis discursos, mis sentimientos e ideas eran tan sólo contradicción, tinieblas y mentira”;<sup>106</sup> en tanto, Amado se resignará en la última página doliente: “¡Adiós para siempre! Cuando después de larga ausencia vuelvas a estos sitios, yo ya estaré en otras regiones, quizá en extranjera tierra, buscando el pan que me sustente [...] ¡Dios lo quiere!, murmuraré mañana, que lejos de ti lamente lo triste del destino que me ha cabido en suerte.” (OC, I: 51)

La lectura de *René* deja ver el desarrollo literario del joven escritor desde una óptica en la que se aprecia el paulatino ensombrecimiento de sus luminosos y razonables modelos clásicos<sup>107</sup> y arcádicos para adentrarse en la particularidad de sus sentimientos, vía el irracionalismo sensorial del hombre romántico. Bécquer<sup>108</sup> y Campoamor presiden el tránsito de la poesía solar de Ipandro Acaico y Joaquín Arcadio Pagaza a la sensibilidad nocturnal e intimista del desvelado poeta en uno de sus contados atisbos modernistas que reescribirá en Mazatlán:

<sup>106</sup> Chateaubriand, *René*, p. 112. En el prólogo de *Mañana del poeta*, ed. cit., p. 105, Méndez Plancarte no dejó de indignarse por un pasaje fantasiosamente victorhuguesco o byroniano de la “Autobiografía”: “El porvenir me ofrece un ancho campo de batalla donde probablemente naufragarán los restos desvalidos de mis creencias en el mar tumultuoso de la política; donde probablemente mi alma se embotará acostumbrada al espectáculo de las luchas civiles.” (OC, I: 47)

<sup>107</sup> Los estudios más especializados sobre la presencia de los clásicos de Grecia y de Roma en la obra de Nervo son los de Gabriel Méndez Plancarte, en *Horacio en México*, pp. 243-248; Tarsicio Herrera Zapién, “Ocho modernistas mexicanos ante el clasicismo”, en Ignacio Osorio Romero *et al.*, *La tradición clásica en México*, pp. 189-219; también de este último: “Amado Nervo (1870-1919): una latinidad de fin de siglo”, en *México exalta y censura a Horacio*, pp. 162-171. Desafortunadamente no se ha puesto atención a la época escolar del poeta. El juicio más próximo es de Méndez Plancarte: “Aunque estudió el latín en su adolescencia, no parece haber salido muy aprovechado en la lengua de Cicerón y de Virgilio: cuando tuvo la juvenil ocurrencia —una sola vez por fortuna— de versificar en latín, produjo un indescriptible ‘Hymnus’ plagado de errores sintácticos, verdadero atentado contra el idioma inmortal” (p. 244). Herrera Zapién no comparte del todo ese juicio: “Objetivamente, creo que la inseguridad de Nervo no es para tanto [...] Es cierto que el poema latino de Nervo muestra poca originalidad. Pero su sintaxis sólo exhibe dos errores realmente indefendibles”. En “Una latinidad de fin de siglo”, p. 163.

<sup>108</sup> En Zamora, Nervo conoció las *Rimas*; prueba de ello es la paráfrasis de la rima XV, hecha con muy buen oído, como se aprecia en “Tú y yo (Imitación)” (OC, II: 1272); o en la acentuación rítmica de “Alondras que cantan” que sigue en buena medida el mismo esquema.

¡Avanza, negra Deidad,  
con tu séquito de estrellas,  
con tu piélago de sombras,  
con tu luna amarillenta!

¡Avanza..! Yo, recostado  
sobre la pajiza yerba  
que alfombra el ruinoso patio  
de mi morada desierta,

te contemplo, y entre tanto  
pálidas a mí se acercan  
las sombras de mis amores  
diciendo todas: —¿Te acuerdas?

“Noche invernal”<sup>109</sup> (OC, II: 1281)

En consonancia con el ámbito literario y cultural del recinto amurallado de Zamora, en sus primeras páginas íntimas Nervo exalta la individualidad de su talento sonoro, un don divino impregnado de fatalidad: “Dios me había hecho poeta y ya se sabe que un poeta es un pobre loco, apasionado por todo lo bello, por todo lo misterioso, y, añadamos, por todo lo triste. La melancolía que muchos huyen, tiene también su pléyade de amantes: ¡los poetas!” (OC, I: 38) La estética del Bachiller, anclada en un romanticismo de signo conservador, permite entender tanto el tratamiento contemplativo del paisaje en algunos “Cantos a la naturaleza”, como los primeros poemas civiles, nostálgicos del Primer Imperio Mexicano,<sup>110</sup> y el perdurable ideal de belleza que Dolores Arceo irradiará a buena parte de la poesía nerviana. Veamos con mayor detalle este asunto.

<sup>109</sup> No en balde este poema fue reescrito en Mazatlán y posteriormente en la ciudad de México para incluirse en *Perlas negras*.

<sup>110</sup> En Zamora, “aun las festividades patrióticas sufrieron la influencia clerical. Desde 1883 se recordó anualmente, con grandes festejos, el 27 de septiembre, el día de la entrada triunfal a México de don Agustín de Iturbide, del héroe proscrito por los liberales y aclamado por los conservadores”. Luis González, *Zamora*, 125. En 1890 y 1891 Nervo se sumó a la exaltación del “Libertador de México”:

“¡Qué tiempo aquel! ¿Recuerdas, Patria mía, / recuerdas, dime, el venturoso día / en que el sol se detuvo en su carrera, / contemplando del mundo la existencia / la Religión, la Unión, la Independencia, / unidas entre sí por vez primera? ...” (OC, II: 1288)

En las páginas febriles del amante platónico que vislumbramos en Nervo, aquella virginal zamorana adquiere, también, rasgos de la “monja doméstica” que —como leemos en las primeras páginas de *El Bachiller*— vivía un extenso noviciado entre los muros tutelares de la familia paterna y la parroquia. Siguiendo las transformaciones de la mujer frágil en la literatura francesa, belga e hispanoamericana del otro fin de siglo, José Ricardo Chaves distingue este otro estereotipo sexual del imaginario masculino finisecular: “Belleza, bondad y pureza se entrelazan para conformar el tipo de la *femme fragile*, que tuvo su origen en los prerrafaelistas ingleses de mediados de siglo, muy en consonancia por otra parte, con el culto burgués a la monja doméstica.”<sup>111</sup> La veneración de ésta no fue —prosigue Chaves— “sólo un asunto de forma, sino también de ideología sexual, una que afirma la existencia estática y estética de la mujer como flor, como planta, reducida al silencio vegetal y al designio del jardinero”.<sup>112</sup>

De acuerdo con esa clase de analogías, el hombre decimonónico establece el doble vínculo de protector y beneficiario de su ambigua criatura doméstica. Cosechando sus propias ensoñaciones, el imberbe y desengañado amante escribió:

Yo no nací para la calma. Nací para la lucha, y el porvenir me ofrece un ancho campo de batalla.. Pero con qué gusto trocara una corona de laurel por la blanca diadema de canas nacidas al calor incesante del trabajo honrado y que besa una esposa idolatrada y unos hijos amantes y sumisos [...] ¡Vamos allá a cumplir nuestro sino! ¡Pero allá, mirando siempre al cerrar los ojos la lejana perspectiva de un hogar tranquilo, iluminado por la luna, calentado por el sol y poetizado por la presencia de seres adorados! (OC, I: 47).

A los dieciocho años, en la plenitud de su pasión, Nervo describió los atributos virginales de Dolores Arceo en unas cuantas líneas que no tienen desperdicio para conocer el estereotipo primitivo de la *femme fragile* que se instala en el imaginario del autor. Con diferentes tratamientos, este ideal de belleza reaparecerá, entre

<sup>111</sup> José Ricardo Chaves, *Los hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*, p. 56.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 49.

tantas otras páginas de su poesía, en los notables catorce poemas de Damiana, la “niña dulce y grave” que encubre a Ana Cecilia Dailliez en *Los jardines interiores* (1905), y por supuesto en *La amada inmóvil*.<sup>113</sup> Éste es el primer esbozo de la inmarcesible virgen zamorana:

#### LOS CATORCE AÑOS

Vosotros no sabéis el atractivo inmenso que tiene una mujer a los catorce años.

Es el botón que se entreabre, la aurora que viene, el sol que se levanta.

¡Catorce años, la edad del alma virgen, del amor virgen, de los sentimientos vírgenes!

¡Catorce años! Esos cuenta la reina de mis pensamientos. ¡Cuán bella es!.. ¡Si la vierais!..

Ni las vírgenes que nos han legado los famosos pintores de otros tiempos, ni las que nos retratan los novelistas y los poetas en sus ficciones, son más hermosas que ella como está ahora, llena de pureza, virginidad, hermosura.. ¡cómo ella a los catorce años!

Ni la rosa de Castilla tiene la frescura de su rostro, ni el nardo la suavidad de su tez, ni los astros la belleza de sus ojos, ni los rayos del sol la esplendidez de sus cabellos, ni la palmera del desierto la majestad de su estatura, ni...

¡Qué hermosa es hoy en sus catorce años!

Catorce años: la flor que se entreabre, la aurora que viene, el sol que se levanta.

(OC, I: 49)

En la primera narrativa nerviana contemporánea de este ensayo de prosa poética, el ideal de belleza adquiere otras tonalidades al pasar por el caleidoscopio de las normas estético-ideológicas del multiforme realismo español. Si bien coincido con el señalamiento de Méndez Plancarte sobre la escasa originalidad de los cuentos cercanos a José María de Pereda, Luis Coloma, Pedro Antonio de Alarcón y José Selgas, debe señalarse la utilidad de un par de relatos para matizar el ideario

<sup>113</sup> Una síntesis notable de la poética de este libro, en cierta forma culminante de la poesía mexicana del siglo XIX, se encuentra en el ideario de la *Filosofía de la creación* de Edgar Allan Poe: “la muerte de una hermosa mujer es incuestionablemente el tema más poético del mundo; e igualmente está fuera de toda duda que los labios más adecuados para expresar ese tema son los del amante que ha perdido a su amada”. Citado por José Ricardo Chaves en *Los hijos de Cibeles*, p. 116.

estético de su autor. En “Caricias feroces”, ambientación rural del motivo reciclado por la estética romántica sobre la Bella y la Bestia, la “pequeña, débil y enfermiza” protagonista se convierte en víctima propiciatoria de su corpulento amante. Éste “la tomaba con gran cuidado entre sus enormes garras y se limitaba a pasarle la velluda mano por la cara” (OC, I: 59) ante el temor de que su bestial efusividad sacrificara a Plácida en aras de su desmedida pasión, hecho más o menos previsible que desenlaza la sencilla historia. Al sumar en su personaje virtud, enfermedad y muerte, el narrador cierra el círculo ideológico que advierte Chaves: “En un ambiente de creciente secularización, el martirologio se traslada del campo sagrado al profano. Si anteriormente el amor a Dios se demostraba por la aceptación gozosa, jobiana, del sufrimiento, ahora, en los tiempos del Progreso, las mujeres dóciles deben probar de forma similar su amor por los hombres.”<sup>114</sup> Lejos de cuestionar el conservadurismo local, el relato anterior reafirma el sometimiento ideológico de la mujer zamorana, cuya “misión sagrada” de madre y esposa podía llevarla al sacrificio personal.

El travestismo de “Aventura de carnaval” refleja matices más insospechados en el sombrío recinto diocesano de monseñor Cázares y Martínez. Desde luego, Nervo desconocía toda festividad de carnestolendas hasta que arribó a Mazatlán en 1892, lo cual no obsta para que dotara de verosimilitud a su relato con el subtítulo “Aconteció como lo cuento”. Narrada en primera persona, la anécdota destaca la obsesión por la belleza ideal, estereotipadamente clásica, acaso con leves anticipos parnasianos, como se aprecia en algunos rasgos de la amada seráfica<sup>115</sup> y de Carlos, “un muchacho muy guapo. Mediana, pero gentil estatura, oscuro y rizado pelo, negros ojos árabes, llenos de expresión y de fuego, poblada barba. Sus formas redondeadas y marmóreas ocultaban, bajo un cutis de mujer, un tejido de músculos

<sup>114</sup> José Ricardo Chaves, *ibid.*, pp. 50-51.

<sup>115</sup> Al principio de la segunda parte de sus memorias zamoranas, Nervo dejó este otro retrato de Dolores Arceo, ciertamente más cercano a los cánones parnasianos: “Aquel rostro perfectamente ovalado, de graciosos contornos y purísimo colorido, agraciado más aún por una nariz griega perfecta y una boca roja y enana, jamás ha sabido expresar más que el desdén y la indiferencia cuando mis pupilas en él se fijan con avara mirada”. (OC, I: 43)

de hierro; sus manos eran aristocráticas y llenas de hoyuelos; de pie pequeño... Una galana figura, en fin" (OC, I: 63). La acción principal transcurre en una fiesta de máscaras en la que, encubierto por un antifaz y un traje femenino, el "atractivo misterioso" de Carlos seduce a su atolondrado primo. Después de sufrir la influencia perniciosa de las "negras miradas" del enmascarado, el narrador intradieético descubre la identidad de su pareja de baile, negando la experiencia homosexual con el fulminante final: "Si en aquel momento hubiera tenido una arma cualquiera, habría matado a mi primo, quien se reía a carcajadas" (OC, I: 62).

En Mazatlán el cuentista conocería diversas facetas de la mundanería que apenas vislumbraba en su relato; sin embargo, la posibilidad de que arribara al cosmopolita puerto del Pacífico mexicano estuvo a punto de naufragar, pues —a finales de 1890— el Bachiller estrechó el círculo de su vida interior en el recinto diocesano de Zamora. Cerradas en julio del mismo año, las "Páginas autobiográficas" no dan cuenta del replanteamiento vocacional de Nervo, quien asistió a los seminarísticos ejercicios espirituales de noviembre. Acaso, recordando los consejos de Amelia a René ("Estoy persuadida de que tú mismo, hermano mío, hallarías tu descanso en esos albergues de la religión, porque la tierra no ofrece cosa alguna digna de ti"),<sup>116</sup> el desdeñado amante decide ingresar a la Facultad de Teología. Siguiendo al narrador de *El Bachiller*, Méndez Plancarte no deja de especular sobre las líneas cruzadas entre la inmensa "sed de ideal" de Felipe, que lo llevó al estudio de las Facultades Mayores, y la "amargura" de la pasión nerviana como detonante de su reingreso al Seminario.

De mi parte, admito carecer de pruebas documentales que respalden la especulación sobre la mudanza vocacional del Bachiller a partir de la lectura de *René*; pero entre esta propuesta y la siguiente de Méndez Plancarte, los extremos se acercan gracias a que Nervo sólo fue fiel a su talento literario. Dejemos que sea el propio editor de *Mañana del poeta* quien presente los comentarios de sus fuentes orales:

---

<sup>116</sup> Chateaubriand, *René*, p. 116.

Tales fueron los hechos. en los Ejercicios Espirituales que hizo a fines de 1890, debió sondear el océano del Divino Amor, y exclamar como lo haría en una de sus elevaciones, más tarde:

*¡Cuán bella su plenitud  
que ningún alma es capaz  
de medir! ¡Cuán eficaz  
contra el dolor su virtud!  
¡Cuán inmensa su quietud!  
¡Cuán misteriosa su paz!*<sup>117</sup>

[...] Sé, en efecto —por amigos suyos de entonces, como mi padre— que en esos Ejercicios de 1890, hacia el final, decidióse a abrazar el Sacerdocio, y que hasta se apresuró a solicitar la Primera Tonsura, si bien nunca la recibió ni llegó, por tanto, a ser clérigo. El Obispo, o sus inmediatos superiores, algo vieron en él que los hiciera dudar: quizá la misma vehemencia repentina de su fervor, les pareció exigir la prueba del tiempo.<sup>118</sup>

Rodolfo Nervo difundió en 1957 una versión similar, añadiendo que su hermano —impelido por su responsabilidad de primogénito al perderse el último negocio familiar en el incendio de la tienda El Puerto de San Francisco—,<sup>119</sup> no quería regresar a Tepic sin la “primera tonsura eclesiástica [...] señalado ya exteriormente para el sacerdocio”. No obstante la determinación del aspirante, su confesor y director espiritual fue inflexible: “Vuelve a tu Tepic con tu familia; lleva la vida de tu edad, sin descuidar tus estudios y prácticas religiosas; y si pasado un año sientes la misma voluntad para el sacerdocio regresa a Zamora, y yo dispondré tu tonsura”.<sup>120</sup>

Junto al testimonio documental del examen público del primer curso de teología y de la calificación sobresaliente de Nervo, Méndez Plancarte recogió algunas anécdotas zamoranas sobre el fervor de aquella acendrada —pero fugaz— vocación eclesiástica. En cuanto a sus “expresiones” versificadas, se cuenta con los

<sup>117</sup> Escritos el 31 de mayo de 1916, los versos citados corresponden a la penúltima estrofa de “La lección”, *Plenitud* (OC, II: 1755).

<sup>118</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, p. 50-51.

<sup>119</sup> Debo la precisión de este hecho al historiador nayarita Pedro López González.

<sup>120</sup> Rodolfo Nervo, “Verdades y ficciones acerca de Amado Nervo”, tercera parte, citado en Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I, pp. 39-40.

poemas de dos secciones de *Mañana del poeta*: “Del alma y de Dios” y “Plegarias a María”, más los de inspiración guadalupana que Méndez Plancarte aumentó en las *Poesías completas* de 1952.

Sobre las conclusiones biográficas de la exégesis de Méndez Plancarte a los poemas que integran dichos apartados, e incluso su contrapunto con los de etapas nervianas posteriores y los de otros poetas, anotaré algunas reservas concernientes a los riesgos de sobreinterpretación que encuentro en juicios como éstos:

Fuerte y sencilla y hermosa lucha se trabaría en su corazón, como la que finalmente nos pinta Francisco Alday, en este delicado y poderoso poema:

*Esta mañana a visitarme vino  
el excelso dolor;  
hoy en mis claustros interiores tuve  
un coloquio con Dios*

Este poema —“El excelso dolor”—, Amado Nervo pudo vivirlo, ayudado por la amargura de su pasión, que no le había sido flor sino abrojo. [...]

Él, desde luego, nunca podría decir lo que el Padre Segale (poco antes alumno de su mismo Seminario), cuando por vez primera se llegó al Ara en 1892:

*Resto quizá de mi nativo orgullo  
el recuerdo será de que me ufano:  
que las palabras de un amor profano  
jamás articulé;  
largas promesas ni amoroso arrullo  
mis labios nunca modelar supieron,  
  
ni oídos de mujer mi voz oyeron  
que les jurara fe*

[...] Decir todo eso: mostrar así, como el P. Segale, ‘un corazón purísimo en el cual conviven la humildad cristiana y cierto orgullo caballeresco, muy español y muy simpático’, eso no lo podría ya nunca.<sup>121</sup>

<sup>121</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, ed. cit., pp. 48-49 y 53. La cita entrecorillada del último párrafo es de Perfecto Méndez Padilla, en “Atenógenes Segale”, *Acción*, Monterrey, enero de 1925.

Considero que en estas interpretaciones priva el mismo ánimo dogmático de Alfonso Junco, quien en un ensayo de 1927 pretendía recuperar la “absoluta nitidez religiosa” del autor de *Elevación*, entendida como tal “la gran parte selecta, de la obra de Nervo... que es verdad, bien y belleza”,<sup>122</sup> exclusivamente católicas, desde luego. Ni un verso ni una línea de más caben en el feroz escrutinio de Méndez Plancarte, escrito con adjetivos inquisitoriales :

Sus libros, ni dudarlos, encierran no poco de miserable error, de ‘triste mentira’. Una extensa gama —colmo de incoherencias—, que va desde el más tonto darwinismo y el más crudo y corriente positivismo, hasta los espiritismos, teosofías, idealismos, pragmatismos y agnosticismos de los últimos años. Una absoluta y pavorosa indigestión de ideas; un absoluto cero en vigor filosófico, siquiera asimilativo y armonizador; un diletantismo renaniano de la peor especie y calidad. Y en el aspecto moral, tampoco faltan lacras: algo de amoralismo, bastante de impurezas sensuales —aunque en verdad no mucho de carnal y obsceno, y esto sólo en algunas de sus prosas.<sup>123</sup>

De regreso con el primer Nervo, retomaré la misma base filológica de Méndez Plancarte para exponer mi lectura de la producción poética cercana a 1891.

Antes conviene saber algo más sobre la historia textual de *Mañana del poeta*. El escrupuloso editor recogió, incluso, el testimonio de su tía Josefa Méndez viuda de Méndez, depositaria de los primeros manuscritos nervianos hasta que su sobrino Alfonso los tuvo a la vista: “las prosas, en pliegos sueltos de carta o en hojas de cuadernos; los versos, en dos libritos empastados en piel, jaspeado el uno de rojo y el otro de amarillo obscuro”.<sup>124</sup> Estas primeras letras son una parte de la producción zamorana; la otra fue destruida en 1891 por Nervo, a la sazón estudiante

<sup>122</sup> Alfonso Junco, “Sobre el misticismo de Nervo”, en *Fisonomías*, 1927, citado en Alfonso Méndez Plancarte, “Arte y alma de Nervo”, *ibid.*, ed. cit., p. 313.

<sup>123</sup> Alfonso Méndez Plancarte, “Arte y alma de Nervo”, apéndice VIII, en *ibid.*, pp. 312-313.

<sup>124</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Mañana del poeta*, p. 15. Estos originales se encuentran en el Archivo de Alfonso Méndez Plancarte, depositado en la Biblioteca Cervantina del Instituto Tecnológico de Monterrey. Agradezco a su director, Ricardo Elizondo Elizondo, las facilidades para cotejar dichos manuscritos.

de teología, temeroso —afirmó la depositaria— de que “rodaran por el mundo, entre las gentes, versos suyos de amor profano”.<sup>125</sup> Con ese celo, “arrancó páginas y más páginas —unas 150 hojas—, y sólo trató de compensar sus mutilaciones añadiendo algunas poesías nuevas, casi todas religiosas. Por lo demás, aun a través de las que no juzgó pasto de la hoguera, pasó su pluma regando tachaduras celosas. Mas bajo muchas de éstas alcanza a leerse la primera redacción, y de allí las variantes que he copiado también y que son a veces curiosísimas”.<sup>126</sup>

Aquí crecen mis dudas sobre la exégesis ya señalada de Méndez Plancarte, pues el estudiante de teología conservó versos y prosas elocuentes no de uno, sino de dos amores mundanos. El de la conocida Dolores Arceo y el de otra zamorana: Antonia Méndez, cuyo nombre grabó el amante en el acróstico “Niña del corazón” y en cuatro cartas fechadas entre mayo y julio de 1889. (OC, II: 1127-1129) Por la retórica efectista de éstas (“Si ves algunas manchas en esta carta [y se ven efectivamente], son de alguna que otra lágrima que he vertido al escribírtela”), por la petición versificada de “Un rizo de tu pelo” y por la entrega de esta “prueba de amor” al poeta, puede concluirse que el amante aprendía con rapidez el arte de la seducción. Pese a ser mucho más “profanos”, Nervo guardó todos esos textos entre sus papeles, incluido el rizo y una fotografía de la amada (ambos en el Archivo Alfonso Méndez Plancarte). Asimismo, sólo se puede entender la conservación de las arrebatadas “Páginas autobiográficas” como otra exaltación egocéntrica de la poética romántica que las inspiró. En cuanto al comentario de las variantes de los poemas, baste acudir al primero de *Mañana del poeta* para irse con tiento sobre el escurridizo trasfondo biográfico de la poesía de Nervo, pues en la siguiente estrofa el definitivo “Señor” sustituyó al primitivo “mujer”:

---

<sup>125</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>126</sup> *Idem.*

He aquí, Señor, de mi arpa  
 los cánticos dispersos  
 son tuyos estos versos  
 de vaga inspiración.

“Mis versos” (OC, II: 1271)

Tal vez el autor no advirtió la ironía que introdujo en el poema cambiando al destinatario de su, en efecto, “vaga inspiración” temprana; andando el tiempo, ésta será controladamente sincrética, es decir, modernista, como veremos más adelante en la contrafactura mundana que realizó, en Mazatlán, del poema zamorano “A la santísima virgen de Guadalupe”.

El estudio preliminar de *Mañana del poeta* concluye con una carta de Amado fechada el 30 de diciembre de 1891 en Tepic, escala precautoria de la siguiente salida del escritor al mundo. Inquieto por la falta de quehacer en el solar nativo, aguijoneado por la incertidumbre de una vocación sacerdotal a la deriva y por la precaria economía familiar, Nervo confía a su interlocutora michoacana, Dolores Padilla Méndez, los riesgos de naufragar en la “selva oscura” del siglo y la probabilidad de ocuparse en “algún escritorio, porque en lo eclesiástico no hay un destino que puedan darme; de suerte que mis estudios los continuaré en los ratos libres que me deje mi trabajo” (OC, II: 1128-9). Méndez Plancarte se preguntará reiteradamente: “¿Qué sucedió después?” Seis décadas más tarde, y antes de encontrar las páginas porteñas de Nervo en *El Correo de la Tarde*, yo también me preguntaba con insistencia a principios de 1996: “¿Qué sucedió después?”

MAZATLÁN 1892-1894,  
UN CAPÍTULO OLVIDADO EN LA OBRA  
DE AMADO NERVO

*La tradición no es sólo una entrega de testigo o un amable proceso de transmisión: es también una lucha entre el genio anterior y el actual aspirante, en la que el premio es la supervivencia literaria o la inclusión en el canon.*

Harold Bloom, *El canon occidental*

## 4. UN CONDE MODERNISTA EN MAZATLÁN

### UNA FANTASÍA JUVENIL CUMPLIDA

Al volver a Tepic, el Bachiller encontró un “poco triste” el solar nativo (OC, II: 1129), transformado en Territorio Federal del país —justo en el 1884 del éxodo escolar de Amado a Jacona. Para estar a tono con el ascenso político del antiguo Distrito Militar, durante la ausencia del estudiante sus paisanos habían cambiado la rústica Plaza de Armas por una frondosa y bien trazada Plaza Principal. Desde uno de los costados de ésta, Nervo, “dependiente mayor, encargado del escritorio” de La Torre de Babel,<sup>1</sup> veía con frecuente horror la morosa, casi imperceptible, construcción del tercer cuerpo de las torres catedralicias. Lejos de gozar la “pureza de la línea y la sabia simetría” que ya para entonces ostentaba la Catedral,<sup>2</sup> el exseminarista no podía dejar de ver en aquellas torres trucas y en el nombre de su casa de trabajo el símil exacto de sus dos profesiones inconclusas.

En sus escasas horas libres del primer semestre de 1892, el dependiente leía, a hurto de sus patronas y de las propias horas de sueño, toda la prensa metropolitana que unos meses antes le fuera vedada en Zamora. En cuestión de semanas, reconocía ya la periodicidad de las colaboraciones de Manuel Gutiérrez Nájera, sus seudónimos y el verbo sutil de su “escritura acariciante, que toca sin oprimir, que palpa sin agarrar, que repasa mansamente los contornos del cuerpo del Otro”.<sup>3</sup> El único testimonio autobiográfico de aquel encuentro es un pasaje del prólogo al volumen III de la primera edición de *Obras* de Gutiérrez Nájera.<sup>4</sup> Recordando la

---

<sup>1</sup> Para la breve estancia nerviana de Tepic, sigo la documentación y entrevistas con algunos contemporáneos del poeta, realizadas por Juan Rogelio López Ordaz en su *Mosaico biográfico*, vol. I, pp. 41-44. De acuerdo con esta misma fuente, la tienda de ropa de las señoritas Virginia y Natalia Retes se encontraba en las calles actuales de Lerdo y Mérida.

<sup>2</sup> Pedro López González, *La catedral de Tepic*, pp. 50.

<sup>3</sup> Aníbal González, “Manuel Gutiérrez Nájera: la escritura como caricia”, en Yolanda Bache Cortés *et al.* (edit.), *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, p. 103.

<sup>4</sup> Se trata del volumen II de la *Prosa najeriana*, organizado y prologado por Nervo en 1903.

ingenuidad y vehemencia de sus lecturas najerianas a los veintidós años, el poeta escribió en 1903:

Mas era tal el deslumbramiento que muchos [artículos] me producían, que en vano hubiera tratado de analizarlos. Sus prosas y sus versos pasaban por mi cielo como iris que vuelan; batía el ave del paraíso su plumaje de gemas, y yo permanecía ante la visión maravillosa como aquellos infantes de los antiguos cuentos, ante la fuente de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta. Fuerza era aprisionar el ave del paraíso para alisar suavemente su plumaje y ver si el encanto se quedaba entre mis dedos en la forma de un poquito de oro en polvo [...] Y así lo hice. Y el ave del paraíso voló de entre mis manos con la incólume policromía de su plumaje . (OC, I: 1313)

En 1903 Amado Nervo, recordémoslo, traza las líneas anteriores desde una posición sólida, ganada a pulso —a su regreso de París— en la vanguardia de las élites culturales del porfiriato. Justo Sierra y Luis G. Urbina lo preceden en la consagradoria presentación de las *Obras najerianas*, tal vez el primer monumento del canon modernista en México.<sup>5</sup> Desconcertantemente, Nervo asume una actitud de complaciente debilidad crítica en dicho volumen, con el magro resultado de un texto inferior, por ejemplo, a la magistral y vigente pieza ensayística de Sierra al frente de las *Poesías* de Gutiérrez Nájera. En contraste con el sólido horizonte cultural que traza Sierra, Nervo —todo modestia— abre su prólogo exhumando una carta íntegra de Ignacio Manuel Altamirano a Gutiérrez Nájera; resguardado por la autoridad “insuperable” del maestro, el prologuista continúa con la narración de sus fugaces y silenciosos encuentros capitalinos con El Duque, y —por si fuera poco— a la mitad del prefacio ofrece disculpas anticipadas a él, que “¡Era tan bueno!”, por la parquedad del homenaje (OC, I: 1312).

¿Cómo entender esa relación hipersacralizada que, desde Tepic, tendió a expresarse en una serie de silencios acrílicos y cortesías excesivas? Tal vez

<sup>5</sup> Para situar teóricamente las coordenadas culturales del horizonte modernista mexicano como una “joven tradición” que, en febrero de 1895, vive su primer ritual canónico con la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera, sigo las ideas de Harold Bloom en el “Prefacio y prelude” y en la “Primera parte” de *El canon occidental*, pp. 11-51.

encontremos una respuesta en el efecto inmediato de las lecturas de aquel aprendiz de brujo modernista, quien a principios de 1892 vive aún los últimos coletazos de la crisis vocacional de Zamora, así como un probable periodo de infertilidad literaria, atizado por el deslumbramiento najeriano. ¿Acaso el silencio fue una manera de sobrevivir literariamente en Tepic, de digerir a un autor que, varios años antes de su muerte en febrero de 1895, ya era recibido canónicamente, al menos en ciertos lugares de la provincia mexicana?

Acepto que los límites de esta lectura empiezan en la imposibilidad de fechar, con certeza, prosas o versos nervianos escritos durante la segunda estancia en el solar nativo;<sup>6</sup> admito más aún: por esa misma circunstancia no se pueden probar “desvíos” o sumisiones textuales relacionados con la poética de Gutiérrez Nájera durante el primer semestre de 1892. Por lo mismo, tampoco es factible hablar de un “error de interpretación” creativo, entendido éste como el primero de los seis descriptores de la teoría de las influencias de Harold Blomm.<sup>7</sup>

La amistad literaria del joven Nervo con el poeta tapatío Antonio Zaragoza (1855) fue menos compleja por tratarse de una personalidad en apariencia “débil” y desplazada del canon modernista. Algunos años atrás, Zaragoza se había instalado en Tepic como notario, periodista y político del gobierno local hasta su muerte en 1910. Durante la estancia zamorana del Bachiller, Gutiérrez Nájera se ocupó de la segunda edición de los *Recuerdos* (1887) de Zaragoza en una ingeniosa recensión

---

<sup>6</sup> Como adelanté en la “Introducción” de este trabajo, la primera fecha de factura de *Pascual Aguilera* (*Costumbres regionales*) es de 1892; la segunda, de 1896. Es decir, no sólo carecemos de los testimonios que nos permitan fijar la evolución del texto; también ignoramos el primer lugar de realización. Nervo fue deliberadamente vago en su breve “Prólogo” fechado en 1896: “Una reciente y prolongada comunión con el campo y la vida rural de México, puso [en estas páginas] olores fuertes [...] fue escrito con amor y entusiasmo, de acuerdo con el paisaje que me rodeaba, y que si hay en él rudezas y colores vivos son los vivos colores y las rudezas de mis trópicos”. (OC, I: 157). Tanto el año de 1892 como las referencias geográficas, inexactas, pueden aludir a Tepic o Mazatlán.

<sup>7</sup> Harold Bloom, *La angustia de las influencias*, pp. 13-25. El también autor de *El canon occidental* define el primer descriptor de su teoría como la “mala lectura o la mala interpretación” propia del *clinamen*, estado de influencia poética en el cual “un poeta se desvía bruscamente de su precursor leyendo el poema de éste [...] Esto aparece como un movimiento correctivo en su propio poema, lo cual implica que el poema precursor llega hasta cierto punto de manera exacta, pero habría debido desviarse precisamente en la dirección hacia la que se mueve el nuevo poema”. *Ibid.*, 22-23.

con formato epistolar: “Todavía no se va el correo, y en la imprenta me piden un artículo. ¿Doy esta carta? ¡Sabrán algunos cuánto admiro y quiero a usted y eso es mejor!”<sup>8</sup> Congruente con este afecto, al levantar la topografía del horizonte modernista durante la penúltima década del siglo, El Duque ubicó a Zaragoza en un sitio privilegiado:

Dos de los poetas [que] se mueven fuera del radio de la capital, me cautivaron desde que empecé a leer versos: Díaz Mirón y usted. Son dos grandezas diferentes [...] Para expresar lo que ambiciono, digo una estrofa de Salvador; para expresar lo que siento, sollozo un verso de usted. Yo he robado muchas veces esos *Recuerdos* y no me punza el remordimiento, porque me parece que son míos. Esta es la gloria del hombre de genio: decir, y decir bien, lo que todos sienten y no saben decir. ¡Dichosos los robados! ¡Infelices los que poseen un tesoro que nadie codicia!<sup>9</sup>

En Tepic, Amado debió conocer esta nota lucidora y turbarse aún más con su escurridizo autor. Las nociones escolares del Bachiller sobre los valores supuestamente inamovibles de las obras literarias y su “irrefutable” autoría debieron cimbrarse con las afirmaciones provocadoras de Gutiérrez Nájera sobre la naturaleza intrínsecamente intertextual del proceso creador. Recordemos que El Duque traía entre manos este asunto desde 1881, cuando definió metafóricamente a varios clásicos occidentales como auténticos “ladrones de camino real”.<sup>10</sup> El listado najeriano, a todas luces canónico, generó el siguiente comentario afortunado de Rodolfo Mata: “En cuanto al asesinato de las víctimas cabe observar que Gutiérrez Nájera lo incluye como parte de la rutina de los grandes ladrones, es decir, como medio a través del cual los grandes escritores alcanzan su ‘originalidad’. Pareciera

<sup>8</sup> “Los recuerdos de usted y los recuerdos míos” apareció en *El Partido Liberal* el 8 de enero de 1888; se reproduce en *Obras I. Crítica literaria*, ed. cit., pp. 309-314. *Loc. cit.*, p. 314.

<sup>9</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *ibid.*, p. 310. En 1890, Zaragoza reunió todos sus *Versos*. Al parecer ése fue el año culminante de su recepción. Para mi sorpresa, en una antología sobre Jaime Sabines, Marco Antonio Campos cita estos datos: “En un concurso convocado en 1890 por *La República* para elegir al poeta más popular, los habitantes de la ciudad de México coronaron numerosamente a Guillermo Prieto [...] Obtuvo 3 752 votos, por 1 912 de Salvador Díaz Mirón y 1 610 de Juan de Dios Peza. En un apartado cuarto lugar Luis G. Urbina obtuvo 115 y un tal Antonio Zaragoza 100”. *Les poèmes du piéton / Los poemas del peatón*, p. 8.

<sup>10</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Crónica humorística. Memorias de un vago”, publicado como “El plagio”, en *ibid.*, p. 70.

que por un momento Gutiérrez Nájera se hubiera adelantado a un crítico como Harold Bloom quien ha analizado este tipo de estrategias detalladamente en su libro *The Anxiety of Influence*.<sup>11</sup>

En contraste con el desasosiego que le provocaba la inasible personalidad najeriana, Amado estableció una relación de confraternidad con Antonio Zaragoza, expuesta por primera vez en esta “Semblanza íntima” de 1895: “Fue mi hermano, lo es, y sin embargo, sólo hemos cambiado [...] algunas palabras —¡de saludo y despedida!— pero nuestros espíritus se hablaron luego de tú; los unía un lazo inquebrantable: el lazo azul del misticismo.” (OC, II: 13) La comunión estética con “este gran sensitivo, este hondo e íntimo poeta” —en palabras de Nervo cercanas a la crítica de Gutiérrez Nájera sobre la poética becqueriana de *Recuerdos*— perduró más allá de la muerte del escritor tapatío. En una nota necrológica de 1910 —escrita “no por amor a lo fúnebre, sino por una cordialidad que traspasa la sombra, y también por una especie de compensación” (OC, I: 1330)—, el primer secretario de la Legación Mexicana de Madrid exaltó la reconocida generosidad franciscana de Zaragoza y su desdén por la vida literaria y sus oropeles: “La gloria pudo, en efecto, ir a él; pero no la quiso. Prefirió el divino silencio y el sereno olvido [...] ¡Qué importa que el vocerío hueco de los aplausos no haya ido a buscarle! ¡Tenía la radiosa diafanidad de su conciencia!” (OC, I: 1331)

La generosidad de Antonio Zaragoza debió presidir, ocasionalmente, la joven bohemia tepiqueña de 1892, a la que se integró el Bachiller sin más ritos de pasaje que la declamación de algunos poemas escritos en Zamora y otros de Juan de Dios Peza y Ramón de Campoamor. “Aquí —rememora [Quirino Ordaz hijo] años después, señalando un sitio en la Loma— aquí fue donde nos recostábamos bajo el inmenso ópalo del crepúsculo vespertino, que allá, encima del cerro de San Juan, tendía su abanico al cenit, desde las olas remotas del mar; para conversar íntima y confidencialmente, para recitarnos mutuamente versos recién leídos; o para

<sup>11</sup> Rodolfo Mata, “Autoría y plagio en Gutiérrez Nájera”, en Yolanda Bache Cortés *et al.* (edit.), *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, pp. 134-135.

meditar, tan sólo, frente al mudo caserío.”<sup>12</sup> En repetidas ocasiones, los confidentes dijeron sus versos con mayor vehemencia, en espera de que el viento los llevara a los balcones de Mariana Ponce de León, María Cueto, Conchita Aguirre... o cualquiera de las tepiqueñas que integraron la legendaria lista de “*la primera novia* que tuvo Amado Nervo” durante la breve estancia de 1892.

Para asegurarse de que sus versos llegarían al oído de la mujer soñada, el cada vez más mundano exseminarista aprendió a bailar en Tepic. Una noche, siguiendo los pasos de su *troupe bohème*, Amado llegó hasta el patio central de la casona Ceceña; estimulado por el febricitante aroma de las magnolias, se introdujo al salón de enormes espejos y consolas ondulantes. Al descubrirse en el vacío de un ustorio, el impecable dandi de veintidós años y facciones ingenuas capturó con arrogancia una imagen inédita de sí mismo. “Momentos después, vibraron [...] aquellas notas, dulcemente tristes, que parecen una plegaria, un sollozo, una queja...” (CT, 16.4.94). Apenas tendida la temblorosa mano del poeta para solicitar el chotis de moda a cierta agraciada tepiqueña, el padre se dirigió a su hija con un altisonante: “No me bailes con ese chaqueta volteada”.<sup>13</sup> Al instante, los primeros compases del violonchelo, que abrían el *Amor imposible* de Enrique Navarro, se detuvieron al unísono de los murmullos para dejar oír el golpeteo de los pasos ganando la calle.

De regreso a casa, Amado Nervo, ardiente aún el rostro por el látigo de las últimas risas que escuchara en su debut social, comprendió el sentido exacto de la humillante frase que estigmatizaba su condición de exseminarista en Tepic. Fue entonces cuando se propuso tomar la rienda de su destino y desbocar el potro de su idealizada juventud zamorana. ¿No había escrito en las “Páginas autobiográficas” que le era indispensable “la lucha porque el descanso afemina, enerva y envilece” (OC, I: 51)? Si el azar y las condiciones familiares habían cancelado sus estudios profesionales, y si menos aún alcanzaría ese otro destino entrevisto en tierras

<sup>12</sup> Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I, pp. 42-43.

<sup>13</sup> Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I, p. 42.

michoacanas: la aristocracia ética y estética de sus héroes románticos caídos en la lucha por el Ideal, ya sólo tenía en perspectiva el periodismo, no menos idealizado. ¿Dónde podía ejercerlo sin descuidar sus obligaciones de primogénito?

En Tepic era prácticamente imposible vivir de dicha profesión. Pese a los avances periodísticos del territorio de Tepic a partir de la fundación de la Escuela de Tipografía en 1880, Tepic no contaba en 1892 con un diario.<sup>14</sup> *Lucifer*, el decano local de la prensa decimonónica, se imprimía semanalmente en la Imprenta del Pacífico, fundada en 1856 por Pablo Retes Martínez, hermano de las patronas del frustrado bailarín.

Editor de aguda visión empresarial, Retes Martínez emigró al próspero puerto de Mazatlán, para fundar en 1861 una de las primeras imprentas del estado de Sinaloa: la Tipografía de Pablo Retes. Entre sus logros iniciales destaca *El Pacífico*, un “Semanario de política, noticias, colonización, comercio, minería, artes, mejoras materiales y anuncios” editado en tres prolongadas épocas.<sup>15</sup> Meses antes de que concluyera la segunda de éstas, el 11 de agosto de 1889, *El Pacífico* publicó en las páginas 2 y 3 el poema “Quisiera ser...”, remitido por Nervo desde Zamora con el seudónimo Román.<sup>16</sup> Es muy probable que el entonces estudiante de leyes sólo intentara impresionar a la “Niña del corazón” en turno. Tres años después, al decidir su salida de Tepic hacia Mazatlán, el poeta interpretó el envío de aquellos versos como una botella lanzada al mar de su encrespada existencia.

En un anochecer de finales de agosto de 1892, los pasajeros del vapor Porfirio Díaz de la Compañía del Ferrocarril Occidental de México se sintieron reconfortados al descubrir —a veinte millas del puerto de Mazatlán— la promesa

<sup>14</sup> Sigo el indispensable trabajo de Pedro López González, “El arte tipográfico en Nayarit”, pp. 54-55.

<sup>15</sup> Héctor R. Olea, *La imprenta y el periodismo en Sinaloa, 1826-1950*, p. 192 y 194.

<sup>16</sup> Se trata de la misma versión que Méndez Plancarte reprodujo —sin la referencia hemerográfica que ahora proporciono— en las *Obras completas* de 1952, p. 1286; por su temática y cercanía cronológica con los poemas dedicados a Antonia Méndez, “Quisiera ser...” debió dirigirse a la misma zamorana; pero más allá de la correspondencia afectiva, este testimonio evidencia la sorprendente difusión de la prensa mazatleca en el Occidente de México, si pensamos que los cerca de 700 kilómetros de distancia entre Mazatlán y Zamora se recorrían —sin mayores contratiempos climáticos— en nueve o diez días de diligencia.

luminosa del faro que pondría término al recorrido de trescientas diecisiete millas marinas iniciado en Manzanillo. Por la mañana, en la escala de la bahía de San Blas, Amado Nervo se había sumado a los pasajeros del vapor, luego de que los enlodados e intransitables caminos entre Tepic y Mazatlán cancelaran sus expectativas de viajar en diligencia con mayores economías. Así pues, tuvo que sacar unos cuantos pesos más para complementar los seis pesos del pasaje de segunda.<sup>17</sup> Cuando por fin el barco atracó en la bahía del Fondeadero, Nervo tuvo la convicción de que Román, su viejo conocido, sería uno de sus peones periodísticos en el cumplimiento de las fantasías juveniles que había anticipado en aquel ejemplar de *El Pacífico* de 1889, y mientras descendía del Porfirio Díaz recordó una de sus “Páginas autobiográficas”: “Necesito abrirme una senda para el porvenir, hallar una fortuna, y buscar un nombre que legar a mis hijos y a mi patria [...] Me espera el estudio, me espera el periodismo, y quizá más tarde me llame a su seno la guerra. Cumplamos nuestra misión...” (OC, I: 51). En tierra el fuereño volvió a encandilarse con la llamada circular del faro, y fascinado con ese guiño promisorio del Puerto, ya no quiso saber más de aquellos sus juguetes infantiles.

---

<sup>17</sup> Para describir o anotar la vida cotidiana, urbanística y comercial de Mazatlán utilizaré con frecuencia el *Directorio mercantil, industrial, profesional y fabril* editado por David A. Urrea en la Imprenta y Casa Editorial de Miguel Retes en 1897, sin duda una de las fuentes bibliográficas más cercanas al Mazatlán de 1892-1894 de Nervo. Salvo citas textuales, no proporcionaré esta referencia ni las de *El Correo de la Tarde*, tomadas del mismo trienio, que tengan semejante función narrativa y contextual.

## MAZATLÁN, CIRCA 1891-1899

### (MÍNIMA GUÍA PORTUARIA)

Casi un puerto pelliceriano de juguetería, Mazatlán podía dibujarse —hacia 1892— en un perímetro aproximado de trescientas hectáreas. Siguiendo la fantasía del poeta que jugó con las casas y el mar de Curaçao, echemos un vistazo lúdico al “Plano del puerto de Mazatlán” (ANEXO 1) para poner en nuestras manos una *Mínima guía portuaria* del paisaje y el espacio urbano, de la actividad económica y la vida social, de la “alta cultura” y de las expresiones populares, del periodismo y la literatura que Amado Nervo frecuentó durante su iniciación periodística en *El Correo de la Tarde*. He fijado la cronología de este instrumento de navegación rebasando, conscientemente, aquella estancia porteña que documentalmente se puede delimitar desde septiembre de 1892 hasta junio de 1894. Los excedentes cronológicos del apartado pretenden hacer más comprensibles aquellos años de la compleja y apasionante historia de Mazatlán. Éste es —insisto— un recorrido panorámico supeditado a la curiosidad del turista cultural que convoca toda lectura cronística.

Lo primero que llama la atención en el “Plano...” es el trazo bastante regular de la superficie urbana en el centro de una península serpenteante, unida a la tierra firme del norte, allá donde se bifurcan los caminos Granados, Infiernillo y Palos Prietos que, simbólicamente, también unían a la sede municipal del Distrito de Mazatlán<sup>18</sup> con el poder político del estado de Sinaloa, radicado en Culiacán. Al noroeste se aprecia la bahía de Puerto viejo; al oeste, el cerro de la Nevería y la bahía de Olas Altas; en el suroeste se distinguen los cerros de la Cruz y del Vigía,

---

<sup>18</sup> Enrique Vega Ayala resume la historia geográfica de aquel distrito en estos términos: “Las tierras segregadas a San Sebastián (Concordia) primero, y más tarde al departamento de Allende, entre el Golfo de California y Durango, del río Presidio hacia el norte hasta un poco más allá del río Quelite, en la colindancia con el entonces distrito de San Ignacio de Piaxtla, cambiaron de denominación en 1852 y, hasta 1917, recibieron oficialmente el nombre de distrito de Mazatlán”. “Un norte”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *Historia de Mazatlán*, p. 23.

próximos a la Isla del Faro o del Crestón; al sur se recorta la Bahía del Fondeadero, y al este se ubica la Bahía, el estero y punta del Astillero.

Según el “Censo del Distrito de Mazatlán” de 1891 (ANEXO 2), la población citadina sumaba 13 413 habitantes, repartida en seis cuarteles: 1) Barrio del Templo Antiguo, 2) Barrio del Cuartel Rosales, 3) Barrio del Antiguo Panteón, 4) Barrio de la Plaza Hidalgo al Muelle, 5) Templo Nuevo, Municipalidad y Teatro Rubio, y 6) Barrio del Astillero. Ese asentamiento —explica Enrique Vega Ayala— “se generó a principios del siglo XIX, al amparo del contrabando. Su ubicación se dio en un sitio casi inhóspito, poco propicio para la habitación permanente; en una superficie muy irregular, entre cerros y marismas, sin fuentes cercanas de agua permanente [...] La conquista de fortuna era el móvil para estar aquí, para vivir habría mejores sitios después; pero muy a su pesar algunos se fueron arraigando”.<sup>19</sup> Dispuestos a usufructuar al máximo los beneficios del comercio floreciente en las tres primeras décadas del siglo, algunos “notables” de la Villa de los Costillas —penúltimo nombre de los primitivos Salate y Puerto de Ortigosa que precedieron al definitivo Mazatlán— demandaron la organización de una Junta Municipal en 1837,<sup>20</sup> fecha en la que también se establecen la instrucción básica, algunos servicios postales, las primeras casas de comercio sobre la calle Principal y la Capitanía de Puerto. “En ese mismo año —apuntó en 1898 un viajero y publicista estadounidense —se construyeron los edificios y almacenes de la aduana marítima

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>20</sup> Wilfrido Ibarra Escobar ha logrado un estudio conciso de las etapas previas a la vida municipal de Mazatlán en “La conformación del espacio social regional mazatleco”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *Historia de Mazatlán*, pp. 55-67. En cuanto a la fundación del ayuntamiento porteño, Osés Cole Isunza anota: “El crecimiento comercial de la ciudad, que lógicamente afectó al de otras plazas importantes, fue atacado a través de un folleto publicado en Guadalajara en 1837, en el que incluso se pedía la clausura del puerto al tráfico de altura, que se llevó a cabo ese mismo año, y fue probablemente ese hecho lo que motivó que se iniciaran gestiones tendientes a formar el Distrito de Mazatlán, segregándolo del de Concordia. (Por decreto de la Legislatura del Estado de Occidente, de fecha septiembre 5 de 1828, se había cambiado el nombre a la Villa de San Sebastián por el de Ciudad Concordia).” *Ayer en Mazatlán. La ciudad en 1899*, p. 4.

y el cuartel; se echaron los cimientos de la iglesia que se conoce hoy por Iglesia Vieja, la que fue construida en 1842.”<sup>21</sup>

La explicación del “Plano...” dice a la letra: “El año de 1840 siguió progresando Mazatlán y poco después, al calor de la fiebre del oro que se desarrolló en San Francisco, California, incrementó este nuestro puerto su caserío, su comercio y el número de sus habitantes”,<sup>22</sup> entre los que empieza a sobresalir la colonia extranjera de europeos y filipinos. Estos últimos, afirma Arturo Santamaría Gómez, fueron desplazados, después del medio siglo, por franceses y españoles, quienes a su vez competirían con familias alemanas por la hegemonía comercial, minera, industrial y financiera del distrito mazatleco. Durante el porfiriato, “los estadounidenses De Cima, Felton y Rice, entreverados con algunos italianos como los Cannobio, se constituyeron en otra colonia extranjera importante”.<sup>23</sup> Las cifras de esa prolongada y mudable emigración porteña registran doscientos once extranjeros y diez representaciones consulares en 1891.

La capitalización del comercio y la minería durante la primera mitad del siglo XIX proporcionó las bases financieras del temprano desarrollo fabril y de los servicios marítimos que enlazaron a Mazatlán con Europa, Asia y San Francisco, California. Puerta de entrada a gran cantidad de bienes de consumo y de capital para la ciudad y la región noroccidental del país, Mazatlán exportaba —a la vez— un porcentaje elevado de la producción minera de Sinaloa,<sup>24</sup> así como los remanentes de su industria. “La consolidación de esta actividad se inició a partir de la sexta década del siglo pasado, cuando comenzaron a surgir empresas textiles, de fundición, calzado, jabón, velas, de carruajes y de tabaco, dirigidas con una nueva visión empresarial [...] Este proceso fue apoyado por los gobiernos federal y

<sup>21</sup> J.R. Southworth, *El estado de Sinaloa. México. Sus industrias comerciales, mineras y manufactureras*, p. 118.

<sup>22</sup> David Urrea, *Directorio mercantil, industrial, profesional y fabril*, p. 3.

<sup>23</sup> Arturo Santamaría Gómez, “Escuelas, maestros y estudiantes en el Mazatlán porfiriano”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *op. cit.*, p. 200.

<sup>24</sup> J.R. Southworth informa que, durante el año fiscal del 1 de julio de 1897 al 30 de junio de 1898, la Aduana Marítima de Mazatlán exportó \$4, 079, 108.07 en metales preciosos y minerales. *El estado de Sinaloa. México. Sus industrias comerciales, mineras y manufactureras*, p. 107.

estatal aunque la responsabilidad de su dinamismo recayó sobre todo en un nuevo tipo de empresarios de origen extranjero y nacional.”<sup>25</sup>

Beligerantes e independentistas por tradición, los comerciantes porteños fundaron en 1884 la Cámara Nacional de Comercio de Mazatlán. Sobre la injerencia de este organismo en el ayuntamiento mazatleco, Jorge Briones Franco afirma lo siguiente al estudiar la abundante información económica y comercial de *El Correo de la Tarde*: “Diversos comerciantes, en múltiples ocasiones, además de su función en la directiva de la Cámara y de la atención de sus negocios se desempeñaron en puestos públicos. Tales son los casos de Guillermo Haas y José H. Rico, que fueron regidores propietarios. Es decir, era un grupo muy selecto que se permutaba los cargos directivos de la Cámara de Comercio, debido a su gran poder en el mundo de los negocios y de la política”.<sup>26</sup> A partir de esta interacción, extranjeros y nacionales lograron concesiones favorables para la prestación de servicios públicos como el transporte urbano, el alumbrado público, la red telefónica y de agua potable. Sin embargo, “la prevalencia del lucro por encima del interés social —acota Enrique Vega Ayala— se manifestó con ejemplar nitidez en el retraso de la introducción del drenaje. El incremento de los niveles de consumo de agua hacía imperiosa la necesidad de entubar los desechos; empero, tales trabajos se fueron posponiendo por incumplimiento de los diversos contratistas que se involucraron, hasta que la peste azotó al puerto”.<sup>27</sup>

Ya fuera por ese afán especulativo al participar como empresarios en obras públicas; o bien por la construcción de casas habitación, comercios y áreas de esparcimiento como las plazuelas, la impronta de españoles, alemanes y estadounidenses en la fisonomía urbana y arquitectónica de Mazatlán fue

<sup>25</sup> Arturo Carrillo Rojas, “Alejandro Loubet y la industria de la fundición en Mazatlán”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *op. cit.*, pp. 115-116.

<sup>26</sup> Jorge Briones Franco, “Mazatlán y su tradición periodística: *El Correo de la Tarde*, 1885-1911”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *op. cit.*, pp. 256-257.

<sup>27</sup> Enrique Vega Ayala, “Un norte”, p. 51. Las recurrentes epidemias de fiebre amarilla en Mazatlán tuvieron —por lo menos— dos fechas emblemáticamente trágicas: 1883 y 1903. Durante la primera falleció la diva operística Ángela Peralta; en la segunda, cientos de mazatlecos.

significativa. Algo de esa presencia se distingue en esta panorámica captada por un extranjero a finales de la década de 1890:

El nivel del piso de algunas calles es bastante irregular, y éstas no dan pronta salida a las aguas. El empedrado es molesto, las banquetas a veces desiguales, pero se están componiendo y adaptando en donde se puede, con el piso de *MacAdam*. Las calles no son tiradas a cordel, pero a costa de sacrificios pecuniarios el Ayuntamiento está reformando las que son susceptibles de enderezarse, teniendo que dejarlas angostas como están por ser mal irremediable, legado penoso de los fundadores.

[...] Tres son las plazas públicas de la ciudad, con bonitos jardines, y por lo general muy animadas: la Plaza de Machado, la Plaza Hidalgo y el Parque Zaragoza. Alrededor del cuartel hay jardines y fuentes que proporcionan un lugar de paseo a los habitantes especialmente los miércoles y sábados en la tarde, días en que la Banda del 17 Batallón, que es excelente, da audiciones verperquinas muy concurridas [...] El alumbrado de toda la ciudad es de focos de arco e incandescente

[...] A nadie puede escondérsele que el día en que esa ciudad esté ligada con el interior de la República por una vía férrea y tenga un verdadero puerto en vez de la bahía hoy existente, alcanzará tal importancia que con justa razón se hará acreedora al título algo retumbante que algunos entusiastas le han concedido de la Perla del Pacífico.<sup>28</sup>

Un par de vistazos más al “Plano...” completarán esta *Mínima guía portuaria*. En primer término debe destacarse la zona consagrada a la deidad emblemática de la ciudad, Mercurio. Sobre la calle de mayor abolengo mercantil, la Principal —trazada de norte a sur— y sus intersecciones con las Del Recreo, Del Vigía y Del Oro, se concentraban algunos de los establecimientos mejor surtidos del Puerto: La Fama, El Nuevo Mundo, La Torre de Babel, las Fábricas de Francia, La Voz del Pueblo, las mercerías Nueva, Alemana y Francesa, la Joyería Marshall, la Botica Alemana, la zapatería la Bota de Oro. Sobre la misma vía abrió sus puertas en 1898 una Sucursal del Banco de Londres y México, y al año siguiente se inauguró el Banco Occidental de México. Sus principales accionistas fueron “grandes comerciantes establecidos en el puerto de Mazatlán, que además tenían

<sup>28</sup> J.R. Southworth, *El estado de Sinaloa*, pp. 122-124.

importantes capitales comprometidos en la minería, la industria y los transportes. Muchos de ellos, antes del establecimiento de instituciones de crédito en el estado, desarrollaban las funciones de éstas, al hacer préstamos con hipoteca, ventas con pacto de retroventa, libranzas, recibir depósitos, etcétera”.<sup>29</sup>

El Hotel Central, el de mayor prestigio en la ciudad desde su fundación en 1888, también se localizaba en la Principal; por su extensión tenía otro acceso por la calle de Tacuba. Oses Cole Isunza describe el restaurante del hotel como “el lugar preferido de las familias mazatlecas que iban ahí los domingos y días de fiesta a ver y dejarse ver, las señoras luciendo elegantes sombreros a la moda, adornados con plumas, flores de seda de colores y velos y los caballeros de traje riguroso, de casimir en invierno y de lino en verano, mientras las orquestas de Enrique Navarro o de Eligio Mora, amenizaban la hora del ‘lunch’.”<sup>30</sup> En el patio del restaurante, el 15 de abril de 1894, la “crema de la crema” mercantil, minera e industrial ofreció un banquete al general Francisco Cañedo, gobernador sinaloense desde 1877 hasta 1909. Para tener una idea aproximada de las mercaderías que consumía la alta burguesía del Puerto, transcribo un fragmento de la crónica respectiva en *El Correo de la Tarde*: “El vasto y elegante patio del establecimiento quedó convertido en una amplia y lujosa tienda de campaña, ostentando en su interior orlados de palmas y laurel, emblemas de la minería, la industria y el comercio [...] Lujosas *corbeilles* daban realce al ornato de la mesa, literalmente cubierta de lujosa cristalería y porcelana de Sajonia”.<sup>31</sup> Más de diez vinos y licores se ofrecían en la carta de bebidas anexa al menú de aquel banquete.

Del nivel de vida y productos consumidos por la clase media alta —médicos, abogados y otros profesionistas independientes, comisionistas y administradores de los establecimientos y consorcios más prósperos—, puede darnos una idea la

<sup>29</sup> Gustavo Aguilar Aguilar, “El surgimiento de la banca en Mazatlán”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *op. cit.*, p. 190.

<sup>30</sup> Oses Cole Isunza, *Ayer en Mazatlán*, p. 35-36.

<sup>31</sup> Firmado con el seudónimo A.I., en *El Correo de la Tarde*, 16 de abril de 1894, p. 1.

subasta del mobiliario de una familia con ingresos mensuales de quinientos pesos, la cual antes de abandonar la ciudad en 1899 insertó el anuncio de un

¡GRAN REMATE!

Se venderá bajo martillo al mejor postor y por cuenta de quien corresponda, lo siguiente: Magnífico surtido de muebles finos y corrientes en perfecto estado de servicio. Muebles diversos, mesitas cuadradas y redondas, sillas, sillones, mecedoras y portarretratos todo de mimbre, trabajo moderno. Juego completo de sala, palo de rosa listado de oro, consistente en sofá, doce sillas, dos mecedoras y dos sillones. Sillas austriacas, burós, toalleros, mesas japonesas y tapetes. Escritorio de madera fina, último modelo. Muebles para comedor con y sin mármol, aparador, mesas de cedro pulidas, ciento seis piezas servicio fino de mesa, cristalería fina, una caja para hielo, último estilo. Camas matrimoniales con resorte de alambre y colchones, aguamaniles con mármol y sus juegos muy finos. Todo lo necesario para esterar una habitación así como lujosas cortinas y cortineros, transparentes, chinos. Macelas y macelones con depósito de zinc. Un servicio de cocina completo, mesas para lavar trastes, aparadores para *ídem*, destiladeras con su piedra, lavadero, etc. Baño con zinc y accesorios.<sup>32</sup>

En el siguiente estrato social de Mazatlán se encontraban “los que tienen poco y quieren mucho”, como definió Nervo a la abundante y acomodaticia clase media baja en uno de sus “Cuadros de actualidad”: profesores de instrucción pública, de artes e idiomas, periodistas, tenedores de libros, escribanos y un sinnúmero de prestadores independientes de servicios (ANEXO 3).

Podemos ilustrar un caso de esa abundante clase media baja por las cuentas que le saca Román al personaje de su crónica “Un joven económico”. Agapito percibía ingresos mensuales por setenta pesos en calidad de dependiente de una prestigiada casa comercial. Veamos el pormenorizado escrutinio del cronista a la economía dispendiosa de aquel calavera:

<sup>32</sup> *El Correo de la Tarde*, 15 de agosto de 1899, citado en Osés Cole Isunza, *Ayer en Mazatlán*, p.15.

## EGRESOS CORRESPONDIENTES AL MES DE ABRIL DE 189...

A Apolonio Calderón, valor de cenas extras	\$ 8.00
A Salomé, mi abono mensual	\$25.00
Valor de tinto	\$ 8.00
A Marshall Sucesores, una pulsera, para regalo de día de santo a mi novia	\$30.00
Al casino, billar y cantina	\$10.00
A la Pastelería Alemana, copas y pasteles	\$ 5.00
A Campa, valor de ropa	\$10.00
A Enrique Navarro, ocho horas de gallo	\$44.00
 SUMA	 \$140.00

Asediado por un ejército de “ingleses” o cobradores, Agapito era el prototípico droguero que con un guiño de Birjam pretendía saldar sus deudas, establecerse en un comercio independiente o, simplemente, comprar el ajuar de la postergada boda. Con esas expectativas sociales, Nervo colora algunas de sus mejores crónicas mazatlecas.

El 13 de octubre de 1899, *El Correo de la Tarde* describió los avances en el nivel de vida de las medianías sociales del Puerto:

Los veteranos de Mazatlán no pueden menos que sorprenderse cuando piensan en años no muy remotos, cuántos son los adelantos que se han hecho en la construcción de nuestras fincas, en la distribución interior de los cuartos y sobre todo en el mueblaje. [...]

Los objetos de arte, que con cierto orgullo se ostentaban, eran de barro y de los más corrientes que producía Guadalajara. Se intercalaban a veces juguetes chinos y uno que otro asiento, armario, o mesita de idéntica procedencia [...] Los ricos chales bordados estaban de moda, sobre todo para sobrecamas.

El comedor era mil veces más modesto que todos los demás cuartos de la casa. No se cuidaba del estilo de la mesa, de la calidad de los manteles, ni de las servilletas, del número de copas, de la loza en servicio [...] Todo ello ha cambiado. Muebles finos, cortinas por coquetería, retratos, grabados [...] ; platos finos, copas de infinidad de tamaños, jarros de hielo... ¡mantequillera!

Si antes sólo se permitía pasar a la sala, la cual siempre estaba alzada —o sea en términos modernos ‘limpia’— por contra se tiene hoy gusto en hacer pasar a las visitas por el corredor y hasta por algunos de los cuartos.

Por modesto que pudiera parecerle el interior de esta vivienda clasemediera a uno de los once abogados o de los siete ingenieros que en 1891 se codeaban con la dispendiosa burguesía porteña, ya la hubieran querido para sus familias alguno de los 169 albañiles, o cualquiera de los 294 trabajadores domésticos y 116 marineros que, en el citado “Censo”, se suman a la multiplicidad de asalariados que conformaban la base de la pirámide social mazatleca.

En términos de vida cotidiana y consumo, *El Correo de la Tarde* arroja poca información sobre aquellas mayorías trabajadoras. Fuera del esquema cronológico de esta *Guía...*, Benito Ramírez Meza informa que en 1900 un operario de las fábricas de tabaco ganaba de \$0.50 a \$1.00 diarios; mientras que los trabajadores cerveceros percibían de \$1.00 a \$1.70 por día.<sup>33</sup> Los jornales de los tabaqueros explica el mismo investigador “se dividían en dos formas de pago: uno era en metálico; el otro, en vales para la tienda de raya, donde les entregaban una ‘comisaría’ semanal consistente en un almud de frijol, un barril de seis kilos de maíz, y dos kilogramos de manteca. Lo anterior les resultaba más fácil hacerlo a los dueños de las manufacturas, puesto que tenían sus establecimientos comerciales aledaños a los lugares de trabajo”.<sup>34</sup>

Las relativas conquistas salariales de los trabajadores mazatlecos eran producto de su notable organización gremial, en la que jugó un papel decisivo el porcentaje elevado de alfabetización local. En agosto de 1890, de acuerdo con cifras de *El Correo...*, 1 600 trabajadores mazatlecos sabían leer y escribir,<sup>35</sup> cumpliendo así el requisito de ingreso a las industrias que demandaba la Cámara de Comercio de la ciudad. Esa cifra es muy congruente “si tomamos en cuenta que las veintiocho escuelas primarias y secundarias que funcionaban en la ciudad daban

<sup>33</sup> Benito Ramírez Meza, *Economía y sociedad en Sinaloa, 1591-1900*, pp. 92-93.

<sup>34</sup> Benito Ramírez Meza, *Economía y sociedad en Sinaloa, 1591-1900*, p. 93.

<sup>35</sup> “El analfabetismo mazatleco no era tan sólo el más reducido de Sinaloa; a nivel nacional sus indicadores también eran relativamente bajos [53.63% en 1903], comparados con un promedio nacional de 80% de analfabetos”. Arturo Santamaría Gómez, “Escuelas, maestros y estudiantes en el Mazatlán porfiriano”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coord.), *op. cit.*, p. 205.

servicio nocturno de alfabetización, lo mismo que las escuelas dirigidas por clubes y asociaciones mutualistas”.<sup>36</sup> La primera de éstas data del 9 de septiembre de 1875, cuando “71 trabajadores de oficios diversos: tabaqueros, cargadores, carpinteros, albañiles, peluqueros, sastres, zapateros tipógrafos, etc., dieron vida a la Sociedad de Artesanos Unidos”.<sup>37</sup> Dieciocho años después, el 27 de agosto de 1893, Amado Nervo declamó un poema en los festejos del XVIII aniversario de la Sociedad (ANEXO 4). Sin duda, el broche de oro fue el “gran baile” en el Salón de Acuerdos, similar al que fijó la siguiente, inmejorable estampa de algunas singularidades sociales del puerto:

#### GACETILLA

Entre tanto en el Salón de Acuerdos de los Artesanos Unidos se efectuaba un animado baile, el Salón, que es de una capacidad muy regular, bien adornado e iluminado, veíase lleno por completo de innumerables concurrentes, nada hay más gráfico, diremos así, que esos bailes populares a los que concurren los jóvenes y también los viejos de todas nuestras clases sociales, y en que la hija del pueblo ostenta sus gracias y se desliza risueña y coquetona por el salón, ya en brazos del artesano laborioso, ya en los del dependiente de nuestras grandes casas, o bien en los del dandy de la *Hi-Life* mazatleca, a quien según su expresión le gusta probar de todo, pasan ahí en animada confusión y codeándose como quien dice, desde el menestral hasta el empleado y desde éste al capitalista, todos con la alegría pintada en el semblante, el baile terminó hasta las 5 de la mañana.<sup>38</sup>

Desde luego, una nota como la anterior estaba destinada a la fosa común de las “Gacetillas” de *El Correo de la Tarde*. El espacio privilegiado de la primera plana se reservaba para los intereses económicos, políticos, sociales, artísticos y recreativos de la burguesía y clase media alta del Puerto. El vespertino, órgano oficial de la

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 95. Otra expresión de la conciencia de clase de los trabajadores mazatlecos fue un bisemanal de “literatura, comercio, artes, variedades y anuncios”: *El Mutualista*, editado en el primer quinquenio de la década de 1890 por la Sociedad Mutualista de Mazatlán. Héctor R., Olea, *La imprenta y el periodismo en Sinaloa, 1826-1950*, p. 180.

<sup>37</sup> *Idem.*

<sup>38</sup> Anónimo, *El Correo de la Tarde*, 7 de septiembre de 1892, p. 2. En esta fecha Nervo ya había ingresado a la redacción del vespertino; la “Gacetilla” puede ser de su autoría.

Cámara de Comercio de la ciudad, cumplía así una función ideológica que permeaba a todo el tejido social, como se aprecia en la connotación clasista del galancete mencionado en busca de “aventuras fuertes”. En calidad de periodista al servicio de la oligarquía porteña, Nervo podía permitirse la calaverada de leer algún poema para el *populo barbaro* —y hasta exhibir ocasionalmente cierto grado de crítica cuando explica ese “latinajo capaz de espantar a Cicerón ¡al fin y al cabo, el latín es un idioma muerto!, muerto como las esperanzas de los pobres” (CT, 14.01.93)— pero nunca hacer de “ese niño voluntarioso” el protagonista de su “Revista semanal”, como llama al “pueblo”, en otra crónica.

En contraste con el recinto amurallado de Zamora, en Mazatlán la presencia de la Iglesia católica apenas se percibía más allá del atrio de los dos templos erigidos por la bullanguera y cosmopolita población. Producto de su vertiginoso desarrollo económico y de un imaginario social inscrito en la cultura liberal del país, el temple independentista de las oligarquías porteñas se filtraba lo mismo en la educación elemental y secundaria,<sup>39</sup> en la prensa ligada a los intereses hegemónicos y, desde luego, en el esplendor de la vida social, en las fiestas populares y cívicas. Éstas últimas “seguían un patrón muy similar. Se celebraban actos culturales en el Teatro Rubio, había desfile de carros alegóricos alusivos al aniversario que se celebraba, serenatas y discursos en la plaza Machado o Hidalgo, juegos pirotécnicos y bailes populares en los corredores del Palacio Municipal, en los locales de los Organismos Obreros y en la Plaza de Colón, y de pipa y guante en el Casino”.<sup>40</sup>

Un 5 de mayo o un 16 de septiembre eran algunos de los contados días en los que el Teatro Rubio —colindante con la plazuela Machado— franqueaba sus puertas al “pueblo soberano” para que escuchara algo de música, un mucho de

<sup>39</sup> Después de 1873 —y hasta bien avanzado el presente siglo— Mazatlán no contó con centros de enseñanza superior. Como señala Arturo Santamaría Gómez, debido a que las acaudaladas familias porteñas enviaban a sus hijos a educarse profesionalmente a los Estados Unidos o a Europa, éstas no se opusieron a la decisión política de trasladar a Culiacán el Liceo Rosales, fundado en el Puerto en agosto de 1872. “Escuelas, maestros y estudiantes en el Mazatlán porfiriano”, pp. 202-203.

<sup>40</sup> Osés Cole Isunza, *Ayer en Mazatlán*, p. 90.

oratoria y dos o tres poemas cívicos. Fuera de esos rituales democráticos —en los que participó Amado Nervo en un par de ocasiones , para los asalariados era imposible asistir a los repertorios operísticos y teatrales, a la zarzuela y al *music hall* que allí presentaban las compañías foráneas y las de aficionados locales. Las primeras no satisfacían siempre a los más exigentes, por ejemplo a Román, el popular cronista de *El Correo...*, quien resumía la temporada de invierno 1893-1894 en el Rubio con tintas amargas e irónicas:

Nuestra temporada teatral ha sido pobre en atractivos, prosaica: ha prohiado sólo a la pantomima, al saltimbanqui, al estropeador del arte.

Nos ha sustraído momentáneamente a nuestro tedio para hundirnos después en un fastidio mayor...

¿Mazatlán está destinado a “recrearse” sólo con los desaliñados espectáculos que pueden proporcionarle los cómicos de la legua?

Acaso... ¿estamos tan aislados, tan olvidados, tan pobres...! Gustamos no obstante de la música como el que más, y nuestra afición es natural y legítima. (CT, 5.01.94)

La ausencia de espectáculos de calidad se originaba en la mencionada incomunicación ferroviaria de Mazatlán. Ocasionalmente, de paso, arribaban algunas luminarias, como Ángela Peralta (1845-1883), quien falleció antes de cantar en el Teatro Rubio, que hoy ostenta el nombre de la diva. Desde luego, estas penas exquisitas tenían sin cuidado a las clases populares del puerto. Para ellas no había mejores diversiones que las serenatas públicas y la feria o los Paseos de Olas Altas, también conocidas como Fiestas de Mayo por celebrarse, anualmente, durante el mes de la derrota francesa en Puebla y los primeros días de junio. Una crónica anónima de *El Correo...*, publicada el 12 de mayo de 1897, remonta el origen de la prestigiada y difundida festividad popular tres décadas atrás. Los juegos de azar y diversiones mecánicas, el menú de las carpas y sus audiciones musicales, fueron recreados con leves toques de ironía por Nervo, quien ignoró tanto la leyenda áurea del Mazatlán en el que “no existía entonces la burla moderna... del papel”, y en cuya feria corría “más oro que plata” —según se afirma en dicha crónica anónima— como la versión de quienes veían, en dichas fiestas, una “escuela” de corrupción

social. “Así pasan los días de la temporada de Olas —concluyó Román en su columna —, pronto expirarán todos, y después Mazatlán volverá a su mutismo y haremos el cómputo de lo que ganamos o perdimos en ilusiones, en dichas o en dinero, durante las agitadas horas que revolotearon a nuestro rededor y después huyeron, yo no sé dónde.” (CT, 6.05.93)

Comentario aparte merece el carnaval de Mazatlán, una auténtica fiesta popular hasta febrero de 1897, fecha en que aún el ayuntamiento toleró las batallas campales de harina entre los bandos de El Muelle y El Abasto. Desde 1898 la organización de las carnestolendas “se encomendó a un comité integrado por personas prominentes de la ciudad. A partir de entonces la fiesta cambió radicalmente ya que la nueva ‘civilidad’ permitió que participaran de ella de manera más abierta las clases más acomodadas de la ciudad, que con anterioridad a dicho año habían limitado su intervención a festejos privados celebrados entre ellos”.<sup>41</sup>

Cuatro años antes de aquel giro definitivo para la historia del carnaval mazatleco, en 1894 Nervo apostó un par de crónicas por los intereses ideológicos y el “buen gusto” de la burguesía porteña que, parapetada en las autoridades municipales, buscaba implantar un carnaval a su imagen y semejanza: moderno, cosmopolita y “muy civilizado”. El 22 de enero de 1894, Román apuntó en estas “Notas ligeras”:

Óyese ya el concento de sus cascabeles; nos saluda a lo lejos, agitando la diestra enharinada, el birrete de clown... mas no es este el carnaval que poblaba de góndolas negro y oro, henchidas de bellas damas y galantes caballeros, las turbias aguas de los canales de Venecia: es el histrión irrisorio que embadurna de blanco los rostros de sus adeptos; que deja impresas en los rostros de las mujeres las tristes huellas del cansancio moral y físico. No es el carnaval que inspira el epigrama gracioso, la broma delicada, sino el que lleva al pueblo al colapso; el instigador de riñas y propinador de golpes. No da, pues, materia para el cuento alegre que buscábamos, no; y lo sientio; es muy agradable charlar con los lectores, cuando según la expresión del poeta americano, ‘el aire está frío, el día triste, y flotan brumosas y grises melancolías...’ (CT, 22.01.94)

<sup>41</sup> Osés Cole Isunza, *Ayer en Mazatlán*, p. 105.

La crónica nerviana del 7 de febrero de 1894, "Carnaval", refleja con nitidez las tensiones sociales a las que se veían sometidos el puerto y sus autoridades durante las carnestolendas; al mismo tiempo, se deja ver esa prosa que anticipa la sutileza de Nervo para exponer y manipular asuntos ideológicos como quien cuenta una historia cualquiera: "El 'Soberano' declaró ayer por sí y ante sí que habría juego de harina, a pesar de la viruela, del H. Ayuntamiento y de todos los pesares existentes y por existir, y el H. Ayuntamiento, a nombre del 'Soberano', a quien representa, se vio precisado a revocar el acuerdo tomado últimamente, y aquí paz y después gloria. / Vaya usted a decir al pueblo que es un niño voluntarioso: no haga esto, y desde aquel momento sentirá un deseo irresistible de hacerlo." (CT, 7.02.94) Y en efecto, aunque Nervo no volvió a presenciar otro "juego de la harina" por el resto de sus días, así sucedió por tres años consecutivos.

Algunos espacios urbanos de recreación popular de los que nunca pudo apropiarse la burguesía mazatleca fueron las céntricas plazuelas Hidalgo y Machado, a las que se asistía —sin distinciones de clase— un día de la semana y los domingos para escuchar las serenatas de la banda del regimiento o de las orquestas de Enrique Navarro y Eligio Mora; otros espacios eminentemente populares fueron el malecón de Olas Altas con sus espléndidos y democráticos atardeceres y los magníficos esteros y playas que circundaban la ciudad. De estos últimos, Nervo dejó un par estampas perfectamente delineadas durante sus "flaneos" tropicales:

Desde la hora de la siesta empiezan a poblarse aquellas aguas de pequeñas embarcaciones que se dispersan en todos sentidos hasta que al caer la tarde vuelven, como fatigadas, a reposar sobre la arena de la playa pulida eternamente por las ondas. Alguna que se retrasa, torna después lentamente, mostrando su blanca vela como ánade herido que, extendida el ala rota, llega a ocultarse entre los juncos de la orilla. [...] No es raro encontrarse en las tardes domingueras con algún bote donde Piñita, hiriendo maquinalmente los hilos metálicos de su arpa, acompaña las canciones de algunas obreras recostadas negligentemente sobre los bancos, en tanto que un marinero, enrollado hasta la rodilla el calzón azul, y sentado a popa maneja el timón. (CT 17.07.93)

Con estas vistas cerramos la última página de nuestra apretada *Mínima guía portuaria*.

## LA BUENA AMISTAD ENTRE EL “ANCIANO HIDALGO” Y EL PERIODISTA NOVEL

1889 es una fecha importante para las letras mazatlecas. Con el propósito de cumplir el encargo de la Junta de Exposición del Distrito de Mazatlán para llevar a la Exposición de París, celebrada en aquel año, otro testimonio más del progreso del Puerto, los compiladores de *Mazatlán literario* acudieron a las páginas de la prensa local a fin de “mostrar ante el mundo, sin hipocresías y sin vanidad”,<sup>42</sup> el estado de las letras porteñas. El honesto balance del prólogo reconoció una joven tradición con escasas obras antologables, como los *Bocetos literarios*, entre algún otro libro de Francisco Gómez Flores.<sup>43</sup> Este mérito fue suficiente para que sus reflexiones sobre “La crítica literaria en México” abrieran el valioso volumen antológico que recoge versos y prosas de dieciséis autores nacidos o avecindados en el Puerto: Gómez Flores, Pedro Victoria, Alonso Morgado, Gabriel F. Peláez, Apolonio Sáinz, Santiago Calderón, Casimiro E. Alvarado, José Salcido, E. Ímaz,

<sup>42</sup> Luis G. Álvarez León, Ladislao Gaona y David Ramos (comp.). *Mazatlán literario. Álbum. Prosa y verso de los escritores de Mazatlán*, p. IX.

<sup>43</sup> Oriundo de San Luis Potosí, Francisco Gómez Flores (1856-1892) fue llevado desde pequeño al Puerto. Pese a que Leo Eduardo Mendoza afirma en su muy documentada antología *Sinaloa, lengua de tierra* que este autor “realiza toda su carrera literaria” en Mazatlán, Manuel Gutiérrez Nájera lo trató personalmente en la ciudad de México, durante los años mozos de la Sociedad Peón Contreras (circa 1876-1878): “estaba, a la sazón, recién llegado a México: traía en el cerebro un gran enmarañamiento de ideas krauzistas y en su maleta dos o tres cuadernos de poesía [...] Necesitado como nosotros todos, de ganar la vida, entró de lleno al periodismo y —¡cosa rara!— allí donde casi todos se prostituyen y encanallan, perdiendo lo poco bueno que se aprende en las escuelas, adquirió Gómez Flores los excelentes dotes de escritor sensato que hoy posee”. El Duque escribió esta añoranza en 1881 a propósito de los *Bocetos literarios* de Gómez Flores, publicados en la ciudad de México en 1881. Dicha recensión se recogió en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I*, ed. cit., pp. 201-204; *loc. cit.*, 203-204.

Sánchez Tirado, Jorge Whilhelmy, Benjamín Vidal, José Ferrel,<sup>44</sup> Enrique Pardo, Ángel Beltrán y Francisco S. y Ávila.

De todos ellos, Gómez Flores y Ferrel no sólo son los únicos que midieron su talento en la prensa de la metrópoli porfirista y después regresaron al solar de sus primeras armas, por su origen fuereño y peregrinaje profesional también pueden considerarse los padres adánicos de una estirpe de trotamundos letrados que algo debe a sus respectivas estancias periodísticas en Mazatlán: Amado Nervo, José Juan Tablada y Heriberto Frías, entre los de mayor prestigio. En contraste con ellos, Ignacio Manuel Altamirano, Alfredo Chavero, José María Esteva e Ireneo Paz —de paso por tierras de Sinaloa— sólo dejaron diversos testimonios del paisaje, la gente y sus ciudades; <sup>45</sup> como la siguiente estampa de Paz, escrita al calor de sus memorias de la campaña sinaloense en contra de la Intervención francesa: “Las elevadas palmas aquí y allá se veían sobresalir pintorescamente de las casas pintadas todas de diversos y alegres colores. Un poco más lejos estaban divisándose el Cuartel Colorado y la Casa Mata; me pareció que era risueño el panorama, y en efecto, la vista de Mazatlán desde el mar es deliciosa, semejando más bien que una ciudad un artístico monumento.”<sup>46</sup>

Algo menos material que la geografía de “toda esa lengua de tierra” —como llama Leo Eduardo Mendoza al territorio y la cultura sinaloenses— debió atraer a los escritores avecindados en las tierras conquistadas por Nuño de Guzmán. Sin

---

<sup>44</sup>A partir de la reciente donación de parte del archivo de José Ferrel (Hermosillo, 1856-1954) a la Universidad Autónoma de Sinaloa, ha vuelto a cobrar interés la personalidad política —más que la obra literaria— de este autor. Después de abandonar Mazatlán el 24 de noviembre 1892, este periodista y narrador pasó a la ciudad de México como redactor de *El Demócrata*, sólo unos meses “saboreó” las mieles del periodismo capitalino, pues el diario fue clausurado a principios de mayo de 1893; con Joaquín Clausell, Querido Moheno y Antonio Rivera, Ferrel conoció los muros de la cárcel de Belén. *El Correo de la Tarde* siguió el periplo carcelario de quien, andando el tiempo, “fue desaforado como diputado por haber interpelado al ministro de Hacienda, José Ives Limantour. [En 1909] Contendió por la gubernatura del estado, opuesto al candidato oficial Diego Redo. Al perder se sumió en el silencio. Murió en la ciudad de México”. Leo Eduardo Mendoza, *Lengua de tierra*, pp. 671-672.

<sup>45</sup> Francisco Gómez Flores, “Bibliografía sinaloense”, en *Narraciones y caprichos. Apuntamientos de un viandante. Discursos, cartas y artículos*, segunda parte, pássim.

<sup>46</sup> Ireneo Paz, *Algunas campañas*, t. I, pp. 209-210.

duda un atractivo fundamental fue la rica tradición periodística, no sólo mazatleca sino de otras latitudes estatales como Culiacán y Mocorito, donde se estableció Enrique González Martínez como médico, poeta y coeditor con Sixto Osuna de la revista *Arte* (1907-1909).<sup>47</sup>

En su notable investigación sobre *El Correo de la Tarde*, Jorge Briones Franco proporciona cifras esclarecedoras sobre el desarrollo periodístico de Sinaloa desde 1877 hasta 1911: “En este mismo lapso 14 estados no tuvieron periódicos de frecuencia diaria, y en aquellos que los tuvieron a partir de 1896, lo fue alentado por el uso progresivo del linotipo. Sinaloa inició esta tradición en 1885 con la fundación, en Mazatlán, del periódico *El Correo de la Tarde*. Además, en los años 1887 y 1909, Sinaloa sobresalió como el estado en el que se fundaron un mayor número de periódicos.”<sup>48</sup> Por lo visto, las prensas febriles del anterior fin de siglo sinaloense parecían estar dispuestas a compensar el retardo con el que llegó la imprenta al Estado de Occidente —Sinaloa y Sonora— en 1825, según la ponderación de Leo Eduardo Mendoza, quien sostiene: “la imprenta se movía de capital en capital, de ciudad en ciudad, a lomo de mula, de acuerdo con los cambiantes vientos políticos.”<sup>49</sup>

Impulsados por los aires renovadores de la Constitución de Cádiz, neoenciclopédicos e ilustrados nacionalistas —como el Payo del Rosario— abrieron el caudal de la letra impresa a las siguientes generaciones de editores sinaloenses: la del medio siglo y la muy combativa de la Reforma e Intervención que relanza el proyecto ilustrado de convertir las Bellas Letras en el instrumento civilizador por excelencia y en un termómetro eficaz del Progreso. Muchas de estas ideas se transplantaron al “jardín” porfirico del Orden y Progreso. Por ello se puede afirmar, en términos generales, que la prensa del México finisecular se desarrolló gracias a la bonanza del porfiriato; sin embargo, no pocas veces hubo en la capital

<sup>47</sup> Enrique González Martínez, *El hombre del búho*, pp. 200-207.

<sup>48</sup> Jorge Briones Franco, “Mazatlán y su tradición periodística; *El Correo de la Tarde*. 1885-1911”, pp. 243-244.

<sup>49</sup> Leo Eduardo Mendoza, *Sinaloa, lengua de tierra*, p. 23.

del país y en sus estados, editores opuestos a los paradigmas políticos y económicos del sistema. Sobre las peculiaridades de la letra impresa en Sinaloa, un estado emblemático por el establecimiento de casas editoras e impresoras, Briones Franco presenta el siguiente panorama esclarecedor:

Las más notables, por el número de periódicos salidos de sus prensas, fueron las de Miguel Retes, José C. Valadés, Cosmopolitan, la de Dolores Delgado, el taller de A. H. Rodríguez, la Imprenta Nacional, la de P. Parra y Compañía y el taller de Antonio Díaz de León e Hijos. En Culiacán sobresalieron la de Tomás Ramírez, la del Gobierno del Estado, la Salamanquesa, la que fundaron Retes y Díaz, la de Faustino Díaz y la que mancomunadamente crearon Ramírez-Díaz y compañía. En la localidad de El Fuerte destacaron la de Sotero Gil, Pioquinto León y la imprenta de *El Eco del Fuerte* a cargo de B. Almeida. Por el lado del Rosario fue destacada la participación del taller de Pedro L., Berber, la de Romero Rubio y el taller de Dolores Delgado (que de Mazatlán se trasladó a ese lugar).<sup>50</sup>

La extensión de la cita responde al deseo de contextualizar el periodismo sinaloense de entre siglos con la siguiente propuesta de Leo Eduardo Mendoza: “Detrás de la máscara de la barbarie que los historiadores de la vieja escuela endilgaron al noroeste del país —la lapidaria frase aún se escuchaba hace unos años: ‘la cultura termina donde comienza la carne asada’— existe un pueblo marcado por una imaginación fértil”.<sup>51</sup>

Una parte de ese pueblo, el mazatleco, o dicho con menos ambigüedad: algunos de los representantes de sus aspiraciones cosmopolitas intuyeron en las páginas preliminares de *Mazatlán literario* que era factible lucir en el concierto parisino de las naciones un producto muy bien impreso —en la Casa Retes, por cierto— de ese binomio esencial de la cultura mexicana del XIX: prensa periódica y creación literaria. Ahora bien, si con el cambio de siglo se hubiera publicado la segunda parte de aquel volumen para la Exposición Universal de París de 1900, los hipotéticos antologadores no hubieran dudado en incluir algunos de los poemas y

<sup>50</sup> Briones Franco, *op. cit.*, pp. 245.

<sup>51</sup> Mendoza, *op. cit.*, p. 14.

crónicas de Amado Nervo, el escritor bisoño que recibió una de las mejores oportunidades de su vida al ingresar a la redacción de *El Correo de la Tarde*, en cuyas páginas se difundió la siguiente

GACETILLA

José Ferrel se separó en efecto de la redacción de este periódico como lo anunció él mismo en el número de ayer, en lacónicas frases, asuntos que le interesan más le indujeron a dar ese paso, y mientras que sentimos su ausencia y la pérdida de su valiosa cooperación, deseamos por otra parte, que vea cumplir sus deseos en mejorar de condición pecuniaria, que en Sinaloa, no es fácil hacerse rico escribiendo periódicos.<sup>52</sup>

Éste es el testimonio más próximo sobre el relevo de Ferrel por Nervo, pues todavía se desconoce la fecha exacta de su ingreso a la redacción del vespertino, incluso la de su arribo al puerto. (La sección de *El Correo...* encargada de registrar el tráfico por mar y tierra de pasajeros de cierto prestigio social no dio cuenta de la llegada del desconocido aspirante a periodista.) Juan Rogelio López Ordaz, que debió tener información de primera mano proveniente de algunos contertulios tepiqueños del exseminarista, consigna un lacónico párrafo sin referencia: “Y la friolenta mañana de un buen día, arropado en un cobertor rojo, toma la diligencia hacia Mazatlán. Las señoritas Retes lo habían recomendado con su sobrino, don Miguel, del mismo apellido, director de *El Correo de la Tarde*, e iba a colaborar mediante un sueldo previamente estipulado.”<sup>53</sup> Mis dudas son varias por el contraste entre la precisión de detalles poco relevantes y el descuido de fechas y circunstancias más trascendentes como el reemplazo de Ferrel, que el biógrafo pasa por alto debido al desconocimiento evidente de *El Correo...* Seguir la pista de López Ordaz implicaría

<sup>52</sup>*El Correo de la Tarde*, 1 de septiembre de 1892, p. 2.

<sup>53</sup> Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I., p. 43. Considero de escasa utilidad darle seguimiento a otros testimonios similares. Sólo me interesa destacar “El barbero mecenas de Nervo” como un ejemplo notable de las funciones vicarias que puede desempeñar la ficción cuando se carece de fuentes documentales, o se ignoran por completo. En ese artículo, Roberto Nuñez y Domínguez, atribuye la iniciación periodística de Nervo a los mágicos oficios de un barbero tepiqueño. *Revista de Revistas*, año XXVI, núm. 1358, 24 de mayo de 1936, s. p. Anécdotas no menos fantasiosas relata Hernán Rosales en *Amado Nervo, la Peralta y Rosas*.

situar el traslado a Mazatlán con cierta antelación a septiembre de 1892. Tal vez en agosto, pues no se le menciona entre los asistentes al banquete de la Sociedad Aurora, organizado a finales de julio de 1892 por la tertulia literaria que Nervo frecuentará una vez instalado en el Puerto.<sup>54</sup>

Más allá de las circunstancias del arribo, a cartas vistas el 13 de septiembre de 1892 Amado hizo una confusa aparición en *El Correo...*, gracias a la desconcertante errata de su firma al pie del poema “Una estatua”.<sup>55</sup> Acaso para enmendar el desagradable sentido fonético del gazapo “A. Zervo”, o como mera estrategia publicitaria para llenar el vacío de la pluma de Ferrel, el periodista cachorro debió ser propuesto por los influyentes directivos del diario a la comisión organizadora de los festejos de la Independencia de México en el puerto.<sup>56</sup> Lo comprobable es que el 15 de septiembre de 1892, el vespertino detalló el “Programa” de la festividad, destacando como primer acto la “Alocución del señor Amado Nervo” en el Teatro Rubio. El desconcierto que debió provocar el nombre del fuereño entre los lectores de *El Correo...* apenas si superaría la suspicacia de quienes lo vieron desfilarse entre la comitiva oficial por las calles de Ceres, Puente,

---

<sup>54</sup> La nota sobre el banquete en *El Correo de la Tarde*, 28 de julio de 1892, p. 1 José C. Valadés recoge algunos datos esenciales para conocer otro aspecto de la vida sociocultural de Mazatlán: las tertulias literarias. La de los hermanos Juan y Francisco Valadés, presididas por su padre, se efectuaban en la botica Central de la calle Ceres y Carnaval. Al decir del memorialista, asistía buena parte del Mazatlán bohemio e intelectual que conoció Nervo: Manuel Bonilla, Esteban Flores, José Berumen, Martiniano Carvajal, Vicente González Valadés, Ferrel, Ángel Beltrán, Juan Sarabia, Gómez Flores y Manuel Manzo. *Memorias de un joven rebelde*, p. 51.

<sup>55</sup> La historia textual de este poema es peculiarísima. Pertenece a la sección “Varia” de las últimas *Poesías completas* editadas por Méndez Plancarte, aunque en principio Alfonso Reyes lo colocó en el t. XXVII de las *Obras completas* que preparó para la Biblioteca Nueva. En 1938, Alfonso Méndez Plancarte lo consideró posterior a la etapa zamorana, por encontrarlo fechado en 1894 pero entre los manuscritos de *Mañana del poeta* que —como sabemos— van de 1886 a 1892. Supongo que todo esto se originó con alguna versión hemerográfica de 1894 que desconocemos; o bien, porque Nervo lo transcribiera con esa fecha para enviarlo a su musa michoacana, eliminando así la singular errata que en seguida comentaremos.

<sup>56</sup> Entre los organizadores se encontraba Samuel Híjar y Haro, quien capitalizó la peculiar aparición pública de Nervo. Después de afirmar que fue él quien le encargó al tepiqueño el discurso patriótico, Híjar y Haro concluye: “Aquella presentación le sirvió a Nervo para abrirse paso en la sociedad y dejar la vida de encierro que hasta entonces había llevado, pues de allí en adelante casi no hubo tertulia o reunión de buen tono a que no concurriera ni familia principal con quien no se relacionara”. *Revista de Revistas*, año XIII, núm. 656, 3 de diciembre de 1922, p. 23.

Recreo y Carnaval, hasta llegar al Teatro Rubio. Al ocupar la tribuna, el orador fusionó los ideales independentistas de los “héroes que nos dieron patria” con las aspiraciones progresistas de la burguesía porteña, afirmando que “ese anhelo de progreso que Dios instruyó en el corazón del hombre considerándole, como la fuerza que impulsa y ha impulsado siempre las acciones de los grandes héroes, y concluyó excitando a los que por su posición social y autoridad están llamados a dirigir al pueblo, a cooperar a la grande obra de nuestros regeneradores, ilustrando a las clases sociales, infundiéndoles la idea del trabajo y de la moral, y cumpliendo en sí la noble misión que les está destinada.” (CT, 18.09.92)

El ingreso de Amado Nervo a *El Correo...*, corrido el séptimo aniversario de la fundación del vespertino (5 de junio de 1885), coincidió con una más de las modernizaciones de los talleres de la Casa Editorial de Miguel Retes, heredero en 1884 de las primeras prensas instaladas por su padre. Ocho años después de aquel relevo, el impulso empresarial fue constante y acabó por desplazar a los competidores más cercanos: las dos calderas de vapor que se compraron en 1892 se transformaron en cinco para 1896 y en un capital fijo de veinte mil y de dieciséis mil pesos en la producción.<sup>57</sup> Pese a estas innovaciones, el local de la Casa Retes de los años 1892-1894 —situado en el domicilio definitivo de Carnaval 154, contraesquina de la Plazuela Machado—<sup>58</sup> debió tener muchas similitudes con las instalaciones visitadas por un publicista extranjero en 1897:

Atravesando [el mostrador de la papelería y librería] encontramos treinta operarios bajo la vigilancia de un entendido director [...] Tres departamentos más hay que visitar: la encuadernación, con los aparatos más modernos y entendidos operarios [...]. Siguen las máquinas de rayar y lo concerniente a grabados y estereotipos. Por fin los talleres donde se fabrican los sellos de goma. Debido a una atención especial presenciamos el tiro del *Correo de la Tarde*; vimos cómo se doblaba y rotulaba con suma facilidad y rapidez,

<sup>57</sup> Jorge Briones Franco, “Mazatlán y su tradición periodística: *El Correo de la Tarde*, 1885-1911”, pp. 260.

<sup>58</sup> Jorge Briones Franco informa que el primer domicilio de la imprenta estuvo en Carnaval 30; probablemente de aquí se pasó al número 154 ya referido; las variantes sobre esta última dirección pueden originarse en el cambio de nombre de la calle Recreo por Constitución en 1898. *Ibid.*, pp. 262-263.

celebrando que su circulación fuera tan extensa, pues en cierto sentido se nos iniciaba en un secreto que debería ser público en honra de esa influyente publicación, de sus redactores y de la casa fundadora y editorial.<sup>59</sup>

“Imprenta y periódico —afirma Briones Franco— fueron uno. Como quiera que se mire, la imprenta tuvo su propio periódico o el periódico tuvo su propia imprenta. El asunto tiene la mayor importancia, dado que muchos periódicos no tuvieron su propia imprenta. De la misma manera, varias imprentas no editaron ni imprimieron periódicos.”<sup>60</sup> Gracias a las ventajas técnicas de ese vínculo, el diario de Retes se publicaba todas las tardes, con excepción de los domingos y días festivos.<sup>61</sup> Cuando Nervo ingresó a *El Correo de la Tarde*, los números sueltos valían cinco centavos y los atrasados diez. A domicilio, la suscripción mensual en el puerto era de noventa y nueve centavos. Por adelantado, en la región, un mes valía \$1.25 y un año, \$ 12.00; el envío anual al extranjero se tasaba en \$15.00.<sup>62</sup>

Por su vinculación con el ayuntamiento, del que se publicaban numerosas actas, decretos y estados de cuenta municipales, y con la Cámara de Comercio hasta 1905, *El Correo...* favorecía la información financiera y comercial del interior y exterior del país en la primera plana. Desde 1892 se asumen de manera franca comentarios editoriales sobre leyes mineras, temas fiscales y cotizaciones de los principales productos en tránsito por el puerto. La mayor parte de la página dos se reservaba para la vida política, social y cotidiana de la ciudad y del distrito. Parte

<sup>59</sup> J.R. Southworth, *El estado de Sinaloa*, pp. 150-151.

<sup>60</sup> Briones Franco, *op. cit.*, p. 264.

<sup>61</sup> El inicio del suplemento dominical de *El Correo de la Tarde* es, hasta ahora, un tanto incierto debido al deterioro y a los números faltantes de la colección más completa del vespertino, la que resguarda el Archivo Municipal de Mazatlán. Briones Franco ubica dicho suplemento a partir de 1895. *Ibid.*, p. 249; sin embargo, he consultado algunos números sueltos de finales de 1894; por ejemplo el 2824, del domingo 14 de octubre de 1894. En éste, Nervo envió desde la ciudad de México el relato “Feo y bueno”; R. Arturo Román Alarcón da por hecho que no aparece hasta 1895. Véase “*El Correo de la Tarde*, espejo del Mazatlán porfirista” de Jorge Verdugo Quintero en *Historia y región*, p. 188.

<sup>62</sup> *El Correo de la Tarde*, 19 de julio de 1892, p. 1. Una prueba de su circulación intercontinental se insertó en el mismo diario el 29 de abril de 1893: “A más de un centenar de lindas chilenas —escribió un lector desde Valparaíso— he visto suspirar con *dolce amore* al leer las magníficas poesías de Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Pérez Arce y demás trovadores de las armonías del alma”. *El Correo de la Tarde*, 29 de abril de 1893, p. 1.

de la tercera contenía abundantes anuncios comerciales, el cotidiano folletín de novelistas preferentemente extranjeros y varios poemas de lengua española o traducidos en la sección "Variedades". La cuarta plana era totalmente publicitaria. Esta somera descripción deja ver un público diverso. Como nos lo hace saber Nervo, después de los intereses políticos y económicos que movían al vespertino, estaban los gustos y preferencias de las lectoras. El siguiente fragmento de una de sus crónicas nos describe los hábitos de lectura del público femenino mazatleco:

Llegó el repartidor; llamó levemente a la puerta, y tú, lectora, arrellanada un momento antes en cómoda mecedora y entregada a la dulce tarea de soñar, que te subtrae de vez en cuando a la prosa de los quehaceres domésticos, te incorporaste, haciendo al mismo tiempo gracioso mohín de enfado y fuiste a recibir de manos del muchacho el periódico que te alargaba: ¡una visita! Un amigo de confianza, a quien ves diariamente: *El Correo de la Tarde*, que ya va peinando canas, por más que esto no altere su buen humor. Volviste a tu mecedora; avivaste la luz de la lámpara que languidecía y mientras tu hermana, en el saloncito vecino, arrancaba al piano notas vagas, te diste a recorrer las columnas del diario; ese diario que te cuenta tantas cosas de países lejanos, te lleva los dulces versos de tus autores favoritos, te narra cómo estuvo el último baile; te da noticia del hogar que acaba de formarse [...]

¡Pero mira tú cómo he divagado! Estábamos en que te diste a leer *El Correo...*, o mejor dicho, a recorrer los títulos de los diversos párrafos, deteniéndote sólo en aquellos más llamativos y cortos, porque tú, lectora, rara vez prestas atención al editorial, por más que un editorial suele decir muy buenas cosas; el cultivo del café o de la piña te tiene muy sin cuidado: deseas cultivar sólo tus flores y tus buenas amistades [...] Las cuestiones financieras te preocupan menos aún: para ti la economía y las finanzas se reducen a tener siempre en un rinconcito del ropero ocho o diez pesos para listones, alfileres y dulces. Eso sí: la lista de pasajeros no la perdonas; la nota del registro civil tampoco; las noticias de "Dentro y Fuera de la Ciudad"... mucho menos... y la novela... esa es la parte más dorada del bollo...

(CT, 12.03.94)

En su primera salida al mundo profesional de las letras, Nervo cumplió en las cuatro páginas del vespertino un prolongado rito de pasaje bajo la mirada escrupulosa y exigente de su maestro de armas: el abogado Carlos Fernández Galán,

responsable de la redacción de *El Correo...* con el acrónimo Lic. Carlos F. Galán. Este “vigoroso septuagenario”, descrito por Nervo años más tarde, había frecuentado en su juventud la amistad del abuelo paterno del periodista novel y —según éste— “más por esto que por otras razones”, estimuló un talento literario que era imposible desconocer o desaprovechar en el medio cultural porteño (OC, II: 401). La sólida formación escolar de Jacona y Zamora y el avanzado dominio del francés y los conocimientos de la lengua inglesa adquiridos con los Padres Romanos, resultaron de gran utilidad para entenderse con el servicio cablegráfico que alimentaba las páginas del vespertino. Durante los veintidós meses de su noviciado periodístico, Nervo debió cubrir más actividades de las que su nombre o seudónimos revelan. Sin duda, el cuidado de la edición, la escritura de gacetillas en calidad de *reporter*, como él mismo afirma sin ningún pudor en varias crónicas— para las columnas del acontecer local, o las esporádicas traducciones en verso y prosa, fueron labores anónimas compensadas por la satisfacción de firmar sus poemas con un nombre seguro de su valía literaria, Amado Nervo, quien —no menos consciente de la calidad de su prosa— debió encubrirse con Román y El Conde Juan para ocultar su omnímoda presencia en *El Correo...*

Aquí, pues, conviene insertar un par de notas sobre la seudonimia temprana de Nervo y su acendrada confusión historiográfica, iniciada por el poeta y periodista sinaloense Esteban Flores (1870-1927), mejor conocido como José Conde para los lectores de *El Correo...*<sup>63</sup> Acerca de la iniciación periodística del tepiqueño, Flores reveló en 1913 las siguientes pistas:

Su prosa, poética y musical, jamás se ocupaba del alza o la baja de los cereales, sus versos, de tan penetrantes resonancias, no se parecían a los de Estremera o Sinesio Delgado, con que los comerciantes de pura sangre matan sus ocios, mientras humea en sus labios un aromático veguero: el fecundo gacetillero era inteligente, ¿quién podía dudarle? [...] Aquellos versos de sus 22 años, que no valían gran cosa como obra poética, eran no obstante interesantes por el suave sentimiento que los impregnaba.

<sup>63</sup> Aunque se ha dicho que Nervo recomendó a Flores para que éste lo sustituyera en la redacción del vespertino, fue hasta el 5 de enero de 1897 cuando *El Correo...* anunció la incorporación de Esteban Flores, Daniel Pérez Arce y F. Arciniega y Ledesma a las tareas cotidianas del periódico.

[Nervo] publicó también algunas crónicas, que firmó con el seudónimo de 'Román', más tarde trocado por el de 'Duque Juan', acaso como pleitesía al pontificado que en las letras mexicanas ejercía 'El Duque Job'.<sup>64</sup>

Desde 1919, fecha en la que el Abate José María González de Mendoza cita el artículo anterior en "La vida del poeta",<sup>65</sup> hasta nuestros días, la veracidad del testimonio de Flores ha sobrevivido gracias a la supuesta buena memoria de un testigo directo que clonó al Conde Juan en el Duque homónimo que nunca sustituye a Román, sino que alterna con éste en el encubrimiento del poeta y cronista. La confusión historiográfica va más allá de un intrascendente rango nobiliario: otro Duque Juan, Rafael Martínez Rubio, alza la voz a la mitad del coro de equívocos para reclamar la "autoría" de su seudónimo, utilizado, por lo menos, en más de una docena de poemas que publicó la *Revista Azul*. Curiosamente, en *Mi diario*, Federico Gamboa evoca a estos involuntarios tocayos literarios: "Improvisóse para esta noche [27 de mayo de 1895], una doble lectura literaria en la casa de Ángel de Campo (Micrós). Pocos fuimos: Manuel Flores, Jesús Valenzuela, Enrique Pérez Rubio, Antonio de la Peña y Reyes, Luis G. Urbina, Amado Nervo, un joven poeta, de Colima, cuyo seudónimo es el Duque Juan, y yo."<sup>66</sup> De este otro aristócrata modernista se sabe tan poco, que sólo puede asegurarse su origen y la estremecedora leyenda baudeleriana que recuerda José Juan Tablada:

Como pudo aquel Duque Juan, aquel buen muchacho, creo que se llamaba Martínez Rubio, aventurarse en la carrera literaria sin que alguna alma caritativa le hubiera señalado los peligros que le acarrearía su total carencia de facultades ¡es cosa que pasma! [...] Era una alma blanca la de aquel duque vestido de negro con la pobreza de un seminarista, pálido, lampiño, con aire ingenuo [...] También el Duque Juan, con Bernardo Couto Castillo y Atenor Lezcano, franqueó la misteriosa puerta de los paraísos artificiales,

<sup>64</sup> Esteban Flores, "Amado Nervo; los principios de su vida literaria", en *El Independiente*, 5 de mayo de 1913, p. 2.

<sup>65</sup> José María González de Mendoza, "La vida del poeta", en *Amado Nervo y la crítica literaria*, p. 24.

<sup>66</sup> Federico Gamboa, *Mi diario*, I (1892-1896), p. 170.

pero lo que para todos fingió diván oriental entre huríes, o jardín versallesco o Alhambra de *Las mil y una noches*, para él fue sin duda, tugurio o calabozo.<sup>67</sup>

Ausente de México desde 1905, Nervo desconoció, es lo más probable, la versión de Flores que originó esta comedia de enredos historiográficos, o por lo menos nunca la desmintió. Las escasas referencias nervianas sobre su velada estancia porteña son esporádicas e imprecisas, en ocasiones valsan al ritmo nostálgico de una Crónica de la Semana, la del 21 de diciembre de 1904: “Estos grandes bailes me recuerdan algunos detalles de mis albores de cronista [...] Redactaba yo un importante diario del litoral del Pacífico en un hermoso puerto” (OC, I: 1077). En otras líneas de 1896, Nervo se autoescarnia sin descubrir el juego seudonímico: “Recuerdo que siendo yo redactor de la correspondencia literaria de un periódico recibía a menudo cartas como éstas:

Señor Redactor:

Me permito enviarle esa composición con la que procuro vencer las resistencias de una ingrata.  
Si desea usted mi felicidad, publíquela.

El Conde Pedro

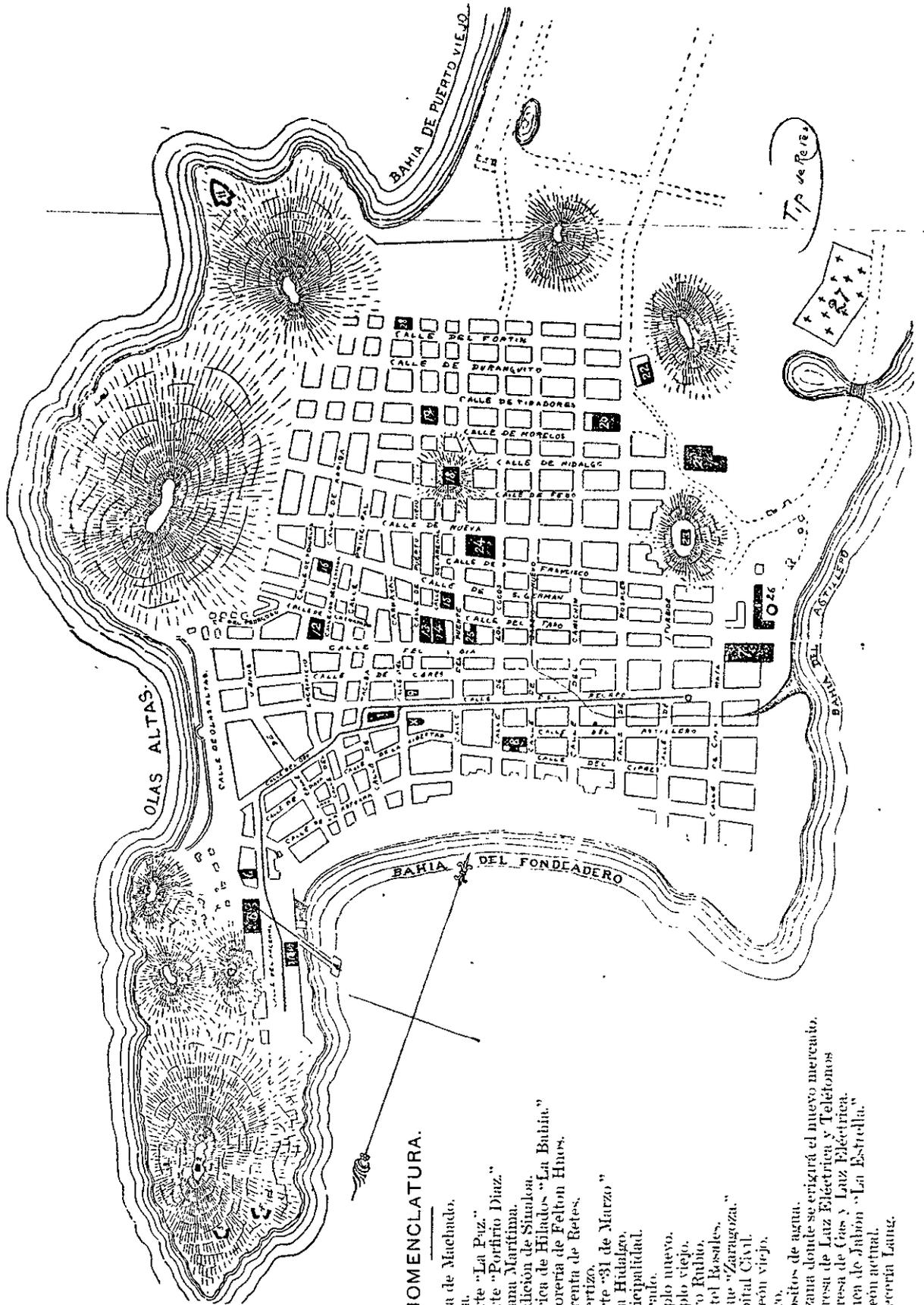
(OC, I: 657).

Desde España, en un texto parafernial de 1906, Nervo descubrirá por fin el nombre del diario en el que veló sus primeras armas, cuando al procurarse un “mejor destino” para él y su numerosa familia marchó a Mazatlán (OC, II: 1064); pero no menciona en aquella carta —nunca lo hará— los seudónimos de sus años formativos. Pese a ese silencio, Nervo fue generosamente explícito al rememorar a uno más de los hombres que intervinieron en su formación literaria, el abogado Fernández Galán, “aquel anciano hidalgo” cuyo sentido del humor acompañó al escritor en sus futuras campañas literarias y periodísticas.

<sup>67</sup> José Juan Tablada, *La feria de la vida*, pp. 184-185.

## **ANEXOS**

# PLANO DEL PUERTO DE MAZATLAN.



## NOMENCLATURA.

- 1.- Plaza de Machado.
2. Vigia.
- 3.- Fuerte "La Paz."
- 4.- Fuerte "Fortirio Diaz."
- 5.- Aduanas Maritima.
- 6.- Fundicion de Simulon.
- 7.- Fabrica de Hilados "La Babin."
- 8.- Fostoreria de Felton Huos.
- 9.- Imprenta de Retes.
10. Cobertizo.
- 11.- Fuerte "31 de Marzo"
12. Plaza Hidalgo.
13. Municipalidad.
14. Mercado.
15. Templo nuevo.
16. Templo viejo.
- X. Teatro Rubio.
18. Cuartel Basiles.
19. Parque "Zaragoza."
20. Hospital Civil.
21. Panteon viejo.
22. Rastro.
23. Depositos de agua.
24. Manzana donde se enigirá el nuevo mercado.
25. Empresa de Luz Electrica y Teléfonos
26. Empresa de Gas y Luz Electrica.
27. Fábrica de Jabon "La Estrella."
28. Panteon actual.
29. Cerveceria Laug.

## ANEXO 2

### CENSO DEL DISTRITO DE MAZATLÁN

MARZO DE 1891

*DISTRITO DE MAZATLÁN  
POR ALCALDÍAS Y NÚM. DE HABITANTES*

<i>ALCALDÍAS</i>	<i>NÚM. DE HABITANTES</i>
❖ Ciudad de Mazatlán	13, 413
❖ Alcaldía de Mazatlán	3, 644
❖ Alcaldía de La Noria	4, 695
❖ Alcaldía del Quelite	1, 754
❖ Alcaldía del Recodo	1, 504
❖ Alcaldía de Siqueros	1, 757
❖ Alcaldía de Villa Unión	4, 113
<b>TOTAL</b>	<b>30, 880</b>

El distrito de Mazatlán contaba con 30, 880 habitantes

*CIUDAD DE MAZATLÁN ( CUARTEL Y BARRIO)  
POR NÚM. DE HABITANTES*

<i>CUARTEL Y BARRIO</i>	<i>NÚM. DE HABITANTES</i>
❖ Cuartel 1: Barrio del Templo Antiguo	1, 514
❖ Cuartel 1: Barrio del Cuartel Rosales	3, 094
❖ Cuartel 3: Barrio del Antiguo Panteón	2, 740
❖ Cuartel 4: Barrio de la Plaza Hidalgo al Muelle	1, 651
❖ Cuartel 5: Barrio del Templo Nuevo, Municipalidad y Teatro Rubio	1, 791
❖ Cuartel 6: Barrio del Astillero	2, 623
<b>TOTAL</b>	<b>13, 413</b>

La ciudad de Mazatlán contaba con 13, 413 habitantes, divididos en 6 cuarteles o barrios.

## ANEXO 3

*DISTRITO DE MAZATLÁN  
POR PROFESIONES*

<i>PROFESIÓN</i>	<i>NÚM. DE PROFESIONISTAS</i>
❖ Abastecedores	61
❖ Abogados	11
❖ Agentes de policía	48
❖ Agentes de seguros	2
❖ Agricultores	39
❖ Aguadores	93
❖ Albañiles	169
❖ Alfareros	33
❖ Amanuenses	12
❖ Armeros	2
❖ Arrieros	14
❖ Astrónomo	1
❖ Banqueros	1
❖ Barberos	27
❖ Bordadores	2
❖ Calígrafo	1
❖ Campanero	1
❖ Canteros	7
❖ Carboneros	45
❖ Cargadores	84
❖ Carpinteros	278
❖ Carreros	16
❖ Carroceros	9
❖ Cazadores	2
❖ Cerilleros	3
❖ Cerveceros	1
❖ Cocineros	11
❖ Cocheros	27
❖ Coheteros	21
❖ Comerciantes	519
❖ Comerciantes ambulantes	45
❖ Cómicos (artistas)	16
❖ Comisionistas	13
❖ Conductores	18
❖ Confiteros (dulceros)	25

**DISTRITO DE MAZATLÁN**  
**POR PROFESIONES**  
 (CONTINUACIÓN)

<i>PROFESIÓN</i>	<i>NÚM. DE PROFESIONISTAS</i>
❖ Curtidores	23
❖ Dentistas	2
❖ Dibujantes	2
❖ Domésticos	294
❖ Empleados	144
❖ Encuadernadores	6
❖ Ensayador	1
❖ Escribanos públicos	3
❖ Escultores	5
❖ Eclesiásticos	3
❖ Fabricantes	4
❖ Farmacéuticos	12
❖ Filarmónicos	66
❖ Fosforeros	14
❖ Fotógrafos	9
❖ Fundidores	32
❖ Grabadores	2
❖ Herreros	97
❖ Hojalateros	43
❖ Hortelanos	2
❖ Id. jubilados	2
❖ Impresores	49
❖ Industriales	16
❖ Ingenieros	7
❖ Jaboneros	1
❖ Jornaleros	3,716
❖ Joyeros	11
❖ Labradores	1,724
❖ Lapidarios	2
❖ Maquinistas	26
❖ Marineros	116
❖ Marinos	38
❖ Mecánicos	6
❖ Médicos	11
❖ Militares	606
❖ Mineros	38

**DISTRITO DE MAZATLÁN**  
**POR PROFESIONES**  
 (CONTINUACIÓN)

<i>PROFESIÓN</i>	<i>NÚM. DE PROFESIONISTAS</i>
❖ Ministro evangélico	1
❖ Modistas	6
❖ Obrajeros	13
❖ Operarios de minas	17
❖ Panaderos	168
❖ Periodistas	1
❖ Pescadores	39
❖ Pianistas	1
❖ Pintores	21
❖ Plateros	28
❖ Polvoristas	7
❖ Practicantes de medicina	3
❖ Profesores de idiomas	1
❖ Profesores de instrucción pública (hombres)	14
❖ Profesores de instrucción pública (mujeres)	68
❖ Profesores de música	3
❖ Propietarios de fondos	11
❖ Pureros	69
❖ Reposteros	12
❖ Sacristanes	1
❖ Sastres	117
❖ Sombrereros	21
❖ Talabarteros	17
❖ Tejedores	7
❖ Telegrafistas	12
❖ Tenedores de libros	5
❖ Tocineros	8
❖ Torcedores tabaqueros	48
❖ Trenistas (fabricante de ladrillos y tejas)	11
❖ Veleros	8
❖ Veterinarios	2
❖ Zapateros	232
<b>TOTAL</b>	<b>9, 745</b>

Fuente: *El Correo de la Tarde*, 22 de marzo de 1892, p. 1

## 5. LA INICIACIÓN MODERNISTA

*Es "la corriente azul del misticismo" la que inunda el alma.*

*Dejémosla pasar y cuando palidezcan aquellos colores y otros la sustituyan, vivos y alegres, pintaré lectora, para ti, llamativas acuarelas, cuadros sonrientes... Ahora sólo podría ofrecerte sombríos Rembrandt.*

*Oh, amigo Rubén, si me prestases tu paleta.*

Amado Nervo, "Words, words, words"

### "EN TANTO YO FORJO MI REVISTA SEMANAL"

El pertinaz oscurecimiento historiográfico de la iniciación modernista de Amado Nervo en Mazatlán quedó signado por sus primeras crónicas anónimas en *El Correo de la Tarde*.<sup>1</sup> Hasta ahora, no es mucho lo que podemos saber sobre ellas, con excepción de la que se publicó el 10 de octubre de 1892. Después, abruptamente, Román empieza a dar la cara por la prosa nerviana el 29 de noviembre. A propósito del moroso reciclaje de este alias, con el que Nervo había adelantado un poema en *El Pacífico* el 11 de agosto de 1889, cabe la posibilidad de que aquella línea inicial de sombra le fuera impuesta por su exigente jefe de *El Correo de la Tarde*, el licenciado Fernández Galán. Lo documentalmente probable es que sólo dicha crónica anónima, "Los gallos", se emparenta con algunas de las ochenta y cuatro prosas de

---

<sup>1</sup> En beneficio del comentario directo de textos y de la comprensión del entorno cultural inmediato de la primera crónica nerviana, en este apartado seguiré de cerca las reseñas sistemáticas y actuales del extenso debate sobre la conceptualización de la crónica modernista mexicana de José Ismael Gutiérrez, "Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura", en *Literatura Mexicana*, vol. VIII, núm. 2, 1997, pp. 597-623; asimismo, el segundo capítulo de Belem Clark de Lara, "Por qué darle a lo efímero del periódico la eternidad del libro", en *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, pp. 81-127. Amanda Pérez Montañés presentó, como tesis de maestría, un trabajo notable sobre la crónica nerviana: "El cazador de miel. Tensiones entre la tradición y la modernidad en la crónica modernista. Amado Nervo, un caso ilustrativo"; desafortunadamente no cubre el periodo de Mazatlán, como también ocurre en el estudio vigente de Manuel Durán, *Genio y figura de Amado Nervo*. En el dominio continental, tengo presentes los trabajos, ya clásicos, de Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, y de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. De González, cabe advertir su falta de interés por la crónica nerviana.

Nervo en *El Correo...*, corpus integrado por setenta y un crónicas y trece cuentos, cuyas fechas extremas de publicación van del 29 de noviembre de 1892 (“Cuadros de actualidad. La igualdad de los sexos”) al 14 de octubre de 1894 (“Feo y bueno”).

**CUADRO 1**  
**CRÓNICAS DE AMADO NERVO**  
 Publicadas en *El Correo de la Tarde*  
 Seudónimo: Román

NOMBRE DE LA CRÓNICA	FECHA DE PUBLICACIÓN
➤ Cuadros de actualidad. Los gallos	10 de octubre de 1892. <i>Atribuible.</i>
➤ Cuadros de actualidad. La igualdad de los sexos	29 de noviembre de 1892
➤ Teatro	4 de enero de 1893
➤ La tertulia del casino	9 de enero de 1893
➤ Teatro	12 de enero de 1893, p. 2, sección Gacetilla
➤ Cuadros de actualidad. ¡No es de mi clase!	14 de enero de 1893
➤ La República	21 de enero de 1893
➤ Cuadros de actualidad. El lado flaco	28 de enero de 1893
➤ Teatro	3 de febrero de 1893
➤ Un poeta menos. José Zorrilla ha muerto	20 de febrero de 1893
➤ La gruta del Crestón	23 de febrero de 1893
➤ Los críticos	25 de febrero de 1893
➤ Apoteosis de los ojos azules. Peregrina teoría de un inglés	27 de febrero de 1893
➤ Esbozos del natural. La costefía	4 de marzo de 1893
➤ Habló el buey y dijo "muuu"	4 de marzo de 1893, p. 2, sección Gacetilla
➤ Mi carnet de reporter. El cañón del cañonero	20 de marzo de 1893
➤ Sencillez en la sublimidad	23 de marzo de 1893
➤ Dentro de pocos días	7 de abril de 1893
➤ El cronista. Pintura exacta	13 de abril de 1893
➤ Olas altas	8 de mayo de 1893
➤ Pinceladas. La fea	13 de mayo de 1893
➤ Domingo y lunes	15 de mayo de 1893
➤ La última noche	23 de mayo de 1893
➤ El elogio	29 de mayo de 1893
➤ Notas al vuelo	5 de junio de 1893
➤ Invierno y verano	12 de junio de 1893
➤ Nidos de golondrinas	26 de junio de 1893
➤ Notas al vuelo	3 de julio de 1893
➤ Los niños	11 de julio de 1893
➤ El domingo. En el estreno	17 de julio de 1893
➤ Esbozos del natural. Los viejos verdes	24 de julio de 1893
➤ Notas al vuelo	7 de agosto de 1893
➤ Novios	14 de agosto de 1893
➤ El Diablo. Música alemana	21 de agosto de 1893
➤ Del natural. Los ataques	28 de agosto de 1893
➤ Las ideas. Presagios de un baile	11 de septiembre de 1893
➤ Crónica	18 de septiembre de 1893
➤ El oráculo de Mazatlán. Una revista del baile dado en el casino	25 de septiembre de 1893
➤ Los aires nacionales	9 de octubre de 1893
➤ Sin título	[No se lee el día] octubre de 1893
➤ El viejecito Newbern	16 de octubre de 1893
➤ Los dioses se van	23 de octubre de 1893
➤ Algo de música	30 de octubre de 1893
➤ Echemos un párrafo	6 de noviembre de 1893
➤ Mis lunes	13 de noviembre de 1893
➤ Mis lunes. El fantasma del rapto. Después del baile	20 de noviembre de 1893
➤ Mis lunes	27 de noviembre de 1893
➤ Mis lunes	4 de diciembre de 1893

➤ Huelo a mupcias	18 de diciembre de 1893
➤ Noche buena	23 de diciembre de 1893
➤ Fiestas, fiestas, fiestas	5 de enero de 1894
➤ Ecos de sociedad. El último baile del casino	8 de enero de 1894
➤ Los álbumes de autógrafos (Artículo que aún es de actualidad)	15 de enero de 1894
➤ Notas ligeras	22 de enero de 1894
➤ Enero	29 de enero de 1894
➤ Los novios fósiles	31 de enero de 1894
➤ Carnaval	7 de febrero de 1894
➤ El platillo más sabroso	12 de febrero de 1894
➤ Cuestión de gustos	19 de febrero de 1894
➤ Sermón tenemos	27 de febrero de 1894
➤ Armonía	5 de marzo de 1894
➤ ¿Quién es el Conde Juan?	12 de marzo de 1894
➤ Boceto de actualidad. Los novios que se duermen	19 de marzo de 1894
➤ Words, words, words	26 de marzo de 1894
➤ Mazatlán por dentro. Comerse el mandado	9 de abril de 1894 (fecha probable)
➤ Mazatlán por dentro. De gallo	16 de abril de 1894
➤ Mazatlán por dentro. Un joven económico	23 de abril de 1894
➤ Una cuestión importante. ¿Deben casarse los periodistas?	9 de mayo de 1894
➤ Prosa ligera	5 de junio de 1894
➤ Prosa del lunes	18 de junio de 1894
➤ Polvos y lodo	27 de agosto de 1894

Nota: Todas estas crónicas aparecieron en la página 1 de *El Correo de la Tarde*, salvo en los casos que se señala.

“Los gallos” inicia una serie de “Cuadros de actualidad”, tres de ellos fueron firmados posteriormente por Román. Confrontemos un fragmento de dicho anónimo con dos testimonios ulteriores:

Yo recuerdo haber leído en las novelas, relatos encantadores de tiernas serenatas con un laúd, dadas al pie de calada celosía, en noches magníficas de luna, cuyos rayos suaves vestían de átomos luminosos los pardos muros de palacios sombríos.

¡Cuánto adjetivo! ¿eh? No obstante, no me culpéis a mí. Es la última moda literaria.

(CT, 10.10.92)

Es evidente la analogía temática del párrafo citado con “El Conde Juan. La última semblanza”, relato del 28 de mayo de 1894 que Nervo publicó para jugar con la intertextualidad de sus seudónimos;<sup>2</sup> leemos en su densa prosa poética:

<sup>2</sup> El 12 de marzo de 1894 Román había iniciado aquel “divertimiento” textual con la crónica “¿Quién es El Conde Juan?”, en clara alusión y escamoteo a las “Semblanzas” versificadas que Nervo estaba publicando en *El Correo de la Tarde*, desde un mes antes, con un seudónimo recién estrenado: El Conde Juan.

En rededor del castillo las cabañas oscuras protegían el tranquilo sueño del pechero; a lo lejos se perfilaban sobre el horizonte las montañas, y la luna dulcemente serena y ambarina, escalaba el cielo y difundiendo su extraña luz, reinaba sobre la pasajera tranquilidad de los seres y de las cosas.

El eco de un laúd rasgó de pronto la sutil atmósfera y tras un preludeo lento, flotaron en el ambiente notas suaves y tembladoras.

El conde Juan, dueño del castillo vecino, del castillo que se yergue allá, sobre la altitud severa del monte, dejando el blando lecho y tentado por la belleza de una noche primaveral, venía a dar serenata a la castellana dormida, cabe los muros de la gótica mansión.

(*CT*, 28.05.94)

En cuanto a la filiación modernista que se perfila en “Los gallos”, Nervo asociará —en la madurez madrileña de su vida diplomática— aquel “arribo” a la estética modernista con un leve “escollo generacional” entre él y su primer jefe de redacción:

Cuando encontraba un adjetivo se ponía serio y lo hacía pasar por la alquitara de su severo análisis.

—Yo no soy de la época de los adjetivos— me repetía con frecuencia, y con cierta desdeñosa inflexión que no olvidaré jamás. Naturalmente, yo ‘que sí era de la época de los adjetivos’, llevaba mi escarcela bien repleta de esos diamantes de... Coro

(*OC*, II 401)

En noviembre de 1892 ese aprendiz de brujo creyó entrar de lleno a la modernidad de Gutiérrez Nájera y Darío desde la superficie del estilo de la “última moda literaria”; lo cierto fue que le llevó varios meses —y decenas de cuartillas— desprenderse tanto de las convenciones genéricas de los artículos de costumbres a la manera de Ramón de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra, como de las pautas nacionalistas de José Tomás de Cuéllar, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano. Tiempo después, concretamente a partir de “La gruta del Crestón” (23 de febrero de 1893), se inicia la evolución acelerada del prosista. Las marcas paratextuales de su “Revista semanal” dan cuenta de esa trayectoria: de los “Cuadros de actualidad” y “Esbozos del natural” a las “Pinceladas” y “Notas al

vuelo”, transformadas en “Notas” y “Prosas ligeras” plenamente modernistas de los predominantes “Lunes” de Román.

“La gruta del Crestón”, crónica de un paseo en lancha por las entrañas que el mar ha tallado al pie de un cerro coronado por el faro de la época, contiene algo más que la primera referencia explícita de Nervo al “caprichoso artífice de esa filigrana que se llama el libro *Azul*”. Lo notable de esa crónica es la voluntad para infundir a la narración, no tanto el cromatismo dariano sino el colorido de la subjetividad nerviana. Esta pátina personal le permitirá a Nervo un distanciamiento gradual de los compromisos morales y educativos que, desde su ingreso al periódico, había propuesto a los lectores de sus primeros “Cuadros de actualidad”. En contraste, “La gruta del Crestón” abre la posibilidad de transformar, a partir de otros paradigmas culturales, determinada realidad local en materia literaria:

A mi memoria venían todas aquellas consejas de genios y de hadas que viven en palacios subterráneos, donde la estalactita brillante semeja columnata de cristal. Los puntos luminosos que flotaban sobre las ondas antojábanseme pupilas de gnomos, que se fijaban en nosotros, irradiando azufrada luz [...] El Crestón erguía no lejos sus muros hendidos, y en la cima, como blanca gaviota que contempla el mar desde su nido de rocas, veíase el faro, ojo vigilante que sondea las tinieblas del océano, luz perenne que brilla tranquila entre cielos y tierra como la esperanza, sobre los mares de la vida.

(*CT*, 23.02.93)

En la prosa nerviana publicada a finales de febrero de 1893 habría que ver, también, la consolidación del espacio definitivo que el cronista se gana en la página principal de *El Correo de la Tarde*. Desde los primeros días de aquel año, el vespertino venía publicando con regularidad las breves “revistas” semanales de Román que, unos meses después, circularán con el encabezado frecuente de “Mis lunes”.<sup>3</sup> El hecho de que Nervo optara paulatinamente por ese nombre para su columna implicó una ruptura mínima —acaso inconsciente— con la tradición de las “Humoradas

<sup>3</sup> La tradición de publicar revistas semanales los lunes contaba, por lo menos, con un antecedente importante en la historia de la crónica mexicana, las colaboraciones de Ignacio Manuel Altamirano para *El Federalista* durante 1878. Si Nervo ignoraba —como supongo— este precedente, el “culto” licenciado Fernández Galán debió recordárselo, junto con el título de las *Causeries du lundi* de Sainte-Beuve.

dominicales” de Gustavo G. Gostkowski en *El Monitor Republicano* (1869-1870), y con la columna del mismo nombre que Gutiérrez Nájera escribió para *El Partido Liberal*, desde octubre de 1885 hasta diciembre de 1888;<sup>4</sup> pero esa preferencia también se debió al hecho de que *El Correo de la Tarde* no circulaba los domingos.<sup>5</sup> Este asueto tenía mucho que ver, desde luego, con la vida cotidiana del puerto, con ese gozne entre la fugacidad de las ilusiones domingueras y las realidades del inicio de semana, ambos días sugirieron a Nervo un par de crónicas gozosas sobre el imaginario porteño. “En cuanto a mí —anotó Román—, observo que los lunes las ideas se me escapan, las cuartillas de papel vuelan de la mesa al menor soplo del aire y la voz del regente que pide material, me parece más fúnebre que aquella que deberá conmover todos los ámbitos del mundo en el día final y que de niño oía muchas veces durante mis pesadillas” (CT, 15.05.93).

La presencia explícita de Román en el fragmento anterior explota las convenciones de Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, Carlos Díaz Dufío, Ángel Pola e Ignacio M. Luchichí, los cronistas mexicanos que más le interesan al primer Nervo, y quienes solían introducir en las narraciones de sus crónicas a los firmantes de las mismas, no necesariamente como autores empíricos sino en cuanto personalidades construidas textualmente y rubricadas por la especularidad de sus seudónimos. En el caso de los más de treinta que utilizó Gutiérrez Nájera, cada uno de ellos dotó de verosimilitud al discurso ideológico y a los recursos literarios de la multifacética crónica najeriana. Así lo intuyó el propio autor en 1884 al afirmar, por medio de Ignotus, que “escribir sin seudónimo es como salir a la calle sin camisa. Para que las ideas de un autor sean estimadas, es preciso que nadie le conozca. Ninguno cree que puede ser un hombre de talento el amigo con quien acaba de jugar al billar.”<sup>6</sup> Este aserto fue llevado a la práctica por Nervo; pero el reducido medio social porteño entorpeció, con frecuencia, los buenos oficios de Román y El Conde Juan

<sup>4</sup> Proporciono datos de Belem Clark de Lara en *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, p. 112.

<sup>5</sup> *Supra*, capítulo IV, nota 61.

<sup>6</sup> Citado por Carter en Manuel Gutiérrez Nájera, *Divagaciones y fantasías*, p. 17.

para preservar incontaminado el nombre de Amado Nervo, quien seguro de su valía —y ansioso de reconocimiento en Tepic, ciudad a la que llegaba *El Correo de la Tarde*— siempre firmó sus poemas, con excepción de las lúdicas “Semblanzas” de El Conde Juan.

El aura prestigiosa de los poetas finiseculares de México, que aún convocaban románticamente a sus lectoras a “la dulce tarea de soñar” —en palabras de Nervo—, no era equiparable con la *vulgaridad* de la “prosa de las realidades cotidianas” de un cronista. En más de una ocasión, Román dejó constancia del poco respeto que su trabajo le merecía al público de Mazatlán:

Cuántas veces en un salón de baile se acerca a mí un amigo para decirme:

—¿Ha visto usted baile más soso?

—Dígalo así en la crónica.

Llega a poco otro amigo, y dándome golpecitos en el hombro, exclama:

—¡Qué adorable fiesta! ¡Qué mujeres! ¡Qué música! Dígalo en la crónica.

Voy al teatro y me embiste un *dilettante* para decirme.

—¡Qué tiple tan ridícula, qué tenor tan malo! Dígalo en la revista.

Viene otro y me hace notar que la tiple es deliciosa y aún ‘deliciosísima’ y que el tenor es soberbio y añade:

—¡Que no se le pase decirlo así en la revista!

(CT, 13.04.93)

La verosimilitud de este pasaje estaría respaldada, textualmente, por el tratamiento irónico con el que Nervo, en otras entregas, da cuenta de los burdos reclamos de sus lectores por la “miopía” del cronista que confunde “lo azul con lo pardo” de los ojos de una lectora, y “lo crema con lo blanco” de los vaporosos vestidos en competencia por el casino. En contraste con esa “feria de las vanidades”, ninguna lectora llamó “chulo cronista” a Román por asuntos de mayor trascendencia en su “Revista”. Sitiado por el narcisismo de su público, por la escasez y pobreza de espectáculos teatrales y por la “notable falta de acontecimientos” en Mazatlán, con bastante frecuencia Nervo supo romper el “círculo que ahoga la imaginación”<sup>7</sup> del cronista

<sup>7</sup> La frase elocuente de Ignacio Manuel Altamirano resume el hartazgo por su “Revista de la Semana” en *El Siglo XIX*: “El señor don Fulano dio un soberbio banquete el lunes. Su hija estrenó traje el

en un medio social —por añadidura— monótono, más rutinario aún que el de la capital porfirista. “La tarea de los revisteros mexicanos —concluía Gutiérrez Nájera después de leer las crónicas de Gonzalo A. Esteva— consiste en convertir los muñecos de trapo y las figuras de barro plebeyo, en estatuillas de Sèvres.”<sup>8</sup> Con aquella modesta materia prima Nervo forjó algunas de sus primeras páginas notables en prosa.

Reducir el crecimiento acelerado de la prosa y poesía de Nervo en Mazatlán a la explicación de que le hubiera bastado con cualquier otro espacio periodístico —tal vez en Zamora o Tepic— para que todo lo demás se le diera por añadidura al “afortunado” y talentoso principiante, implica ignorar tanto las condiciones culturales del puerto como los relativos adelantos técnicos de *El Correo de la Tarde*. Tampoco se puede pasar por alto el hecho de que las redacciones decimonónicas fueron, con mucha frecuencia, auténticas tumbas de talentos para quienes, a duras penas, sobrevivieron literariamente a las más elementales tareas periodísticas. El caso de Agustín F. Cuenca fue emblemático. En una nota necrológica del 3 de julio de 1884, Gutiérrez Nájera escribió estas líneas desoladas: “Por desgracia, Cuenca no deja coleccionadas sus poesías. Vivió esta vida amarga y trabajosa que lleva en México la mayoría de los escritores. Recurrió, para mantenerse, al periodismo y así fue dando vueltas a la noria de los sueltos de gacetilla.”<sup>9</sup>

A diferencia de otros contemporáneos —Justo Sierra, Gutiérrez Nájera, José Juan Tablada—, quienes no ascendieron desde las labores ancilares del reportero hasta los espacios relativamente “privilegiados” de las columnas diarias o semanales, Nervo desempeñó en *El Correo de la Tarde* toda clase de encargos. “Yo también soy *reporter* y uso *carnet*; por lo mismo nada tiene de extraño que diga: ‘mi carnet de *reporter*’”, aceptará con orgullo Román el 20 de marzo de 1893. Con este

---

martes. Tal función religiosa estuvo magnífica el miércoles, etcétera, etcétera.” *Obras completas*, vol. IX. Crónicas, t. 3, p. 10-11.

<sup>8</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Crónicas de *El Nacional* de Marcial [Gonzalo A. Esteva]”, en *Obras I*, p. 264.

<sup>9</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Agustín F. Cuenca. Necrología”, en *Obras I*, p. 244.

reconocimiento a otro de sus oficios periodísticos durante aquel bienio porteño, Nervo dignificó sus tareas elementales para las secciones del acontecer internacional, capitalino y local. Nada más comprensible en un diario que no podía competir aún con el grado de especialización de algunos periódicos metropolitanos.<sup>10</sup> De ahí la deferencia de Nervo hacia el reportero, ese enemigo feroz de los periodistas de extracción literaria de la ciudad de México. Al frente de éstos, Gutiérrez Nájera combatió sin tregua al “bárbaro” rival que venía de los Estados Unidos. En “La otra epidemia”, un artículo del 14 de mayo de 1893 que pudo leer Nervo en *El Partido Liberal*, la descalificación de El Duque fue tajante: “De algún tiempo a esta parte, el hombre más terrible en México, la personalidad más terrorífica viene siendo el *reporter* de un periódico. A medida que los escritores bajan, los *reporters* suben. Estos caballeros y los moscos no respetan la vida privada.”<sup>11</sup>

Haciendo frente a sus funciones cotidianas de gacetillero, Nervo tenía que procesar tanto la información remitida al diario por el servicio cablegráfico como las noticias que cazaba en sus “flaneos” citadinos, para llamarles con elegancia baudeleriana a sus rondas periodísticas encubiertas. De una y otra fuente salieron decenas de artículos y cientos de gacetillas sin firma. Los acarreos de algunas materias primas a la “Revista” de Román fueron inevitables. A pesar del escaso margen de creatividad que requería la transcripción de noticias y el comentario de actualidades, esta talacha fue igualmente formativa para el joven cronista, pues en Mazatlán se clarifica su comprensión de que “la crónica pertenece tanto al periodismo como al medio literario. Al periodismo porque en ella manda la

<sup>10</sup> Durante la estancia de Nervo en el Puerto, los reporteros que se mencionan en *El Correo de la Tarde*, corresponden, en realidad, a los corresponsales foráneos del vespertino en poblaciones aledañas a Mazatlán. Poco después de 1894, en otra más de las reestructuraciones y ampliaciones de *El Correo...*, la redacción se distribuyó entre Carlos F. Galán, Daniel Pérez Arce, Martiniano Carvajal, Esteban Flores y Adolfo O’Ryan. Para entonces se cuenta ya con un reportero: Narciso Valenzuela.

<sup>11</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “La otra epidemia: ‘Los repórteres’”, en *Divagaciones y fantasías*, ed. cit., p. 162. Para una documentación detallada de las diatribas najerianas en contra de la modernización de la prensa, que es en buena medida lo que implican sus invectivas en contra de los *reporters*, véase el inciso “Literato vs. reporter” del capítulo II de Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, pp. 113-119.

actualidad, el interés y la comunicabilidad, porque está escrita con el triple propósito de *informar, orientar o distraer*; a la literatura [...] porque nos brinda algo más que los ingredientes de actualidad, comunicación e interés en que se basa: es expresión de una personalidad literaria.”<sup>12</sup> Pese a sus inocultables tropiezos y novatadas, en la “Revista semanal” de Nervo se procesa el talento y el estilo de uno de los prosistas mexicanos más afamados hasta mediados del siglo xx. Además de ser “un gran sonoro”, Nervo fue también un lector voraz desde su juventud.

Pese a estar abrumado por todas sus cargas periodísticas, y por aquellos otros reportajes encubiertos en extensas crónicas de tertulias y bailes en el casino,<sup>13</sup> de actos cívicos e inauguraciones fastuosas, Nervo fue un lector disciplinado en Mazatlán. Siguiendo una lección najeriana vigente, comprendió que no había manera de escribir “sin leer nada”. Con todo, el laborioso Román tuvo que aceptar públicamente el tópico de la condición social *improductiva* del creador de bienes simbólicos: “Con la lluvia —afirmó en unas ‘Notas al vuelo’—, los desocupados hemos presenciado escenas divertidas que habíamos ya perdido la costumbre de ver, escenas que referiré brevemente” (CT, 3.07.93). Si algunos de los mejores asuntos de los “Lunes” estaban a unos cuantos pasos en las plazuelas, calles y paseos costeros, en buena medida el conocimiento del oficio prosístico y poético había que extraerlo del filón de la letra impresa. No hay manera de entender esta voraz iniciación si no es a través del saqueo productivo y de la intertextualidad que los modernistas llevaron a sus máximas consecuencias, asumiendo —como lo hizo Gutiérrez Nájera en un artículo de 1881— su condición de “ladrones de camino real”. De acuerdo con esta “poética del plagio”, en sus mocedades los escritores de genio deberían atesorar “formas y pensamientos” de primer orden para lucir un día su propia individualidad.<sup>14</sup> Aplicando esta parábola a la trayectoria literaria de

<sup>12</sup> José Ismael Gutiérrez, “Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura”, ed. cit., p. 601.

<sup>13</sup> Véase, por ejemplo, el tiempo de escritura implícito en “Ecos de sociedad. El último baile del casino”, en cuyas líneas finales el desvelado cronista exclama: “¡Oh genios mudos que formáis la comitiva de ese Dios triste, arrulladme en vuestros brazos! ¡Dadme la flor de loto...!” (CT, 8. 01.94).

<sup>14</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “El plagio”, en *Obras I*, pp. 70-71.

Nervo que venimos siguiendo, Mazatlán sería esa tierra de nadie, puerto de gambusinos al fin, en la que el escritor en ciernes desvalija a sus víctimas, luce después —mientras confecciona un traje a su medida— algunas de las prendas ajenas más vistosas, encubre luego el botín entre cientos de gacetillas y decenas de páginas anónimas en el vespertino local, hasta que un día —sin despedirse explícitamente de sus lectores, como en efecto ocurrió— Nervo escapa a la metrópoli modernista, donde hace todo lo posible por borrar de su memoria el sitio de sus primeros lances literarios. ¿Quién, después de corto tiempo, se acordaría de los “Lunes” de Román? ¿No había escrito uno de sus mentores estéticos que “¡El periodista crea para el olvido!”?<sup>15</sup>

Además de la iniciación periodística, Mazatlán le dio a Nervo la oportunidad de poner al día las lecturas que el recinto amurallado de Zamora y el escaso cosmopolitismo de Tepic le negaron al Bachiller en otros días. Por su vocación de editores y comerciantes, los Retes contaban con una librería que llamaba la atención de propios y extraños. Un viajero describió el espacio comercial de la imprenta como un “amplio salón que merece el nombre de biblioteca más bien que el de tienda, con sus altos techos y sus paredes cubiertas por lujosos armarios de anchas vidrieras repletas de libros, papelería, útiles de escritorio y cuanto pertenece al ramo: tiene el aspecto de una sala de lectura de alguna sociedad literaria”.<sup>16</sup> Ya fuera para componer diariamente la sección “Variedades” con tres o cuatro poemas en lengua española o traducidos del francés, italiano e inglés; o bien para alimentar el folletín y los esporádicos aforismos, Nervo debió tener acceso ilimitado a los estantes de su casa de trabajo. Fuera de ésta, en la Agencia de Publicaciones de Emilia Sáenz de Durán, esquina de Ceres y Sacrificios, los lectores contaban con un servicio de suscripción para llevar a casa toda clase de novedades literarias y revistas. Junto con las mercaderías estadounidenses y europeas traficadas en el puerto para consumo de la burguesía nacional y extranjera en los

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 471.

<sup>16</sup> Southworth, *El estado de Sinaloa*, p. 150.

atiborrados almacenes, también llegaban a dicha agencia libros, periódicos, revistas y catálogos de almacenes parisinos que surtían a los países de ultramar. Con mayor facilidad que en otras latitudes del país, en Mazatlán se podían leer las crónicas literarias de periódicos y revistas francesas como *Le Mercure de France* y *La Plume*, en donde colaboraban hacia el fin de siglo Catulle Mendès, Rémy de Gourmont, Ernest Lajeunesse, por ejemplo.

No menos formativas fueron las labores del asistente de Fernández Galán, pues pusieron a Nervo en la ruta corta del modernismo. Desde la redacción de *El Correo...*, el periodista novel estuvo al tanto de la vida literaria nacional e hispanoamericana, de sus actores, novedades y fundaciones. Con extrema cautela, Nervo siguió la represión oficial a los redactores de *El Demócrata* durante 1893; en julio del mismo año, se interesó por el itinerario de Rubén Darío en América; anunció la publicación de *Apariencias*, la novela que Federico Gamboa envió dedicada desde Buenos Aires para el vespertino, y dio cuenta de algunas opiniones de Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufío en sus columnas metropolitanas. Seleccionados por Nervo, ocasionalmente *El Correo...* reproducía en la primera plana un artículo polémico de Monaguillo (Díaz Dufío) o una crónica de la vida en México escrita por El Duque. Un hecho culminante del ambiente literario capitalino, que Nervo destacó con oportunidad en sus gacetillas, fue la fundación de la *Revista Azul*:

Una agradable visita nos aguardaba hoy en nuestra mesa de redacción, la *Revista Azul*, publicación literaria cuyo primer número vio la luz el 6 de mayo último en México. Los redactores y propietarios son los señores Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufío, y secretario de redacción Luis G. Urbina. Estos tres nombres colocados al frente de una publicación literaria evitan el encarecimiento y la recomendación. El número que recibimos trae brillante selección de artículos y poesías. Bienvenida la *Revista Azul*, y que sea poderoso y bello estímulo para las mustias letras mexicanas.

(CT, 14.05.94)<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Los ocho días que median entre la publicación del primer número de la *Revista Azul* y la lectura que comenta Nervo, dejan ver la "relativa" prontitud con que se leía la prensa metropolitana en Mazatlán, demasiado relativa en virtud de la ruta que deberían seguir los remitidos de la capital al

¿Cómo pudo Nervo escribir sus mejores “Lunes” con la mano derecha, mientras redactaba con la izquierda artículos y gacetillas de toda índole? Años atrás, en 1884, Gutiérrez Nájera advirtió el riesgo de no resolver con talento la naturaleza híbrida del género: “De otro modo, la crónica oscila entre la gacetilla incolora y el artículo descriptivo. Para quedar en el justo medio se requiere un prodigio de equilibrio.”<sup>18</sup> Ejemplos de prosas deslavadas en la “Revista” de Román son varias reseñas de espectáculos en el Teatro Rubio y los “Ecos de sociedad” del puerto. No menos carentes de tensión estilística y de la ironía que ya se perfila con eficacia, resultan aquellas glosas de actualidades en artículos como “La república”, “Sencillez en la sublimidad”, “Los viejos verdes”, “Los ataques” y “Una cuestión importante, ¿deben casarse los periodistas?”, entre varios más que documentan la mentalidad finisecular desde una perspectiva informada y sensible que, no obstante la carencia de intenciones historiográficas,<sup>19</sup> nos legó su visión del mundo.

Amado Nervo encontró “el justo medio” najeriano en tres vertientes de su crónica inaugural: los bocetos porteños tomados —aparentemente— al vuelo, las prosas de elaboración decantada en el taller azul de sus primeros maestros y las crónicas rayadas de ironía sobre el oficio periodístico y la flexibilidad del género. Esta tipología corresponde a dos procesos de escritura. En el primero, Nervo sustituye paulatinamente los cuadros fijos de grupos sociales, puestas en escena y bailes por la captación eficaz de espacios abiertos y ambientes públicos en “Olas altas”, “La última noche”, “El Diablo”, “Echemos un párrafo” y “Carnaval”, entre otros “Lunes” y “Notas al vuelo”. En esta nueva modalidad, el cronista recoge voces populares y emplea de manera muy lograda diálogos cortos para atenuar la

---

Puerto: hasta Guadalajara en ferrocarril, de allá a Colima en diligencia y, por último, en vapor a Mazatlán.

<sup>18</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras I*, p. 264.

<sup>19</sup> Sobre este rasgo de la crónica modernista, coincido con Álvaro Matute quien sostiene: “Los conjuntos de crónicas no hacen historiografía, en la medida en que se trata de artículos escritos sobre la marcha, sin ninguna estructura profunda que les otorgue una finalidad historiográfica, ni mucho menos con una metodología disciplinaria propia de la historiografía”. En “Crónica: historia o literatura”, *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, abril-junio de 1997, pp. 718-719.

presencia de sus narradores. Pese a esta apertura, Nervo nunca se libró de desgranar “lisonjas, como perlas falsas” en la feria de las vanidades locales; por ello, un Román más introspectivo y personal retorna —en los primeros meses de 1894— al recogimiento de su laboratorio prosístico. En los ambientes cerrados de crónicas que caen en el dominio de la prosa poética, como “Sermón tenemos” y “Words, words, words”, además de otras “Prosas ligeras”, Nervo vuelve sobre los pasos de Gutiérrez Nájera y Darío para ganar en densidad poética e intertextual. Esta oscilación coincide con el inicio de una poética simbolista en el autor que trabaja las primeras versiones de *Perlas negras*, el libro de la juventud nerviana que se publicará hasta 1898.

En el primer despegue de su crónica, Nervo superó la rigidez de los “Cuadros de actualidad” saliendo a la calle. A diferencia de la burguesía porteña que gustaba de ser retratada en sus ambientes palaciegos, los nuevos protagonistas de la columna de Román serán captados en los espacios públicos de la ciudad. Menos “glamorasas” y carentes de decorados *art-nouveau*, pero mucho más atractivas para el narrador que irá creciendo en los “Lunes”, las clases medias porteñas proveyeron a su inusitado cronista de las pasiones que la hierática y pudibunda oligarquía no solía llevar a la escena pública. Poco después de escribir “La gruta del Crestón”, Nervo tuvo la suficiente madurez literaria para asumirse como un *flâneur*. Esta otra iniciación coincidió con las primeras Fiestas de Olas Altas que Román reseñó para *El Correo...* el 8 de mayo de 1893. Fue entonces cuando el cronista hizo de su estilo un instrumento de gran utilidad para fijar el color local y la imaginería del “todo Mazatlán” que, año tras año, abarrotaba sus festejos de mayor abolengo:

Entre tanto la juventud dorada, de ambos sexos, la que juega en los albuces de la vida el tesoro de sus ilusiones y venturas, concurre todas las noches al volantín y se entrega al inocente placer de voltear a ver, sin descanso, a las señoritas; o de contemplar cómo pasan éstas en confuso torbellino, los caballeros, mientras Enrique Navarro arranca a las cuerdas de su violín las más dulces armonías.

Los más positivistas, desdeñando el volantín, invaden las carpas, rodean las mesas cubiertas de excelentes ostiones frescos, de pavo

relleno, de bacalao a la vizcaína, etcétera, y comen por los que voltean, por los que juegan y hasta por los que ni voltean ni juegan.

—¿Qué prefieres, decía yo la otra noche a un amigo cuyas aficiones gastronómicas me son bien conocidas, el volantín o la ruleta?

—Hombre, yo... prefiero los tamales de gallina...

(CT, 8.05.93)

Quince días después, Román firma una crónica más lograda aún: “La última noche”. Estructurado a partir de una ficción elemental que recoge las aspiraciones de cualquier jugador clasemediero, dispuesto a “quemar las naves” en la ruleta para comprar el ajuar de su postergado matrimonio, el relato inserto en la crónica concluye con una vuelta de tuerca sobre el mismo motivo: “Y el futuro cónyuge ha suspirado veinte veces, lamentando su precipitación en el juego, que fue la causa de que un rey le arrebatara el tálamo, la lámpara y la mesa; un rey de copas, malévolo, que acaso intenta contraer matrimonio con la sota de oros, y ha querido proveerse de ajuar...” (CT, 23.05.93). La transcripción de noticias cuya verosimilitud estaba al alcance de cualquier lector (“Don Zeferino anunció que se separaba del volantín, y como muchas señoritas tenían tarjetas, se apresuraron a amortizarlas”) y las marcas de ficción cada vez más frecuentes en los “Lunes”, conformaron la prosa de las realidades cotidianas narradas por Román.

El contrapunto de los frecuentes “Lunes” dedicados a los quehaceres, angustias y pequeñas recompensas de las medianías sociales de Mazatlán es una prosa personal, carente de personajes y anécdotas. El 26 de marzo de 1894, en “Words, words, words”, Nervo ensaya con notable acierto las posibilidades de una escritura más personal y, por lo tanto, contestaría de sus constantes logros como cronista social. Tres marcas textuales debieron desconcertar al público de *El Correo...*: el insólito título en inglés para una crónica de atmósfera litúrgica, la ausencia de referentes anecdóticos en las primeras líneas: “Llegó el lunes, ¡desperta ferro!, fuerza es alistar la pluma!, limpiarla como se limpia un pincel”, y la densidad de un estilo de extensos e inusitados periodos anafóricos en la columna de

Román. Lejos de naufragar en el cromatismo dariano, Nervo libró aquel reto intertextual con una medida impecable:

En tanto, yo forjo mi revista semanal, que suele ser un conato de crónica y nada más. Mi imaginación, paleta de donde intento tomar colores, sólo me ofrece colores tristes: me brinda el rojo, pero un rojo semejante al de las llagas del Cristo que se erguía ayer, ante mí, solitario en la cruz; me ofrece el blanco, pero es un blanco semejante al de los cirios que chisporroteaban ayer en el altar, luciente como obra de orfebrería caprichosa; me da el azul, pero es el leve azul de las espirales del incienso; el rosa, pero es el rosa pálido de aquellas mejillas de la *mater dolórosa*, opacadas por el llanto...

Es 'la corriente azul del misticismo' la que inunda el alma.

(CT, 26.03.94)

Después de medir su prosa con la del autor continental del momento ("cuando palidezcan aquellos colores y otros la sustituyan, vivos y alegres, pintaré, lectora, para ti, llamativas acuarelas, cuadros sonrientes..."), Román es el cronista sardónico que juega con su público ("¿Quién es el Conde Juan?") y el prosista que empieza a reflexionar sobre el género en "Las ideas" y en la "Prosa del lunes" del 18 de junio de 1894. La veta temática de estas piezas anticipa al autor de "Hacer un artículo". A menos de dos años de su llegada a las redacciones de la ciudad de México, Nervo escribió el 25 de febrero de 1896: "Para escribir un artículo no se necesita más que un asunto: lo demás... es lo de menos. Hay en esto del periodismo mucho de maquinal. Lo más importante es saber bordar el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa" (oc, I: 563-4). Gracias al *corpus* rescatado de *El Correo de la Tarde*, hoy sabemos que el talento prosístico de Nervo comenzó a forjarse en su "Revista semanal" de Mazatlán.

## CUENTOS DE “ACTUALIDAD”/ACTUALIDAD DEL CUENTO

“Para que el lector (si es que yo puedo permitirme el lujo de tener lectores) lo entienda mejor, siga leyendo” (OC, I, 61), con esta acotación ligeramente mordaz en uno de sus cuentos zamoranos, Amado Nervo definió en agosto de 1890 su condición de principiante. Cuatro años después todo había cambiado para aquel ingenuo cuentista de “¡Si fuera inglés...! (Suceso que bien pudo ser cierto)”, cuyo narrador también se tomaba la molestia de comentar la etimología de algunas palabras “eruditas”. Ahora que la narrativa de Nervo vuelve a ser objeto de estudio, y su vertiente fantástica conoce nuevas ediciones preparadas por José Ricardo Chaves y Óscar Mata,<sup>20</sup> considero de mayor utilidad volver sobre las huellas hemerográficas de los trece cuentos con los que Román dio variedad a su muy leída “Revista semanal”.

En la “Prosa ligera” escrita para conmemorar el noveno aniversario de la fundación de *El Correo de la Tarde*, Nervo caracterizó al escritor sometido al mercado laboral como un “clown” al servicio del lector. A éste —precisaba Román— “nada le importan los pesares secretos del articulista, paga porque se le proporcionen lecturas amenas; quiere paladear el relato fácil, la observación picante, el pensamiento ingenioso, envuelto en galana frase y eso debe servirle” (CT, 5.06.94). En contraste con todas esas “mercancías” que generaba el pragmático prosista finisecular a cambio de un sueldo, después de las líneas citadas Nervo revalora el quehacer poético en su exiguo mercado porteño de bienes espirituales como un fluido inaprehensible del alma. A pesar de la superficialidad del esquema entre poesía y prosa —o entre las distintas funciones sociales de cada uno de los ejecutantes de esas modalidades literarias— encontramos en dicha crónica una de las escasas entradas, relativamente explícita, sobre la narrativa breve de los

---

<sup>20</sup> Me refiero a los trabajos recientes de Chaves, Amado Nervo, *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica*, ed. cit.; así como al prólogo de Óscar Mata, en Amado Nervo, *Algunas narraciones*.

“Lunes”. En el siguiente cuadro se aprecian algunos aspectos de la historia textual de los trece cuentos firmados por Román en su “Revista semanal”.

**CUADRO 2**  
**CUENTOS DE AMADO NERVO**  
 Publicados en *El Correo de la Tarde*  
 Seudónimo: Román

NOMBRE DEL CUENTO	FECHA DE PUBLICACIÓN	OTRAS VERSIONES
➤ La realidad de un sueño	3 de marzo de 1893	
➤ ¡Como hay muchos!	11 de diciembre de 1893	
➤ Mejillas que sangren (Un cuento color de rosa)	30 de abril de 1894	
➤ Sota, cinco, caballo y as (Cuento de actualidad)	14 de mayo de 1894	
➤ Amores mudos	21 de mayo de 1894	
➤ El Conde Juan (La última semblanza)	28 de mayo de 1894	
➤ Caricias que matan	11 de junio de 1894	Primera versión: "Caricias feroces", Zamora, agosto de 1890, recogido en <i>Mañana del poeta</i> , pp. 121-124.
➤		
➤		
➤ La bofetada	25 de junio de 1894	
➤ Don Abundio	16 de julio de 1894	
➤ El coscorrón	30 de julio de 1894	Segunda versión, enero de 1895, recogido en "Cuentos de juventud", OC I: 97-99.
➤ Mi poeta	6 de agosto de 1894	
➤ Un divorcio imposible	8 de septiembre de 1894.	
➤ Feo y bueno	14 de octubre de 1894 Suplemento dominical, p. 4.	

Otro aspecto que permite comprender la “Prosa ligera” citada al inicio de este inciso es el de la marginalidad genérica de la recepción de la mayor parte de los cuentos firmados por Román, quien en el mismo espacio ameno y didáctico de sus “Lunes” dio entrada a ese “relato fácil” que esperaba el público en demanda de asuntos inmediatos o “actualidades”. En dicha “Prosa ligera”, Nervo fue injusto con su narrativa breve y deliberadamente ambiguo con sus lectores, ya que al hacer referencia a la fruición de éstos por lo anecdótico, alude indistintamente a la naturaleza fabuladora de la crónica y a los cuentos autónomos que él insertó sin mayores avisos paratextuales en su “Revista semanal”. Por eso se deduce que

algunos relatos nervianos — con todo y su precisión estructural— pudieron ser leídos como crónicas en *El Correo de la Tarde*.

Mientras colaboró en la edición del vespertino, Nervo sólo publica dos cuentos con alusiones genéricas: “Mejillas que sangren (Un cuento color de rosa)” y “Sota, cinco, caballo y as (Cuento de actualidad)”. Después del 28 de junio de 1894, fecha de su salida del puerto, las otras cinco narraciones que Nervo envió a Mazatlán aparecieron —en el transcurso de aquel año— en dos columnas, “Cuentos propios” y “Cuentos de París”, inauguradas en ocasión del noveno aniversario de *El Correo de la Tarde*. De manera que los otros seis “relatos fáciles” pudieron confundirse —por voluntad de un autor complaciente con su público— con las convenciones realistas de la serie de crónicas “Mazatlán por dentro”, sobre todo los cuentos de ambientación local: “¡Como hay muchos!” y “Don Abundio”, que también cubrirían la apetencia de “actualidades”.

En cuanto a su inserción pragmática en el vespertino porteño, el origen de este *corpus* cuentístico posee algunos rasgos comunes con varias colecciones de relatos que otros modernistas rescataron de la prensa periódica. Por ejemplo, los quince *Cuentos frágiles* de Manuel Gutiérrez Nájera compilados en 1883, diez años atrás del primer relato cabal que Nervo publica en Mazatlán: “La realidad de un sueño”.

Con todo y el matiz del adjetivo “frágiles”, el título del volumen najeriano no deja de señalar la apertura intergenérica del cuento ni de revalorar la actualidad que los modernistas buscaron en el género cuando reunieron en forma de libro sus relatos más logrados e independientes de la crónica. La voluntad najeriana de otorgarle autonomía al cuento en dicho volumen contradice, en la realidad pragmática de la publicación periódica de muchos otros de sus textos narrativos, “la circunstancia transitoria en la que están compuestos con una meridiana finalidad: la de simples crónicas periódicas que comentan, saborean, diseccionan y evalúan los sucesos de actualidad o algunos acontecimientos de cuya autenticidad hoy no estamos seguros por lo novelesco o literario del tema, o por la mal

disimulada mezcla de realidad y fantasía que hay en ellas”.<sup>21</sup> Asimismo, en esta interdiscursividad Alicia Bustos Trejo observa un rasgo pertinente: “esta evasión de todo límite genérico, que Gutiérrez Nájera sentía como imprescindible, confirma la calidad que lo acerca a la literatura y lo aleja de la obra realizada con receta para un público masivo.”<sup>22</sup>

La última frase de la cita precedente nos remite a la compleja recepción de la prosa modernista. En este terreno, aún pantanoso por el escaso y difícil estudio de los lectores empíricos de la época, afirmar que Gutiérrez Nájera “accede al palacio y a la cabaña, pero buena parte de su prosa está dirigida a ese desconocido que puede escucharlo, que se hermana en sus ideas y se hace partícipe de ellas”<sup>23</sup> implica —por principio— una confusión que se origina al no deslindarse el lugar del lector virtual najeriano. Ana Elena Díaz Alejo intuye esa categoría conceptual en líneas posteriores a las citadas: “Ese lector desconocido debe tener instrucción, información, cultura. Él es su conversador íntimo, su interlocutor constante al que van dirigidos sus más elevados pensamientos, y alguna vez cobra la apariencia de sus amigos más queridos, aquellos con los que comparte libros, poemas, juicios, esos permanentes compañeros siempre dispuestos a escuchar.”<sup>24</sup>

En el caso de la narrativa dariana que atendía Nervo en Mazatlán desde las páginas de la segunda edición de *Azul...*, la conceptualización de un lector virtual puede señalarse en el primer párrafo de “El rey burgués”: “¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre..., así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí”.<sup>25</sup> Singularmente, este recurso se reiteró en la crónica de Román, donde tal influencia prestigiosa se camufló más fácilmente, por ejemplo en “Words, words, words”.

<sup>21</sup> José Ismael Gutiérrez, “Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura”, p. 616.

<sup>22</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, *Cuentos frágiles*, p. 23.

<sup>23</sup> Ana Elena Díaz Alejo, “Prólogo”, en *Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) Mañana de otro modo*, ed. cit. p. 8.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 8-9.

<sup>25</sup> Rubén Darío, *Azul...*, *El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza, Otros poemas*, edición de Antonio Oliver Belmás, p. 17.

Los trece cuentos mazatlecos de Nervo poseen escasas señas de identidad intertextual; en cambio, sus marcas de lectura son clara y abundantemente intratextuales. Las primeras palabras o frases presentan al personaje, anuncian el desarrollo del asunto central y —en ocasiones— detonan la acción, como se aprecia en las siguientes líneas preliminares de los cuentos referidos entre paréntesis: “Era un mozo alto, fuerte y bien proporcionado; pelirrojo, de rostro pecoso, de expresión semiestúpida” (“¡Como hay muchos!”), “Nuestras mujeres, las mujeres de la costa, son pálidas por lo general” (“Mejillas que sangren”), “La sota es maligna” (“Sota, cinco, caballo y as”), “la siguiente historia que voy a relatar con todos sus puntos y comas; con todos sus horribles detalles, para escarmiento de los amantes infieles, a quienes suplico me presten su atención” (“La bofetada”), “Lo encontré en la primera de Plateros. Vestía de negro, faz angulosa y pálida, ojos hundidos, cabellera lacia y negra. Bajo el brazo derecho llevaba un libro.” (“Mi poeta”).

Igualmente estratégicos para la sólida estructura narrativa y la verosimilitud de las sencillas tramas resultan los indicadores finales que, siguiendo las convenciones de cada relato, le otorgan verismo, humor o suspenso a la anécdota. En el primer caso, sobresale el cierre redondo de “¡Como hay muchos!”: “Hay quien diga que el anterior relato es inverosímil; a mí me lo hizo un viejo cargador del muelle; y más tarde me mostró a Pedrucho que se conserva bueno y sano. Yo sólo he repetido la historia. / Una vecina de Pedrucho rectificaba lo anterior diciendo que...”.

En cambio, los cuatro relatos fantásticos recogidos de *El Correo...* ya anuncian la habilidad de Nervo para dejar un resquicio de duda en sus lectores, como sucede en “Sota, cinco, caballo y as”: “Y se dice que la sota sonrío; y que Bezugo siempre apuesta a la sota y que la sota viene siempre que Bezugo la llama, conforme a las reglas preestablecidas. / Sólo que a veces viene otra carta... por alguna ‘susceptibilidad’ de la mujer vestida de hombre. / Eso se dice”. Los marcadores iniciales de estos cuentos, y los que concluyen la acción, dejan ver a un narrador consciente de la brevedad y del efecto de unidad o impresión que había

establecido Edgar Allan Poe en 1842 al reseñar *Twice-Told Tales* de Nathaniel Hawthorne.<sup>26</sup>

La de Allan Poe bien pudo ser una ruta directa de lectura en Mazatlán, o tal vez esa influencia llegó a Nervo por medio de autores como Darío, por citar a uno de presencia comprobable en los “Lunes”. En *Azul...* son frecuentes los párrafos de entrada y cierre narrativo con la misma función estructural que les otorga Nervo: “La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres [...] Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices”.<sup>27</sup>

La despreocupada convivencia de cánones narrativos refuerza el sincretismo de la iniciación nerviana en las poéticas modernistas del fin de siglo. No tan lejos de sus eclécticos maestros, el prosista transita en sus ordalías azules sobre el rescoldo narrativo del romanticismo hispánico en “Amores mudos”, “Un divorcio imposible” y “Feo y bueno”, cuentos que debieron conmover el sentimentalismo de las infatigables lectoras del folletín de *El Correo...* En menor proporción, se aprecian motivos deterministas en “¡Cómo hay muchos!” y “Don Abundio”. Sin duda, estos son los relatos más cercanos al naturalismo de las dos primeras novelas nervianas: *Pascual Aguilera (Costumbres regionales)* y *El Bachiller*. Pero las semejanzas entre aquéllos y éstas terminan donde empiezan las frases cortas y los diálogos breves de “¡Cómo hay muchos!” y “Don Abundio”, sobre todo las del primero. El mismo Nervo advirtió en el prólogo de *Pascual Aguilera* que “*In Illo tempore* amaba yo los periodos extensos, los giros pomposos, el léxico fértil, y me enamoraban las ideas revolucionarias por el simple hecho de serlo” (OC, I: 157). La autocensura de Nervo trata de distanciarse de los compromisos ideológicos con el cientificismo positivista de la época. En efecto, ni éste ni los “periodos extensos”

<sup>26</sup> Recogida en Edgar Allan Poe, *Ensayos y críticas*, véanse ahí mismo las notas y la “Introducción” de Julio Cortázar sobre las repercusiones críticas de la famosa reseña a los *Cuentos contados otra vez* de Hawthorne.

<sup>27</sup> Rubén Darío, *Azul...*, ed. cit., pp. 31-33.

son fácilmente ocultables en *Pascual Aguilera*, por citar la novela cronológicamente más cercana a los cuentos de Mazatlán: “Pertenece esa familia de matronas cristianísimas, prudentes, hacendosas y longánimas para con los desheredados que [...] van desapareciendo por desgracia en México, dejando en su lugar a esa turba de hembras descriadas, anémicas y vanas como las nueces tempranas, que sostienen con el andamiaje de emulsiones y vinos reconstituyentes el valetudinario edificio de su salud, y ponen de manifiesto a cada paso su endeblez moral, más lamentable aún que su desmedro orgánico.” (oc, I: 161)

Productos del observador social que mataba el tedio veraniego de Mazatlán recogiendo apuntes de tipos populares en el muelle, o rasgos físicos, ademanes y poses sociales en el casino, las narraciones plenamente realistas de Román —“Mejillas que sangren”, “¡Como hay muchos!”, “Caricias que matan” y “Don Abundio”— son el germen de unas reflexiones teóricas sobre el cuento realista que, con el tiempo, Nervo insertará en un relato de madurez: “Es cierto que para escribir un cuento suele no necesitarse de la imaginación: se ve correr la vida, se sorprende una escena, un rasgo, se toman de aquí y de ahí los elementos reales y palpitantes que ofrecen los seres y las cosas que pasan y ya se tiene lo esencial” (oc, I: 270). El verismo de estas premisas convive y matiza las alucinaciones y sueños admonitorios de los incipientes atisbos fantásticos de “La realidad de un sueño”, “Sota, cinco, caballo y as”, “La bofetada” y “El coscorrón”. Estas expresiones inaugurales de la narrativa fantástica de Nervo se vinculan con el cuento de miedo y reflejan tanto sus lecturas de Maupassant —ocasionalmente comentadas en un par de crónicas mazatlecas— como la paulatina desintegración de los dogmas católicos del Bachiller en un mundo secularizado que Nervo descubre con fascinación en Mazatlán.

## GÉNESIS DE UN LIBRO DE JUVENTUD: *PERLAS NEGRAS*

Cuatro años después de su arribo a la ciudad de México en julio de 1894, Amado Nervo publicó —con escasos meses de diferencia— sus primeros libros de poemas: *Perlas negras* y *Místicas*. En el 1898 de la enconada polémica por el modernismo, Nervo participó de manera sobresaliente en la querrela del lado de los cofrades de la inminente *Revista Moderna*, enfrentados a Victoriano Salado Álvarez y Rafael Ángel de la Peña, quienes habían metido en el mismo saco de la “escuela decadentista” a los escritores modernistas.<sup>28</sup> Además de batirse a duelo desde las páginas de *El Mundo*, en aquel año Nervo también advirtió al frente de su poemario inicial: “Éste es el libro de mi adolescencia. / Tiene muchos defectos, pero también muchas sinceridades. Si algo vale la sinceridad en el arte, que ella me escude” (OC, II: 1295). ¿Por qué, a pesar de la duda manifiesta, el autor se resguardó en una confesión ingenuamente “romántica” que contradice la poética decadente de la mayor parte de sus *Perlas negras*? En una primera lectura de ese aviso, encontramos a un Nervo muy interesado en advertirles a cuantos lo identificaban como el autor de la novela “escandalosa” de 1895, *El Bachiller*: “Yo, el narrador y cronista de éxito, también soy el poeta mozo que cometió este desliz perdonable.” La “adolescencia” a la que se alude no queda demasiado explícita a lo largo del poemario, pues —en función de la estructura circular que pretendía una lectura de conjunto acorde con el engarce de cada una de sus partes— el autor suprimió casi todas las marcas paratextuales de los cuarenta y cinco poemas: tanto los nombres de las primitivas versiones hemerográficas como la mayor parte de sus dedicatorias, fechas y lugares de

<sup>28</sup> Véase la minuciosa documentación de Héctor Valdés en el “Estudio introductorio” de la edición facsimilar de la *Revista Moderna*. La polémica, iniciada en 1897, fue revisada por Luis Mario Schneider en *Ruptura y continuidad*. Como dicha discusión por el modernismo está trabada con la evolución del decadentismo en Hispanoamérica. Consúltense también los ensayos de José Olivio Jiménez, “La conciencia del simbolismo en los modernistas hispánicos (algunos testimonios)”, en *El simbolismo*, pp. 45-62; Allen W. Phillips, “A propósito del decadentismo en América: Rubén Darío”, en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. I, núm. 3., primavera; asimismo, Max Henríquez Ureña, “Historia de un nombre”, en *Breve historia del modernismo*, pp. 158-172.

escritura, con la excepción notable de los versos leídos “Ante la tumba de M. Gutiérrez Nájera”, que también perdieron el título original, “*In memoriam*”, y la breve prosa de su dedicatoria en la *Revista Azul* del 9 de febrero de 1896. Más radical fue la poda de los “Ritmos” del 16 de junio de 1895, dedicados en la misma revista a Luis G. Urbina, pero con la precisión de un sitio y fecha inusitados para el público capitalino que se iba allegando Nervo: “Mazatlán, 1893”, datos que en la versión definitiva se perdieron junto con todas las otras marcas paratextuales del poema.

Acaso algunos lectores del dominguero semanario ilustrado de Rafael Reyes Spíndola, *El Mundo*, recordarían en 1898 varias de las treinta “Perlas negras” que Nervo publicó —con ese título genérico y numeradas en romanos— desde el 28 de julio hasta el 29 de septiembre de 1895. El rescate del *corpus* poético de Nervo en *El Correo de la Tarde* permite precisar —sin intermediación de terceros y por noticias verbales como tuvo que hacerlo Ernesto Mejía Sánchez al carecer de *El Correo*...—<sup>29</sup> que no fueron aquellos poemas de *El Mundo* las primeras “Perlas” refundidas en la edición definitiva de 1898. En realidad, la génesis del poemario se inició en Mazatlán, donde se leyeron por primera vez veintiuna de las futuras *Perlas negras*, incluso una versión muy cercana de “Al Cristo”.

---

<sup>29</sup> En su magnífico discurso “Amado Nervo y el Modernismo” —leído el 14 de enero de 1971 al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, León— Mejía Sánchez difundió las noticias de Samuel Híjar y Haro (“Amado Nervo en Mazatlán”, ed. cit.) y de Francisco Ramírez Villarreal (*Nosotros*, Monterrey, febrero de 1938, núm. 7, pp. 30-31, 55 y 58, número que no he localizado). El texto íntegro de Mejía Sánchez se reprodujo como “Estudio preliminar” en *op. cit.*

**CUADRO 3**  
**POEMAS DE AMADO NERVO**  
 Publicados en *El Correo de la Tarde*

NOMBRE DEL POEMA	FECHA DE PUBLICACIÓN	OTRAS VERSIONES HEMEROGRÁFICAS
➤ Una estatua	A. Zervo (sic), 13 de septiembre de 1892	
➤ Aurora	23 de septiembre de 1892	
➤ Una historia	29 de noviembre de 1892	
➤ Serenata	14 de enero de 1893	
➤ Luchando	27 de enero de 1893	
➤ A bordo del excañero México	29 de enero de 1893	
➤ Lo que habéis de cantar	24 de febrero de 1893	
➤ La balada del día	27 de marzo de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 29 de septiembre de 1895
➤ Al amor que se fue	7 de abril de 1893	
➤ Un astro	14 de abril de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 8 de septiembre de 1895
➤ Música alemana	6 de mayo de 1893	
➤ Excelsitudes	24 de mayo de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 22 de septiembre de 1895
➤ Sollozos	7 de junio de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 4 de agosto de 1895
➤ Pasión	20 de junio de 1893	
➤ Efímera	23 de junio de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 18 de agosto de 1895
➤ Fulgores	30 de junio de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 8 de septiembre de 1895
➤ Para una artista	22 de julio de 1893	
➤ Notas	18 de agosto de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 18 de agosto de 1895
➤ El solitario	6 de septiembre de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 22 de septiembre de 1895
➤ Ritmos	24 de octubre de 1893	<i>Revista Azul</i> , 5 de agosto de 1894, con el título "Eres ave" y en <i>El Mundo, S. I.</i> , 29 de septiembre de 1895
➤ Íntima (para un álbum)	14 de noviembre de 1893	
➤ La gata muerta	20 de noviembre de 1893	
➤ Toque	6 de diciembre de 1893	<i>El Mundo, S. I.</i> , 8 de septiembre de 1895
➤ El falderillo de la condesa	3 de enero de 1894	
➤ Nuestro amor	22 de enero de 1894	
➤ Semblanzas. Laura Careaga	12 de febrero de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Inés Rocha	19 de febrero de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Rosaura Schober	26 de febrero de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Manuela O'Ryan	5 de marzo de 1894. El Conde Juan	
➤ Contrastes	12 de marzo de 1894	<i>El Mundo, S. I.</i> , 21 de julio de 1895
➤ Semblanzas. Eloísa Vargas Delgado	12 de marzo de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Rosalba Lavín	19 de marzo de 1894. El Conde Juan	
➤ Al Cristo	19 de marzo de 1894	
➤ Semblanzas. Catalina Koerdell	26 de marzo de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Zelmira Valdés	9 de abril de 1894. El Conde Juan	
➤ Pálida nox	13 de abril de 1894	<i>El Mundo, S. I.</i> , 22 de septiembre de 1895
➤ Semblanzas. Cleotilde Acosta	16 de abril de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Carmen Menchaca	23 de abril de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Rosa Urrea	30 de abril de 1894. El Conde Juan	
➤ Morena y rubia. Fragmento	7 de mayo de 1894, p. 1	
➤ Semblanzas. Elena Hidalgo	14 de mayo de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Romana de la Peña	21 de mayo de 1894. El Conde Juan	
➤ Semblanzas. Lupe Rivas	28 de mayo de 1894. El Conde Juan	
➤ Lo que nos queda	5 de junio de 1894	
➤ Nox	18 de junio de 1894	
➤ Cuando me vaya	20 de julio de 1894	
➤ Rimas azules	7 de septiembre de 1894	

Nota: En los casos que se señalan, los poemas fueron firmados bajo el seudónimo de El Conde Juan; salvo indicación precisa, todos se publicaron en la Sección Variedades, p. 2.

Otra pieza paratextual que ha desaparecido de las ediciones modernas de *Perlas negras* —ignorada incluso por Alfonso Méndez Plancarte en las “Notas bibliográficas y textuales” de las *Obras completas* de 1943 y 1952— es la “Portada” en verso de Francisco M. de Olaguíbel. Escrito en diciembre de 1895 para las mismas prensas de *El Mundo*, el poema pasó al frente del libro inaugural de la poesía nerviana, lo mismo en su edición príncipe de 1898 por Ignacio Escalante que en las sucesivas de la Librería de la Vda. de Ch. Bouret en 1904 y 1916, que pueden considerarse las de “última mano” autorizadas por el poeta. Más allá de las “afinidades electivas” con Olaguíbel, para quien Nervo escribió en 1897 el “Propileo” de *Oro y negro* que desató —desde finales de aquel año— la polémica ya referida entre los futuros cofrades de la *Revista Moderna* y Salado Álvarez, el autor de *Perlas negras* juzgó que dicha “Portada” cumplía la función de adentrar al público medio (sus lectores empíricos) a una poética de iniciados (la de sus lectores virtuales).

Desde los primeros versos de la “Portada”, Olaguíbel parafrasea con acierto el *spleen* nerviano: en aquel joyero, el “alma doliente” del poeta ha optado por acumular una pedrería tenebrosa de “sartas sombrías / de taciturnas perlas”, tributo y atavío fúnebres de las “mujeres de miradas hondas / y lánguida belleza” que fascinaron a Nervo desde sus años seminarísticos hasta su tratamiento delirante en *La amada inmóvil*. Con su “Portada”, Olaguíbel también fijó una estampa definitiva para la recepción nerviana:

¡Oh, soñador doliente, oh, taciturno  
Y pálido poeta,  
Que pasas como un Buckingham sombrío  
Y vas regando en tu camino perlas!

¿Esas joyas son gotas de tu sangre?...  
¿Lágrimas de tu pena?...  
¡Qué importa!... En ese vago paraíso  
En donde amores imposibles sueñas,

Adorna con tus fúnebres collares,  
 Con tus tristes diademas  
 A tu Musa bohemia: la Neurosis,  
 Y a tu pálida novia: la Tristeza!...<sup>30</sup>

La reconfiguración nerviana del ideal prerrafaelita de belleza frágil introdujo diversos matices “decadentes” en la estética escandalosamente diabólica de las oficinantes que poblaban las “misas negras” y los sueños de opio y ajeno de la segunda generación modernista, a la que Nervo acabó integrándose plenamente cinco años después de su arribo a la capital.<sup>31</sup>

La breve descripción de la estratigrafía de *Perlas negras* aclara, a la vez, que los géneros más refundidos por Nervo en la prensa metropolitana no fueron —como hasta ahora se ha especulado— la crónica y el cuento sino la poesía. “Tal vez —afirmó Francisco González Guerrero en 1950— algo de lo escrito en *El Correo de la Tarde* se encuentra reproducido en las prosas diversas publicadas por Nervo en los periódicos de la capital. Esto explicaría, en parte, la abundancia de su producción en los años de 1895 y 1896” (OC, I: 11). Lo documentalmente demostrable es que Nervo actuó con más prudencia —o inseguridad— frente a su prosa porteña, de la que aprovechó contados temas para algunas crónicas metropolitanas<sup>32</sup> y tan sólo uno de los trece cuentos publicados en Mazatlán: “El coscorrón”, cuya versión de enero de 1895 recoge González Guerrero en los “Cuentos de juventud” (OC, I: 97-99)

<sup>30</sup> Francisco M. de Olaguíbel, “Portada”, en Amado Nervo, *Perlas negras, Místicas, Las voces*, 1916.

<sup>31</sup> Ignoro qué provocó el tratamiento distante que los fundadores de la *Revista Moderna* le impusieron a Nervo en un principio, con todo y la participación de éste en la polémica de 1897-1898. Héctor Valdés sostiene que “Nervo no era santo de devoción en el grupo modernista oficial”. “Estudio introductorio”, *op. cit.*, p. XXVII. Afirmación que coincide con las colaboraciones retrasadas de Nervo para la *Revista Moderna*. Probablemente desconozcamos un malentendido pasajero con Tablada, acaso originado por la recomendación de Nervo para que aquél entrara —en octubre de 1894— a la redacción de *El Correo de la Tarde*?

<sup>32</sup> Fuera de la conexión temática apuntada al final del inciso “En tanto yo forjo mi revista semanal”, Nervo sólo reescribió en la capital escasos párrafos y asuntos de su crónica porteña. Algunos ecos de ésa llegaron, por ejemplo, al “Fuego fatuo” del 18 de septiembre de 1895 (OC, I: 498); no tan azarosamente, Nervo recontextualizó algunas líneas de la “Crónica” publicada en *El Correo de la Tarde* el 18 de septiembre de 1895. Desde luego, la referencialidad del género lo obligaba a autoplagiarse con cautela.

Además de saber con suficientes argumentos filológicos y poéticos hasta dónde *Perlas negras* es el libro de una primera juventud que el autor impregnó de su combativa decadencia metropolitana para dotar al benjamín de sus poemarios de cierta precocidad prestigiosa, una vez más conviene regresar a las páginas de *El Correo...* con la finalidad de conocer el tránsito de la poesía académica y religiosa de del bachiller Nervo —rayada de becquerianos atisbos eróticos— a la poética ascendente de su iniciación modernista de 1892 a 1894. Sin tener a la vista la totalidad de ese *corpus*, Ernesto Mejía Sánchez tuvo el acierto de proponer —notable crítico textual al fin— una premisa sobre la incómoda situación historiográfica de la obra nerviana que coincide con la tesis central de este trabajo: “Habría que contar la historia otra vez, quizá de otra manera, con base en los documentos coetáneos”.<sup>33</sup>

El primer poema de Amado Nervo en *El Correo de la Tarde*, “Una estatua” (13 de septiembre de 1892), fue absolutamente complaciente con uno de los cánones de belleza predominantes en el puerto: la idealización de la cultura clásica griega pasada por el tamiz de Gautier, Leconte de Lisle y José-María de Heredia, entre otros poetas que leyeron los primeros modernistas en la revista *Le Parnase Contemporain* (1866-1876). Los parnasianos —afirma José Emilio Pacheco— “a la agonía romántica enfrentan la serenidad de la escultura helénica; se niegan al histrionismo confesional, a vender sueños y penas, a desnudarse en público. Fundan un exotismo esteticista que trata de hallar en la poesía la plenitud bárbara negada por la mezquindad del mundo industrial”.<sup>34</sup> Ecos de esta estética se aprecian con nitidez en algunos ensayos de Francisco Gómez Flores, el patriarca de los autores del *Mazatlán literario*, quien deslindó en su *Humorismo y crítica* de 1887 entre el romanticismo tardío de los poetas inspirados, a quienes —afirmaba— “se les atribuyen conversaciones íntimas con la divinidad”, y el oficio de los orfebres de la palabra: “Y así como el escultor, verbigracia, cincela, compone y pule el mármol

<sup>33</sup> Ernesto Mejía Sánchez, “Estudio preliminar”, en *op. cit.*, p. X.

<sup>34</sup> José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo (1884-1921)*, p. xxv.

de una estatua o de otra figura plástica, hasta conseguir la corrección estricta de los perfiles y contornos, así también el poeta, si desea que la excelencia de la forma (lo primero que hiere los sentidos y predispone el ánimo del lector) corresponda a la excelencia de la concepción, debe cincelar, componer y pulir las palabras.”<sup>35</sup> Por momentos acertadamente actual (“La palabra es una materia artística como otra cualquiera”), el artículo de Gómez Flores era consecuente con los cánones metropolitanos de la poesía modernista en 1887, la cual asimilaba —en los talleres de Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón y Urbina— uno de sus primeros procesos sincréticos: el *art robuste* de Théophile Gautier en los *Emaux et camées* (1852):

Todo pasa — Robusto  
el arte siempre vive.  
                                  el busto  
al pueblo sobrevive

y la medalla austera  
que un labrador ha hallado,  
                                  entera  
de un César ignorado.

Los dioses mismos mueren,  
pero los versos gonces  
                                  adquieren  
más fuertes que los bronce.<sup>36</sup>

Cinco años después, cuando Nervo arriba al puerto en 1892, la estética que había promovido Gómez Flores era moneda corriente en las gacetillas y reseñas sociales del periodismo local. Ávida de cosmopolitismo, la burguesía local se apropió de cuantas escenografías prestigiosas tuvo a su alcance. En las reseñas de desfiles alegóricos, bailes públicos y privados, los complacientes cronistas saciaron esas apetencias de “actualidad” con escasa imaginación y largueza de halagos. Antes de que Román impusiera el estilo cromático y exotista de sus “Ecos de sociedad”, las

<sup>35</sup> Francisco Gómez Flores, “La lira sinaloense”, en Leo Eduardo Mendoza, *Sinaloa, lengua de tierra*, p. 155.

<sup>36</sup> Théophile Gautier, “El arte”, traducción de Balbino Dávalos, *Revista Moderna*, vol. I, núm. 1, 1 de julio de 1898, p. 1.

bellezas porteñas de diversas nacionalidades ya giraban en el monótono carrusel de la vida social que reseñaba *El Correo*...: “Adorables rubias tal cual se ven allá a orillas del Támesis, morenas de negro cabello y ojos de brillantísimo y profundo mirar aparecían por doquier [...] es fama que en Atenas hubo un escultor llamado Cleómenes; para hacer la inmortal estatua, necesitó copiar los hechizos y las gracias de las más renombradas bellezas de la Grecia; si hubiera visto a Soledad [Escovar] no hubiera necesitado tanto, bastaría con haberla trasladado al mármol”.<sup>37</sup>

En contra de la primera impresión, los endecasílabos de “Una estatua” no son tan insólitos en la poética temprana de Nervo. En realidad, tienden un puente hacia la primera orilla de su poesía en Zamora: la adolescencia real del autor de *Perlas negras*, de la que sólo llegaron a éste contados versos sueltos refundidos desde Mazatlán (OC, II: 1868). Gracias a la formación humanística del Bachiller y a sus lecturas arcádicas en tierras michoacanas, Nervo pasó por la aduana de la poesía de Pagaza e Ipandro Acaico, cuyo clasicismo y rigor formal fueron fundamentales para la cimentación del modernismo de quienes surgieron a las letras luego de pasar por el seminario. Entre ellos, Ramón López Velarde supo leer con nitidez los “contagios” aparentemente involuntarios de Othón: “Literariamente considerado, se apoya con un pie en la isla clásica de los centauros y de las ninfas y con el otro en la isla flor modernista exhibe sus frutos de lozano exterior. Comprendió el pasado y el presente y tomó de ellos, con singular prudencia, lo verdaderamente estético”.<sup>38</sup>

Sin la distancia suficiente para lograr a sus veintidós años la medida conciliatoria del “Idilio salvaje”, en septiembre de 1892 Nervo fundió las lecciones escolares de sus Hermosilla y Campillo con el erotismo y la sensualidad de su recién estrenada estancia porteña. El concepto de la amada hierática y desdeñosa, que Nervo había dejado en algunos párrafos de sus páginas autobiográficas, reaparece en “Una estatua”; el acierto de 1893 es el salto hacia la mundanidad y la

<sup>37</sup> A. I. “En el carnaval. Recuerdo de tres reuniones”, *El Correo de la Tarde*, 3 de marzo de 1892, p. 1.

<sup>38</sup> Ramón López Velarde, *Obras*, p. 459.

desacralización del objeto deseado en un ambiente cosmopolita. En contraste con la estética prerrafaelita del Bachiller, quien escribió en su precoz autobiografía: “Algunas veces pienso que no tiene corazón; que aquella obra maestra del Eterno se halla incompleta; que aquella flor bellísima de los jardines del cielo no tiene aroma” (oc, i: 50), en Mazatlán Nervo retoca el concepto de sus primeras “amadas frágiles” para hacerlas pasar por efigies paganas originales:

#### UNA ESTATUA

Rubia melena, que detrás se anuda  
con rosado listón formando trenza,  
faz ovalada y de expresiones muda,  
donde lucen más negros que la duda  
dos grandes ojos de mirada intensa.

Recta nariz cuyos contornos raros  
jamás pudo crear el arte Heleno,  
pequeña boca de corales caros,  
¡Un rostro en fin que ni esculpido en Paros  
por la mano admirable de Cleomeno!

(CT, 13.09.92)

Lejos de la poética reconcentrada de Heredia, de su trabajo paciente y silencioso para forjar los *Trofeos*, ese libro paradigmático, “único y precioso” que “la vida” y las prensas periódicas no les dejaron escribir a los modernistas hispanoamericanos, en Mazatlán Nervo siguió el camino opuesto de Heredia: versificó demasiado, tal vez más de lo que requería el aprendizaje de la nueva poesía. “Era preciso —escribirá en 1907, acaso recordando su estancia en *El Correo*...— vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico.” (oc, II: 1066) Lo paradójico de esa realidad cultural fue que la publicación de poemas en la prensa solía no pagarse y pedir autorización a los autores para reproducir sus versos era un deferencia casi desconocida. En repetidas ocasiones, Manuel Gutiérrez Nájera lamentó el abuso de los diarios que seguían publicando sus poemas de juventud, circunstancia que lo obligaba a afrontar la pena de ver firmados versos totalmente irreconocibles.

Nervo no pasó mayores apuros por esa experiencia de juventud, pues tuvo la enorme ventaja de hacer su noviciado periodístico en un diario regional que ocasionalmente llegaba a la metrópoli.<sup>39</sup> Por lo menos casi toda la prosa y más de la mitad de sus poemas, que de haber seguido la lección ideal de Heredia no hubiera escrito, quedaron sepultados por más de cien años entre las páginas de *El Correo de la Tarde*. Significativamente, “Una estatua”, fiel a la inmortalidad del arte que propugnaba Gautier, fue el primero de aquéllos en arribar a las recopilaciones póstumas de la poesía de Nervo,<sup>40</sup> quien —por cierto— advirtió alguna vez sobre las embarazosas “obras completas, ¡odiosamente completas!” (OC, II: 389). Pero el crítico textual suele ser un personaje incómodo.

Entre el medio centenar de poemas que Nervo publicó en *El Correo de la Tarde*, lo desconcertante de “Una estatua” es la falta de continuidad de su línea poética por más de un año; de ahí mi sospecha sobre el oportunismo de su publicación. Tal vez Fernández Galán, el anciano preceptor, le haya sugerido a su pupilo esa carta de presentación, que era tanto como cumplir con la cortesía de entregar una tarjeta de visita decorada al gusto de la “refinada” sociedad porteña. Después de esta demostración de buena crianza, el poeta se metió a su propio taller y no volvió a publicar versos de corte parnasiano hasta el último año de su estancia en el puerto. Abruptamente, el 12 de febrero de 1894 un colaborador desconocido, El Conde Juan, empezó a publicar una serie de “Semblanzas” versificadas en la sección Variedades de *El Correo de la Tarde*. Desde la inicial, dedicada a Laura Careaga, hasta la última —una seguidilla en honor de Lupe Rivas publicada el 28 de mayo de 1894—, las catorce composiciones llevaron como subtítulo nombres femeninos de linajudos apellidos, la mayoría extranjeros. Estas musas no desentonaban con los parámetros de la belleza urbana y cosmopolita que reafirmó Gutiérrez Nájera con “La Duquesa Job” en 1884. Cuando diez años después Nervo

<sup>39</sup> ¿Cuál hubiera sido la reacción de Efrén Rebolledo, por ejemplo, al conocer la etapa parnasiana de Nervo en Mazatlán? En abril de 1902, Nervo llamó al autor de *Cuarzos* “más bien alto artífice que alto poeta [...] un modernista de alma parnasiana” (OC, II, 351).

<sup>40</sup> *Infra*, p. 151.

publica sus “Semblanzas”, las “obreras modestas” y “alegres chinas” de los “Cantares” nacionalistas de Prieto podían considerarse ya venerables reliquias para ambientar “versos nacionales”, tan esporádicos como los de “Guadalupe, la Chinaca”, que Nervo escribiría con posterioridad en 1899.

“¿Quién será El Conde Juan?”, se preguntaban semana tras semana las lectoras de *El Correo...* Román, atento como todo buen cronista finisecular a las inquietudes de su público femenino, les aclaró a un mes de publicada la primera entrega del incógnito poeta que —por lo menos— éste no era José Ferrel, Daniel Pérez Arce ni Manuel Bonilla, escritores sinaloenses de la última hornada. Por medio del ardid de suspender el relato de su crónica, Román había sembrado la sospecha de que Amado Nervo —cuyo nombre se calló al repasar a los posibles autores— estuviera escribiendo aquellos versos obsequiosos. Para buena parte del público de *El Correo...* ya no hubo dudas el 28 de mayo de 1894, cuando —en una nota al pie de “Lupe Rivas”— apareció este aviso: “Agradicadas lectoras mías, que Dios os guarde”. La correspondencia entre esta despedida velada y “El Conde Juan (La última semblanza)”, relato que firmó Román ese mismo día, fue demasiado sugerente en un medio tan reducido. Este escarceo textual debió terminar en un secreto a voces, pues las familias reseñadas en los “Ecos de sociedad” sospechaban —o sabían— la identidad del columnista de los “Lunes”. ¿Despedida o epitafio? No podemos ignorar la ironía que incubó en el adiós de El Conde Juan: en realidad, sus últimas palabras signaron el entierro de buena parte de la iniciación modernista del poeta novel.

“Catalina Koerdell”, uno de aquellos cantos a la Belleza, “reina del mundo, formada por las gracias al mandato del Hacedor” —como se afirma en “La última semblanza”—, no es más que la contrafactura de un poema de 1891, “A la santísima Virgen de Guadalupe”, compilado por Méndez Plancarte como muestra fehaciente de la acendrada fe mariana del Bachiller. Ésta es la versión “desenterrada” de Cleomeno en Mazatlán:

## CATALINA KOERDELL

¿Quién al verla de amores no se inflama  
 si todo lo ideal en ella existe?  
 ¿Quién, quién a sus miradas se resiste?,  
 si están diciendo sus pupilas: ¡ama!

Dios que regó en la bóveda azulada  
 tantos soles de límpidos destellos,  
 encontró el fulgor de todos ellos  
 en la luz divinal de su mirada.

Dios que forma la miel entre la roca  
 y a las flores da esencias nunca iguales,  
 dio a sus labios la miel de los panales  
 y el olor de los nardos a su boca.

¿Qué cándido poder hay en sus ojos,  
 qué majestad en su cabeza ufana,  
 qué pureza en su frente sin enojos...  
 qué beldad su beldad tan soberana.

(CT, 28.03.94)

Además de algunas variantes que mejoran notablemente la versión “a lo divino” de Zamora, Neruo suprimió los últimos, incómodos, cuatro versos: “Ella es el lirio que nació entre abrojos: / ¡la Reina de la tierra mexicana! / ¡Mexicanos: poneos aquí de hinojos / y aclamadla por Reina soberana!” (OC, II: 1291). A pesar de esta poda, ¿no era un acto sacrílego, o por lo menos irreverente, trasponer las virtudes y los rasgos de la Madre de Dios a las jóvenes que paseaban su belleza por el casino porteño? Busquemos una respuesta en los “Lunes” de Román: “Asistieron a la fiesta Manuela O’Ryan, al verla, llevé instintivamente mi diestra al pecho, incliné la cabeza y exclamé: ¡Ave Regina! [...] Rosalba Lavín, y aquí sin quererlo, vuelvo a pensar en Andalucía y en *lord* Byron, que tanto admiraba a esas morenas del Medio Día, en su concepto las más encantadoras de las mujeres, y que yo ¡pecador de mí! también admiro” (CT, 8.01.94). Si bien es cierto que el conflicto “entre dos agujones” —carne y alma— que desarrollará Neruo en buena parte de su obra de madurez, se anuncia en medio del apresuramiento de un encargo periodístico, no por ello deja de tener pertinencia la documentación de una temática temprana que, vía los

catorce poemas a Damiana, heredará Ramón López Velarde de *Los jardines interiores* (1905).

Desde la perspectiva de la puesta al día rigurosa que ensaya Nervo en Mazatlán, las catorce “Semblanzas” son algo más que meras galanterías de un poeta capaz de alternar más de un registro en su escritura. Por la constante experimentación métrica, que va de los más usuales octosílabos al solitario hexadecasílabo de “Inés Rocha”, pasando por medidas de diez, once y doce versos en diversas combinaciones estróficas, estos poemas pueden considerarse un cuaderno de ejercicios resueltos con aceptable pulcritud rítmica. Entre los de factura más lograda, superiores a la banalidad del retrato complaciente, se encuentran “Inés Rocha”, “Rosalba Lavín” y “Catalina Koerdell”. En otros de clara ascendencia najeriana —“Eloísa Vargas Delgado”, “Zelmira Valdés” y “Rosa Urrea”—, son evidentes los desajustes estróficos, las precipitaciones y caídas rítmicas, como ocurre con las dos últimas estrofas de “Rosaura Schober”.

La mayoría de las “Semblanzas” tienden a describir rasgos arquetípicos, velados por el pudor y las convenciones de un erotismo atenuado por el desgaste de la retórica al uso:

MANUELA O'RYAN

Hay en su rostro sereno  
la perfección ideal  
de la Venus inmortal  
esculpida por Cleomeno:  
albo cutis, busto heleno,  
gallardo talle, mirar  
de potente fulgurar...

(CT, 3.03.94)

Sin embargo, “Catalina Koerdell”, “Inés Rocha” y “Lupe Rivas” matizan el fetichismo del sujeto lírico nerviano porque, en última instancia, El Conde Juan es un trovador. Todo el ambiente medievalista de “La última semblanza” y la actitud desinteresada del cantor frente al objeto imposible de sus trovas confirman esta lectura: “cuando el último acento de aquella canción postrera fue a perderse en la

amplitud del espacio, sin esperar una sonrisa de la castellana que despierta ya, acaso saldría en breve al ajimez para que la besase el primer rayo del alba, El Conde Juan colocóse el laúd a la espalda: subió el embozo de su blanco jaique granadino y lentamente tornó a su castillo” (CT, 26.05.94). La definición del trovador que Gabriel Zaid ha establecido en “Un amor imposible de López Velarde”, coincide notablemente con la condición de Nervo como poeta en Mazatlán, mucho más que con su calidad de periodista: “Es un desarraigado de su medio, un trepador que, por su méritos literarios, puede alternar con los señores y hasta enamorarse de las señoras, con un amor permitido como galanteo, pero prohibido como consumación”.<sup>41</sup>

Una manera complementaria de conocer la conciencia del escritor novel sobre su ambigua situación social en el puerto es la de seguir el desarrollo vertiginoso de su poesía más personal e innovadora, aquella que siempre firmó un Amado Nervo seguro de sus dones y de la condición del poeta en las sociedades modernas, como se advierte precisamente en “Al Cristo”. Esta otra vertiente formativa, en la que confluyen la voluntad de estilo aprendida en el taller de los parnasianos, los mejores aciertos de la prosa de Román y los leves rasgos simbolistas y decadentes con los que matiza el sedimento de su formación romántica y sus lecturas azules, desemboca en *Perlas negras*, con todo y el borrado de las huellas (para)textuales que habrá de realizar el autor en función de la unidad de su primer libro de “adolescencia”.

Después de “Una estatua”, entre “Aurora” (23 de septiembre de 1892) y “A bordo del Excañonero México” (29 de enero de 1893), Nervo aún publicó una serie breve de “Viejos romanticismos”, en la línea de la poesía melodramática, anecdótica y dialogada de las *Doloras* campoamorinas (“Una historia”) y el esteticismo paisajista de Altamirano en “Las amapolas” y “Los naranjos”. Con cierta ambigüedad respecto de los cánones persistentes de la segunda generación romántica, a principios de 1893 el aprendiz de brujo empieza a combatir del lado de

---

<sup>41</sup> Gabriel Zaid, *Ensayos sobre poesía*, p. 387.

sus nuevos maestros. En una especie de manifiesto versificado que aspira a prestigiarse con el epígrafe de unas líneas de Gaspar Núñez de Arce a Rubén Darío, Nervo se dirige “A los poetas americanos” para pedirles que dejen atrás los tópicos románticos y canten ya —como sugería el poeta español— el espíritu de la “tierra libérrima” del Nuevo Mundo:

LO QUE HABÉIS DE CANTAR

Basta ya del pasado y de sus ruinas,  
 dejad al viejo muro en cuya grieta  
 el jaramago pálido vegeta  
 y forman su mansión las golondrinas;  
 olvidad las consejas peregrinas  
 que el pueblo rudo conservó y respeta;  
 ¡hay notas en el arpa más divinas!

Cantad a la mujer de nuestro suelo,  
 cantad a la rugiente catarata,  
 al monte altivo que cobija el hielo,  
 al mar, al huracán que se desata...  
 Eternizando así con lira ufana,  
 la pompa de la tierra americana...

(CT, 24.02.93)

La beligerancia estética que impregna el poema está cargada por igual de signos negativos y positivos. Los primeros cuestionan una poética acentuadamente popular como la de Prieto; paradójicamente, los segundos reclaman el aristocratismo de una expresión exotista de (casi) los mismos temas románticos. Hacia 1893 este confuso americanismo estaba bastante lejos de las mejores expresiones de Amado Nervo (“La raza de bronce” y “Canto a Morelos”) que se anticipan a las de Rubén Darío (*Canto a la Argentina*) y José Santos Chocano en *Alma América*; pero en Mazatlán, las consignas de “Lo que habéis de cantar” llegan antes (y mejor) a la prosa de Román que a la búsqueda de una vía alterna para la poesía del joven Nervo.

La disonancia que se advierte entre la renovación de principios estéticos y la continuidad temática del romanticismo paisajista en el poema citado se explica por un rasgo esencial de la estética omnívora del modernismo (“acrática” la llamó

Darío en las “Palabras preliminares” de *Prosas profanas*): el carácter sincrético y aglutinante que propició la incorporación ética y estética de rasgos parnasianos, simbolistas y decadentes, de recursos provenientes del realismo, el naturalismo, el impresionismo y “para acompletar el cuadro —concluye Max Henríquez Ureña— también el romanticismo, cuyos excesos combatía, pues los modernistas no repudiaron el influjo de los grandes románticos en cuanto tenían de honda emoción lírica y de sonoridad verbal”.<sup>42</sup> La veintena de *Perlas negras* porteñas confirma la productividad del sincretismo modernista que Nervo intuye al conjuntar la sensibilidad romántica y nocturnal, en la que se debate aún el sujeto lírico de “La balada del día” (27 de marzo de 1893), con los atisbos simbolistas de las postreras “Rimas azules” (7 de septiembre de 1894), aún publicadas en *El Correo de la Tarde*, pero escritas —tal vez— en la ciudad de México.

Sin considerar las “Semblanzas”, excluidas en su totalidad, los poemas posteriores a “La balada del día” prácticamente no tuvieron desperdicio en *Perlas negras*. Los títulos de los cinco marginados —“Al amor que se fue”, “Pasión”, “Para una artista”, “Morena y rubia” y “Lo que nos queda”— se encuentran aún bastante cerca de los “Viejos romanticismos” anecdóticos y demasiado lejos de la indeterminación referencial y los procedimientos sugerentes que habrán de culminar en el primer libro donde el simbolismo apenas es visible por el lastre de la exaltación sentimental que, en menor medida, se extiende hasta *Místicas*. Con todo y el ropaje novedoso que Nervo le irá sumando a sus primeras versiones porteñas, tanto en la recopilación hemerográfica de *El Mundo* en 1895, como en las variantes y poemas finales de la edición príncipe de 1898, el sedimento de *Perlas negras* es una poética romántica de la ensoñación que ignora las potencialidades del sueño en los románticos alemanes y en los simbolistas franceses. En consonancia con la levedad de los acordes becquerianos de la “Noche invernal” zamorana (OC, II: 1281), refundida en “Pálida nox” el 13 de abril de 1894, durante su estancia porteña Nervo toma de Paul Verlaine “la musique avant toute chose” y las imágenes que matizan la poesía

<sup>42</sup> Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, p.123.

etérea que proponía el autor de *Jadis* en su “Arte poética”, contrapuesta a la rotundidad marmórea de Gautier:

Que ton vers soit la bonne aventure  
Éparse au vent crispé du matin  
Qui va fleurant la menthe et le thym  
Et tout le reste est littérature.<sup>43</sup>

Después de “La balada del día”, señaladamente en “El solitario” (6 de septiembre de 1893), el procedimiento que ensaya Nervo para individualizar las relaciones intraliterarias de su poesía con sus predecesores románticos y sus maestros modernistas es un juego de espejos. La primera imagen se origina en la conciencia “angustiada y enferma” del sujeto lírico, quien —en un segundo momento— refracta su estado de ánimo a un paisaje sombrío; por último, éste se funde en la desesperanza del hablante. Siguiendo esta técnica, en “Ritmos” el poeta se despreocupa de los decorados nocturnos porque el mundo exterior termina descomponiéndose en el páramo de su vida:

#### RITMOS

¿Eres ave? Mi espíritu es un árbol  
desnudo y macilento,  
cuyas hojas pusieronse muy pálidas  
cuando llegó el invierno,  
y volaron más tarde, desprendidas  
por el soplo del viento.  
¡Ya no dora la luz la escueta copa  
ni parlotea entre el ramaje el céfiro,  
ni puedes reposar en ese árbol.  
Prosigue, pues, tu vuelo....  
[...]

¿Eres sombra? Pues ven, perpetua sombra  
anida en mi cerebro,  
protectora de lívidos fantasmas,  
privada de luceros.  
Un astro solo luce: mi imposible  
mi divinal ensueño,  
que temerosos de opacar sus galas  
se emboza en el misterio....

<sup>43</sup> Paul Verlaine, *Obra poética completa*, vol. 2, p. 49.

Ven a fundirte sombra con mi sombra  
 y un caos formaremos,  
 de donde acaso Dios compadecido,  
 de su *fiat* al eco,  
 haga surgir un mundo de esperanzas,  
 de ventura y consuelo.

(CT, 24.10.93)

Por momentos, parecería que Nervo está siguiendo al Óscar Wilde de “La decadencia de la mentira”, ensayo en el que Cyril y Vivian discuten la modernidad de un arte que no debería copiar a la naturaleza ni a la vida sino establecer sus propios estatutos o “mentiras”. En última instancia —como ocurre en “Ritmos”— Nervo logra que la naturaleza termine copiando al arte gracias a que, cada vez más, se desinteresa por la representación romántica de aquélla y empieza a representarla simbólicamente como un estado de su conciencia que ya se advierte “hiperextasiada”, para decirlo con un término caro a la sensibilidad decadente.

En “Ritmos”, uno de los momentos formales más arriesgados y consistentes de las “Perlas” publicadas en *El Correo...*, encontramos a un Nervo jugando conscientemente con su falta de rima y con mucho olfato para airear su taller con los nuevos rumbos de la poesía metropolitana que, vía el diabolismo de José Juan Tablada, empieza a fragmentar el canon de la primera promoción modernista en aquel 1893 de la censura a los redactores de *El País* por la publicación de “Misa negra”: Tablada, Jesús Urueta, Balbino Dávalos, Alberto Leduc, Francisco M. de Olaguíbel y José Peón del Valle.<sup>44</sup> “Misa negra” contenía la suficiente carga de provocación a los códigos religiosos y morales de la sociedad como para irritar a Carmen Romero Rubio de Díaz, la primera dama del México porfirico. Verso a verso, el diabólico oficiante hilvana una letanía de blasfemias eróticas hasta “celebrar ferviente y mudo, / sobre tu cuerpo seductor / ¡Lleno de esencias y desnudo, / la Misa Negra de mi amor!”.<sup>45</sup> Productos muy logrados del noviciado parnasiano de Tablada, el planteamiento escenográfico y la plasticidad de las

<sup>44</sup> Héctor Valdés, “Estudio introductorio”, en *op. cit.*, pp. XV-XXXVIII.

<sup>45</sup> José Juan Tablada, *Obras I. Poesía*, p. 270.

imágenes debieron llamar la atención aún más que el sentimiento de decadencia del poeta: “El corazón desangra herido / por el cilicio de las penas / y corre el plomo derretido / de la neurosis en mi venas”.<sup>46</sup>

El linchamiento moral sancionado por la esposa de Díaz fue promovido por Rosendo Pineda, el “Maquiavelo del partido científico”, según la expresión airada de Pedro Henríquez Ureña.<sup>47</sup> Pineda enfatizó las “pasiones bastardas”, reflejo de la actitud decadente del poeta, por encima de su poética simbolista; en realidad, el blanco de la censura fue la infracción de las reglas sociales implícitas en la fugaz rebelión tabladiana. Para la narcisista actitud del grupo en *El País*, nada mejor que la recepción escandalosa de “Misa negra”, así no hubiera aún polemistas a la altura del decadentismo metropolitano, ni público que siguiera el escándalo más allá de la capital.

*El Correo de la Tarde* —es decir Fernández Galán y Nervo desde la redacción— dejó pasar la censura al grupo germinal de la segunda generación modernista. No fue una pifia sino una postura periodística consecuente con el horizonte cultural del puerto. Complacida con el esteticismo parnasiano de los cronistas y poetas locales que fijaban los encantos reales y las virtudes de sus matronas y doncellas (cuando éstas no tenían mayores atributos físicos), la burguesía porteña tuvo que ver con desconfianza los avances de los sentimientos de ruina y decadencia que en la Europa central y occidental habían empezado a florecer en la segunda mitad del siglo. Con el tiempo —escribió el vienés Hugo von Hofmannsthal— sólo “unos pocos de miles de hombres diseminados en las grandes ciudades europeas” transformaron la sensibilidad decadente en la “avanzada moral y artística de la modernidad contra la burguesía”.<sup>48</sup> En tanto Paul Bourget, autor de los influyentes *Ensayos de psicología contemporánea*, había afirmado en 1881: “nosotros aceptamos con humildad como con orgullo el terrible calificativo de

<sup>46</sup> *Ibid.*, 270.

<sup>47</sup> Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, p. 84.

<sup>48</sup> Hans Hinterhäuser, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, pp. 10-11.

decadentes”.<sup>49</sup> En Mazatlán, Nervo no estuvo dispuesto a llevar ese sambenito, y tomó sus precauciones condenando en la columna de Román “la lectura de esos libros, elucubraciones de neuróticos noveladores”, de esas “tendencias torcidas, generadoras de los males” de los que debería resguardarse el puerto progresista. (CT, 6.11.93)

El doble discurso de Nervo en *El Correo de la Tarde* sobre la decadencia puede explicarse a partir de los espacios respectivos de enunciación en los que se ubican el cronista y el poeta. El primero no deja nunca de “deberse a su público”, de monitorear sus intereses sociales, gustos literarios y apetencias de actualidad. El cronista pide, incluso, que sus lectores le marquen la pauta, le reserven energías para sus poemas, le proporcionen asuntos. “Dénmelo ustedes —advierde Nervo en 1896— mediano, grande o pequeño, que el artículo saldrá, aunque su importancia, es claro, estará en proporción del tópico” (OC, I: 564). Por su parte, el poeta —cuando no se pliega a la función utilitaria de loar a su público con versos de ocasión o de instruirlo en asuntos civiles, patrióticos y religiosos— es un Bautista “que clama en el desierto”.

Esa intuición hallazgosa del 6 de septiembre de 1893 en “El solitario” confirma la aguda conciencia de Nervo sobre la situación del poeta en las sociedades modernas. La suya en Mazatlán se volvió angustiante en 1894. Si las hubo, me ha sido imposible documentar con certeza las causas pasionales que lo alejaron de Mazatlán. Ernesto Mejía Sánchez recoge la siguiente versión de Francisco Ramírez Villarreal, “diputado constituyente del 17 y luego director de dicho diario durante dos años [...]: el amor de Nervo en aquel puerto fue Francisca Castellanos, célebre entonces por su belleza y después famosa celestina, igualmente célebre en la capital por sus amistades y favoritos. El poeta sufrió mucho por su causa, como se ve en esas *Perlas negras* que le consagró sin nombrarla”.<sup>50</sup> Puede ser... En las diferentes estancias que pasé en Mazatlán me resistí a revolver los

<sup>49</sup> Citado en *ibid.*, p. 11.

<sup>50</sup> Mejía Sánchez, “Estudio preliminar”, en *op. cit.*, pp. xvii-xviii.

decires porteños que propalan esa y otras leyendas igualmente donjuanescas. Tan verídico como las fuentes documentales de *El Correo...* es que en el imaginario mazatleco vive un poeta “muy bohemio”, recordado por las hijas o nietas de aquellas musas de las “Semblanzas” de El Conde o de los “Ecos de sociedad” de Román. Francisco Ramírez Osuna entrevistó a Natalia García de Rodríguez, hija de Domitila Casal: “En la crónica de *El Correo...* [...] decía como ejemplo que mi mamá como humilde violeta llegó al salón, porque mi mamá era una muchachita muy tierna según parece, pero casi no era bonita [...] Él, cuenta, era muy bohemio. Las muchachas iban y lo sacaban de la cárcel pagando la multa, pero incógnitamente, porque en aquel entonces se veía muy mal que una muchacha anduviera en esas cosas, no era bien visto, pero lo sacaban del bote”.<sup>51</sup> También puede ser, pero un nieto de otra musa porteña relata que Nervo fue pretendiente de su abuela, “le envió algunas cartas, no sólo cartas sino también muchas frases”. El entrevistado —observa Ramírez Osuna— “quiere respetar la memoria de su abuela que a la hora de entregarle en vida en pleno uso de sus facultades y como un legado muy personal le dijo: ‘No lo vayas a difundir, no lo vayas a dar a conocer, que queden contigo y ya después tú sabrás quién se hace cargo de ellas’ ”.<sup>52</sup>

En su madurez madrileña, al evocar al “poeta novel que cantaba cosas de amores y de tristezas, más de memoria que de verdad” (OC, II: 401), Nervo le agregó a su leyenda porteña el beneficio de la duda. Al contar esta historia “otra vez”, de otra manera, siguiendo el *corpus* prosístico y poético de la iniciación modernista de Amado Nervo en *El Correo de la Tarde*, sólo traté de ser fiel a ese principio de la crítica textual. Lo demás, la leyenda romántica que vive en el imaginario porteño,

<sup>51</sup> Francisco Ramírez Osuna, “Amado Nervo en Mazatlán. Sus albores en el periodismo y lirismo”. *Noroeste*, 8 de abril de 1997, p. 8-b. En efecto, Domitila Casal aparece mencionada en “La tertulia del casino” (CT, 9.01.93). La referencia al encarcelamiento podría deberse a una confusión entre Nervo y A. Prieto, cronista de *El Correo* que precedió a Román, y de quien sí encontré noticias sobre una detención carcelaria a mediados de septiembre de 1891 (CT, 18.09.91, p. 2).

<sup>52</sup> Francisco Ramírez Osuna, “En julio se va Amado Nervo buscando nuevos caminos”, *Noroeste*, 10 de abril de 1997, p. 10-b.

puede ser el principio de una historia diferente. Pero la que me propuse contar debe volver a sus fuentes.

En su creciente soledad del primer semestre de 1894, lo menos que Nervo podía permitirse era tener “el corazón triste y enfermo”, aun cuando el poeta novel todavía no se asumiera, abiertamente, como un neurótico, rasgo decadente que aceptó al escribir la primera de sus “Perlas” metropolitanas:

¡Mentira! Yo no busco las grandezas!  
Me deslumbra la luz del apoteosis  
y prefiero seguir entre malcezas  
con mis fieles amigas: las Tristezas  
y mi pálida novia: la neurosis.<sup>53</sup>

Menos a la moda de los escándalos metropolitanos, pero más eficaz para medir la hondura del abismo social en el que se debate Nervo durante los últimos meses de su estancia porteña, “Al Cristo”, publicado en medio de las galantes “Semblanzas”, es —junto con la prosa poética de “Words, words, words”— la expresión más lúcida de la modernidad ética y estética del poeta en Mazatlán. Superior a todas las “Perlas” iniciales, este poema excéntrico no elude, como la “Misa negra” y el “Ónix” de Tablada, el *gouffre* baudelaireano,<sup>54</sup> por lo que puede considerarse uno de los primeros y más logrados poemas simbolistas de la poesía mexicana, escrito año y medio antes de su presentación capitalina:

Maestro, entre la sombra voy sin tino.  
La fe de mis mayores, ya no vierte  
su apacible fulgor en mi camino:  
“¡mi espíritu está triste hasta la muerte!”

<sup>53</sup> “Perlas negras” I, II, *El Mundo. Semanario Ilustrado*, t. II, núm. 3, 28 de julio de 1895, p. 18.

<sup>54</sup> Es desconcertante la resistencia de Nervo para incluir “Al Cristo” en alguno de sus libros; en realidad, sólo hizo hasta la segunda edición de *Místicas* (1904). En un comentario que refleja la incompreensión de Alfonso Méndez Plancarte sobre el origen simbolista del poema, el editor afirma: “Al Cristo”: “Lo añadió Nervo en 1904, reemplazando a “Raffinement”, en cuya supresión pudo influir, más que algún percance métrico de su francés [...], lo propasado de su ‘donjuanismo diabólico’, sin duda, que por ‘pose’ bodeleriana [*sic*], pero ciertamente más grave que otros retozos erótico-sacros del propio libro” (OC, II: 1873-1874).

Busco en vano una estrella que me alumbre,  
 busco en vano un amor que me redima.  
 ¡El ideal a que aspiro está en la cumbre  
 y yo, pobre de mí, yazgo en la sima!

La lira que me diste, entre las mofas  
 de los mundanos vibra sin concierto,  
 se pierden en la nada mis estrofas  
 cual gritos de Agar en el desierto....

Proscrito de la dicha, solitario,  
 siento hastío de todo cuanto existe.  
 ¡Yo, maestro, cual Tú subo al Calvario  
 y no tuve Tabor cual lo tuviste!

(CT, 19.03.94)

Con la publicación de "Al Cristo", Nervo dio por terminado su aprendizaje modernista en Mazatlán. Tal vez en esa determinación haya influido el acicate de tener la *Revista Azul* en sus manos, pues además de reseñar su aparición en una de las gacetillas del 14 de mayo de 1894, Nervo publicará de inmediato en ella la segunda versión de sus "Ritmos", el 5 de agosto de 1894, a escasos días de su arribo a la metrópoli modernista. Éste fue el itinerario de su salida. El 28 de mayo El Conde Juan se despide de sus "agraciadas lectoras"; el 5 de junio en su última "Prosa ligera" Román reconoce que debería tener suficientes razones para estar contento, pero no puede evitar un sentimiento de tristeza y nostalgia. Un día antes, negando su bien ganada fama de orador oficial, declaró en su última pieza oratoria en el Teatro Rubio: "Señores: no intento convertirme en el tribuno popular". Después de ese acto público, Nervo permaneció en Mazatlán el tiempo suficiente para preparar su salida furtiva, escribir el *farewell* de "Cuando me vaya" y despedirse de su mentor periodístico el 27 de junio, a quien le entregó la siguiente gacetilla:

Amado Nervo. Salió ayer para el interior de la República a asuntos particulares. La violencia de su viaje le impidió despedirse de sus numerosos amigos y lo hace por estas líneas. Regresará pronto a esta ciudad.

(CT, 28.06.94)

Cuando descendió cuatro días después en la Plaza Principal de Tepic, Amado Nervo observó con serenidad la morosa, inconclusa aún, construcción de las torres catedralicias. Después se echó a caminar con la seguridad de que nadie podía tacharlo de “chaqueta volteada”. En su edición del 8 de julio de 1894, el *Lucifer* saludaba al “periodista tan estimado” que en breve partiría hacia la capital.

## 6. A MANERA DE CONCLUSIÓN: AMADO NERVO LLEGA A LA CIUDAD DE MÉXICO

Si algo distingue al actual del anterior fin de siglo en México es la diversidad creciente de la vida literaria y editorial del país más allá de Cuautitlán, para decirlo otra vez con esa frase que ya circulaba en la crónica modernista antes de que Salvador Novo la reciclara en contra del chovinismo cultural posrevolucionario. El hecho evidente en nuestros días es la sana multiplicidad que aminora el desarraigo de los escritores noveles. Así, para trazar un mapa tentativo de las comunidades literarias diseminadas por el país, sólo por arrogancia centralista podría ignorarse lo que pasa afuera de la capital; pero en la otra centuria —hace ciento cinco años para situarnos a finales de julio de 1894, cuando Amado Nervo arriba a la metrópoli porfirista—, desconocer lo que ocurría en la capital de la República era condenarse al suicidio literario. Ni siquiera Manuel José Othón y Francisco González de León, los modernistas emblemáticamente reacios a la “Gran Babilonia”, lograron sustraerse al magnetismo estético y cultural que irradiaba la prensa subvencionada por Díaz y sus científicos.

Ya en la primera década de este siglo, otros escritores vivieron una juventud contestaria, rabiosamente anticontralista —de signo católico y literariamente “antidecadente” como la del primer López Velarde— que por diversos, paradójicos, caminos desembocó en la misma urbe liberal contra la que habían luchado desde sus provincias. Durante los años más cruentos de la Revolución de 1910, algunas ciudades llegarían a ser “edenes” inaccesibles para sus hijos pródigos, quienes vieron con horror culpígeno “El retorno maléfico” al suelo nativo.

Aunque en una de sus últimas crónicas porteñas el mundano Román afirmó conocer la “deshumanizada” urbe porfirista donde aseguraba que se podía ver “en algunas casas de vecindad de México gentes que bailan en el principal, mientras que en el tercero, hay gentes que velan un cadáver” (CT, 5.06.94), lo cierto es que

Nervo nunca había deambulado por Plateros hasta los últimos días de julio de 1894, cuando descubre, aturdido, “las palpitaciones ruidosas de la gran arteria que va ensanchar sus fauces a la historiada avenida de la Reforma, como abriéndolas en formidable bostezo” (OC, II: 20).

Aquellos primeros pasos fueron un itinerario ascendente hacia la cultura liberal metropolitana, donde acabaría de moldearse la primera juventud del escritor en ciernes. Gracias a su estancia porteña de algo más de dos años (septiembre de 1892 a junio de 1894), en Mazatlán el exbachiller rompe los moldes académicos y religiosos del recinto culturalmente amurallado de Zamora, en cuyo seminario diocesano estudió en calidad de alumno externo e interno durante el sexenio que culmina en 1891 con su salida definitiva al mundo. Entre otros rasgos de su personalidad mundana y cosmopolita, Nervo debe a la fastuosa vida social de la burguesía mazatleca, reseñada con frecuencia en su “Revista semanal” de *El Correo de la Tarde*, aquel “divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía” que Alfonso Reyes reconoció en la madurez madrileña del escritor y diplomático mexicano.<sup>1</sup>

Existe por lo menos un testimonio reminiscente del elegante cronista en sus mocedades mazatlecas: la fotografía de un Nervo muy najeriano, recién desempacado en la ciudad de México con frac de paño negro, moño y cuello impecables, tan pulcros como las guías engomadas del bigote.<sup>2</sup> Con esta imagen irreprochable y unas cuantas monedas en los bolsillos, el periodista novato se abrió paso por la vertiente social de la vida literaria que, en 1894, derrochaba sus esplendores en multitudinarios tés, algunos de ellos organizados en casa del músico Alberto Michel, donde Nervo conoció al “todo México” de la última hora: Gutiérrez Nájera, Ángel de Campo, Jesús E. Valenzuela, entre “éste o aquel poeta cuyas producciones leyera con delectación en lejana provincia” (OC, II: 9). Con esta

<sup>1</sup> Alfonso Reyes, “El camino de Amado Nervo”, en *Obras completas*, VIII, p. 20.

<sup>2</sup> Imagen reproducida en Juan Rogelio López Ordaz, *Mosaico biográfico*, vol. I, sin folio en el capítulo 5, “Primera estancia en México”. La fecha del pie de foto, “Amado Nervo en México. 1894,” se puede constatar en la dedicatoria manuscrita del autor.

calculada imprecisión de sus orígenes, el cronista de *El Nacional* dio inicio a las veinte “Semblanzas íntimas” de sus penates metropolitanos,<sup>3</sup> confesando en cada viñeta su condición de provinciano atolondrado a ratos. Aquella galería temprana —sin duda bastante complaciente e ingenua, a pesar de que estos lunares se propusieran como dote textual de una capacidad de asombro coherente con el ánimo de extranjería del cronista— posee, no obstante, páginas bien escritas que preludian tantas otras, magistrales, del arte retratístico en la prosa nerviana de madurez.

En aquellas primeras viñetas capitalinas, Nervo se complace en aparecer como un “muchacho hosco, tímido y silencioso” (OC, II: 1312), al tiempo que persistente en el propósito de conseguir un sitio en el periodismo metropolitano. Para equilibrar esa imagen dual contrastó sutilmente su talento perseverante con el de otro escritor novel. La elección recayó en el fracaso del amigo y compañero de armas Francisco Escudero y López Portillo, con quien compartió las ilusiones balzacianas de alcanzar en corto plazo fama y fortuna periodísticas. “Pancho —afirma Nervo— no realizó las suyas, era claro, y tornó a Guadalajara con menos dinero aún del que traía, y la jaula: el alma, sin pájaros, esto es, sin ilusiones” (OC, II: 16). Todo esfuerzo y disciplina, según sus poco modestas credenciales, Nervo se presenta como un escéptico de la esperanza: “una bella mentirosa, una querida infiel”.

Además de la lectura metódica —sin la que no se alcanzaría a escribir una sola cuartilla, como señalaba la norma de El Duque Job— y del conocimiento del oficio con el que todo lo demás le llegaría por añadidura al cronista para entregarse al género de su preferencia, Nervo aprendió en Mazatlán que una parte considerable del éxito periodístico se conseguía por medio de las buenas relaciones con el poder literario, social o político. Por lo pronto, en 1894 sólo estaba a su

---

<sup>3</sup> Publicadas durante el primer semestre de 1895 en *El Nacional*, estas iniciales páginas capitalinas, cuyo título se asocia de inmediato con las versificadas “Semblanzas” porteñas, se recogieron en las nervianas *Obras completas*, II, pp. 9-35.

alcance el de los escritores que podían recomendarlo en los diarios de mayor circulación.

Lo desconcertante de aquel joven, aparentemente opacado, fue la decisión de descubrir parte de sus ambiciones literarias a sus lectores. Así, en la semblanza dedicada a Luis G. Urbina, Nervo relata sin ningún pudor cómo, a petición suya y para entregarle una carta de recomendación a Urbina, fue presentado en Plateros con el secretario de redacción de la *Revista Azul*, quien agregó, deferente: “Ya lo conocía a usted [...] no hago más que identificarlo [...] Vaya usted pasado mañana al *Partido*, lo presentaré con Manuel” (OC, II: 16). Siguiendo otro testimonio nerviano, el prólogo de 1903 al tercer volumen de *Obras* de Gutiérrez Nájera, puede ubicarse el primer encuentro con el Maestro en uno de los tés literarios de Michel. Importa más saber que Nervo no tardó demasiado en hacerse presente en los dominios de El Duque: las redacciones de *El Universal* y *El Partido Liberal*, de cuyas tertulias y ambientes de trabajo salieron algunas de las mejores “Semblanzas íntimas”, de manera señalada la que dedica a Carlos Díaz Dufío. En ésta, Nervo insiste en presentarse como el observador silencioso, deslumbrado por todo aquel “juglarismo de la frase”, y atreviéndose apenas a intercalar un par de silencios oportunos o de respuestas suspicaces.

En contraste con esa imagen nerviana, Urbina propuso una más acorde con aquel aprendiz de brujo: “Y luego, sus silencios de recogimiento, sus actitudes distraídas, y de pronto, como contraste, el manantial inagotable de su verbo, el aluvión de su discurso, que en determinados momentos confinaba con la elocuencia; la cálida recitación de sus versos, hecha con un especial dejo provinciano; su mutismo de secreto, al que seguía su charla de confidencia; su espíritu aniñado, encogido, a ratos, a ratos expansivo”.<sup>4</sup> En líneas inmediatas, Urbina subraya ese otro aspecto polémico de la “personalidad interesantísima” de Nervo: la estampa del “anacoreta” plenamente asociado con *El Bachiller*, según propuse en el apartado “Un retrato velado por el *pentiménto*”.

---

<sup>4</sup> Luis G. Urbina, *La vida literaria de México*, p. 186.

Ahora sólo quiero añadir un rostro más a esa pintura colectiva de la crítica: el de un Nervo elegante y mundano, fotografiado en sus primeras andanzas capitalinas, quizá como homenaje postrero a Román, el obsoleto cronista porteño, quien había aportado su cuota de oficio para que Nervo se abriera camino por la “selva oscura de la Vida”. Otra lectura de esa misma fotografía sugiere que Nervo intentó presentarse en la ciudad de El Duque con una imagen excesivamente najeriana. Pero esa representación simbólica, además de tener nombre y apellidos, pronto sería desplazada de un territorio próximo a reconfigurarse en función del reacomodo de los subsidios a la prensa finisecular. Tras la desaparición, en 1896, de la batalladora prensa liberal —*El Siglo Diecinueve* y *El Partido Liberal*, entre los mejores— los cronistas de la nueva hora, la del periodismo industrializado de Rafael Reyes Spíndola, adoptaron seudónimos menos aristocráticos, afrancesados y simbólicos. Para Nervo, estaba por llegar el momento de Tricio, Tríplex, Joie, Rip-Rip, entre varios sobrenombres más que sustituyeron a los simbólicos Román y El Conde Juan. “Hoy —concluyó Nervo en noviembre de 1895— tomamos un nombre al azar y lo aplicamos a nuestro heredero, y ese nombre viene después a estar íntimamente unido a su ser; pero la costumbre lo une, no la afinidad” (OC, I: 515).

Antes de que concluyera 1894, el talento forjado en Mazatlán y la capacidad notable para administrar sus relaciones le abrieron, a cuentagotas, el grifo de la letra impresa. Primero que nada en la *Revista Azul*, a fin de cumplir con uno de los ideales que empujó su salida del puerto. Así aparecieron en la revista del Maestro —el 5 de agosto de 1894— aquellos “Ritmos” de *El Correo de la Tarde*, reciclados después en otras publicaciones periódicas antes de llegar a la versión definitiva de *Perlas negras*. La elección de ese poema —algo “decadente” para el conservadurismo poético de Gutiérrez Nájera pero mucho más personal que “La gata muerta” o “El falderillo de la condesa”, los versos de corte najeriano mejor logrados por Nervo en Mazatlán— fue una carta bien jugada en favor de la ruptura decadentista que propugnaba la cofradía tabladiana desde 1893, año en el que se empieza a acariciar el sueño de una “Revista Moderna”.

Al día siguiente de que Nervo leyera su nombre por primera vez en una revista metropolitana, *El Correo de la Tarde* publicó “Mi poeta” (6 de agosto de 1894), con mucho, el mejor de los relatos firmados por Román para el vespertino. La brevedad de esta postal plenamente parisiense, tomada en la primera de Plateros, refleja la cautela moral del narrador por “los poetas hambrientos que sólo comen carne los lunes y el resto de la semana se alimentan con libélulas azules y pétalos de rosas”. A diferencia de esos soñadores anacrónicos de tiempo completo, descalificados en el mismo texto con la autoridad moral de Justo Sierra, Nervo reafirma frente a sus lectores porteños la imagen nada romántica del escritor dispuesto a sacrificar todo por el Ideal de ver a sus pies la urbe modernista.

A seis años de poner punto final a las páginas de su iniciación modernista en Mazatlán, y con el apoyo irrestricto del principal factótum de su carrera periodística, Reyes Spíndola, Nervo será uno de los escritores más profesionales del México que, con el cambio de siglo, le ofreció la oportunidad de medir su talento en la Capital del Mundo. Así, a fin de concluir este capítulo olvidado en las obras de Amado Nervo, hemos vuelto a París para escuchar de nuevo su verbosidad rompiendo la quietud espejeante de Darío, quien dijo “con cierta dificultad, en voz baja y apagada, sin gesticulaciones: Es usted un gran sonoro; no me lo imaginaba así”. Después, Nervo le ofreció revisar las pruebas de *España contemporánea*, y salieron a festejar el libro fraterno por el “París Divino”.

# BIBLIOHEMEROGRAFÍA Y ARCHIVOS CONSULTADOS

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- Adame Goddard, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.
- Agraz García de Alba, Gabriel, "Amado Nervo, jalisciense y no nayarita", en *Ábside*, vol. XXXIV, núm. 3, julio-septiembre, 1970.
- Agüeros, Victoriano, *Artículos literarios*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1880.
- Aguilar Aguilar, Gustavo, "El surgimiento de la banca en Mazatlán", en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa (Facultad de Historia) / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.
- Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas I. Escritos de literatura y arte*, José Luis Martínez (selección y notas), Secretaría de Educación Pública, 1988; IX. *Crónicas 3*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989; XVIII, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1986 y XIX, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.
- Álvarez León, Luis G., Ladislao Gaona y David Ramos (compiladores), *Mazatlán literario. Álbum. Prosa y verso de los escritores de Mazatlán*, Mazatlán, Imprenta Casa Editorial de Miguel Retes, 1889.
- Bache, Yolanda *et al.* (editores), *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Balmes, Jaime, *La religión demostrada al alcance de los niños, para que sepan dar razón de la fe aprendida en el catecismo. Obra muy provechosa a los adultos*, reimpresión s/núm., México, Latino Americana, 1966.
- Bazant, Milada, "Lecturas del Porfiriato", en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1988.
- Bianco, José, *Ficción y reflexión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Bloom, Harold, *El canon occidental*, 2ª ed., Barcelona, Anagrama, 1996.
- , *La angustia de las influencias*, 2ª ed., Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.
- Borges, Jorge Luis, "Palabras sobre Amado Nervo", en *Proceso*, núm. 1190, 22 de agosto de 1999.

- Borgia Steck, Francisco, "Literary contributions of catholics in nineteenth-century Mexico", en *The Americas. A Quartely Review of Inter-American Cultural History*, I, núm. 1, julio de 1944, pp. 43-66; I, núm. 4, abril de 1945, pp. 456-478; II, núm. 2, octubre de 1945.
- Briones Franco, Jorge, "Mazatlán y su tradición periodística: *El Correo de la Tarde*, 1885-1911", en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa (Facultad de historia) / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.
- Campos, Rubén M., "Amado Nervo en su juventud", en *Revista de Revistas*, año XXVI, núm. 1358, 24 de mayo de 1936, s. p.
- Carrillo Rojas, Arturo, "Alejandro Loubet y la industria de la fundición en Mazatlán", en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa-Facultad de Historia / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.
- Castañón, Adolfo, *Arbitrario de literatura mexicana*, México, Vuelta, 1993.
- Ceballos Ramírez, Manuel, "Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917", en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1988.
- Chateaubriand, François René de, *René*, México, Cumbre, 1968.
- Chaves, José Ricardo, *Los hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- Clark de Lara, Belem, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- Cole Isunza, Oses, *Ayer en Mazatlán. La ciudad en 1899*, sin lugar ni editor, 1999.
- Córdoba, Tirso R. (compilador), *Coronación de la virgen de la Esperanza*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1886.
- Cossío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1973.
- Cuesta, Jorge, *Poesía y crítica*, Luis Mario Schneider (prólogo y selección), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- (prólogo), en *Antología de la poesía mexicana moderna*, 5ª edición, Guillermo Sheridan (presentación y "Addenda" a la nueva edición), México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

- Cuevas Torres, Daniel, *Jacona de Plancarte*, Guanajuato, Edisaja, 1958.
- Curiel, Fernando (edición facsimilar y estudio), *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Darío, Rubén, *Poesías completas*, 10ª ed., Alfonso Méndez Plancarte (edición, introducción y notas) aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas. Madrid, 1967.
- , *Azul... El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza y otros poemas*, edición de Antonio Oliver Belmas, 3ª ed., México, Porrúa, 1979.
- De la Peña, Rafael Ángel, *Obras*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1900.
- Díaz Alejo, Ana Elena, “Manuel Gutiérrez Nájera, cronista”, en *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, Yolanda Bache Cortés et al. (editores), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Díaz y de Ovando, Clementina, “Joaquín Arcadio Pagaza y *La Voz de México*”, en Sergio López Mena (compilación), *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1987.
- , *Un enigma de los cerros*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Díaz, José Simón, *Amado Nervo y Madrid*, Tepic, Ayuntamiento de Tepic, 1995.
- Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, 2ª ed., 2 vols. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Durán, Manuel, *Genio y figura de Amado Nervo*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968.
- Elizalde García, Francisco, “Crónicas de Zamora”, fotocopia de artículos periodísticos publicados en Zamora, álbum del autor, s.p.
- Estrada, Genaro, “La familia de Amado Nervo”, en *Revista de Revistas*, año xxvi, núm. 1358, 24 de mayo de 1936, s. p.
- Fierro González, Margarita, “Revistas mexicanas en que se inicia el modernismo”, tesis Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 1965.
- Flores, Esteban, “Amado Nervo; los principios de su vida literaria”, en *El Independiente*, 5 de mayo de 1913.

- Franco, Lourdes, "Un lance de honor", en *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, Yolanda Bache Cortés et al. (editores), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Gamboa, Federico, *Mi diario, I (1892-1896)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Gautier, Théophile, "El arte", Balbino Dávalos (traducción), en *Revista Moderna*, vol. I, núm. 1, 1 de julio de 1898.
- Gómez Flores, Francisco, *Narraciones y caprichos. Apuntamientos de un viandante. Discursos, cartas y artículos*, segunda parte, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1891.
- , *Bocetos literarios*, México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1881.
- González de Mendoza, José María, "La vida del poeta", en *Amado Nervo y la crítica literaria*, México, Andrés Botas e Hijo, 1919.
- González Martínez, Enrique, *El hombre del búho*, México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1944.
- González Navarro, Moisés, *Estadísticas sociales del Porfiriato*, México, Secretaría de Economía, 1956.
- González, Aníbal, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1983.
- , "Manuel Gutiérrez Nájera: la escritura como caricia", en *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, Yolanda Bache Cortés et al. (editores), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- González, Luis, *Zamora*, 2ª ed., Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, (1859-1895). *Mañana de otro modo*, Ana Elena Díaz Alejo (prólogo), Yolanda Bache Cortés et al. (edición selección y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- , *Cuentos frágiles*, Alicia Bustos Trejo (edición, prólogo y notas), Ana Elena Díaz Alejo y (advertencia editorial), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- , *Divagaciones y fantasías*, Boyd G. Carter (selección, estudio preliminar y notas), México, Secretaría de Educación Pública, 1974.
- , *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios, literatura mexicana*, 2ª ed., Erwin K. Mapes (investigación y recopilación), Ernesto Mejía Sánchez (edición y notas), Porfirio Martínez Peñalosa (introducción), Yolanda Bache Cortés y Belem Clrak de Lara (índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

- , *Poesías completas*, 3ª edición, Francisco González Guerrero (edición y prólogo), México, Porrúa, 1978.
- , *Manuel Gutiérrez Nájera*, José María Pérez Gay (selección y prólogo), México, Cal y Arena, 1996.
- , *Prosa*, II, Amado Nervo (edición y prólogo), México, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, 1903.
- Gutiérrez, José Ismael, “Manuel Gutiérrez Nájera y la crónica como género de transición o la confluencia del periodismo y la literatura”, en *Literatura Mexicana*, vol. VIII, 2, 1997.
- Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias-diario*, Introducción y notas de Enrique Suleta Álvarez, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989.
- Herrera Zapién, Tarsicio, “Ocho modernistas mexicanos ante el clasicismo”, en Ignacio Osorio Romero *et al.*, *La tradición clásica en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- , *México exalta y censura a Horacio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- Híjar y Haro, Samuel, “Amado Nervo en Mazatlán”, en *Revista de Revistas*, año XIII, núm. 656, 3 de diciembre de 1922.
- Hinterhäuser, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Madrid, Taurus, 1980.
- Ibarra Escobar, Wilfrido, “La conformación del espacio social regional mazatleco”, en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa-Facultad de Historia / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.
- Jiménez Aguirre, Gustavo (entrevistador), en Antonio Alatorre *et al.*, “Los fieles de Amado Nervo”, en *La Jornada Semanal*, núm. 234, 29 de agosto de 1999.
- , “Amado Nervo, una crónica de tres tiempos”, en Emmanuel Carballo *et al.*, *Escritores Mexicanos en la diplomacia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.
- Jiménez, José Olivio, *El simbolismo*, Madrid, Taurus, 1970.
- López González, Pedro, “El arte tipográfico en Nayarit”, en *Estudios Regionales*, Guadalajara, 1992.

- , *La catedral de Tepic*, 2ª ed., Tepic, Obispado de Tepic, 1985.
- López Ordaz, Juan Rogelio, *Mosaico biográfico*, 2 vols., Tepic, Gobierno del Estado de Nayarit, 1992.
- López Portillo y Rojas, José *et al.*, *La semana santa*, Narciso Parga (prólogo y selección), Guadalajara, Imprenta de Narciso Parga, 1878.
- López Velarde, Ramón, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, Guillermo Sheridan (edición, prólogo y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Malvique, Pedro César, *Amado Nervo, fraile de los suspiros*, Buenos Aires, Difusora, 1964.
- Martínez, José Luis, *Literatura Mexicana siglo xx (1910-1969)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
- Mata, Rodolfo, "Autoría y plagio en Gutiérrez Nájera", en *Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo. Memoria*, Yolanda Bache Cortés *et al.* (editores), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Matute, Álvaro, "Crónica: historia o literatura", *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, abril-junio de 1997.
- Mejía Sánchez, Eduardo, "Estudio preliminar", en Amado Nervo, *Plenitud, Perlas negras, Místicas, Los jardines interiores y El estanque de los lotos*, México, Porrúa, 1971.
- Memoria de la Sociedad Católica de la Nación Mexicana que comprende el periodo del 25 de diciembre de 1868, época de su fundación, hasta el 1° de mayo de 1877*, México, Imprenta de Francisco R. Blanco, 1877.
- Méndez Padilla, Perfecto, "Amado Nervo. La evolución de sus ideas y su retorno a la fe", en *La última vanidad, Obras completas de Amado Nervo*, vol. XXIX, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929.
- Méndez Plancarte, Alfonso. "Notas preliminares", en Amado Nervo. *Obras completas*, XXX. *Mañana del poeta*, México, Botas, 1938.
- , "La lírica de Nervo en la Editorial Nueva España", en *El Universal*, 15 de enero de 1945, 22 de enero de 1945 y 5 de febrero de 1945.
- Méndez Plancarte, Gabriel, *Horacio en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937.
- Mendoza, Leo Eduardo, *Sinaloa, lengua de tierra. Crónica, ensayo, narrativa, poesía y teatro (1539-1992)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

- Miranda Cárabes, Celia, *Índice de La Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.
- Monterde, Francisco, "Rubén Darío y Amado Nervo", en *Universidad de México*, vol. XXII, núm. 9, noviembre de 1967.
- , *Figuras y generaciones literarias*, Ignacio Ortiz Monasterio y Jorge von Ziegler (recopilación y selección), Jorge von Ziegler (prólogo), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Montes de Oca y Obregón, José Ignacio, *Ocios poéticos*, Madrid, Estudios Tipográficos, Sucs. Rivadeneyra, 1896.
- , *Epistolario de Ippandro Acaico*, Joaquín Antonio Peñalosa (introducción, transcripción y notas), San Luis Potosí, Estilo, 1952.
- Morales, Carlos Javier, *La poética de José Martí y su contexto*, Madrid, Verbum, 1994.
- Nervo, Amado, *Perlas negras, Místicas, Las voces*, Francisco M. de Olaguíbel ("Portada"), 2ª ed., París, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1916.
- , *Obras completas*, 29 vols., texto al cuidado de Alfonso Reyes, Ilustraciones de Marco, Madrid: Biblioteca Nueva, 1920-1928.
- , *Obras completas*, xxx. *Mañana del poeta*, Alfonso Méndez Plancarte (edición, prólogo y notas), México, Botas, 1938.
- , *Poesías completas*, Alfonso Méndez Plancarte (edición, introducción y notas), Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.
- , *Plenitud, Perlas negras, Místicas, Los jardines interiores, El estanque de los lotos*, de Ernesto Mejía Sánchez (estudio preliminar), México, Porrúa, 1971.
- , *Obras completas*. 1ª. ed. mexicana (ed. original 1952), 2 vols., Francisco González Guerrero (recopilación, prólogo y notas de la prosa) y Alfonso Méndez Plancarte (recopilación, prólogo y notas de la poesía), México, Aguilar, 1991.
- , *Cuentos y crónicas*, Manuel Durán (prólogo y selección), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- , *Poemas, Las voces, Lira heroica...*, 2a. ed., Genaro Estrada (prólogo), México, Porrúa, 1993.
- , *Juana de Asbaje. Contribución al Centenario de la Independencia de México*, Antonio Alatorre (introducción y edición), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

- , *Juana de Asbaje. Contribución al Centenario de la Independencia de México*, Aureliano Tapia Méndez (edición y prólogo), Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1995.
- , *Algunas narraciones. El Bachiller, El donador de almas, Mencía*, Óscar Mata (prólogo), México, Factoría Ediciones, 1999.
- , *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica* (selección, estudio preliminar y notas de José Ricardo Chaves), México, CNCA, 2000.
- Núñez y Domínguez, Roberto, “El barbero mecenas de Nervo”, en *Revista de Revistas*, año XXVI, núm. 1358, 24 de mayo de 1936, s. p.
- Olea, Héctor R., *La imprenta y el periodismo en Sinaloa, 1826-1950*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1995.
- Ocampo, Aurora M. y Ernesto Prado Velázquez, *Índices de El Domingo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.
- Ortiz de Montellano, Bernardo, *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*, México, Ediciones Xóchitl, 1943.
- , *Epistolario*, María de Lourdes Franco Bagnouls (edición, prólogo, notas e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999.
- Othón, Manuel José, *Epistolario*, Jesús Zavala (edición), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- Pacheco, José Emilio (selección, introducción y notas), *Antología del modernismo (1884-1921)*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- , *Poesía mexicana I. 1810-1914* (introducción, selección y notas), México, Promexa, 1979.
- Paz, Ireneo, *Algunas campañas*, t. I, México, El Colegio Nacional / Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Paz, Octavio *et. al.*, *Poesía en movimiento*, I, Octavio Paz (prólogo), México, Siglo XXI / SEP, 1985.
- , “El caracol y la sirena”, en *Obras completas*, t. 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- , *Sombras de obras*, Barcelona, Seix-Barral, 1983.
- Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

- Perea, Héctor, *La rueda del tiempo*, México, Cal y Arena, 1996.
- Pérez Montañés, Amanda, "El cazador de miel. Tensiones entre la tradición y la modernidad en la crónica modernista. Amado Nervo, un caso ilustrativo", tesis Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 1994.
- Pérez, Alberto Julián, *La poética de Rubén Darío*, Madrid, Orígenes, 1992.
- Pimentel, Francisco, *Obras completas*, t. III, México, Tipografía Económica, 1903.
- Phillips, Allen W., "A propósito del decadentismo en América: Rubén Darío", en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, v. I, núm. 3, primavera de 1977.
- Plancarte y Labastida, José Antonio, *Prospectos de los colegios de la Purísima Concepción y de San Luis Gonzaga, establecidos en Jacona para la educación de los niños de ambos sexos bajo la dirección del probo. D. José Antonio Plancarte*, México, Imprenta de José Mariano Fernández de Lara, 1873.
- Quijano, Alejandro, "Discurso", en *Amado Nervo, Homenaje a la memoria del poeta*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1919.
- Ramírez Meza, Benito, *Economía y sociedad en Sinaloa, 1591-1900*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1993.
- Ramírez Osuna, Francisco, "Amado Nervo en Mazatlán. Sus albores en el periodismo y lirismo", en *Noroeste*, 8 de abril de 1997.
- Ramírez Osuna, Francisco, "En julio se va Amado Nervo buscando nuevos caminos", *Noroeste*, 10 de abril de 1997.
- , "Luis Nervo", en *Noroeste*, 30 de abril de 1998.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Reyes, Alfonso, *Obras completas* I, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1963; VIII, México, Fondo de Cultura Económica, 1958; XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1983; XIV, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- y José Ruiz Castillo, "Para documentar una amistad literaria. Tres cartas inéditas", Gustavo Jiménez Aguirre (edición y presentación), en *La Jornada Semanal*, 234, 29 de agosto de 1999.
- Riva Palacio, Vicente, *Los cerros (Galería de contemporáneos)*, Clementina Díaz y de Ovando (edición, prólogo y notas), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes /

Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

Rodríguez Cetina, Arturo, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, México, Jus, 1952.

Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Rosales, Hernán, *Amado Nervo, la Peralta y Rosas*, México, Herrero Hermanos, 1926.

Ruedas de la Serna, Jorge (organización y presentación), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

— (coordinador), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

— (coordinador), *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos. Siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Sabines, Jaime, *Les poèmes du piéton / Los poemas del peatón*, Marco Antonio Campos (prólogo), Quebec, Écrits des Forges / Éditions PHI / Universidad Nacional Autónoma de México / Aldus, 1997.

Salado Álvarez, Victoriano, *Memorias*, t. I, México, EDIAPSA, 1946.

Santamaría Gómez, Arturo, "Escuelas, maestros y estudiantes en el Mazatlán porfiriano", en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa-Facultad de Historia / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.

Schneider, Luis Mario, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

Schulman, Iván A, *Génesis del modernismo. Martí, Nájera, Silva, Casal*. 2ª ed., México, El Colegio de México/Eashington University Press, 1968.

Sheridan, Guillermo, "La neurosis que finge y el alma de las cosas: notas para la historia de un conflicto", en *Eslabones*, julio-diciembre de 1991.

—, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Sierra, Justo *Obras completas*, t. II, Francisco Monterde (editor), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.

—, *Obras completas*, t. III, *Crítica y artículos literarios*, José Luis Martínez (edición y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

- , *Poesías de Justo Sierra*, Dorothy Margaret Kress (colección y estudio), Julio Jiménez Ruedas (prólogo), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1937.
- Southworth, J. R., *El estado de Sinaloa. México. Sus industrias comerciales, mineras y manufactureras*. San Francisco, 1898, ed. facsimilar, México, Gobierno del estado de Sinaloa, 1980.
- Stanton, Anthony, *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Tablada, José Juan, *Obras I. Poesía*, Héctor Valdés (recopilación, edición, prólogo y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.
- , *La feria de la vida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes 1991.
- Tapia Méndez, Aureliano, *Antonio Plancarte y Labastida, profeta y mártir*, México, Jus, 1973.
- , *Nuestra señora de la Esperanza. Historia de una imagen*, Monterrey, Al Voleo el Troquel, 1997.
- Tovar y de Teresa, Guillermo, "Hallazgo en torno a los Contemporáneos", en *Vuelta*, núm. 206, enero de 1994.
- Treviño, Blanca Estela, "Juana de Asbaje de Amado Nervo o la restitución de una vida y una personalidad literaria", en *Historiografía de la literatura mexicana*, Jorge Ruedas de la Serna (coordinación), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Trillo, Mauricio Tenorio, *Artilugio de la nación moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Urbina, Luis G., *La vida literaria de México*, 3ª ed., México, Porrúa, 1986.
- Urrea, David A. (editor), *Directorio mercantil, industrial, profesional y fabril*, Mazatlán, Sinaloa, Imprenta y Casa Editorial de Miguel Retes, 1897.
- Valadés, José C., *Memorias de un joven rebelde*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1985.
- Valdés, Héctor, "Estudio introductorio", en *Revista Moderna*, ed. facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Valencia Ayala, Francisco, *El seminario de Zamora*, México, Jus, 1977.

- Vega Ayala, Enrique, "Un norte", en Arturo Carrillo Rojas y Guillermo Ibarra Escobar (coordinadores), *Historia de Mazatlán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa-Facultad de historia / Ayuntamiento de Mazatlán, 1998.
- Verdugo Quintero, Jorge, "El Correo de la Tarde, espejo del Mazatlán porfirista", en *Historia y región*, memoria del X Congreso de Historia Regional de Sinaloa, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1996.
- Verlaine, Paul, *Obra poética completa*, vol. 2, Madrid, Libros Río Nuevo, 1980.
- Vigil, José María, "Algunas observaciones sobre la literatura nacional", en Jorge Ruedas de la Serna (organización y presentación), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Villaurrutia, Xavier, *Obras*, Luis Mario Schneider (recopilación), Alí Chumacero (prólogo), México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Zaid, Gabriel, *Ensayos sobre poesía*, México, El Colegio Nacional, 1993.
- Zaragoza, Antonio, *Versos*, Guadalajara, Estudios Tipográficos de *La República Literaria*, 1890.

## Bibliohemerografía complementaria

- Aguilar, Luis Miguel, *La democracia de los muertos*, México, Cal y Arena, 1988.
- Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, 4ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Benjamin, Walter, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus, 1991.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire, La experiencia de la modernidad*. México, Siglo XXI Editores, 1992.
- Blanco, José Joaquín, *Crónica de la poesía mexicana*, 4ª ed., México, Editorial Katún, 1983.
- Bourdieu, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, 2ª ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1998.
- Carnero, Guillermo (editor), *Actas del Congreso Internacional sobre el Modernismo Español e Hispanoamericano y sus raíces andaluzas y cordobesas*, Córdoba, España, Excelentísima Diputación Provincial, 1987.

- Cardwell, Richard A. y Bernard Mc Guirk (editores), *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas*, Boulder Colorado, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993.
- Castillo, Homero (editor), *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1968.
- Connolly, Cyril, *Cien libros clave del movimiento moderno, 1880-1950*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Darío, Rubén, *Los raros*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952.
- Díaz Alejo, Ana Elena y Ernesto Prado Velázquez, *Índice de la Revista Azul*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.
- González Rodríguez, Sergio, *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*, México, Cal y Arena, 1990.
- Gullón, Ricardo, "Pitagorismo y modernismo", En Homero Castillo, *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, Gredos, 1968.
- , *Direcciones del modernismo*, Madrid, Editorial Gredos, 1963.
- , *El modernismo visto por los modernistas*, Madrid, Guadarrama, 1981.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Obra crítica*, 1ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Hinterhäuser, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Madrid, Taurus, 1980.
- , "El concepto de fin de siglo como época", en *El modernismo español e hispanoamericano*, Córdoba, España, Excelentísima Diputación Provincial de Córdoba, 1987.
- Jiménez, Juan Ramón, *El modernismo (Notas de un curso (1953))*, edición, prólogo y notas de Ricardo Gullón y Eugenio Fernández Méndez, México, Aguilar, 1962.
- , "El modernismo poético en España y en Hispanoamérica" En *El modernismo* (edición de Lily Litvak), Madrid, Taurus, 1975.
- Litvak, Lily (editora), *El modernismo*, Madrid, Taurus, 1975.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, Editorial Oasis, 1984.

- Martínez Cachero, José Ma., "Reacciones antimodernistas en la España de fin de siglo", En *El modernismo español e hispanoamericano*, edición de Guillermo Carnero, Córdoba, España, Excelentísima Diputación Provincial de Córdoba, 1987.
- Olivio Jiménez, José, *El simbolismo*, Madrid, Taurus, 1970.
- (selección, introducción, notas y bibliografía), *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana*, 4ª ed., Madrid, Hiperión, 1994.
- Onís, Federico de, "Introducción", *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1934, pp. XII-XXIV.
- Pacheco, José Emilio (selección, introducción y notas), *Poesía mexicana I, 1810-1914*, México, Promexa Editores, 1979.
- Paz, Octavio, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, 1ª reimp., México, Seix Barral, 1991.
- Phillips, Allen W., "A propósito del decadentismo en América: Rubén Darío", en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. I, núm. 3, primavera.
- Raymond, Marcel, *De Baudelaire al surrealismo*, 1ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Todo, Luis M., *El simbolismo y el nacimiento de la poesía moderna*, Barcelona, Montesinos, 1976.
- Ugarte, Manuel, *Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago de Chile, Editorial Orbe, 1947.
- Valdés, Héctor, *Índice de la Revista Moderna*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.
- , "Estudio introductorio", En *Revista Moderna*, 5 tomos, ed., facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México*, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Zuleta, Ignacio, *La polémica modernista, el modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.

## Archivos consultados

### ARCHIVO MUNICIPAL DE MAZATLÁN

*El Correo de la Tarde.* Órgano Oficial de la Cámara de Comercio de Mazatlán, Sinaloa, Imprenta de Pablo Retes e hijos. Años: 1891-1895.

*El Pacífico.* Semanario, Imprenta de Pablo Retes e hijos. Años: 1890-1891.

### CAPILLA ALFONSINA

Expedientes de Amado Nervo.

### UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN, CAPILLA ALFONSINA

Fondo reservado de la Sala Alfonso Reyes.

### ARCHIVO ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE. BIBLIOTECA CERVANTINA DEL TECNOLÓGICO DE MONTERREY

Expedientes de Amado Nervo

### ARCHIVO DEL SEMINARIO DE ZAMORA

Libros de Calificaciones, años 1886-1891.

### ARCHIVO HISTÓRICO DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES

Amado Nervo, su expediente personal. Años: 1905-1919.